

# MARÍA MORENO

**Black out**



LITERATURA RANDOM HOUSE

María Moreno

**Black out**

Literatura Random House

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A Beba Eguía y Ricardo Piglia*

El hombre subió al ómnibus. Llevaba una enorme jaula cubierta por un trapo negro. Los pasajeros que viajaban parados se fueron corriendo hacia el fondo; algunos intercambiaron una mirada cómplice: el amor a un animal doméstico con el que se comparte la vida, sabiendo que la comida siempre será escasa —el hombre vestía humildemente—, suele despertar una tolerancia sin aspavientos. Después de todo, era un transporte popular: no faltaban los grandes bolsos donde los obreros llevaban su muda de ropa y su vianda, los coches de bebé plegados y cerrados, las bolsas del supermercado con alimentos para los próximos quince días. Pero lo que pareció molestar a todos fue que el hombre estuviera borracho. Transpiraba ese olor dulzón, agrio, que perfuma la resaca y sobrevive a una ducha o un baño de inmersión. Debía de ser vino, porque las bebidas en forma de aguardiente —de la llamada *bebida blanca*— suelen salir a la superficie con la pureza química del etanol, como si el cuerpo se hubiera convertido espontáneamente en un alambique purificador. El aliento del hombre también era agrio, fuerte, porque además de alcohol exhalaba tabaco. El hombre se tambaleaba aun en las paradas, cuando el ómnibus estaba detenido mientras la gente subía. Lo peor es que no había podido desplazarse hacia el fondo, se atravesaba en el pasillo y, con las aristas de la jaula, pinchaba a los pasajeros de alrededor. Tampoco se callaba, decía: “No quiero perder esta jaula, si la pierdo me muero”.

No le contestaban, la mayoría trataba de alejarse lo más posible hasta que alguien, una mujer joven, le cedió el asiento. Estaba del lado de la ventanilla y, como el aire fresco diluía el olor del hombre, los pasajeros se tranquilizaron. Una vieja que iba sentada en el asiento reservado para embarazadas y discapacitados le preguntó qué llevaba en la jaula. El hombre respondió: una mangosta. La necesito porque, como soy curda, no puedo separarme de ella, si no ¿quién se comería las víboras? Un policía le preguntó cuáles víboras. Las del *delirium tremens*, contestó. Pero esas víboras no son verdaderas, le dijo una chica con delantal blanco. Entonces el hombre levantó una punta del trapo para mostrar que la jaula estaba vacía. Tenía un aspecto radiante cuando dijo: ¡pero esta mangosta tampoco es verdadera!

La primera vez que escuché esta historia fue en una fiesta. Yo iba por mi quinto whisky. Pensé que era un chiste de borrachos, una fábula a favor del protagonista. Después de todo, él era el héroe. Luego me dijeron que la mujer que la había contado era de Alcohólicos Anónimos. Pero para entonces yo había olvidado la noche entera. Incluso la historia del borracho y la mangosta.

Contra un fondo de tubos de ensayo por los que circulaba algo en ebullición, mi madre me hacía una prueba de magia. Con un vaso en cada mano, los dos llenos de un líquido transparente — luego supe que era alcohol—, vertía al mismo tiempo los contenidos en una pipeta de vidrio. El líquido se volvía de un carmín traslúcido que evocaba el color de una prenda ensangrentada que se enjuaga. Yo llamaba a mis amigas para que asistieran al número. Me jactaba de mi madre, doctora en Química, aceptando ser su asistente. Sin embargo no hacía nada.

Mucho más tarde, durante los años en que bebí sin parar, solía tener hemorragias. El diagnóstico de endometriosis no ponía en peligro mi vida y yo era suficientemente fuerte como para conservar un número normal de glóbulos rojos. Tenía un hijo, no pensaba tener otro. Sin embargo mi imaginación se disparaba cuando creía que el líquido ardiente que me llevaba sin cesar a los labios, me bajaba transformado en sangre, manchándome la ropa. Pero entonces, cuando mi madre “me hacía magia” ignoraba que la alquimia de mutar una sustancia transparente en rojo bermellón, a su modo, era una profecía.

Mi primera menstruación llegó muy tarde y por eso fue atesorada. Apenas un hilo de sangre en la toalla higiénica acompañado por una molestia en el vientre, que no alcanzaba el rango de dolor, eran suficientes para que yo actuara mi pubertad de manera que las amigas que poco antes se burlaran de mí enrostrándome mi cuerpo infantil, comparado con el de ellas, recientemente calificadas “de señoritas”, me obsequiaran con una sonrisa de condescendencia: les mostraba con ostentación mi blíster de Evanol, me negaba a correr en los recreos y, con cara de sufriente, iba al baño a cada rato, para comprobar con desilusión que la mancha seguía teniendo el mismo tamaño mientras su color viraba a un feo marrón oscuro. Todavía se usaban los paños caseros de tela de toalla con aletas, lavables e indiscretos desde la soga de colgar la ropa.

La casa que alquilamos con Gumier Maier no terminaba de gustarnos; concedores entusiastas de la literatura sobre el Delta, no nos dejaba *leerla* en ninguna de sus claves: carecía de la clásica estructura de material y techo de dos aguas que el ascético Sarmiento había querido junto al río, con un mínimo de confort, como quien, por haber sido pobre, se aviene a desviar su destino con mejoras y bienes acumulados pero *hasta cierto punto*. Sólo seguía la etiqueta edilicia de las islas

en los pilotes y el muelle, gemelo de tantos; cuando emergía de la bruma y sin balaustrada, Gumier Maier veía en él un jardín zen. Le decíamos *La Desabrida* y, sin que nuestro gusto hubiera influido en la elección, aunque todos sospecharan que sí, era kitsch. Cabaña de pino de Bariloche y casa de geishas, se la podía reconocer desde la lancha por el enorme cisne blanco que un amigo había puesto con la base en el agua: un trozo de cemento pintado, de un tamaño imposible para un ave, con alas separadas en actitud de levantar vuelo.

El amante de Gumier Maier había muerto. Yo vigilaba ese duelo, sin interrogar ni consolar, con una distancia pedagógica, puesto que me había persuadido a mí misma de que la no intervención, combinada con una mirada atenta y un cuidado flotante, podían acompañar aquello que me era vedado ahorrarme al amigo: las distintas formas del dolor haciéndose pasado a través de períodos de una calma casi narcótica, desasosiego activo, desesperación enunciada sin necesidad de nombrarse en largas marchas ciegas desde el muelle al dormitorio durante las que —con el pretexto de plantar una azalea o unos jazmines del cabo— él sumergía sus manos en la tierra, como si tocara a su amante a través de la sustancia común que rodeaba el río y la tumba en el cementerio público al que solía llevar sus herramientas para instalar canteros. Si mal no recuerdo, hacía traslados de bulbos entre la tumba y nuestro jardín. En los dos lugares miraba crecer los brotes, tenderse hacia el sol: era un duelo floral.



Entonces murió también mi padre. No lo velé pero cumplí su pedido de ser enterrado en la pequeña parcela que su familia tenía en el cementerio de Olivos: el traslado no estaba incluido entre las prestaciones de su jubilación —pero ¿quién se anima a desoír los pedidos de un moribundo?—; sí, el servicio funerario y el féretro, de una madera brillante y rojiza que elegí como si él hubiera podido verlo y reírse. Pedí dinero prestado a mi editora de entonces. Apenas la conocía, pero ya había sableado lo suficientemente a mis amigos como para reincidir aun por razones dramáticas, y ella tal vez achacara mi pedido al estilo del autor marginal cuyo trato formaría parte de los gajes de su oficio.

Le pedí a M que me reemplazara en la ceremonia. La esperé bebiendo en un bar frente al cementerio. M tiene la virtud de no perder la sangre fría en ninguna circunstancia. Cuando todo terminó, vino al bar, se pidió un café y comenzó a quejarse. Creo que no calibraba el lado cómico de su relato. Para colocar el féretro de mi padre hubo que reducir el cadáver precedente. Trozarlo hasta que los huesos ocuparan menos espacio, cambiar a una urna las cenizas de las partes incineradas. Deduje que eran los de mi abuela materna. Se me ocurrió que el tabú del incesto primaba bajo tierra: féretros y urnas separaban lo que sería polvo, y aun polvo común. M me contaba que no fue suficiente con mi abuela. También hubo que reducir a su hijo menor, muerto en un accidente de ómnibus. Mi padre no había sido un familiar simpático; mi abuela prefería a su hermano y allí estaba el odioso Cristobita imponiendo su corpacho y su féretro colorado: siempre había sido un extravagante. Le canté a M un trozo de “Boda negra”. Se escandalizó. En cambio le parecía natural darme esos detalles escatológicos. Hábil administradora, mascullaba contra la rapidez de las acciones de los enterradores, más destinadas —según su impresión— a no atrasar los próximos entierros que a la cortesía hacia los deudos, obligados a optar entre la integridad del muerto reciente y la de los anteriores, quizás ya moderadamente olvidados. Pensé en las pilas de Auschwitz, en el terrorismo visual de lo numeroso en la Historia, y en su opuesto, la pequeña pila de huesos fruto del destino biológico de uno solo, que ha gozado de una inscripción en su tumba, un par de placas con frases sentidas, a veces ambiciosas (esas *latinadas* ofrecidas a quien nunca las leerá), mientras bajo tierra los plazos municipales van favoreciendo una orgía sin carne que la madera podrida liberará en una composición caótica hasta que una deuda prolongada la destine a la fosa común.

“Lisina = cadaverina. Diaminobutano o butanodiamina = putrescina.” Cada vez que moría un

familiar querido y de edad avanzada, mi madre recitaba los químicos de la muerte en largas parrafadas modernistas, para concluir con una sentencia: “Estaba en edad de morir”. Objetivaba la descomposición de la carne en fórmulas cuyos números y letras la defendían del duelo, en este caso un duelo retrospectivo luego de muchos años de separación, hecho de capas de olvido sedimentadas sobre un amor muy antiguo por el que había sido el único hombre en su vida. M me contaba que, durante toda la ceremonia, permaneció sin llorar pero yo imaginé sus ganas de desplazar la atención prestada a su ex marido hacia su propia fragilidad y desdicha. Cuando el empleado de la funeraria preguntó cuáles de los hombres presentes se ofrecían para llevar al hombro el ataúd, tres amigas lesbianas dieron un decidido paso hacia adelante. El ataúd enfiló hacia la tumba con movimientos desiguales ya que mi hijo, que había tomado una de las manijas, era más alto que mis amigas. M me hacía el relato sin reírse; seguía indignada por el precio de la reducción de huesos.

—“Cadaverina y Putrescina como Soré y Resoré, divinidades clancas de la llanura” —le dije, recitando a Osvaldo Lamborghini y ella me hizo callar porque lo había dicho casi cantando.

Hay cuerpos que se descomponen más rápido, como los que han muerto por septicemia o por insolación. La muerte por infarto luego de un ataque cerebral, como la de mi padre, era inodora, al menos durante las primeras horas. Cadaverina y Putrescina tardarían en llegar. En un manual dedicado a la reducción de restos yo había leído cómo los microorganismos de la viruela, del ántrax y del cólera sobrevivían en los cadáveres durante mucho tiempo y eran contagiosos. Que en un cadáver de 1850, ante el lente de un microscopio, habían aparecido los pequeños virus de la viruela.

No era el caso de mi padre el de poder matar, una vez muerto. Tampoco su cadáver era radioactivo. Imaginé que por más que lo hubieran apretado para hacerle largar el aire hasta alcanzar los pulmones de enterradores mal equipados —apenas guantes de látex y botas de pescador—, ningún bacilo de Koch se habría volatizado hacia los vivos.

—La venganza de Margarita Gautier —le dije a M sin explicarme.

Luego del entierro fui en lancha hacia *La Desabrida*. Necesitaba escapar, alejarme por el río hacia esa morada húmeda que en ese momento me parecía un hogar. Gumier Maier respetó mi silencio. Yo me sentía aturdida. Dormí una siesta larga con breves despertares angustiados. Al atardecer tomé un sedante. Me tranquilicé. Por la noche ya estaba en el muelle preparándome para saltar al agua que el sol había calentado durante el día. En Tres Bocas el río es poco profundo. De noche, el mayor peligro era el de las Chris Craft que pasaban a velocidad y la única señal de una lucecita que parecía tener la propiedad de encenderse demasiado tarde, obligando a

nadar precipitadamente hacia la orilla. Acababa de cenar una carne al vino preparada por mí, cuya salsa me había demandado casi medio litro de chianti ordinario. Luego bebí casi una botella de ginebra. Salté.

Tuve la precaución de nadar casi pegada a los pilotes de los muelles que estaban ubicados uno muy cerca del otro, siguiendo la diadema de luces de los faroles de los jardines y de la entrada de los porches.

Recuerdo que había reflectores sobre el cielo: provenían de los helicópteros de la policía que hacían redadas por las islas todos los fines de semana. Nadaba río abajo, a veces me detenía y hacía la plancha para mirar sobre mí el cielo estrellado.

—Zafé —me decía—, zafé.

No se puede llorar en una sustancia que se funde en las propias lágrimas. Y Gumier Maier, sentado en el muelle, podía verme desde lejos pero no hasta el punto de darse cuenta de que estaba llorando y, de haber estado más cerca, tampoco habría sido capaz de diferenciar sobre mi cara el agua del río de las lágrimas. Ese llanto, una vez derramado, terminaba también por ser irreconocible para mí, que no debía distraerme del tráfico y de nadar respirando acompasadamente al ritmo de las brazadas. Tuve la tentación de no volver, de seguir río abajo hasta la zona de quintas deshabitadas donde los muelles rotos me impedirían subir de nuevo a tierra. No intentaba una hazaña, ni siquiera una temeridad. Era como si el llanto y la natación se hubieran conjugado para desatar una especie de euforia, de prueba de potencia. Aun nadando contra corriente, sin mucho esfuerzo, los pies podían tocar el fondo. Sólo en medio del río era profundo. Pero existía en la deriva de mis pensamientos un horizonte de sin razón, una desobediencia que yo asociaba al gesto de John Glenn cuando, suspendido en el espacio, apenas conectado a la aeronave por un cable, dejó de escuchar la orden de volver, para gozar por un instante de ese flotar fuera de lo humano.

Gumier Maier comenzó a llamarme desde el muelle. Lo hacía con lengua bola de vino tinto y porro. Cada llamado era en voz más alta, angustiada. Quería que diera señales de vida, de que no me estaba ahogando o me había golpeado con un tronco de los tantos que emergían de las aguas, árboles podridos o talados, arrancados de cuajo por las tormentas. No tuve el impulso de contestar. Mi nombre me interrumpía la concentración. Desentonaba. Yo sentía el calor adentro del pecho y, por contraste, el frío del agua sobre la piel. Me gustaba la violencia de la sensación, el calor del alcohol en el interior del cuerpo. Ese grito lejano me advertía: yo ignoraba la resistencia de mi corazón, la desafiaba sin recordar mi edad y mi mal estado físico. La alegre irresponsabilidad, que desde afuera podía leerse como un gesto suicida, no tenía más sentido que

una demostración de fuerza. Fuerza bruta ejercida con una prodigalidad de gigante que alguna vez me valió el apodo de Gargantúa. Destreza no: fuerza física, fuerza palurda del que se suicida mordiéndose las muñecas o tratando de separarse las mandíbulas con la mano como cabe a nuestra mitología paisana de hijos de inmigrantes. Tuve aliento para ir y volver. No recordaba que mi padre abría las botellas con los dientes, que nadaba mar afuera, con una rápida patada de crol de sus piernas delgadísimas como las mías. Ni me daba cuenta de que la boca abierta que sacaba fuera del agua, imitaba la curva de su agonía. Nadaba *contra él*, para alejarme de su muerte y, aunque volví, me pareció que era otra y que esa otra nadaba y bebía.

La boca de mi padre, esa tensa forma de herradura que se repite de la rabieta de infancia recién al final de la vida, de aquel llanto que precede a la asfixia siempre breve y por eso no debería llamarse así —asfixia— sino cuando el soplo afanoso de la respiración suele deslizarse cada vez más espaciado entre los labios tendidos hasta su expansión máxima, me obsesionaba en su misterio: mantenía su habitual color oscuro, su humedad, una frescura que sobresaltaba en el rostro pálido y escamado de viejo. Yo la miraba luchar y suponía que, desde algún vaivén asordinado de la conciencia, mi padre hacía gestos de succión hacia los pechos de las enfermeras que se volcaban sobre él para cambiarle las sábanas volviéndolo primero de un lado y luego del otro, mecánicamente, como si ya no fuera un hombre. Porque, quitada la dentadura postiza, hundidos los labios en esa cavidad oscura desde la que llegaba un aliento hecho de los químicos que lo mantenían vivo y la propia podredumbre, aún podía percibirse que esa boca había sido ávida.

Dos noches antes de que me llamaran del hospital para avisarme de su internación, habíamos estado comiendo en un restaurante de menú poco variado pero el más cercano al que podía llegar desde el geriátrico sin fatigarse. Hacía poco tiempo yo le había hecho cambiar la dentadura: la nueva le molestaba pero terminó por admitirla, ilusionado con las ventajas que le describía, evocándole su gran apetito carnívoro, su hastío por los platos que no requieren tragarse sino con la simple presión de las encías desnudas como aquellos a los que se había resignado cuando su dentadura anterior se arruinó y tuvo que dejarla, y entonces él me mostraba con tristeza cómo desaparecía en un santiamén, propio de quien quiere terminar cuanto antes con un trámite enojoso, el puré mixto con un chorro de aceite, la manzana rallada, el caldo pálido sin sal ni pimienta, la dieta monocorde del enfermo cautivo.

Era una dentadura estándar, pareja y nacarada, poco mimética con la natural de la que no quedaba ningún registro y cuyas piezas defectuosas habían ido mermando de a poco, a veces con ayuda de su dueño que se las arrancaba con brutalidad, riéndose tanto de la necesidad de un dentista como del truco popular que consiste en sujetarlas ya flojas a la manija de una puerta para que la entrada de alguien las haga volar en la punta del hilo sujetador.

Sentado a la mesa del restaurante, mi padre preguntó con la cara iluminada si había cerdo, en

el fondo sabiendo que no era posible que hubiera en ese lugar con módicos platos del día, pero era un lance de suerte, y esa alegría suspendida antes de la negativa supongo que habrá sido una breve victoria sobre el límite interpuesto a su sueño sibarita. Luego mascó un bife de chorizo con premura, asomado a su plato y de cuatro bocados como yo lo había visto hacer desde la infancia, haciendo enfurecer a mi madre. Se sirvió vino de la jarra de un cuarto, un vaso tras otro, agitando la botella hasta sacarle la última gota. Ya no le dejaban beber bebida blanca que era su favorita y, en los meses de terapia intensiva, sobrio y dormido, se había acostumbrado.

Impedido de caminar, de tomar fotografías —su oficio—, fascinado por los noticieros —o más bien reducido a ellos debido a que los servicios del geriátrico sólo incluían, para su televisor, los canales de aire—, alegre con la posesión de un gato ante cuya presencia la institución hacía la vista gorda, sólo obsesionado por la cantidad de lo ingerido y la velocidad en saciar su hambre, haciendo ruido con esa boca en la que ya no entraría nada para inundar las papilas de un placer totalmente elegido, por ejemplo esos picantes que antaño solía espolvorear como un ogro, sin ninguna proporción, al recetario existente alguno, mi padre se había convertido en *un apetito*.

Tenía perfil de emperador romano. Cabeza y cuello en un mismo bloque, la nariz alineada con la frente aunque creo que a eso se le llama “perfil griego”. La descripción no es la de Electra como testigo ocular sino de mi madre ante sus amigas solteras y mayores, que habían visto a mi padre con sus propios ojos pero a las que ella hacía rabiar *narrándolo*. En realidad a mi padre lo llamaban con el nombre de otro emperador: el japonés. Hirohito había venido al país y su imagen estaba en las primeras planas de los diarios, la de un mestizo envarado, nunca sonriente, con altura de granadero. Y mi padre, como él, tenía los ojos oblicuos, un par de tajos brevísimos sobre una luminosidad amarilla que yo heredé y redondeo con un lápiz graso engrosado hasta el manierismo para dar la ilusión de una lágrima suspendida. Un artificio kitsch. Mi padre, escondido tras los lentes de carey, improvisaba un oriente de miope. El apodo de Hirohito no se debía solamente al parecido sino a ciertas simpatías filonazis que compartía con el emperador.

Creyéndose fea, mi madre ignoraba sus ardidés femeninos, ardidés que despreciaba pero ejercía y, para hacer rabiar a sus amigas, no sólo narraba la belleza de mi padre como si ellas no lo conocieran sino como si fuese una promotora o una representante artística: cuando por las noches salían a pasear por la Avenida Santa Fe para mirar vidrieras, las llevaba a que contemplaran el perfil de mi padre a su negocio de fotografías, un local estrecho a la altura de Callao. Yo las acompañaba. Con la luz de la vidriera apagada luego del horario de atención al público, mi padre leía o escribía frente a su escritorio. Seguramente revisaba los pedidos para el día siguiente. Un velador lo iluminaba desde arriba y mi madre señalaba la apostura de mi padre como una adquisición propia: a pesar de que ya no vivían juntos, era un acuerdo tácito con una ley que aún no aprobaba separar lo que había unido y las amigas asentían con hipocresía, tal vez consintiendo en que mi madre fuera vencedora quien sabe en qué zonas jamás definidas de la competencia entre mujeres.

Una vez mi padre se puso de pie y su sombra tapó la luz de la lámpara. Luego desapareció brevemente de escena. Cuando volvió a sentarse ante su escritorio se había puesto delante una botella de ginebra y un vaso. Lo señalé riéndome y mi madre, con brusquedad, me dio un topetazo en el hombro. Mi padre tomó un trago y las amigas de mi madre, supuse, se sintieron vencedoras: era un perfil de buen mozo en un echado del hogar conyugal que se había dado a la bebida. Y mi madre, no recuerdo con qué pretexto, nos hizo alejar.

Mi padre tenía un lado que desmentía su supuesta belleza. Unos dientes grandes que, sin el socorro oportuno de la ortodoncia, crecieron torcidos y filosos contra sus labios. El agua con flúor de las provincias en las que había trabajado los mancharon de amarillo, manchas pequeñas como pecas. Ese era el secreto de su boca sensual: su cualidad de herida.

Cuando se reía no se le veían los dientes: cierto accionar de su estructura ósea le había dado esa ventaja. De querer mostrar su parte fea, tenía que hacerlo deliberadamente, *desenfundando* la dentadura.

Para hacerme reír a mí, él solía encoger el labio inferior y desfigurarse aún más la boca mientras me corría con los dedos de las manos separados, afectando garras y pezuñas. Ese juego que me arrancaba gritos agudos solía irritar a mi madre, celosa de cualquier complicidad entre mi padre y yo, aunque también enojada por una actitud de él que juzgaba infantil e indigna de la virilidad. No entendí que su enojo sugería además que, aunque bromeara, a mi padre su defecto le daba pena. Un día tomé un gran pedazo de papel de paspartú y lo ocupé todo con un círculo. Luego dibujé la mínima traza del rostro humano: dos puntos por ojos, un palito, la nariz, todo rápido antes de ocuparme de la boca, demarcándola con una especie de banana donde fui dibujando pequeños triángulos irregulares que pinté en distintos tonos de marrón. Mi caja de 24 colores —las codiciadas alemanas de los años cincuenta donde los lápices se exhibían alineados bajo un fino papel de seda como si fueran bombones— permitía las gamas para alguien como yo que desconocía el arte del sombreado. Dos redondeles unidos por el medio, a modo de anteojos, señalaron la identidad del modelo. Tardé, me pareció, un tiempo muy largo, que imaginé merecedor de un elogio especial, sobre todo porque hasta entonces como dibujante festejada hasta la zalamería me había limitado a las hojas de cuaderno. Corrí a mostrarle el dibujo a mi padre. Primero miró el dibujo, luego a mí, muy serio. Luego hizo una especie de sonrisa, en realidad un rictus en donde no advertí su recuerdo de niño herido: hamacaba a su hermano menor y perdió algo en el suelo. Se agachó a recogerlo cuando la hamaca se alejaba a lo más alto de su curva, pero no lo hizo bien. La hamaca le voló todos los dientes de leche. Cuando crecieron los definitivos, su rostro, antes ascético, cambió súbitamente con ese morro llamativo, hecho de dientes desiguales y manchados que le hicieron difícil su relación con las mujeres desde el momento en que cada varón intenta sobreponerse con cierta prestancia a la edad del pavo.



Busqué esa boca en el terreno del espíritu y la encontré en el joven Sartre, boca que a muchos repele —una boca Bardot clavada en la cabeza del existencialismo—, que también como la de mi padre, el fotógrafo, llevaba lentes. En el terreno del deseo, la encontré en una joven a quien también le sobresalían los dientes pero cuando la probé me pareció áspera, como sin sangre. A veces sueño con esa boca sola, la de mi padre, suspendida en el aire, separada de todo cuerpo, una abstracción, pero carnal.

La llegada del nieto permitió a mi padre una entrada espectacular a mi habitación del sanatorio, munido de una filmadora y lámparas de estudio que me enceguecieron mientras daba de mamar. No nos saludó ni nos dio un beso: su única manera de expresar amor era el registro, una película que pronto extraviaba o que nos proyectaba a desgano, una foto ya dañada por un revelado desprolijo e impaciente.

Cuando mi hijo era pequeño, todos los domingos mi padre nos hacía una visita para un almuerzo que él remataba con una larga siesta. Entonces yo preparaba los platos succulentos que le gustaban —raviolos con estofado, milanesas a caballo, flanes con crema y otros inductores de la siesta pesada anteriores a la política de la comida sana—. Con el almuerzo él se *bajaba* una botella de ginebra. La servía llenando el vaso cada vez y sin hielo y la tragaba haciendo muecas y estirando la cabeza hacia atrás. Alguna vez en broma le ofrecí un embudo. Me dijo que era mejor usar una tolva, un embudo para granos en el que el cono menor, decía, tenía el diámetro de su boca. Traje el que yo usaba para pasar de la damajuana a una botella el vino que solía comprar suelto; estaba jugando pero él no: se lo puso en la boca y levantó la cabeza para recibir así la ginebra. Mi hijo no tenía edad para poder sostener la botella. Todo el juego era peligroso. Lo impedí.

No sabía cuidar. Carecía del instinto, siquiera el sentido común como para no soltar la mano de un nieto de tres años que hace equilibrio sobre una pared, o lo arrojaba y recogía en el aire sin calcular la altura del techo y, con las manos, le apretaba demasiado el cuerpo o gritaba hasta asustarlo. Era el Frankenstein de James Whale, en la escena en que juega con la pequeña María a arrojar flores al agua del lago y sostiene esa expresión torpe en donde convergen las intenciones de un asesino y el remedo de una ternura humana.

No separaba la sed de las ganas de aturdirse. En todo caso, mi padre bebía para liquidarse, como yo. Primero para darse ánimo pero, enseguida, para perder la conciencia, calmando así cualquier angustia, mucho y rápido con su boca insaciable. Hasta el sopor y el sueño o el coma intermitente antes del horror de despertarse en la feroz lucidez del día. Bebo en exceso porque bebo con la boca de mi padre.

DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN

Miserere quería decir “ten compasión”. Y en aquel barrio, el Once de los años cincuenta, el nombre de la plaza parecía irradiar una fe de bautismo. La consigna de Florencio Sánchez — presentar como drama la fractura de clases a través de *M’hijo el doctor*— transgredió los límites del género para hacer que mi madre se recibiera de doctora en Química, dividiendo en dos un conventillo de la calle San Luis: en la parte de adelante —el living comedor—, los muebles de patas puntiagudas, la araña de caireles y la biblioteca con las obras de Pearl S. Buck y del doctor Van de Velde certificaban los emblemas de la clase media; en la parte de atrás, mi abuela conservaba la ropa de luto y el turbante en la cabeza con que remedaba sin saberlo a la Cándida de Niní Marshall. Allí resistía el conventillo oscuro con sus despojos mobiliarios y las convivencias espurias: la gallina alcancía de yeso, la reproducción eléctrica del Sagrado Corazón y su ramo de olivos seco, las cortinas de macramé y la puerta clausurada de la letrina.

Mi madre había saltado de clase social sin mudarse, sustituyendo por un departamento completo —la planta baja— el único cuarto que la familia ocupaba cuando el aporte económico era exclusivo de su padre taxista. Lectora de las obras del doctor Ramos Mejía, asociaba el pueblo al pecado, la infección y la barbarie. Yo estaba entre dos fuegos: el de las *pitucas* de enfrente que me llamaban insidiosamente “La Paloma” en alusión al sainete y el de los atorrantes de la pelota de trapo, embravecidos por el hecho de que una chica, a la que se le prohibía dirigirles la palabra, tuviera tal surtido de revistas mexicanas e, impedida de participar en las murgas de carnaval, una colección de instrumentos réplica lograda de los de la orquesta de Xavier Cugat.

La calle San Luis, una frontera difusa entre el Once y el Abasto —la ambición le dictaba a mi madre explicarla como perteneciente al Barrio Norte—, se extendía en negocios improvisados en un zaguán, edificios de departamentos donde la novedad del incinerador ofrecía una modernidad accesible en cómodas cuotas y casonas con garaje que no acostumbraban abrir sus persianas a ese tránsito de carros cargados de verduras, botellas vacías y artículos de mimbre; de reparadores de paraguas y de afiladores de cuchillos, amén de los clásicos *cuenteniques* a los que se burlaba repitiéndoles el antiguo pregón de “beines, beinetas, jabones, jabonetas”. Flanqueada por dos grandes conventillos ocupados por la comunidad turca —sobre Larrea vivían los Talamán, hoy prósperos toalleros y manteleros; sobre Paso, los Dayan, dueños de varias casas puestas en alquiler que nunca quedaban más allá del bar León—, San Luis retenía las primeras décadas del

siglo XX. Un balcón de bajos, adornado con hierros retorcidos, fue mi primer mangrullo de curiosa. Curiosa a la que todo fascinaba, aun cuando no supiera leer y escribir, y sin otra tarea que la de tomar lista a las presencias repetidas y abocadas a tareas sin mayores variaciones: la puta que enseñaba el catecismo a domicilio, el niño que dormía en un cajón, la enana que llevaba una canasta sobre la cabeza, tenían una coloratura tan natural que no hacían falta palabras para narrar. Por otra parte, mi edad no daba para atesorar recuerdos populistas. Mi abuela era la portera de ese edificio de departamentos en ruinas al que ahora no se llamaba conventillo por el hecho de que mi madre viviera allí y hubiera puesto en la puerta una placa donde promocionaba su laboratorio de análisis clínicos. Yo ayudaba a mi abuela bajando la manija del automático en el tablero de las luces a la hora en que los escasos inquilinos calaveras salían para dirigirse al centro. Mi curiosidad se satisfacía en el interior, puesto que no se me permitía bajar a la calle y sólo podía moverme del balcón para adentro. La ocasión era la entrega de la correspondencia, que exigía la subida metódica de dos pisos por escalera. En el departamento dos, los Unger, los Seiden y los Fleicher; en el tres, los Wundailer, las Dimant y los Rodríguez; en el cuatro, el sargento Vera y el señor Zubarán, otros Rodríguez y las Pomeranz. Sólo la señora Mandelbaum vivía sola en un cuarto del segundo piso que antaño había sido la portería. Recuerdo las variadas caligrafías de los sobres, la Z barroca de la hermana del señor Zubarán cuya letra ocupaba todo el sobre, los trazos torpes que rezaban un “Rodríguez” con S y, en contraste, la complicada grafía de los apellidos judíos, como recuerdo la profusión de las cartas, su frecuencia, el enigma de los remitentes que iban de Goya a Lodz, la mayoría imposibles de leer en voz alta a la altura del primer grado superior.

Los Seiden, los Fleicher y la señora Mandelbaum llevaban tatuados en los brazos números de varias cifras, algo a lo que en mi casa se aludía en voz baja y cuyo sentido ignoré durante mucho tiempo. De la señora Ruth Seiden se decía que había estudiado pedagogía con Jean Piaget, que la pena de haber viajado desde tan lejos, de verse obligada a vivir con dos niños en un cuarto y hacer ella sola las tareas domésticas, la había desanimado de buscar la reválida de sus estudios. Una vez me hizo un test de inteligencia a través del vidrio roto de su departamento que daba sobre el patio del nuestro. Me mostró un zapatito minúsculo. Yo pregunté: “¿Y el otro?”, asociación que fue aplaudida. En una ocasión, llegué al departamento dos con una carta. La señora Seiden estaba lavando ropa en la pileta. Miré entonces, como hipnotizada, el brazo numerado que desaparecía en la espuma y luego reaparecía indemne, al ritmo de la tabla de lavar.

—¿Le dolió el tatuaje señora Ruth? —se me ocurrió preguntar.

—No es un tatuaje, *chirusita*. Es mi número de teléfono. Tengo tan mala memoria —dijo la señora Seiden, sin mirarme.

Cuando mi madre se enteró de este diálogo primero gritó, luego se rió y por último llamó llorando por teléfono al departamento dos. Perdón, perdón, repetía entre lágrimas. Su llanto me hizo llorar a mí. A través del teléfono podía casi palpase la discreción de la señora Seiden, sus palabras de consuelo y sobre todo su preocupación por mí. Al cortar, ya más tranquila, mi madre me dio una limitada versión sobre la existencia de los campos de exterminio, explicó los tatuajes pero no las cámaras de gas, el hambre pero no la muerte. Xenia Goldrosen, del quiosco de cigarrillos de la esquina de San Luis y Larrea, que salía a tomarse una copita en la vereda a la hora de la siesta, luego de colocar el cartelito de “Cerrado”, hablaba sin que le preguntaran.

—Treblinka. Padres *marieron*. Hijos *marieron*. Marido *marió*. Primos, abuelos *marieron*. ¿Qué dijo Xenia? ¡Mierda!: ¡Vivir!

Su pronunciación asociaba la muerte al casamiento. “*Se marier*” escuchaba yo, que recibía clases particulares de francés. Y Xenia estaba *mariée* en segundas nupcias con el señor José Neura, al que le faltaban las dos piernas y al que ella subía y bajaba por las escaleras de su casa, luego de lanzar un grito de karateka.

Un mundo caliente de interrogantes me mostraba seres extraños que, por desgracia, casi siempre permanecían inaccesibles. El parque Retiro, en el que moraba la terrible Flor Azteca — una cabeza parlante simulada por un juego de espejos—, los concursos de disfraz de La Enramada (mi niñera santiagueña había ganado uno como Reina de la Noche, con un vestido hecho con un trozo de organza negro y cubierto de estrellitas de papel de cigarrillo que yo había recogido en las plazas), la circulación de *diferentes* en un tiempo de encierros imperfectos o de solidaridades caseras, amén de la prosa de Emily Brontë traducida al radioteatro en la voz de Pedro López Lagar, me ofrecieron una constelación que jamás asocié con la tristeza, la discriminación y el genocidio, sino con la imaginación, la variedad y la mascarada. Mi preferida era la niña gárgola del Jardín Botánico. Diminuta, con rostro de tortuga y una piel traslúcida que transparentaba las venas, parecía mirarme sin verme. Sentada en un banco, junto a su *nurse*, tomaba sol girando de vez en cuando la cabeza en dirección a un transeúnte, al movimiento de las ramas de los árboles, a un sonido demasiado agudo. Era un Buda genético cuya vida, le habían pronosticado, sería muy corta.

La señora Mandelbaum, del segundo piso, escondía el brazo tatuado con mangas largas y a veces gemía de noche. Como en su cuarto sólo había lugar para un calentador, a veces mi abuela me pedía que le llevara alguna comida preparada al horno. Un día la señora Mandelbaum me recibió con un paquete envuelto en un papel de celofán que parecía usado. Estaba sujeto con un simple cordel pero tenía un moño de cinta brillante. Lo abrí a escondidas, calculando una posible prohibición, y no me equivocaba. Era un barco realizado muy esquemáticamente. Podía decirse que estaba hecho con cuatro líneas. Mi abuela me dijo que era un barco de sal. Lo chupé y tuve

que darle la razón pero la sal no se desprendía y, por la apariencia, blanca y llena de cristalitos, era sal gruesa. Mi madre me lo escondió en algún lugar donde no pude encontrarlo, con el pretexto de que no era un juguete sino un *adorno*. Escuché murmuraciones aunque no recuerdo ningún testimonio directo. Se decía que el barco venía de Auschwitz. Entonces ya me parecía natural que hubiera gente con teléfonos anotados en los brazos, que los *descamisados* aludidos por los discursos de Perón y Evita fueran una multitud literalmente en cueros, que los forros usados y tirados en la plaza Francia, como me había contado mi madre, fueran protectores para los dedos que usaban los basureros para no lastimarse con las botellas rotas que dejaban los borrachos. Mi idea de pueblo excluía la lucha política: era en cambio una lucha de lenguas, de puestas en escenas, de vestuarios. Y si el positivismo de mi madre solía desalentar esos contactos populares con un algodón embebido en alcohol y la prohibición de, atravesando las rejas del balcón, ganar la calle, el Complejo de Edipo no me llevó tanto al padre como a esa feria de ingeniosos. En cada cuarto había una patria, una etnia, una lengua. Y en cada cuarto también la presencia consoladora del alcohol: vasos vacíos y sin lavar con su resto endurecido de vino suelto que provenía de una damajuana escondida en el ropero, copitas diminutas para el licor de huevo o comunes para el amargo envasados en botellas solitarias que se ponían a la vista de las escasas visitas sobre el hule de la mesa plegable apoyada en la pared, junto al aparato de radio y el despertador. El *delirium tremens* alcanzaba de vez en cuando a algún inquilino y sus gritos se soportaban por piedad a su mujer o porque sus monas eran largas y silenciosas cuando conseguía mantener su dosis con la changa ocasional y el fiado. Definitivamente me gustaba “lo otro”. Sólo en dos ocasiones advertí la dimensión política. En una, mientras yo iba de paseo con mi madre, la vecina enana que vendía pan a domicilio interrumpió mi mirada inquisidora con una fuerte patada en la rodilla. Debe haber sido mi primer encuentro con un miembro de minorías. En otra, cuando dibujé una imagen de Eva Perón en mi cuaderno de clase (la nariz era un palito, los ojos un par de puntos, los cabellos trenzados, una batahola de garabatos), una maestra “partidaria” la sustituyó por una fotografía. Jamás la censura me encontró tan altiva. “A la señora le hubiera gustado”, me quejé. Cuando leí *El fiord* de Osvaldo Lamborghini, en la frase final (“Salimos en manifestación”) creí leer: “Salimos en exposición”.

La palabra *pueblo* siempre mantuvo para mí ese fondo mítico de *performance*, de almacén de ramos generales del sujeto. Y el pueblo *bebía*.

Desde fines del siglo pasado, el alcohol se convirtió en signo de la *degeneración obrera*, fractura de la familia, y fuente de enfermedad y miseria. La imagen del *dandy* con la galera ladeada paseando con una copa en la mano, o la de los honestos curas de aldea que se prenden al badajo de la campana con la nariz roja y los vasos reventados bajo la piel, fue reemplazada por la de una turba grisácea que, entre la fábrica y la vivienda económica, intentaba degradarse sin las alturas poéticas de un Poe o un Baudelaire. La alentadora metáfora “sangre de Cristo” y el hecho de que nuestro Señor iniciara su vida pública en las bodas de Caná precisamente reponiendo el vino que faltaba, parecía materia de una sociología atea y apocalíptica. Sin embargo, cuando se cerraba una taberna, el motivo no era el embotamiento de los sentidos que amenazaba la productividad de las fábricas, sino la posibilidad de que, en ese espacio, los obreros complotaran al intercambiar información, ideando estrategias de lucha, o —mediante un cierto equilibrio en su borrachera— soltaran la lengua sin utilidad alguna para sus patrones, a fin de liberar sentimientos y sueños. A veces fingían la intención de beber para no despertar sospechas y expresaban en voz alta la intención de *boire un litre*. En la fábrica, en el uso de la fuerza y en el movimiento de los músculos, la conciencia percibe sin cesar el gasto y, paulatinamente, la merma de las funciones. En el hogar todo evoca —alimento, sueño— la reparación para el día siguiente; la presencia de los hijos indica la cadena viviente de la que, a la larga, uno saldrá expulsado. En el bar, en cambio, es posible el olvido de la finitud. Y es un placer cuando el alcohol, al deslizarse por los distintos órganos de la ingestión, limpia y calienta —como si se tratara de un nuevo nacimiento— el interior del cuerpo y, al mismo tiempo, anestesia los efectos del trabajo diario. Al beber se escapa a la red de lo útil dando un sentido jodedor al hecho de *alimentar la fuerza de trabajo*. En cuanto al cliché de que en el bar están sólo los revolucionarios de café: la jabonería de Vieytes era un encubrimiento para los patriotas de la Revolución de Mayo, los socialdemócratas lo planearon todo en el Café Central de Viena, los socialistas ingleses de Sheffield en el altillo del Café Wentworth, y ¿qué hacían Lenin y Trotsky sentados en las terracitas de La Rotonde de París mientras veían emborracharse a Modigliani? No hay revolucionarios de café ni revolucionarios sin café, ni café que no sea metáfora del alcohol. Y yo nunca bebí sin profundizar sobre esta teoría ni sentir que estaba obligada a hacer la revolución.



La plaza Once no sólo era el lugar de los mítines, también era el del tránsito de los habitantes de las afueras, que emergían o desaparecían en la entrada de la estación de tren con la fuerza suficiente como para hacer ilusorio el cartelito de “Prohibido pisar el césped”. De hecho, esas pisadas, que para mi madre tenían resonancias de malón, habían dejado una informe superficie terrosa en la que el verde sólo asomaba en matojos semiaplastados y la única flor sobreviviente era la del diente de león. A pesar de ser la plaza de nuestro barrio, la Once no formaba parte del itinerario que mi madre organizaba para hacer de mí alguien saludable, y del que el aire puro, junto con la vacunación obligatoria y la prevención de las enfermedades infecciosas, era uno de los pilares. Toda la plaza representaba para ella un foco, si no de bacterias, de las fuerzas sociales que el peronismo había alentado bajo la forma de vistosa propaganda de la felicidad.

Alex Bar, situado enfrente de la plaza, solía estar abierto, como quien dice, *toda la vida*.

Cerrado por una refacción ocasional o el faltazo del dueño, nos dejaba a nosotros, sus habituales clientes, a la deriva por la estación de tren donde los quioscos nos daban una impresión de horario restringido, poniéndonos nerviosos y atentos a nuestro precario equilibrio sobre los taburetes; mientras que en el Alex el tiempo sin fin iba de la primera copa a la del estribo, de la que éramos vagamente conscientes antes de la suave pero firme expulsión si comenzábamos a dormitar con la cabeza apoyada en los azulejos y repantigados en sus sillas tonet a las que solían faltarles uno o dos palitos. La opacidad de los azulejos de Alex Bar no inhibía a mi amiga C de retirar con la mano la capa espesa de grasa hasta despejar un óvalo en donde mirarse para corregir su peinado y limpiarse el rimmel corrido —las dos solíamos narrar y llorar—.

Felpeando el aire con su trapo rejilla, Emilio regulaba la coreografía de los sucesivos clientes. Se quitaba de encima al borracho pendenciero, defendía a la alcohólica asediada e interponía un diplomático “Usted perdone, pero está en reparaciones” a los mendigos que pedían usar el baño para darse una ducha y cambiarse de ropa. El techo metálico y los anuncios de las puertas de vidrio eran tan tristes que, desde adentro, parecía que estaba garuando.

—Ahora nos pintó la Coca-Cola —solía decir Emilio con desprecio.

Manolete, el barman de la calle Rodríguez Peña, había sido mozo en Queen Bess y sabía imponer algunos de los modales del servicio. Decía que el humorista Wimpi era un caballero porque jamás gritaba “¡Mozo!” sino que esperaba a que su mirada se cruzara con la de él para hacer un ligero movimiento con la cabeza, un cliché atribuido a la *gente bien* de imponer su dominio prescindiendo de la orden verbal y a su partenaire, un inferior entrenado en conocer los deseos del amo mejor que el amo mismo. Y en cumplirlos. Reminiscencias del mito sobre el soldado a quien el general San Martín ordenó impedir la entrada al depósito de pólvora y no eximió de cumplirla a quien le dio la orden. Ese no era el estilo del Alex Bar. A Emilio se le gritaba “¡Mamy!”. Como si oyera llover, él permanecía sentado junto al establo dando la espalda a la turba y sólo se desplazaba ante la módica interpelación de “¡Emilio!”.

No en vano el mozo de ley es la madre subrogada de los borrachos, los solitarios, los perseguidos. Suele usar diminutivos alentadores, “cafecito”, “flancito”, “vinito”, como para engañar a un niño anoréxico, atosigar, como si cada cliente fuera un hijo pródigo y venido de la guerra, con las porciones de pasta servidas en montículo y el tuco desbordado o en equilibrio precario, agacharse para susurrar el mal estado de un plato o su resultado fallido, de espaldas al patrón seguramente al tanto de la traición. “¡Ala! ¡Ala!”, decía Emilio, como quien azuza a un caballo, al viudo reciente que bebía su medio litro de vino de la casa con un nudo en el estómago, y luego le aconsejaba “no pensar”, prender la televisión aunque fuera sin sonido y aumentar la dosis de ese tinto hasta la hora de los remedios y la vuelta a la cama de dos plazas con el hueco de la finada en el colchón.

La coreografía maternal de Emilio tenía cuatro figuras, sólo la última de relativa distancia y punición. Se inclinaba levemente para levantar el pedido, más como un pájaro hembra sobre el alboroto del nido que como un servidor; a la tercera copa servida hacía una mueca de muda reconversión, de un dolor contenido pero discreto de madre digna; una pelea de borrachos le hacía pasar el trapo con frenesí por toda la mesa como si quisiera borrar de dos o tres lampazos los límites de un ring o de un circo romano; que yo tuviera un ojo negro o que mi compañero me levantara la voz, provocaba el inmediato retiro del saludo, un servicio apurado y ruidoso — Emilio era mi mayor defensor de mí misma—.

En La Perla Española de Belgrano y Rioja están las madres subrogadas de la mañana: las que despabilan de la noche pasada o alimentan la fuerza de trabajo con café y medialunas, gratis para los sin techo y seguramente única comida del día.

Allí, todavía estamos de duelo por *Jarrita* y *El 48*, nodrizas de la resaca.

A *Jarrita* lo llamaban *Jarrita* porque, al pertenecer a la vieja guardia de mozos, nunca se

olvidaba, si servía un café, de llenar el vaso con agua. Recuerdo haber esperado con él bajo el toldo del puesto de diarios, durante un día de tormenta, a que abrieran el bar cuyo dueño se había retrasado. Los dos sentíamos un orgullo parecido: él por ser el primero en llegar al trabajo, yo por ser la primera en iniciar el ritual del café y del diario. Después siempre hablábamos del tiempo pero con una complicidad especial como si hubiéramos compartido una larga experiencia heroica. *Jarrita* tenía esas pisadas cortas de buzo propia de los veteranos de su oficio. Era un profesional sordo a las cachadas de los parroquianos y había convertido su ir y venir, la entrega de los pedidos y su sonrisa fija, en una tumba sobre su vida privada, coquetería que hacía suponer que la tenía, toda una aventura cotidiana en el Conurbano, tal vez como cabeza de familia irascible, un déspota sentado a la mesa bramando por un plato que se retrasa, el pan duro o el alboroto de los hijos; o un manolarga para el sopapo o la paliza con cinto, contracara del que se arrastraba entre las mesas de La Perla Española de siete a dieciséis, agradeciendo las propinas con una reverencia leve.

Cuando le llegó la jubilación, los hijos lo internaron en un geriátrico. Lo imagino dando vueltas, las manos en los bolsillos, huérfanas de la bandeja, inquieto por estar sentado a la mesa ante el plato exiguo servido por otro, ya definitivamente desplazado de su lugar de nómada entre veinte metros cuadrados de baldosas, bajo el póster del escudo de armas de la provincia de Asturias sobre la esquina de Deán Funes y Belgrano. Allí se concentra la Balvanera animada en torno al hospital: duelos con apetito, esperas junto al porrón nunca del todo helado —los cortes de luz interrumpen la cadena del frío—, de vez en cuando la irrupción de una silla de ruedas, de una cabeza rapada o de una sonda nasogástrica que hacen desviar la vista hacia la cuchara en donde se enrollan los fideos con tuco o hacia el mensaje en el celular o, al contrario, se reciben con una mirada de impostada solidaridad que por lo general es mera indiscreción. La Perla Española cobija una rutina en donde se apuesta a que el enfermo a cuidar viva hasta el próximo *menú del día*.

*El 48* se parecía a un pirincho sólo que retinto. Las arrugas de la cara le formaban una serie de caminos de piel correosa, como de tierra cuarteada; todo su cuerpo tenía forma de signo de interrogación. Su estilo era la caminata de largo aliento entre las mesas, las rodillas dobladas; seguramente el pie plano y los callos plantares, una consecuencia. Era el servidor sacrificial, humillado desde el vamos y cuyo sometimiento le había procurado una suerte de anestesia moral combinada con el principio de inercia. Era un iniciado del vía crucis gastronómico con un millaje incontable en el traslado de milanesas a caballo, pingüinos de tinto de la casa, flanes con crema y dulce de leche, y resultaba asombroso que, con ese cuerpo peso pluma, la mano no le temblase nunca. Un día, a raíz de uno de los habituales cortes de luz en la zona, dijo que vivía en una

pensión y que ahí estaban viendo tele, lo había averiguado por el teléfono público del mostrador. Otro, una vieja prostituta que tomaba su té con tostadas a media tarde, seguramente antes de ocupar su esquina, lo llamó con cierta familiaridad; él *le cortó el rostro*. Los parroquianos intercambiamos sonrisas, habíamos sido testigos de la existencia de lo que juzgamos uno de sus escasos vínculos personales. Cuando lo despidieron, *El 48*, todos los sábados, después de que cerraba el bar, venía a sentarse en un mojón de piedra, en la puerta de la estación de servicio de al lado. Fumaba y miraba pasar la gente. Un día no vino más (estas historias que parecen robadas de *Larvas*, el libro de Elías Castelnuovo, son tan verdaderas que adornarlas me parecería un sacrilegio).

La llegada de la sangre era impuntual. Me dolía tanto que solía quedarme en cama, con una bolsa de agua caliente que me apoyaba gimiendo sobre la panza. No exageraba. La sangre manaba hasta atravesar los paños que colocaba dobles bajo la bombacha. Mis cualidades atléticas para la natación y el ciclismo empezaron a resentirse con esa irrupción que convertía mi cuerpo en algo apocado y temeroso. Cuando cedió a la anarquía desfiguró con violencia esa prueba de femineidad que yo había ansiado y que las otras acompañaban con toda una iconografía adolescente: el cigarrillo, el beso, la investigación con los dedos de acuerdo a la información de los manuales.

Comencé a sufrir de hemorragias. A veces la sangre se iba hasta el punto de remedar la ausencia periódica propia del embarazo. Otras parecía no coagular como sucede a los hemofílicos; no cesaba sino con la intervención de un medicamento. Los veintiocho días dictados para la sequedad se prolongaban en meses, los cinco de la afluencia continuaban sin interrupción. Los ginecólogos eran enigmáticos: en su silencio mi madre creía advertir cierta esperanza de cura mediante una vida sexual regular que ellos identificaban, eufemísticos, al matrimonio y sobre lo que me informaba a medias. Los psicoanalistas —ya entonces yo era una paciente— me hallaban culpable sin usar ese término: de algún modo yo no aceptaba ser mujer, quería continuar en un tiempo anterior a la diferencia de los sexos, protegerme de la inexorable entrega a un hombre. Quizás, en el recuerdo, estos diagnósticos resulten hoy más ridículos que entonces. No creo que me hayan hecho mella: veía en la misma línea opresiva a mis padres, los profesores y los médicos sin tener suficientes luces como para juzgar a la corporación a la que pertenecían. Ahora puedo interpretar en mi silencio empecinado y leído por los otros como un síntoma más de mi neurosis, un signo de incredulidad e independencia. Pero no me animo a buscar en mi sangre insistente, en mis largos períodos en la cama, el origen de mi interés por la lectura, y menos por la escritura. Me evoco medio zombi, una bella durmiente de toda pasión, también para el sufrimiento. Y mientras duró mi enfermedad esa fue su ventaja: concentrar toda mi atención liberándome de toda angustia, doler en un mismo lugar y anestesiar todo el resto como si en todo ese tiempo yo no hubiera tenido corazón.

RONDA

Al amanecer, si yo duraba sentada en el Alex, me salteaba la resaca agregando cerveza a mi ginebra. A veces me cruzaba a la plaza y *marinaba* en mi cabeza una crónica que nunca escribiría. En silencio, iba rumiando metáforas que, intuyo, se repetían como en los monólogos de borrachos y olvidaba para poder repetirlas hasta terminar cabeceando.

Veía al fotógrafo disparar su cámara a los novios provincianos, a menudo empleadas domésticas y colimbas que solían demorarse en los bancos antes de que abrieran el salón de baile de la Recova, al vendedor de globos inflados a pulmón, al barquillero con su ruleta insertada sobre su cilindro colorado, al guardián con su pinche destinado a ensartar hojas secas para despejar los senderos de piedritas coloradas. Pero miento, porque eso había sido en mi infancia. La muchacha santiagueña que me cuidaba solía llevarme allí, en una casi clandestinidad, para que la acompañara como chaperona en citas sobre las cuales yo debía guardar silencio. Ahora copaban la parada las líneas de colectivos, los quioscos de panchos y hamburguesas y el puesto de bicicletas públicas que nadie parecía querer usar. Me gustaba pisar esa plaza dándome dique de *pueblo*. Los bancos estaban siempre llenos. Yo me sentaba entre los refundidos de la tierra para sentir en el roce de sus codos desabrigados la ósmosis de una comunidad, imaginando que me mimetizaba con sus carencias recibiendo en ayunas el mismo rayo de sol.

No había en mi fantasía ningún eco de la idea de proletarización por la que, en algunos grupos revolucionarios de los años setenta, estudiantes de manos delicadas se sumaban a la línea de producción, con la cabeza en otra parte, emboscados hasta la cooptación de algún obrero —ese santo grial— y engordar así la reserva de militantes. Pero recordaba con ternura el relato de Walter Benjamin, *Falerno y bacalao*. Empezaba con una especie de teoría del hambre, teoría del que está saciado (aunque él muy pocas veces lo haya estado sin el peligro de que no lo estuviera mañana). Era una epifanía vivida en Roma. Barrio Trastevere, cerca de la Piazza Montanara. El narrador cuenta que ha caminado desechando restaurantes de lujo, posadas de buen ver, cantinas limpias y baratas. Describe cómo el hambre se puede cultivar retrasando el momento de comer, que lo que él busca no es lo obvio de quien puede pagar ostias o caviar sino algo más simple: melón, nueces, panes variados. Luego declara haber encontrado un sitio, una posada: junto a la ventana había un hombre que se levantaba para retirarse de su mesa y él había decidido ocupar su lugar (ya hay en ese relevo un deseo de integración *por turno*). Pero la diferencia se impone: admite que había tomado su lapicera y se había puesto a escribir luego de que le sirvieran vino

sin consultarlo sobre la marca sino sobre la medida, de lo que dedujo que sólo había *el de la casa*. El lugar se había llenado de trabajadores que comían junto a sus familias un plato de bacalao seco. Le sirvieron el mismo plato, sintió un escalofrío de asco. Pensó que debía llamar la atención por su ropa y apariencia entre esos pobres que parecían conocerse entre sí porque, además de trabajadores, eran vecinos. Sin embargo nadie lo miró mientras él se “perdía cada vez más en la dulzura del vino”. Sintió una gran dicha, nada lo diferenciaba ya de la multitud. El vino, ese gran gestor de comunidad, le había hecho entrar en el ritual del, hasta entonces, asqueroso bacalao seco que se volvió ostia para compartir con el pueblo.

Yo paladeaba la anécdota pero mi fantasma de fusión era más extremo: mutilarme de mi identidad, cualquiera que fuera, y *pasarme al otro* hasta la desaparición de mi pasado, hasta hacerme ilegible para los propios; tener la jeta del coronel argentino Manuel Baigorria, esa jeta cruzada por una cicatriz que lo partía al medio como logo de su vida entre el cuartel winca y los toldos; esas queridas raptadas y cubiertas de platerías ranqueles hechas en El Cuero, que, levantándose las polleras de paño de estrella en el polvo de la pampa, conservaban el rictus encorocado de señoritas; o hijas de cacique negociadas por una carga de azúcar, harina y aguardiente; o amiguitas seguidoras que hacían preguntar al coronel si las perdía de vista en medio de la rastrillada: “¿Vive Narcisa?”. Marchara con Coliqueo o con Videla, con Llanquetruz o con Paunero, unitario casual, ese blanco sabía que escribir es *no tener con qué entretenerse*.

¿O por qué no ser general Mansilla como emperador de los ranqueles, más alto que el Empire State con su manto de esfinge en cuero de jaguar, un pie en el Ande, otro en el Plata, rodeado de un ejército de jinetes montados en guanacos y en avestruces, en yeguas petisas o en palos? ¿O el Aguará que Fray Mocho descubre entre los pajonales del Paraná —Colegio Nacional, *revolver* suizo de balas de cobre, gusto por el crimen y botas coloradas—? Si yo fuera él, la orla de mi estampita sería de esas plumas blancas con que se saquea a las garzas para hacerse un *agraite*, trenzadas con macaes embalsamados en la pose de ouroboros para pescar una mojarrita; mi música, la de los chicharrones hirviendo en la grasa de una olla ranchera, la del fuego crepitando cuando el malón se aleja de las últimas poblaciones, los gritos falsos de aves nocturnas con que los matreros se hacen señas entre los esteros. ¿O la inglesa que, inclinada sobre el cuenco de su mano, ha olvidado el inglés por el araucano, bebe sangre de oveja de espaldas a esa otra inglesa, abuela de Borges, que inútilmente le ha ofrecido salir de los toldos y ahora, con ese gesto, desafía?

En los libros, los dos —Aguará y Baigorria— leen a la luz de una vela en un rancho pelado: uno a Pierre Loti, otro a Sarmiento. Y el Aguará tal vez piense que es más lejos el Paraná que Jerusalén, y Baigorria que tiene que escribir, aunque sea con esa desprolijidad hechicera que lo



pinta entero, para que la leyenda del Tigre de los Llanos no lo tape.

*Mi plaza no podía ser asociada al descanso y a los juegos inocentes sino a una urgencia que no respetaba la fragilidad de sus canteros. No era, por cierto, un resto de quinta perteneciente a una familia tradicional cuya expropiación benigna permitía remedar un placer otrora inaccesible. Ya mayor, alquilé un departamento sobre la Avenida Rivadavia. Entonces solía deambular por los locales de la estación en busca de casetes de música latina mientras mi hijo pequeño jugaba en los flippers. Esa mujer joven que se paseaba de noche llevaba el amuleto protector de su condición de mamita.*

*Pero eso fue antes de que *El Pantera*, jefe de los chicos de la calle, pusiera a resguardo las armas en las copas de los árboles; de que a Emir lo ataran a un árbol con un turbante de papel higiénico en la cabeza y un cartel colgado del cuello donde se leía “Acá está Bin Laden”, y de que las vendedoras rusas comenzaran a dar medio vasito de café a mitad de precio. Quién sabe qué partícula infinitamente pequeña, invisible, del llamado espacio verde, bajo el cemento, los almácigos o las piedras rojas de los senderos, quedaba ya de los antiguos mataderos, de ese barrio escrito por la sangre del ganado con dueño en manos de los faenadores federales. Me gustaba soñar. Mi populismo era interior y carecía de público.*

Me gustan los cuadros vivos, los relatos palurdos de final edificante, lineales en su optimismo caído del catre: los de *Tevi el lechero* que tiene siete hijas como siete plagas; de *Scholem Aleijem*, nombre que había aprendido a pronunciar con un dejo de idish; los de *La vuelta de Don Camilo*; el de *La virgen fea* que el cura hace pasear en camión por un camino de ripios con la esperanza de que se haga pedazos; el de *Centella dicho Cen*, el perro compartido por Don Camilo y el alcalde comunista; el de *Emporio Pitachio*, que vuelve de Roma como tenor y al que se le escapa un gallo delante de todo el pueblo y que se llama así porque el padre es dueño de un negocio de ramos generales (*Pitachio e hijo*, *emporio* dice el cartel). Un redoble de identificación: Giovanni Guareschi, periodista como yo, siempre entregaba sus artículos al borde del cierre.

El arte es cuestión de escenarios y los puestos de la plaza, léidos en clave *revoltijo*, se merecían una bienal: frente a la estación, cubiertos por plásticos de colores, Orixá emergía de unas aguas de yeso con la expresión extraviada de María pintada por los niños del colegio de huérfanos, y la batalla multiplicada de San Jorge y el dragón —nieve cayendo sobre los santos bajo fanales de plástico transparente— hacía serie de mayor a menor como una familia de juguetes didácticos. Cientos de anteojos de sol convivían con las gorras que Perón combinaba con una moto y un par de perritos enanos.

Me acuerdo de un día cualquiera. Pasaron las damas del Ejército de Salvación de uniformes sufridos y capotitas adornadas con cinta de gros, las mismas que usaban cuando entraban a las tabernas a voltear con sus paraguas las botellas enfiladas frente a los espejos biselados de atrás de la barra, del otro lado del mar, en otro tiempo y otra lengua. Alabado sea Dios, alabado sea. Y pasó un coreano con un perchero de vestidos de lamé y polleras en forma de corolas como bomboneras decó, con el que tenía que sortear las piernas estiradas de los taxistas recostados sobre el capó del taxi abierto —música sobre música de los estéreos a todo volumen— esperando viaje. Un viejo se irguió rápido porque la ruedita del perchero le había rozado un empeine y luego se desplomó rencoroso en la cámara lenta del borracho amagando.

—Hermanos, ¿quién sería capaz de dar algo a cambio de nada? —gritó el pastor Rangone. Algunas manos tímidas alargaron un billete de cien australes. Rangone repartía plata a la multitud en partes iguales. Pero decían que ese Robin Hood hacía pases mágicos y que el ayudante rubio que recogía los billetes había sido mago en el hotel Marcone. A los pies del pastor había dos iguanas mansas como bambis.

—Las iguanas son de todos —decía el pastor antes de derramar sobre la multitud un manojito de medallitas de lata.

El polvo se acumulaba entre las crestas de las iguanas y, de vez en cuando, el pastor las soplaba o les pasaba un trapito. Entonces ellas hacían con la cola un tam tam furioso e inflaban su papada magnífica mientras cerraban el tercer ojo.

En la otra punta de la plaza dos hombres de túnica y largas barbas crearon suspenso hincándose frente al Latino Once. Alguien dijo saber que eran árabes y que rezaban en dirección a La Meca pero alguien dijo que esperáramos y se sonrió.

—¡Cuidado, no me pise ninguna que muerden!—intentó competir Rangone.

Al cabo de un rato, de pie, los de la túnica contaban con acento correntino la “legítima leyenda del pacto del Arco Iris”.

Yo no iba nunca a la confitería La Perla, por una cuestión de lealtad que nadie me pedía. No había sido hippie. Aunque hacía rato que en el baño se había evaporado el fantasma de Tanguito cuando improvisaba la letra de “La balsa”. La lambada estaba en el aire, salía de los negocios de la estación en duelos con el chamamé y la cumbia. Las cosas no se movían, se repetían como en un cine continuado.

Llegó la noche y relevó a los personajes. Un hombre flaco y elegantón en su traje cruzado le confesó a una mesa del Alex Bar: “A medida que envejezco siento que me voy convirtiendo en una palabra”. Por la plaza pasaron los parranderos rumbo al Latino, de saco blanco, pantalón pata de elefante y guayabera con nombres de lugares lejanos, imágenes de barcos, mapas o fieras salvajes —me visto con lo que nunca veré ¿y de ahí?—, ellas con remeras de escote bajo, jeans elastizados y chalinis de nailon. Del brazo todos hacia las marquesinas que dicen todavía “Compro, oro, compro oro y alhajas”. Todos. El salteño que vivía en Villa Devoto y trabajaba en Fanacoa, el santiagueño que había sido peón de una fábrica metalúrgica pero que entonces ya no, el obrero de la construcción a quien le gustaba Jorge Véliz y Los Caimanes Santiagueños pero más Los Hechiceros. ¿Estoy haciendo estereotipos? ¿Qué otra cosa podría hacer? Ellos lo harían

de mí. Mientras tanto no le hacían caso al yeso imaginario que envuelve la cintura de los porteños y entraban en el ritmo de los cuartetos con la pelvis sincopada en ráfagas que eran una profecía de Rodrigo. Bailaban con la doméstica que trabajaba en Santa Fe y Larrea pero se iba el fin de semana a la casa de la hermana de Florencio Varela; con la fabriquera de Alpargatas a quien el cuñado, sentado a un lado de la pista, bajo la humilde lucecita giratoria, le tenía el nene. ¿Los cuartetos? Entonces sonaban a una mezcla de guaracha y chamamé. Había que ver, entre las mesas y sillas con asientos de madera dura del Latino, el polvo levantado por los pies ligeros. Yo los había visto una vez porque era mejor oír la música desde allí que desde mi departamento, en donde me impedía dormir.

Sandra Opaco, vestida con un conjunto de André Courrèges que conservó durante casi treinta años, dio vueltas a la plaza. Sus tacos torcidos iban marcando el alquitrán fresco del camino central, el que llevaba al monumento a Rivadavia. Ansiosa pero discreta, miró a los hombres que pasaban con la expresión burocrática de una bailarina de burlesque. Sin embargo, en la yirada de la tarde, no había visto al colimba que se detenía, el uniforme semiabierto sobre el pecho, poniéndose a disimular las ganas de abordarla y mirando, como si fuera el mar de los románticos, el agua de la máquina roja donde nadaban los panchos, ahí en el quiosco. Sandra Opaco ya no buscaba signos escondidos. Sólo veía lo que ya conocía: dos o tres comerciantes de la estación aburridos de vegetar en los negocios vacíos y el coreano que no hablaba y cuya piel era tan delicada que para tocarla “hace falta aceitarse las manos”.

Yo quería arrancar el secreto de Sandra Opaco, captarla en ese instante de debilidad en que alguien se abre inevitablemente como la anémona de mar ante el veneno del pez payaso. Pero yo no hacía reír a Sandra

Opaco, le daba lástima aunque esa vez recibí la dádiva de su palabra.

—Señorita, ¿me permite?

—Zas, otra tortillera.

—Vengo de parte de Fernández.

—¿Quién no conoce a un Fernández?

—El del bar. Emilio. ¿No le avisó que quería hablar con usted?

—El tiempo vale plata.

—Justamente, ¿con cuánto la ayudo?

—¿Ayudarme? ¿Y a usted quién la ayuda? ¿No ve el papelón que está haciendo?

Yo puse cara de suplicante, pero Sandra Opaco odiaba las súplicas y fingía buscar en su cartera algún elemento urgentísimo que no encontraba.

El acuerdo: que le diera lo equivalente a un turno. Sandra Opaco no se privaba de humillar.

—¡Pagar por hablar! ¡Igual que los degenerados!

Se aflojó, al fin, luego de una copita de caña del tamaño de un vasito para baños oculares. En Alex Bar, con mesa en la vereda.

—Antes vivía en el hotel Cristal, pero cuando no pude pagar me pusieron de patitas en la calle. Ahora paro pero, por las dudas, no te voy a decir dónde. Cuando hay baile en el Latino me voy al hotel Luján y alquilo una pieza. Porque ahora, qué querés, para todo hay que invertir. Pago siete mil australes antes de las nueve de la mañana. Después gasto otros tres mil en entrar al baile. De ahí vengo con alguien, a eso de las cinco, seis de la mañana. Si quiero, me quedo hasta las cuatro de la tarde. Parece mentira, es cuando más descanso. Recupero la mitad porque ese día le presto mi pieza a un tipo que duerme en la plaza. ¡Qué desgracia! Antes dormían en el monumento, pero ahora los radicales le pusieron reja. Una vuelta, entre las patas de la estatua, encontré una gata con las crías. Le saqué una y la tengo en la pieza, escondida. A alguien hay que dar: lo que es para ella es para mí.

Antes de que me diera cuenta, se puso de pie mientras se bajaba la pollera y se levantaba la vincha sobre la coronilla.

—¿Cómo, nada más?

—Bueno, suponete que fue como con esos tipos que... ya sabés —y bajaba unos párpados pudorosos de cordero pascual.

—¿Que qué?

—Que enseguida hacen pssss como cuando abrís una botella de agua mineral.

Sandra Opaco se acercó a los puestos de la estación e hizo ventear de codicia las aletas de la nariz: veía una flor roja, inhumana, metida en un fanal transparente como el que cubre a los santos, grande como una lechuga. Alargó la mano, no deseaba comprarla sino acariciar la bóveda para comprobar si tenía la frialdad del vidrio. El vendedor, que dormitaba bajo una tela de nailon, le retiró la mano. Luego le tapó la flor con el cuerpo. Sandra Opaco sintió cómo la multitud que salía de la estación le rozaba las espaldas hasta moverla de su sitio. El vendedor volvió a sentarse pero permaneció con los ojos abiertos. Yo la miraba con piedad pero Sandra Opaco odiaba la

piedad y, moviendo sus cejas pintadas y casi ralas, me devolvió una mirada de duelo seguida de una indiferencia estudiada que —ella creía— se encontraba en el corazón de la finura. Luego ensayó la máscara de la tragedia y largando una ristra de puteadas sacudió el fanal como para romperlo y hacerle perder el agua. Después se reacomodó la vincha y cruzó Rivadavia como Delia Elena San Marco en ese poema de Borges.

Lo recuerdo pero, cuando lo hago, me dejo llevar por la exageración. Juro que fue verdad esa mesa de filósofos porque en el Alex, por la sexta cerveza, se armaba un banquete platónico de los dejados por la mano de Dios donde, si se era argentino y peronista, no se hablaba de amor. El *Gordo*, el *Jockey* y Don Pelegrino solían hacer de *medium* por turno para remedar la voz del General en los discursos de la clandestinidad. A la euforia del pasado se sumaban, ya entonces, la humillación y la derrota del presente. Recuerdo que una vez “levantaron” a un muchacho de la otra mesa que, según ellos, tenía cara de estudiante.

—Me llamo Ramón, pero me dicen *Rocky* —se presentó el muchacho que debía pesar los kilos de Charles Atlas en los tiempos en que era un alfeñique.

El murmullo de los nocheros apagaba la llegada de Ramoncito a la mesa de los notables que, habían confirmado, era estudiante, puesto que tenía “dos años de electromecánica”. Luego le escuché claramente:

—Hay quienes dicen que hay que amar al espíritu, pero yo digo que hay que amar la materia, porque el espíritu es imperecedero mientras que la materia es perecedera. Por eso ser bueno de verdad es amar a la materia. Porque el espíritu se cuida de sí mismo.

Lo decía inspirado, como quien escucha voces, pero en su énfasis había algo de declamación escolar y fervor actuado de evangelista. ¿Decía “perecedera” por “mutable”? ¿Había leído al Dr. Bunge y ya no consideraba a la materia restringida a todo lo que tiene masa o a todo lo que existe más allá de la conciencia? Había alcanzado Ramoncito un saber conceptual que me sorprendía pero que parecía natural a sus compañeros de mesa.

—Vos sí que sabés, Ramoncito, se nota que sos estudiante —y el *Gordo* ponía la cara de *Pichuco* levitando en Caño 14. Don Pelegrino parecía mirar a la antigua Grecia en su vaso de moscato y se inspiró:

—¿Y qué es la materia sino la Mujer?

El *Jockey* me tiró besitos, porque yo intentaba leer.

—Ay, nena, ya tenés como cuarenta años. A ver cuándo te recibís. Pelegrino ¿qué decís? Ah,

sí, y ¿qué más mujer que la madre?

El *Jockey* era así —murió de cirrosis en el Ramos Mejía—, podía hablar para los dos lados y, en las comas, mojar su bigote de anchoa en la espuma de la cerveza. Entonces, Don Pelegrino hizo un movimiento con el cuerpo que es el que suele hacer el alma cuando empuja para asomarse en bellas frases y eficacia retórica, y todos lo miramos con el corazón en la boca.

—La madre es una mujer muy rara.

Debían ser las cuatro de la mañana y el loco Juancho andaría entre las mesas vendiendo flores que le robaba a la Virgen de Luján de la estación. Los ómnibus de la compañía Río de la Plata, grandes y aludos, con sus vidrios polarizados corcoveaban por La Rioja intentando salir a la provincia. Por Rivadavia, los patrulleros se deslizaban como sobre *moquettes* a paso de hombre.

—Ramoncito, cómo sabés, se nota que sos estudiante —repitió el *Gordo*, largando unas lágrimas de cocodrilo.

De pronto se hizo un vacío, de esos en donde siempre hay alguien que dice “pasó un ángel” y disipa la angustia o el aburrimiento en lugar común. Ramoncito cambió de tema como quien pasa la hoja en un libro o de la materia para un examen, con la esperanza de poder recordar lo que había estudiado de memoria. Para concentrarse agachó la cabeza y se golpeó las sienes.

Quería estar a su propia altura de Alcibíades de los corrales. Entonces empezó a decir: “La democracia... la democracia...”. No había caso, la idea no salía. Se pegaba un golpe tras otro, ahora en la frente, mientras intentaba acordarse de alguna definición del libro de Instrucción Cívica: “Es el gobierno de... la democracia, es el gobierno de...”.

El *Gordo* y Don Pelegrino se apoyaban en la mesa como si estuvieran convocando a una reunión espiritista. Por la expresión de los rostros ya empezaban a doblar el codo de la violencia. Ese Ramoncito, ¿quién lo conocía? Seguro que no había estudiado electromecánica. Negro versero. Entonces, Ramoncito se puso de pie:

—Ya me acuerdo, la democracia es el gobierno del cuerpo.

En el cartel del Marcone estaban las fotocolor del grupo Los Dandies y Costa Brava, las reinas de la belleza de cada noche con su banda de raso y su cetro enchapado en oro.

Don Pelegrino había dicho:

—Vamos, profesora.

Pagué mis whiskies y los seguí.

¿Por qué se me aceptaba entre aquellos que me llamaban “la profesora” y de los que siempre recibí un respeto protector? ¿Porque era rubia (relativamente), pertenecía a otra clase social, porque “estudiaba”? ¿O porque en el bosque de la noche no se hacen preguntas? Pero las damas no suelen beber tanto alcohol de cuarenta grados, al menos en público. Lo cierto es que, a pesar de haberme visto llorar, ayudado a cruzar la calle, alcanzado pacientemente los libros luego de que le echara un chorro de soda en la espalda a unos policías, creo que en Alex Bar siempre fui considerada una dama. Por algo don Pelegrino me había bautizado *Jackie*, o solía presentarme como la Carolina de Mónaco del Once. ¿Una dama? Todo alcohólico ignora en qué momento exacto pasó de ser Dr. Jekyll para convertirse en Mr. Hyde. Pero mientras escribo esta frase de conversa, soy consciente de que, como todo alcohólico, soy incapaz de sostener mis palabras con mis actos y eso, lejos de avergonzarme me provoca un vago orgullo o una pacífica indiferencia.

Decían que en el ambiente del Marcone había muchas enfermeras, que cuando alguien se descomponía, venían tantas a ayudar que terminaban por quitar el aire. El Marcone tenía una escenografía de arcadas de madera y telón morado a lo Argentina Sono Film. Tranquilizada por la aparente autoridad del metre, me senté en la semipenumbra junto al velador con flecos, plisado y de color rosa como una cortina de teatro. De la cabeza del vocalista salían refucilos de gomina. Él retenía la voz para alardear de su ventaja natural. Debían de ser postizos, pero en sus dientes blancos parecía estar la muerte, no la de la figura medieval que amenaza con su guadaña el lecho de los agonizantes, sino la de los que se estrecharon entre machos en el abrazo de la primera milonga; la que dormita en las manos robadas del General que —dijo alguien— pronto se venderían en forma de matrices mortuorias protegidas por fanales de acrílico como la flor que deseaba Sandra Opaco, allá abajo, en la plaza. El whisky pegaba más porque estaba bien servido.

Miré sin nostalgia a las parejas que se abrazaban en la pista entrecerrando los ojos para perderse mejor en el mapa del salón, todos elevados hacia lo alto como si intentaran liberarse de la carne porque el tango es la asunción laica que va del barro al cielo y nos purifica sin mediación —pensé al tercer Old Smuggler— mientras los bailarines van extrayendo de él signos escondidos como los que las milongueras, al volver por la calle del pecado, hacían en el suelo con sus zapatos de taco tan fino como una aguja de coser.

“La danza que es más triste debajo del cono azul”, dijo el vocalista moviendo sus manos delicadas que no ocultaban su deseo de ser una mujer.

Salí a la madrugada. Que nadie piense que todo estaba quieto. Las verdaderas ciudades son de neón, como Las Vegas u Osaka. Pero donde Buenos Aires salía para el oeste, la forma era el



reflejo de los semáforos en el vapor que la madrugada levantaba sobre la avenida. Esa donde, desde un tren, camino a Ramos Mejía, el poeta Fernando Noy vio el fantasma de Tanguito y de Miguel Abuelo ir en bicicleta a ras de las vías.

Allá afuera la pasión hervía en la violencia de los que se trezaron a la salida del Fantástico y el Latino, los que hacían trampa mientras jugaban a las cartas ante las mesas de cemento de la plaza remodelada. La sangre de los celosos se derramó por la vereda, allí cada provincia, cada arrabal, marcaba una ley que se defendía con el puñal o el combate cuerpo a cuerpo. La policía llegó tarde y de civil, para levantar coimas. Salvo entre los peleadores mimetizados en los recovecos de la plaza o que se disimularon en la vereda del Alex, haciéndose servir rápido un café con la astucia del camaleón calavera. Una vez más Emilio dijo que el baño estaba “en reparaciones”. Que la sangre no llegara al lavabo ni al váter aunque, a esa hora, la clausura se establecía para evitar la probable lanzada de cerveza agria, pizza y maníes.

Mientras el sol desmentía la hora del reloj de la estación, empezó el lento desfile de los camiones de reparto. Entonces, del piso del Alex Bar salió un montacargas herrumbrado que se tragó el pan y las medialunas calientes. Recuerdo a Sandra Opaco, sentada frente a una mesita de la vereda, luego de limpiar la silla con un pañuelito. El muchacho que descargaba gaseosas, con una faja de tela hindú en la cintura y el torso desnudo, no era para ella. Por eso dijo, mirándolo de arriba abajo:

—¡Salud! Hoy me voy a empinar la copa del olvido —y se bebió su vaso de leche caliente.

# LA PASARELA DEL ALCOHOL

Mi abuela golpeó a la puerta. Nada. Mi abuela golpeó de nuevo mientras sacudía la bolsa de las compras. Yo me aburría sobre el último peldaño de la escalera. Hacía pasar de un carrillo a otro aquella masa rosada llamada Fruna. Mi abuela miró hacia abajo frunciendo el entrecejo. Dos hombres esperaban. Eran policías, pero lo supe mucho después. Aún hoy me pregunto por qué ella me dejó asistir a toda la escena, si no se dio cuenta de que era peligroso: no era probable que me estuviera dando una lección. Tal vez, pienso ahora, la angustia la hizo olvidarse de mí. O carecía de una idea de infancia protegida de la visión de la desgracia. La luz que se colaba por la banderola del departamento cinco se apagó. Nos quedamos totalmente a oscuras porque yo no había encendido el automático. Pregunté si ya eran las siete y busqué con la mirada el banquito rojo que me permitía alcanzar la caja de la luz, pero mi abuela no lo había traído. Ella se encogió de hombros. Iba a buscar un martillo para golpear con él la puerta cerrada, dijo en voz alta. La violencia de su voz me sorprendió un poco. Algunos vecinos se asomaron desde la planta baja al hueco de la escalera. Miraban a mi abuela, que desde el primer piso miraba la banderola del departamento cinco. Detrás de la puerta cerrada se escuchó el crujido de la cama, luego el ruido del depósito del inodoro. Los dos hombres que esperaban en el zaguán le ordenaron a la gente que volviera a sus departamentos. Luego subieron de dos en dos la escalera: mi abuela los había llamado con un gesto de la mano. No recuerdo que hasta ese momento algo tuviera sentido para mí. En el cinco vivía Alcides Zubarán, el nombre más largo en los sobres de la correspondencia que yo entregaba, piso por piso, todos los días. No pensaba que era malo, que la policía vendría a buscarlo. Que de los dos lados habría armas. Me puse delante de mi abuela apretándome con las dos manos a su batón estampado. A lo mejor tenía miedo y no lo recuerdo. Mi abuela señalaba y explicaba primero la luz, luego la oscuridad en el marco de la banderola. Los dos hombres no la escuchaban. Uno de ellos buscó en el interior de su impermeable. El otro hablaba a gritos para el que estaba adentro. Gritaba y con el codo empezaba a calcular el peso, la resistencia de la puerta cerrada. En ese momento, creo, fue que me asusté, pero la tranquilidad de mi abuela debió tranquilizarme a mí también. Era como cuando temía la forma de una mancha de humedad y ella o mi madre me la “explicaban”. Mi abuela señaló una ranura de luz que se deslizaba a la altura del zócalo. Se abrió la puerta. Alcides Zubarán estaba vestido como para salir pero tenía la corbata floja y los ojos inyectados en sangre. Se había puesto violáceo a fuerza de apretar la mandíbula alrededor de su cigarrillo apagado. El músculo iba y venía por su sien y él, con el cuerpo, impedía el acceso al cuarto. Miró sin ver a mi abuela y dijo ¡adelante! Se hacía el

chistoso porque los dos hombres lo habían empujado para entrar. Él miraba las manos de mi abuela sobre la correa de la bolsa. Su expresión no decía nada o, mejor dicho, decía que no la juzgaba: en su comunidad de pobres, los valores se rendían ante cualquier chapa, de nada valían a una ex sirvienta los encocores de portería. Mi abuela, como todos los días, depositó sobre la mesa un pan flauta y 100 gramos de salame. Los hombres dieron vuelta el colchón y descubrieron en el elástico de la cama un polvo blancuzco que guardaron en una cajita de metal. Alcides Zubarán se rió tapándose la boca.

—Es cucarachicida —dijo. Debajo de la cama asomaba una escupidera cubierta con una revista de fotonovelas. Se sentó en la silla de mimbre pintada de verde en donde el sargento Vera —su compañero de pieza— armaba cigarrillos mientras él preparaba la comida: fideos o polenta sin salsa. Los dos hombres sacaron del ropero una gorra, una cartuchera con la pistola y la cachiporra con que el sargento Vera golpeaba el pasamanos cuando volvía borracho.

—Nena, ¿por qué no te vas a tu casa? —dijo uno de los hombres. No obedecí. A mi abuela pareció molestarle que me dieran órdenes en lugar de ella. Me dijo que me fuera y me fui pero antes presté atención interpretando que Alcides Zubarán alargaba las manos para ser golpeado con una regla sobre las uñas —se las solía pintar con esmalte transparente—, pero le pusieron las esposas. Nunca había visto unas pero comprendí para qué servían. Ahí sí, sentí el miedo en el sudor de las manos y la debilidad de las piernas.

Atravesé de un salto el umbral oscuro y bajé las escaleras. El corredor estaba desierto. Un vecino escuchó mis pasos y salió de su departamento para preguntar por qué no habíamos prendido el automático. Me senté ante la mesa de la cocina y esperé a mi abuela con la cabeza entre las manos. ¿En qué pensaba? Cuando entró yo estaba en Babia.

Un, dos, tres, cuatro. Los granos que mi abuela hacía saltar en el interior de una ensaladera luego de sacarlos de sus vainas, me recordaban el ruido de las goteras. El diario estaba abierto sobre la mesa. Mi abuela solía cortar los diarios en el doblez de los pliegues y alisarlos para poner en el baño. Pero con éste no lo hacía. Plegarlo y cortarlo para ponerlo junto a los otros pareció entristecerla. Entonces fingió necesitarlo para envolver las vainas vacías. Se decidió. Su alianza de oro, gruesa como la argolla de una cortina, brillaba sobre las vainas y se cubría de un jugo verdoso que se desprendía para caer sobre el diario. Yo protestaba. El jugo verdoso cayó sobre el rostro joven de Alcides Zubarán, manchó su traje de alpaca gris que yo conocía, manchó también la noticia de su deshonra. Mi abuela me decía “el pelo largo envejece. De qué sirve el pelo largo cuando se tiene más de treinta años: ganaría un sueldo más si no se pusiera los ruleros dos veces por día”. Yo no sabía de quién hablaba —¿de mi madre o de *la muchacha*?— pero me

parecía injusta, porque ella no recordaba su propia trenza que le llegaba a las nalgas y que trenzaba por horas y había aprendido a ocultar bajo un turbante en forma de rosca de reyes.

Cuando bajaba, cuando lo veía aparecer por el cono de luz que yo le hacía llegar hasta su piso, cuando apoyaba su mano blanca en el pasamanos de la escalera y hacía brillar todavía en la semipenumbra su anillo de sello rojo, yo sufría por el escalón carcomido que se adelantaba al umbral de la puerta y que todos saltaban indignamente. Alcides Zubarán pedía poco. Pedía que al salir él de su departamento en el primer piso, que carecía de iluminación, yo encendiera el automático de la planta baja, para que pudiera ver, luego de “hacer de memoria” la primera parte del recorrido a lo largo de las puertas de los departamentos tres y cuatro y el hueco de las escaleras.

Él cerraba con doble llave su puerta mientras imitaba con la boca el sonido de una flauta. Entonces yo arrastraba hasta la caja de electricidad el banco de mi abuela y bajaba la palanca, primero la roja de la planta baja, luego la blanca que funcionaba al azar, correspondiente al primer piso. Veía a veces una mano manicurada y sin vello adornada por el anillo con una piedra roja que llevaba inscripto en su interior un nombre masculino que no era el suyo. Veía la punta de unos zapatos de dos colores, con las punteras agujereadas como un colador, decorados con dientes de perro y cuyas suelas mostraban su color natural entre el taco y la delantera porque su dueño tenía treinta pares de zapatos. Veía también una gabardina azul en verano, una alpaca gris en invierno y unos tiradores que yo había visto antes, cuando Alcides Zubarán consentía en que le alcanzara el diario. Por capricho combinaba camisas oscuras con corbatas bordadas que hacían reír a los vecinos cuando lo miraban pasar, aunque no lloviera, apoyado en un paraguas negro de mango de caña, mientras eludía cuidadosamente las raíces que rompían el embaldosado de la cuadra.

Alcides Zubarán, me parecía, tenía ojos de poeta. Yo me quedaba a mirarlo salir pero antes le hacía un homenaje: subía a la baranda de la escalera por el lado de afuera que apenas dejaba sitio para un pie colocado detrás del otro, hasta llegar a la cornisa que sobresalía sobre la instalación de gas. Alargaba las manos hasta la pared de enfrente y, luego de colocar una de mis piernas en la cornisa vecina, soltaba las manos para imitar la compleja actitud de una bailarina acróbata. Alcides Zubarán tenía la delicadeza de dar la vuelta, en vez de salir directamente a la calle, para acercarse a la puerta de nuestro departamento, fingir haber venido de allí y verse obligado para abandonar el edificio a pasar bajo ese puente de penoso equilibrio —yo unía bajo mi entrepierna los bordes de mi pollera cuando él pasaba—.

Mi pasión por Alcides Zubarán no era secreta.

—Basta —me gritaba mi abuela cuando yo quería hacer mandados en el primer piso. Si llevaba el diario decía que tenía que volver porque me había olvidado de cobrarlo. Volvía porque Alcides Zubarán pedía el vuelto. Volvía porque tenía que decirle que iba a estar ausente por dos días porque mis padres me llevaban de vacaciones. Una vez él me había confiado: “El sargento Vera se prueba mis trajes cuando yo duermo, se prueba mis corbatas, mis zapatos, mis alfileres caros y de imitación. Yo me pruebo su uniforme. Sé de qué me disfrazo pero él no sabe de qué se disfraza cuando me usa la ropa”. ¿Alcides Zubarán se llamaba a sí mismo “ladrón”? Porque se lo pedí me mostró sus corbatas: una, a la que decía “importada” con una sirena en relieve, otra decorada con hipocampos de tela brillante, otra cuyo color cambiaba según el punto de vista. También me mostró un burro que largaba por el culo cigarrillos encendidos, hecho que me persuadió de no pisar durante algunos días su departamento.

¿Cómo sabía que había un paquete oculto en el ropero, un paquete a mi nombre? Fingía desmayarme, me arrancaba mechones de pelo, trataba de caer al piso con violencia para abrirme las rodillas. Mi abuela seguía pelando arvejas como todas las semanas al atardecer. Las arvejas seguían cayendo en el interior de la ensaladera mientras mi abuela me amenazaba con levantarse y darme una paliza. Escondida en el baño, agarré una hojita de afeitar y me corté los pómulos y la frente. Me senté después frente a la silla de mi abuela que, impasible, se puso a contar las arvejas. Luego se levantó lentamente. Trajo el paquete. Lo abrí; adentro había una bolsa de hilo trenzado con argollas forradas en rosa y blanco. Preso, Alcides Zubarán había aprendido a tejer.

A los quince años he derrapado en el colegio. La figura del *surmenage* justificaba mi sueño prolongado, mi mugre, las lecturas variadas, nunca completas, y la pose agresiva pero débil que se satisfacía con un encogimiento de hombros y la repetición con aire extraviado de un “te odio” que no impresionaba a mi madre. En una casa atea y conventillera no se cultivan modales y la falta de respeto es un mal menor, puesto que he dejado el colegio y pinto con tinta china unos retratos de pordioseros que copio de la revista *Life*. Las figuras tienen los ojos de bambi de los modelos de Carlos Alonso, el cuerpo cabezón y los miembros rígidos, ya que desconozco el cuerpo humano y mi trazo no tiene gracia ni destreza en esa línea negra con la que envuelvo todo para diferenciar planos monocordes y borroneados y engroso caprichosamente o afino sin seguridad; en esa línea está mi impericia de tímida que aspira al arte de denuncia y no copia del natural por su incapacidad para conseguir modelos vivos, quienes no se atreverían a atravesar la puerta de una doctora en Química y que, de acceder a posar, pedirían plata. Sin embargo me exhibo yendo a dibujar al bar de la esquina en donde tomo ginebra porque el dueño ha bebido durante toda su infancia —su padre era viñatero y pensaba que la fuerza, la alegría y el sueño fácil no debía negarse a los niños: la gradación debía equilibrarse con el tamaño del vaso y el agua— y me sirve en un vaso diminuto, lleno hasta la mitad, nunca dos veces. Yo tomaba a fondo blanco con repugnancia pero ya disfrutando del fuego áspero en la garganta y de una calma embotada, agradable. Entonces no me emborrachaba sino que tomaba coraje para aceptar la compañía de los otros: comerciantes judíos que venían a hacer un alto en sus tareas de sastres y zapateros, viudos dispuestos a llegar hasta el final del olvido y que había que arrear de las mesas cuando ya se habían bajado las cortinas, calaveras sin plata para viajar al centro. Ellos sabían que estaba matando a mi madre, decían, porque había dejado el colegio y no me dignaba a trabajar. Pero su oscuro resentimiento a la mujer con título —mi madre se hacía llamar doctora, marcando una distancia de superioridad— les hacía sentir pena por mí. Les gustaban mis dibujos porque eran tristes y cosmopolitas —chinos mutilados y cubiertos de harapos, negros que lloraban abrazados unas lágrimas gruesas como de glicerina, viejos dormidos junto a perros esqueléticos en cuyos cuerpos frotaba mis crayones hasta romper el papel y lograr el efecto pústula—, rasgos que todos ellos asociaban al arte.

Un día entró al bar un viejo bien vestido. Saludó a todos y ellos retrocedieron un poco en el

borde del mostrador, haciéndole vacío pero, poco a poco, se fueron interesando en lo que contaba con grandes ademanes ya entonados por tragos anteriores al que le alcanzaron de ginebra Llave. Conozco a Alcides Zubarán pero le tengo miedo. La edad ha creado un tabú entre nosotros. Cuando me recordó que le hacía el “puente de bailarina”, para que él pasara debajo, me sonrojé. Me hablaba como hace seis años, imitó el sonido que hacía con la boca desde su piso para que yo encendiera el automático y todos se rieron. Me invitó un vaso de ginebra luego de echar una mirada curiosa a mi cuerpo, al pulóver que no me marcaba nada porque no había nada que marcar. Bebí la ginebra despacio y me di cuenta de que comenzaba a resistir el alcohol. Alcides Zubarán contó que mi abuela lo había mandado en cana y todos se rieron porque era tal cual, no una metáfora. No dicen metáfora sino “el refrán”. “No te mandó como dice el refrán, te mandó de verdad.” Yo también estaba equivocada porque consideraba “mandar en cana” un modo de decir, y no como cuando mi abuela mandó a dos de la Federal al departamento cinco. Alcides Zubarán se bebió una ginebra tras otra mientras contaba historias en voz baja y los hombres acodados en el mostrador siguieron riéndose, silbando o diciendo qué barbaridad, qué bestias. De pronto, Alcides Zubarán se dio vuelta señalándome con el dedo y dijo con lengua bola: “*No placé*”. Me sobresalté. No comprendí la injuria pero vi en su mirada vidriosa un odio desconocido pero también la impotencia de quien ha vuelto al cuarto del que se lo sacó esposado y ahora está hecho una ruina pero que todavía tiene una bombita central, una cama turca y estufa de querosene porque mi abuela se lo ha reservado. Yo desconocía los términos del turf, su código plebeyo, pero el “no” pronunciado con malicia le prohibía a mi cuerpo —sospeché— la deseada belleza; de lo que fuera, estaba excluida. Pero en ese momento la ginebra me protegía y explicaba mi llanto que me limpié con el brazo mientras firmaba con ampulosidad mi dibujo esperando que Alcides Zubarán, que se había quedado sin plata y el patrón no le fiaba, saliera para mi casa, que ahora era otra vez la suya. Yo me quedé un rato más. El patrón comprendió oscuramente que mi llanto no era por la ginebra y no sé por qué piadosos permisos me dio otro vaso lleno al que agregó hielo. En la pasarela del alcohol está esta figura, la de Alcides Zubarán, la única bien trajeada, entrañable como las otras, pero no amiga, la única que tuvo una pasarela real, de manera que su desfile consistiera en descender mientras yo no hacía otra cosa que iluminarla.



DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN

“Según el diccionario —dijo la maestra— el litro es la unidad de capacidad del sistema métrico decimal que equivale al contenido de un decímetro cúbico.” Luego, acercándose al pizarrón, dibujó una jarra simple, casi un esquema en relación a la oscuridad del concepto. En el medio escribió: Un litro. “¿Entendieron?” Asentí. No había entendido pero simulé que sí inclinando hipócritamente la cabeza, la mente en blanco pero con el pecho oprimido. Yo era la mejor alumna: podía comprender ideas abstractas como las de miedo, alegría, furia, todas las que eran acompañadas por impulsos irrefrenables y la larga lista de agravios como “mentirosa”, “roñosa”, “maleducada”, pero la mayoría de las veces el límite de mi entendimiento eran los objetos visibles aunque soliera soñar despierta. Es decir conocía nombres de cosas y su sentido, más allá a menudo sentía una confusión que me hacía refugiarme en lo concreto. Literal, confundí el litro con su símbolo, su símbolo con un recipiente.

“Utilicen la página completa”, ordenó la maestra. Hasta entonces ese privilegio había sido compartido sólo por la letra A, la primera suma, Evita y la Casa de Tucumán. Abrí mi cuaderno y dibujé la jarra en el medio de la página. ¿Eso era todo? La miré con inquietud, detenida en su desierto cuadriculado. Yo padecía entonces de una especie de *horror vacui*. Una temprana pulsión barroca estallaba en dibujos de familias numerosas en las que todos tenían rulos, moños en las cabezas, en los zapatos, en el gato. Mi fruición por el estampado, hacía que lo utilizara en las cortinitas de las ventanas, en las polleras de las madres, en el empapelado de los fondos, en los marcos de los retratos de los antepasados que decoraban las paredes de las casitas (todos los niños son burgueses). Me convencí: el ascetismo de El litro arruinaba mi cuaderno pletórico de felicitados, cualquiera podía tener una página como esa. Incluso Rodríguez, que se sentaba en el último banco y no podía pasar de la etapa de los palotes. En el recreo me mostró triunfante su cuaderno: había dibujado el litro perfectamente, aunque un poco chico y ligeramente torcido hacia la izquierda de la página que estaba doblada en la punta —como se decía entonces, tenía una “oreja”—. Volvimos del recreo. Abrí el cuaderno y saqué la cartuchera con los lápices de colores. Sobre el litro dibujé un ombú en una maceta —habíamos tenido una clase muy aburrida sobre el árbol nacional—, una pecera con un pececito colorado, un florero con margaritas. Diseñé en la jarra un cuadriculado en rojo y verde, ya no era de cristal, me daba cuenta, sino de plástico. La maestra caminó entre los bancos mirando el litro. Miró el mío. Primero se sonrió.

—María Cristina, el litro es una medida, no un adorno.

Y me arrancó la hoja y pegó con goma un papel con el dibujo del litro original, pero con tinta roja. Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Se trataba de una cosa seria: aunque yo lo ignorara, lo que se estaba discutiendo era el logo de mi destino.

Al principio dudé. ¿Lo hago? ¿No lo hago? Luego cerré los ojos y volví a dibujar el ombú, la pecera, la jarra de flores (jarra sobre jarra: arte conceptual). Como años más tarde el beber, *no había podido evitarlo*. La maestra volvió a mirar mi cuaderno. Sin decirme una palabra, casi agujereando la página me puso “visto”, ese eufemismo de “mal”, “muy mal” o “pésimo”; verdaderas aves en vuelo en el cuaderno de Rodríguez. Entonces me puse a llorar a los gritos, quise hablar, no pude, la mirada de las víboras de la clase me indicaban que estaba dando la nota. Entre hipos, sorbiendo los mocos, pensé en la soledad del litro, su desnudez. La maestra y el resto de las alumnas se reían. Imaginé que, con cuidado, despegaba el papel y limpiaba con la goma de borrar mi dibujo. Ignoraba que era hacer trampa como cuando con mi lapicera de baquelita pasé tinta azul por las correcciones en rojo que me había hecho la maestra de mis faltas de ortografía y de acentos. Creía restituir un equilibrio, el azul armónico de mi letra redonda, sin sobresaltos.

Recuerdo esta escena pero he olvidado mi humillación y mi vergüenza, quiero decir que la recuerdo pero sin emoción como un paso de comedia cuya moraleja es que a partir de ese día, al menos por mí, el litro nunca volvió a estar solo.

Como para mi madre, quizás por una deformación profesional, hay que decirlo, todo roce era peligroso, y todo beso un intercambio de microbios, la epidemia de parálisis infantil le dio nuevos argumentos para que un algodón embebido en alcohol se colocara entre el mundo y yo para protegerme: sobre el lomo del caballo de la calesita, en las manos, luego de jugar con los niños desconocidos de la plaza, en la palangana en la que prendía fuego para calentar el cuarto, seguramente más como un rito de purga medioeval que para improvisar un calefactor de pobre. Cuando íbamos de vacaciones, llevábamos, como si se tratara de un escudo de armas, la tabla del inodoro. Si era imposible infiltrarla en un baño que no fuera el del cuarto del hotel, mi madre entraba conmigo, sacaba la botellita de alcohol y frotaba la tabla durante un tiempo que siempre parecía excesivo. En ocasiones también le prendía fuego. Usaba una dosis adecuada que no dejaba huellas. Era una verdadera experta. Esta es otra de mis ficciones del alcohol y con un sentido psicológico: si colocar alcohol entre el mundo y uno significaba protección y seguridad, yo tomé el mensaje al pie de la letra.

Comencé a beber para ganarme un lugar entre los hombres. Imitaba una iconografía fuerte: Alfonsina en el Café Tortoni, Norah Lange en el Auer's Keller. Como Alfonsina, quería un hogar contra el hogar, ser la mujer de las medias rotas —una gota de esmalte detiene la corrida—, la varonera ante cuya sorna se ponen a prueba las teorías, la amada vitalicia pero protegida por el tabú del incesto a la que se descubre de pronto como la amante más fiel aun en su traza impostada de penderciera. Estaba convencida de que, más que ganar la universidad, las mujeres debían ganar las tabernas. Era la época en que el antipsiquiatra David Cooper denunciaba a la familia como lugar patógeno. Y la familia —agregaba yo— no se opone al mundo, sino al bar. Me hubiera gustado uno de esos que se parecen a los despachos de refrigerios del siglo XVIII, donde se ponen en suspenso los sentimientos personales, la profesión, la clase; y, con un protocolo afable, se habla de generalidades, siempre de alta filosofía: la vida y la muerte. Allí no hay estrellas. La intervención de alguien que acaba de llegar y apoya el impermeable sobre la barra, la caída de un cuerpo al suelo entre los maníes, la canción espontánea conocida por todos, democratizan *la puesta* del alcohol. Hasta los estados son para todos: euforia, beligerancia, depresión.

Yo solía tomar la comunión entre muchachos con la ginebra que Alcides Zubarán me había enseñado como olvido. En el Ramos de la calle Corrientes aquello que bebíamos —por transmisión oral, anhelo de pedigrí bohemio o estética populista— contradecía el eslogan “La bebe todo el mundo”. En la imagen publicitaria había bebedores desde la punta de un pico montañoso hasta el pie de una avioneta, la copa de ginebra se veía en la mano de una campesina holandesa de cofia con orejas o en la de un clubman vestido de jaquet. Pero nosotros bebíamos ginebra porque queríamos escribir; ya comprendíamos que en nuestra literatura la ginebra es *estructural*: beberla nos hacía *pertenecer* y los personajes de los cuentos que escribíamos bebían ginebra cuando todavía nos pedíamos recios y perdedores y nuestra poca monta social era un orgullo de malos ficticios. No por simple líquido, la ginebra es menos importante que la muerte de Beatriz Viterbo como condición de “El Aleph”, es el argumento químico del *disgraciarse* de Fierro, antes de lanzar la injuria que terminará con la muerte del Negro (“Va... ca... yendo gente al baile”). Es que el porrón es el embajador del cuchillo: antes de que el rival se venga al humo. Al Negro la ginebra *le pega* dos veces: desde la copa y desde la botella que Fierro le tira antes de ensartarlo. Cuando Cruz y Fierro se van al desierto, el beso por turnos al porrón es la garantía de que se trata de una de esas uniones homosexuales con instintos coartados en su fin como llamaba

Freud a la homosexualidad sublimada del *macho a macho*: “Lo agarramos mano a mano/ entre los dos al porrón:/ en semejante ocasión/ un trago a cualquiera encanta;/ y Cruz no era remolón/ ni pijotiaba garganta./ Calentamos los gargueros/ y nos largamos muy tiesos,/ siguiendo siempre los besos/ al pichel, y por más señas,/ íbamos como cigüeñas/ estirando los pescuezos”. El porrón que pasa de mano en mano, los gargueros calientes, y el estiramiento de pescuezos me hace pensar en una felatio por turnos. El trago es también un buche, el antiséptico generoso en medio del olor a sobaco, a cuero que se soba para improvisar un techo y a brasas apagadas con un chorro de orina. En el *Martín Fierro* que habíamos leído en casa, en la edición del Centro Editor, con esas ilustraciones que parecían las de un Greco mamado, leíamos la tensión dramática de ese contrapunto que antecede al de las guitarras y al de los cuchillos, el del golpe del vaso devuelto al mostrador luego de ser apurado a fondo blanco y el tintineo de la moneda que recoge el pulpero.

Mi amigo de estaño y de copas del estribo que siempre son varias, Miguel Briante, escribió un cuento donde el empine de ginebra del bolichero Arispe es equivalente al disparo del padrino que marca el comienzo del duelo, en este caso el duelo más original jamás contado: uno que quiere ganar, dispuesto a todo, se corta una mano con el cuchillo y la arroja con la taba.

Qué argentino: la ginebra de la gauchesca sería un producto holandés según el gusto alemán. La Bols se promociona como “Zeer Oude Genever”.

Cuando la vieja bohemia porteña hecha de periodistas, diputados, chorros o mixtos de todas esas calañas que fue mi ideal de juventud, perdió la legalidad del ajenjo en boliches como lo de Luzio o el bar Inglés, la ginebra no habrá sacado ningún Rimbaud, pero nos permitió una nostalgia del barro al alcance del bolsillo free lance; por los sesenta y setenta nosotros la tomábamos de parado o a la mesa y, si pegaba fuerte, no era porque tuviera más alcohol que el whisky sino porque el bajo costo permitía estirar el momento hasta *la del estribo*. En La Giralda, si nos alcanzaba la mañana, tomábamos ginebra en una de esas copitas a propósito que son como un vaso para baños oculares pero con tallo, sin lugar para la herejía del hielo y bastante difíciles de llevar a los labios —se las sirve llenas hasta el borde— sin volcar a la tercera vuelta. Me parece que era Bols, esa ginebra. No importaba, como no importaba que la marca tuviera como eslogan “cada día *una* copita” en donde el subrayado introducía una retórica higienista, ni que se haya adecentado para el hogar en licores de nombres cipayos como *curaçao*, *oragnac* o *parfait amour* que se envilecían aún más en los ingredientes de Doña Petrona C. de Gandulfo quien llegó a recetar *niños envueltos al triple sec* y *flan de advokaat*. Qué ascazo. No importaba, total, rara vez alguien se volvía a la casa antes del amanecer.

En *La Desabrida*, la casa del Tigre, supe destilar una ginebra hecha a base de bayas de enebro maceradas durante veintiún días en alcohol fino y emparejada hasta el litro con agua destilada y agua a secas. La mezcla no estaba nada mal considerando que me faltaba el alambique, pieza que, al parecer, es imposible de conseguir dentro de la legalidad aunque un lector de *Mecánica Popular* me prometió fabricar uno con ciertas piezas de un calefón Orbis. Alguna vez vi entre los vidrios especializados de Jacobo Rapoport, en su local de la calle Venezuela, formas que me hubieran sido utilísimas pero la mala conciencia me impidió pasar por química. *Mi ginebra* daba una coz interior que hacía ver las estrellas pero resultaba amable en épocas de frío e inundación.

Mis temporadas en la isla eran intermitentes. En la última ya no “destilaba”, bebía de las pocas bebidas que podía conseguir en la lancha almacén, en el restaurante El Hornero o en el muelle junto a Gumier Maier, frente a la casa que se había comprado y era honda y llena de recovecos como una mansión, podrida en partes por las sudestadas y por eso siempre en refacción — mostraba unas entrañas caóticas de leños apilados, bronces señoriales y aparejos de pesca alguna vez suntuosos, un par de remos ingleses de antes de la segunda guerra—.

A veces *paraba* y Gumier Maier consentía en acompañarme. Entonces los dos nos poníamos de un humor imposible y peleábamos por cualquier cosa hasta que, de común acuerdo, alguno destapaba la primera botella y entonces volvíamos a reírnos y a recobrar el hilo de la conversación que siempre terminaba jocosamente con el tema de la muerte.

Las reuniones de familia siempre me parecieron un continente exótico. En mi casa nadie se cruzaba con nadie a la hora de la comida. Cada uno a su turno, una sucesión de espaldas encorvadas sobre un bife seco y unas papas hervidas o tallarines con aceite y queso de la dietética materna, un guiso condimentado sólo con tomate y una hoja de laurel, bocadillos de espinaca muy esponjosos o torrijas saladas y rellenas con carne o verduras, de la dietética de mi abuela cuyo plato fuerte era una tortilla alta y jugosa de la que podíamos probar apenas un cuarto, ya que su espontánea conciencia de clase le indicaba dar la mitad a la mucama y el resto a mi madre y a mí. La cocina de mi abuela era austera pero sofisticada en los usos del tiempo de cocción y la regulación del fuego, con pocas especias, como si la comida española hubiera venido directamente de la corona y la independencia tuviera que simbolizarse sin rivalizar en sabor con la repetida carne a la plancha.

En esa mesa nunca hubo vino. El té en vaso y sin colar daba por terminados almuerzos o cenas donde no había postre ya que la fruta se comía en cualquier parte de la casa y sus cáscaras eran arrojadas sin protocolo donde mi abuela pudiera recogerlas.

Mi abuela decía que beber le daba asco. Y aunque no lo llamara así, decía que era a causa de un trauma: era sirvienta en el castillo de un conde, debía ser cerca de La Coruña. No recuerdo el nombre del pueblo, cuando creí que lo sabía y que ella me lo había nombrado, lo busqué en mi primer viaje a Europa pero había desaparecido del mapa. Luego me di cuenta de que el pueblo tenía el mismo nombre que uno que figuraba en *París era una fiesta* y quedaba en la frontera francesa. No podía ser. Era un recuerdo erróneo, una *contaminatio* con ambiciones de genealogía literaria: un puñado de casas de piedra con cabras en el cuarto de abajo confundido con otro en donde el jet set practicaba sky y hacía fiesta negras cuando aún circulaban los títulos de nobleza intercambiados con fortunas norteamericanas. Yo no estaba segura de que mi abuela hubiera dicho “el castillo” porque el relato era de mi madre, pero el hecho de que el patrón fuera un conde parecía una prueba del sistema de señorío que llegó hasta el siglo XX; o la historia había sido magnificada y sucedió en la casa de un comerciante del pueblo sin blasones, no en las casas de piedra que guardaban hombres y animales. ¿Tendría cama, entonces, mi abuela? Cuando vivía, en medio de la noche, la oía gemir y retorcerse como si le doliera cada parte del cuerpo y con un ruido que me desvelaba. Mi habitación quedaba al lado de la suya y ella se negaba a cerrar la puerta intermedia. No se acostaba. Dormía envuelta en frazadas como dentro de una



carpa y no apagaba la luz del velador. Cuando yo entraba al cuarto para ir al baño, abría los ojos brevemente y los volvía a cerrar hasta el alba. Si volvía borracha me tiraba a sus pies para provocarla pero no le hacía mucho efecto. Me gustaba mirarnos reflejadas en el espejo del ropero; el contrapunto entre mis *hot pants* de raso negro y mis botas de charol hasta las rodillas y su bulto de lana, del que asomaba una nariz larga y un mechón de cabello blanco —a veces, emitía una débil exclamación: “¡Atorranta!”—, me parecía, daba para una foto en una revista de moda.

Las categorías morales de mi abuela eran secretas aunque rezaba con un bisbis desganado y nunca se molestó en arrodillarse. Si yo dejaba caer el pan decía un mecánico “el pan no se tira porque es el cuerpo de Cristo”; mostraba un palo cuando el gato se masturbaba con los almohadones y un día pronunció un enigmático “el gato es un hombre”, mientras se reía.

El conde la envió al sótano a buscar vino. Mi abuela vio las barricas alineadas a lo largo de un corredor oscuro y húmedo. Miró las canillas que goteaban y habían manchado el suelo que desprendía un olor rancio pero agradable. Fue caminando y recogiendo en cada barrica la gota que estaba por caer. Iba en zigzag y se iba poniendo alegre sin darse cuenta del porqué. Al llegar al final se sintió muy cansada y tuvo que recostarse. Su hermana la encontró dormida.

En el pueblo de mi abuelo también había un conde. Mi abuelo lavaba mal los vasos. El conde le señaló una mancha en una copa de cristal. Mi abuelo la limpió con el dedo. El conde lo despidió con un gesto. Yo nunca vi beber a mi abuelo pero la memoria jocosa familiar lo evoca caído bajo la mesa o ganando un concurso de natación en el Delta en el que se había metido por error, huyendo borracho de los mosquitos.

Mi madre bebía vino barato y gaseosa con mucho remilgo, levantando el dedo. Luego de la muerte de mi abuela, de un sufrimiento que la postró durante meses, aceptó por única vez una invitación a un congreso internacional de química. No levantó mucho vuelo pero para ella debe haber sido toda una aventura salir de la tierra donde había enterrado a su madre y quedaba yo, que ya no vivía con ella pero aún permanecía bajo su sombra vigilante y correctiva. Su viaje al Paraguay le provocó una euforia indisimulable, un cambio de rutina para quien solía cultivar hasta el cansancio un personaje trágico con su bandera de desdichas adjudicadas a la mala suerte y un origen de pobreza que se impone. En sus relatos entusiastas creí reconocer la desilusión de los anfitriones quienes, amén de regalarle un mantel de ahopoí y un barroco diploma que imitaba

el pergamino, la habían invitado a un restaurante de comida local acompañada por vinos carísimos que ella endulzó con irreverente coquetería luego de pedir con remilgos “un poquito nada más, sólo por esta vez”. Fuera de esas licencias era abstemia, aunque manipulara alcoholes de máxima pureza.

La sangre de mi himen, el dolor de su desprendimiento, me parecieron nada en contraste con la de cada mes que no era puntual. Su llegada era un cálculo que debía intentar, al menos cuando deseaba acostarme con alguien. Y la época exigía casi una militancia ejercida entre sábanas, una libertad que se acompañaba sin corpiño y, en la agenda, con la dirección de un médico capaz de realizar abortos y las mismas muchachas que nos acompañábamos por turno lo hacíamos con la liviandad de quien ejerce un derecho sin detenerse en los argumentos éticos. La píldora anticonceptiva puso orden en mis períodos hasta que alguien prohibió su abuso, recomendando la pegajosa artesanía del diafragma y mi grupo de amigas se avino a esa práctica defendiéndola en nombre del cuidado de sí. Las hemorragias volvieron. Mi femineidad era una esponja que se derramaba sobre las sábanas de mis amantes. No siempre era malvenida. Esa sangre pura de vena abierta o de crimen reciente alimentaba sueños perversos: el efecto de una potencialidad descomunal, un himen difícil y regenerable al infinito. No se oxidaba como la otra para despedir un olor ocre, dibujando una herrumbre de antigüedad acreditada de pergamino ilustre. Siempre parecía recién derramada. No era bien visto en el protocolo de alcoba de época negarse a sorber los bajos de la dama menstruante, de quien se decía que, en la fecha de sus mareas privadas, ostentaba una lujuria especialmente anhelante. Sentada sobre algodones, yo empollaba un mal que era al mismo tiempo tabú y signo de fertilidad, sólo que *en anarquía*.

Por entonces sucumbía a visiones autoescópicas. Mi conciencia machacaba en ese lugar del cuerpo en el que se alojaba un dolor extremo pero carente de tragedia, una formación benigna con la insistencia de una cabellera que crece.

RONDA

Yo sabía que el muchacho estaba loco. “Esquizofrénico” me traducía mentalmente para hacerlo pasar por el *quién es quién* de la época. Un valor agregado para la psicosis: la poética. Yo no creía en eso ni en el régimen de manicomio abierto, la institución debía ser proteica, no una madrastra. Que conservaran las rejas pero con claveles como los de la habitación a la calle de una manola. Sólo pensaba que era muy hermoso, sobre todo porque parecía ser indiferente a su propia belleza y bailaba en la multitud como si estuviera solo. Es probable también que de ese modo se ofreciera, como era probable que yo fuera sensible a una escena vulgar. Movía la pelvis y se acariciaba el pecho y las ingles en un gesto que hubiera resultado obsceno si no lo hubiera consumado un cuerpo urdido para las exactas coreografías del samba, por el mimetismo que se recoge país arriba, del otro lado de la frontera, adonde la marihuana —él decía “macoña”— era buena y ponía suaves los músculos. Fui a hablarle, entonada por uno de esos whiskies pálidos que se sirven en la disco en el interior de vasitos de cumpleaños saturados de hielo hasta el borde. Pronto empezamos a abrazarnos. El muchacho me contó que había estado internado, que yo era la primera persona que le dirigía la palabra en un año. Un motociclista conocido, compañero del diario en el que yo trabajaba, me advirtió que era peligroso: había incendiado campos en el sur durante una feria de artesanos, en algún brote había intentado matar a su pareja. Aludió con impertinencia a mis intenciones poco inocentes. Me conocía en la esfera de cierta autoridad. Su mirada maligna y, sin embargo, preocupada, me sugería que estaba chocho de acceder a lo que consideraría la zona clandestina de mi vida. Como solía hacer de zónza provocadora, yo acentuaba su impresión, componiendo un personaje de bajo fondo armado con trozos lingüísticos del mundo de la droga con el que yo no estaba familiarizada. Copié “macoña”, “dealer”, “mono”. No era una virgen exploradora sino una *enterada*. No me creyó. Pero el muchacho no era un desconocido, era el hermano de una joven redactora de quien era jefa, de buena familia, su oveja negra. Podía pedirle auxilio por teléfono haciéndome la filántropa luego de probar hasta dónde se podía gozar con él sin despertar su violencia. No había habido presentaciones formales pero como si. “Tu hermano está haciendo bardo”, diría. ¿De qué lado estaría ella? ¿Una tácita extorsión desde el módico poder se impondría a la voz de la sangre?

El muchacho vivía en un hotel pagado por su familia. Lo contaba confusamente; como a través de una campana de vidrio los datos iban cobrando sentido.

—Mucha pasta —decía el motociclista—, le estalló la cabeza.

Salimos del bar a la madrugada. El muchacho quería venir a mi casa. Percibí la frontera oscura, fascinante en donde un simple paso, un gesto, y se está *del otro lado*. Evoqué a esa muchacha que trabajaba en el manicomio y que se había enamorado de un interno. Describía la fascinación, el plan que se iba dibujando en su mente de cómo alquilar un departamento e instalarse en él, ella mezclando la terapeuta y la puta, para *tratarlo* hasta traerlo de *este lado* y lucirlo en los salones antipsiquiátricos. Que el niño salvaje deje de ladrar a la Luna y sepa doblar los dedos para sostener una copa de champagne, que Kaspar Hauser dirija un ministerio de otredad. La muchacha del manicomio era soñadora; “Sólo acá te ofrecen casamiento”, se extasiaba. Conductismo, cama y comida, eso daría. Las metáforas en estos casos siempre son territoriales. Yo sentía la *frontera* entre él y yo apenas nítida pero ya sentía también, muy nítido, el impulso de retroceder. El muchacho olía a sudor de miedo, a medicina fermentada, a vino viejo. Yo probaba con la lengua esa dieta nueva un poco agria, la desinfectaba con el alcohol que había tomado. Basta. Me asusté de ese cuerpo que me apretaba, de su voz anhelante, enojada. El muchacho no podía separarse de mí. Llamé un taxi. No se detuvo. El taxista no debió ver en el muchacho y en mí ninguna diferencia. Me acerqué al cordón de la vereda en donde siempre uno imagina la vía de escape. El muchacho se acercó y comenzó a golpearme. Gritaba “¡Mawashi Geri!”. Yo cerraba los ojos, una ráfaga de viento parecía despeinarme. “¡Mae Geri Kekomi!”. Otra ráfaga. Sin embargo, yo no sentía nada. Fui comprendiendo que me aplicaba golpes de karate que se detenían a un milímetro de mi cuerpo. Yo sólo percibía el vendaval de unos movimientos que me inmovilizaban de terror pero que no me tocaban. La gente pasaba sin hacer nada, alguno se sonreía. Yo debía transmitir complicidad, la de una entusiasta que participa de un jueguito perverso: mi cabello revuelto, mi rostro aletargado, mi pose vacilante, no expresaban un pedido de ayuda sino avenencia. Otro taxi se detuvo, el chofer nos echó una mirada, pareció dudar si recogerme o no, preguntarse si estábamos juntos el muchacho y yo o qué, luego arrancó. Se detuvo un camión de reparto de diarios. Un hombre comenzó a depositar la carga sobre la vereda. Le dije débilmente, mirándolo fijo a los ojos: “Necesito ayuda”. Continuó trabajando. No sé cómo me deslicé adentro del camión. Veía sobre las pilas el nombre del diario adonde yo trabajaba, la prueba diurna de mi diferencia con el muchacho, de mi “honra” estaba ahí. No podía usarla. Yo no podía decir “Trabajo en este lugar” y señalando mi nombre “Ésta soy yo”. Y luego de mí misma “Ésta *no* soy yo”. La mañana parecía inalcanzable. Un taxista pareció más persuadido de que debía liberarme de un peligro. O tenía el vicio de la salvación, tal vez en nombre de una hermana violada, de una madre a la que dejó morir bajo las patadas del padre. Claro que eso lo pensé más tarde. Me subí, arrancó dejando al muchacho atrás y, luego, cerró la puerta con fuerza; una breve compasión del canalla que elude consecuencias: miré por el vidrio de atrás para ver si no lo había atropellado otro auto.

Con el corazón en la boca me acosté junto a M. La abracé. Sin querer le eché el aliento. Se dio

vuelta de su lado. Poco después sonó el despertador. Se fue sin hablarme. Yo me tomé un sedante, apenas oí el portazo.

Al día siguiente el muchacho vino a la redacción del diario. Parecía manso. Lo alejé llevándolo al bar de enfrente. Comenzó a hablar en voz demasiado alta. Me pedía perdón, lloriqueaba. Provocar violencia en público me avergüenza mientras que mi propia violencia se duplica sin temer avergonzar a quienes la sufren. M lo sabe. Conocí moralistas que habían atravesado infinidad de escrúpulos para hacerse amantes de un jugador o de un ladrón: no me parecían cuestionables sino mala literatura, vivida a medias como nostalgia del barro, sufriendo sólo en la superficie las consecuencias de un compañero peligroso. Burguesita recuperada, yo quería liberarme del *loco* y que él no diera un escándalo en mi empleo pero sin llamar a la policía y mancharme las manos y la conciencia, ah eso no. Ayudarlo a sobreponerse, llamar a su hermana ni se me ocurría, toda remilgues, a esa altura su belleza me tenía sin cuidado. Un pánico virginal me cerraba las piernas bajo la mesa. Maquinaba toscamente “¡Ah, no, en el trabajo no!”. Y miraba por todo el bar para ver si había compañeros que advirtieran mi vergüenza. Había un redactor de la sección política hablando con alguien que aparentaba ser un servicio de inteligencia: la ropa civil de marino, los ademanes huidizos; yo también huía con el pensamiento a un refugio mental que no encontraba. De pronto el muchacho se puso a gritar mientras intentaba derribar la mesa. Decía que yo era una puta, que lo había provocado y que ahora me hacía la linda. Describía la pieza de hotel donde yo había gozado, mis gritos, el chistido desde el otro cuarto. No quise mirar a mi alrededor. La cara encendida, saqué fuerzas de conciliación, palabras que me brotaban y que iban tanteando el ánimo del muchacho que poco a poco se fue calmando y, con la cabeza entre las manos, se puso a sollozar abiertamente. Vuelta de la cordura social, ruegos de perdón, manos que por sobre la mesa buscaban las mías. Lo embauqué prometiéndole una cita. Salí corriendo del bar, y me metí en el baño de la redacción. No hubo comentarios, quiero decir en mi presencia. Lo agradecí. Por un tiempo dejé de ir al bar. Cuando volví a casa M había preparado comida. La abracé: ella se apartó y miró algo en mi coronilla. Tenía la cabeza llena de piojos.

# LA PASARELA DEL ALCOHOL



No se parecía a Oscar Wilde pero había una vaga reminiscencia en la mandíbula prognática, el peinado *en bandeaux* y ese tono cantarín que él no se avergonzaba de sostener hasta el agudo recordando al gritito femenino en un tiempo en el que cualquier conversación, por trivial que fuera, exigía los bajos poderosos del orador de barricada. ¿De dónde venía ese falsete que, en el cultivado aforismo llegaba desde do3 a si4 —aunque él no fuera sino un tenor ligerísimo, un virtuoso indiferente a la extensión y a la potencia, que se forzaba como rossiniano sin soltar un gallo—? Ahora no estoy hablando de su voz, empeñada en mimar como la de todos nosotros, aun los de izquierda, un dejo oligarca —y por eso era menos de vocalista que de *crooner*— sino de su estilo: frase por frase en un máximo de efecto para subrayar, con remates cómicos del archivo de la novela negra y de la historieta, rebuscadas metáforas modernistas y tuteos súbitos al lector. Un exceso permitido en diarios y revistas en una época donde se preferían las noticias narradas por escritores realistas y no por periodistas objetivos. Claro que a él quizás le hubiera gustado ser una especie de Lenny Bruce para poder paladear la carcajada y la sonrisa o la simple mirada de entendimiento entre quienes, visibles en un café concert de subsuelo, como lectores, jamás tienen cara.

Recuerdo a ese fantasma en forma de círculo de cabezas animadas bautizado *Los muchachos* como al juguete de madera en el que unas gallinitas pintadas y unidas con un hilo a un péndulo y que, mediante un movimiento acompasado de las manos, parecen picar por turno un alimento invisible. Los rostros permanecen borrosos pero me resuenan los tonos como si ellos —los muchachos— hubieran sido vocalistas. Osvaldo Lamborghini era *Pachequito* —masticaba y dilatava cada palabra como si mascullara— y, manierista en la escansión, solía lanzar un soplo de veneno criollo como si lo extrajera del anillo de un Borgia; Germán García, Alberto Castillo, porque arrastraba las vocales hasta hacer olvidar de qué sílaba provenían —eran las vocales de la conspiración—; y Luis Gusmán, en cambio, era Gabino Ezeiza en su única grabación del *Himno a Paysandú* —su voz parecía la de un muerto vivo o de alguien que tiene en su garganta de vampiro estalactitas y telarañas cristalizadas—. Norberto Soares *sostenía* muy alto el agudo como Ignacio Corsini en *La muchacha del circo* antes de la caída fatal.

Lo conocí como *dueño de mesa* en los bares de la calle Corrientes, alguien que acaparaba la

conversación con una seguridad total y un esplendor de recursos capaz de persuadir a sus compañeros de guardarse sus réplicas y no intentar empararle el ingenio, mucho menos con un remate que, de amagarse, solía recibir de él una severa descalificación mediante la burla o la ira.

Si antes era un joven brillante cuyos inéditos habían sido elogiados por un par de notables dados al padrinazgo, cuando comenzó a trabajar de crítico de libros en la revista *Primera Plana*, su influjo tuvo un espacio profesional.

La revista: una maniobra militar letrada de los azules en los tiempos de sus escaramuzas con los colorados que cortó el compañero Juan Carlos Onganía; vuelta a salir, la revista apoyó sin escrúpulos sus gobiernos de facto. En los reportajes, las celebridades eran titeadas por los periodistas, las introducciones podían pasar las cincuenta líneas sin un punto aparte, las notas no se diferenciaban de cuentos y las citas punteaban libros, películas y objetos de arte a la manera de instrucciones de un manual para ser un argentino moderno, la obediencia al eslogan de que el deseo es el deseo del otro en su acepción más pedestre: ir al quiosco de la esquina una vez por semana. *Primera Plana* tenía un estilo lo suficientemente original como para que no se sospechara que inventaba de acuerdo al modelo de la prensa extranjera de *Times* o *Newsweek*, asimilado al borgismo de tic pero, sin ser decorativo —regía el culto a la primicia, el análisis detallado e impactante, la importación puntual—, solía envolver cada tema en un celofán retórico que hubiera sacado de quicio al mismísimo Bartolomé Mitre cuando dirigía *La Nación* y estaba acostumbrado a los envíos de los poetas modernistas cuyos tamaños y adjetivaciones no dejaban lugar para la publicidad.

En la página de libros Soares publicaba a *los del canon en contra del canon*, nombres que dos décadas después serían los *cantados* de la narrativa y la crítica argentina. Nombraba para hacer existir lo que de hecho ya existía pero hacía falta que, elegidos por él, los nombrados salieran uno detrás del otro para cruzar la cinta de la época, lo que la crítica llamó después “el corte”, sólo que no era de ningún corpus sino de naipes sucios que Soares imaginaba arrojar ganadores en el futuro de la lengua nacional. No era la primera vez de la mayoría —ya habían sido difundidos en otros medios—, pero la revista de Jacobo Timerman era el *quién es quién* de los escritores modernos entre dos dictaduras militares: Antonio Dal Masetto, Miguel Briante, Jorge Di Paola Levin, Ricardo Piglia, Héctor Libertella. Demiurgo novato, Soares se hizo interlocutor enterado, un igual al que sólo le faltaba debutar con su propia novela.

Aparte de los talentos reciénvenidos, estábamos nosotros, los que empollábamos una vocación

lectora en donde los objetos eran tan vastos que apenas nos atrevíamos a probar en nuestros cuadernos siquiera un plagio de cada estilo admirado. Entonces eran muchos, en cuatro lenguas traducidas, amén de la nacional, aunque nos reconocíamos afrancesados en la teoría y dominados por Estados Unidos en la narrativa.

Él parecía entusiasmarse con nuestros pininos, y digo “parecía” porque su rostro radiante recién no ofrecía ninguna duda sobre su aprobación cuando los comentaba de manera que mientras hacía la *laudatio* del primerizo, el resto nos carcomiéramos de celos y de envidia. Como si su único juicio de valor pudiera, por sí mismo, poner en lo alto de una lista de *best sellers*, con nosotros como los únicos autores y lectores, un texto que, al poco tiempo —lo sabíamos—, bajaría a los últimos puestos, cuando una súbita inquina arrojara a Soares en contra de su autor si el pobre, en un descuido de su devoción, había incurrido en la apostasía de desplazar sus adulaciones o conseguido un logro bajo otro manto de poder, hasta obtener una colaboración en un diario o una reseña favorable a un primer libro, poder irrisorio para quienes no aprobaban en el espesor de nuestros mitos de iniciación con su neurótico y precario sistema de inclusión-exclusión, veleidades de escritores sin la gatera de la universidad.

Su arte de la injuria era temible, sobre todo cuando la cobardía de todos los que no eran la víctima agregaba bocaditos contiguos del escarnio inicial, contentos de que no les hubiera tocado su turno de “puntos” que seguramente no tardaría en llegar.

Como todo maligno de pequeño formato, Soares se retraía cuando la víctima de sus favores concedidos a lo grande y retirados de la noche a la mañana era demasiado frágil y ni siquiera capaz de una protesta torpe o de un débil desplante. Entonces, arbitrario como nunca, daba marcha atrás y de a poco iba relativizando su crítica hasta invertir su sentido, a menudo con la excusa de una variable impuesta por una de sus lecturas recientes de los textos *que sí contaban* —los ensayos importados de traducción flamante, las declaraciones de un Borges o de un Onetti en la revista donde editaba y escribía—.

Yo quería gustarle más que a mis amantes aunque, lo sabía, su aprobación no se gastaba en argumentaciones, apenas consistía en pronunciar meliflua y masticadamente nuestro nombre seguido de una exclamación de la que se suponía que teníamos la contraseña; “¡El tono! ¡ese tono!”, decía, por ejemplo, y luego una desmentida cariñosamente devastadora: “Entre Virginia Woolf y Azucena Maizani”.

Lo que deseábamos de él no era exactamente aprobación sino que prescribiera los pasos a seguir de nuestras inclinaciones siempre fluctuantes, que leyera en nuestras pasiones y nos recomendara la bibliografía para cultivarlas.

Como a muchos periodistas no abocados a la novedad noticiosa, espías aferrados al teléfono en busca de las internas de los partidos políticos y los sindicatos o cronistas de la vida cotidiana al día de la fecha, ajustados al cierre “de sexta” —el último, destinado a no perderse el suceso mayor—, se le permitía escribir fuera de la redacción, prerrogativa de la que gozó también Rodolfo Walsh sólo que él tenía un mapa de investigación que no lo sacaba de la calle pero, por cierto, rara vez lo hacía quedarse mucho tiempo en la redacción de *Panorama*.

Cuando Soares estaba escribiendo en su departamento de la calle Rivadavia, yo, unos pisos más abajo, debía tomar mis recaudos antes de subir; sus horarios eran sagrados. De la mano de su mujer de entonces una serie de puertas se iban cerrando tras la de su estudio, del que no solía provenir ruido alguno. Una casual carcajada que lo alcanzara desde afuera podía desencadenar un veto —su mujer nos lo transmitía con un guiño de ojos—: de haber podido oír el tono débil, de furia corta, mirar su cara siempre burlona, el impacto hubiera sido menor y no el que imaginábamos como los estallidos sulfúricos de un Enrique Muiño cuando hacía tronar el escarmiento.

Histérico, luego de impuestos varios días de aislamiento voluntario para terminar un artículo, abría de pronto la puerta y proponía un tema risueño que nos apresurábamos a seguir, contentos como perros perdonados.

Entre sus adversarios fundé mi coto de caza amoroso aunque a menudo la acción se redujera a breves coqueteos. Ante los recién llegados a la tribu fui la soplona de los rituales que sobrevendrían, desenmascarando su índole caprichosa y deconstruyendo, sardónica y vengativamente, los trucos del líder para seducir e intimidar. Así desarrollaba un poder paralelo, eximida por mi sexo del cargo de traición —las mujeres están y no están en la tribu—.

Ciertos viernes o feriados, a los advenedizos, colados por la puerta de servicio, adonde íbamos a tantear el humor del día de nuestro amigo, él nos interceptaba para que no pasáramos de la cocina. Intrigante, nos ocultaba a medias ciertos preparativos. La bolsa de las compras vaciada sobre la mesa dejaba a nuestra vista los ingredientes del menú para una ocasión extraordinaria. El whisky importado, los panes artesanales, el jamón york, las aceitunas de frasco —la cultura gourmet era entonces casi inexistente— insinuaban la presencia de un notable. ¿Ricardo Piglia? ¿Víctor Massuh? ¿Josefina Ludmer? Nosotros espíamos el comedor con la mesa puesta en donde los individuales no eran los de diario mientras él dejaba caer un nombre propio, como al pasar, con un tono bajo y remilgado como si estuviera rompiendo las medidas de seguridad de

una célula revolucionaria. Copaba la parada del interlocutor privilegiado, intuíamos, ante un vitel toné o un pollo a la naranja que nosotros sólo habíamos conocido en la primera cena de seducidos. Narraba esos encuentros con muchas elipsis, aunque nos arrojara la limosna de una cita, tal vez exagerándola o inventándola, así aquilatava su propio valor ante nuestros ojos fascinados.

Nuestras madres pertenecían a la misma escuela teatral íntima —lo habíamos comprobado al intercambiar anécdotas—: la de las hijas de inmigrantes que conocían la teoría de la histeria por las ediciones de Tor, los gestos de las divas del cine mudo y de sus propias madres, con las que habían seguido conviviendo después de casarse. Sabían desmayarse sin quebrarse un hueso mientras amenazaban con matar o matarse, dominaban la erótica del mareo y de la parálisis parcial. Nosotros teníamos otro estilo, el del teatro independiente, sobrio en gestos, pero pleno de palabras nuevas: las del diagnóstico psicoanalítico y la ideología antiburguesa. Éramos un par de intrigantes, yo había aprendido de él a ocultar información a la plebe inquieta, a hacerme la misteriosa con mi vida íntima. A menudo jugábamos a que la única relación verdadera era la nuestra, que a la larga lo comprenderíamos y nos haríamos amantes, más felices por haber comenzado siendo amigos. Con ese jueguito no logramos el menor efecto en nuestras, a veces, no tan ocasionales parejas y algunos llegaron a reírse en la cara.

Pero había otros jueguitos en los que siempre estábamos seguros de ganar a costa de otros: no eran dañinos ya que los perdedores no se enteraban del todo ni de que habían jugado ni de que habían perdido. Eran rutinas zonzas. La de mínima era acercarse a una mesa, observar la situación con aire de misterio y luego, al descubrir a un amigo, diagnosticar en voz baja después de un ligero cabildeo “ciervo bebiendo” o “ciervo acorralado”. Citábamos el título de esos cuadros de cobre en relieve que Philip Marlowe encontraba en las casas de mal gusto de los ricos. Las metáforas exageradísimas de Raymond Chandler nos hacían reír, admirar y copiar de memoria. Nos servían para una rutina compleja de titeo en donde la tentación de risa a veces nos impedía llegar hasta el final. La usábamos con los nuevos, generalmente tímidos y expectantes, durante sus períodos de adaptación, a las maneras de nuestra mafia de bar. Empezábamos hablando en código, deslizándose aquí y allá un apodo en donde no se adivinaba el nombre propio, una anécdota hermética salvo para nosotros, una risotada a la que bastaba el mero comienzo de una frase para hacernos estallar en cloqueos de festejo hasta que alguno de los novatos comenzaba a hacer esa sonrisa boba del que no quiere pasar por no enterado pero tampoco tiene suficiente coraje como para exigir explicaciones.

Una sola vez alguien, que resultó ser un psicópata menos benigno que nosotros, estalló con una variante del dicho escolar y dijo: “¿Por qué no lo explican en voz alta así nos reímos todos?”.

Luego vino su ocaso, una vez desaparecida la revista, quizás por la proliferación del modelo *periodismo cultural* en diversos medios, por su cada vez mayor reclusión en casa. Entonces anunció que se concentraría en una obra. Y comenzó a llamar por teléfono para leer exiguos adelantos con un tono exultante.

Nuestra amistad tenía la edad de nuestro whisky. Las tres testuces cubiertas de tres razas argentinas de toros magnificaba la etiqueta del Criadores: los *creadores* ignorantes u olvidados del significado del eslogan “*The Breeder’s Choice*” hablábamos de Frantz Fanon, de Sartre y de Perón bajo los emblemas de la Sociedad Rural. En cambio Borges, que no aguantaba el whisky, se tomaba, de miedo antes de cada conferencia, una copita de grappa, o sea, él, al que considerábamos tan cipayo, cuando bebía podría haber dicho con su gusto espontáneo por la paradoja “*yo nacionalizo ya que la grappa es una bebida de italianos*”.

Se sentaba por las tardes ante su escritorio como si fuera en un inodoro y él estuviera constipado y necesitara paciencia y esfuerzo. Sacaba punta a tres *faber amarillos* y negros como si la futura copiosa producción requiriera del sacrificio de los tres. Usaba uno de esos sacapuntas en forma de U, sobrios y metálicos que exigían cierta habilidad talladora, una regla transparente para los subrayados porque no tardaba en pasar del cuaderno que cerraba con hastío, al libro en el que se demoraba. Poco a poco los ceremoniales de escritura se volvieron cada vez más visibles, los textos leídos en voz alta, repetidos mientras Soares persistía en la alusión literaria: la marca del whisky que se llevó parte de nuestro hígado era Poet o Elliot. ¡Nuestro hígado por un chiste de parroquia!

Comenzó a tomar notas en cuadernos marca Gloria mientras sus lecturas en voz alta disminuían porque los acólitos comenzaban a ralear, los que él había puesto por todo lo alto, a seguir escribiendo y publicando mientras él se eclipsaba.

Ya no se leía su nombre al pie de una nota ni se adivinaba su edición: *Primera Plana* era ya pasado y todavía un mito periodístico débil. Pero su personaje era muy anterior al de su resonancia pública. El dominio efectivo de Soares, sostenido por su firma y el número y la importancia de sus relaciones, fueron un énfasis no una causa. En todo caso, su estrategia, cerrada la revista, fue mostrarse como siempre: muy visible, muy por arriba de los demás. A veces, durante una reunión, alguien que se sentía vapuleado por la superioridad con que hablaba de literatura, sobre todo con su tono de jovial petulancia, le preguntaba qué hacía o quién era, entonces él se sorprendía un poco pero salía del paso con una réplica burlona y evasiva pero en la que la angustia, durante el habitual agudo de fin de frase, le hacía soltar un gallo. Luego se la

agarraba con nosotros por haber sido testigos.

En los cuadernos nos escrachaba; sus anotaciones, que sospechábamos impublicables *por no poder acabar* de madurar en un cuento o una novela, pendían sobre nuestras cabezas como espadas de Damocles: allí colocaba nuestros nombres mezclados con otros irrisorios para bautizar sujetos deleznales protagonistas de relatos de acciones patéticas. Soares se burló de Antonio Dal Masetto bautizando Giorgio Dal Masetto al personaje de un sketch que, sospecho, tenía dos finalidades extraliterarias: ser leído conspirativamente al aludido y tomar existencia ante Natu Poblet, salonera y librera quien probablemente nunca había invitado a Soares a sus tertulias, sucedidas años después de que él perteneciera al Gold Gotha de la prensa cultural:

“En eso andaba cuando sonó el teléfono. Era Natu.

—¿Cómo andás?

—Ando.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Tal vez un suicidio.

—Antes pasá por casa. Hago una fiesta, ¿tenés traje?

—No.

—¿Sombrero? (...)

—Creo que sí.

—Vení con el sombrero —dijo Natu.”

Jorge Di Paola devino *Zito Di Paola*, un industrial, coleccionista de piedras preciosas, dueño de una llamada “la rosa de los vientos” por la cual casi pierde la vida en *Ámsterdam*: “Zito Di Paola era un (tipo) bajo y fornido. Viéndolo, uno se imaginaba que en algún momento una plancha de acero de una tonelada se había posado sobre su cabeza impidiéndole crecer para arriba pero distendiéndole el resto de su cuerpo”.



Después de *Primera Plana*, Norberto Soares había conservado un trabajo fijo en el diario del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos llamado insidiosamente *Acción*. Era un trabajo liviano y rutinario en la sección cultura y del que no le llegaban comentarios de sus antiguos lectores: los miembros de los bancos suscriptos recibían el producto quincenal con una avenencia de afiliados pero en el correo de lectores se ocupaban casi siempre de la coyuntura política en clave corporativa, de igual a igual con los periodistas como si todos formaran parte de un foro en el que, por sobre los roles y las jerarquías, primara el interés común. Allí se lo trataba como a una antigua gloria un poco perezosa, el trofeo para exhibir como evidencia retrospectiva de que el Partido Comunista Argentino había sido alguna vez vanguardia cultural. El local del periódico quedaba por Congreso. Empezó a parar en un bar llamado El Senado. Llegaba a eso de las siete. Se pedía un JB, intercambiaba unas palabras con el mozo, se decía que para hacerse ver. Antes de comenzar a escribir, anotaba la fecha, la hora y el lugar, a veces el estado anímico. Luego venía el párrafo. No sé si se daba cuenta de que era siempre breve y autónomo, que ya en su apertura y remate existía un obstáculo para su continuidad, un llamado a que el próximo fuera borrón y cuenta nueva, si había próximo. Poco a poco el tiempo de los preparativos crecía hasta que no quedaba casi nada para la escritura salvo esos párrafos muy condensados, la mayoría de comienzos, llamativos y con gancho.

A menudo, luego de una catástrofe sentimental, de la que no se quejaba, sino que convertía inmediatamente en acopio para un futuro relato, en medio de un departamento al que acababa de mudarse, sin plata, apenas con la botella de Poet para palear un fin de semana sin salir y como si respondiera a una pregunta sobre su situación, decía con aire de triunfo “¿Sabés? ...*pero* estoy escribiendo”. Ese *pero* convertía el maldón en la mejor carta. El mito le daba de vivir.

De vez en cuando nos decía con misterio: “Estoy escribiendo un nuevo libro de cuentos”; poco después, luego de una pausa dramática, con todavía más misterio y bajando la voz como si fuera algo secreto y peligroso que pudieran robarle —nunca dudó en que se le creyera o no dio pie a tocar el tema— agregaba: “Uno de los cuentos se me transformó en una *nouvelle*”. Entonces nos leía algún párrafo de remate provocativo, por ejemplo: “¿Quién puede dudar a esta altura del relato que esta es la historia de una pasión trágica? ¿Quién puede dudar de que M.L. es un

asesino, aunque la justicia lo haya declarado inocente por falta de pruebas? ¿Quién es él? Buena pregunta”.

El mensaje era claro: lo que nunca veríamos —el texto completo— engrosaba. Todavía le teníamos miedo, una vaga aprensión a su probable repudio como un coletazo de su pasada influencia, y no lo desmentíamos, pero creo que ninguna de sus ex víctimas le tuvo piedad. Cobardes, nos burlábamos de él a sus espaldas por lo que nos había hecho sufrir cuando nos *ponía* y nos *sacaba* de moda. “Se nos ha convertido en una *nouvelle*” decíamos cuando alguien se mandaba la parte respecto de sus planes de éxito literario. Pero, a nuestro modo, éramos fieles. El número del relato sobre el cuento *ido en vicio* se repetía y todos seguíamos acordando haber olvidado la vez anterior. Que alguien reclamara el producto hubiera significado que no era *uno de nosotros*, un despreciable advenedizo que no tenía el código, si aparecía, éramos los primeros en apretar filas contra él sin reconocerle ni por un momento la pertinencia de su pedido: que se cumpliera un anuncio, preguntar por *el producto* luego de haber escuchado sobre su plan.

Pero igual seguíamos burlándonos. Por aquellos años la mística de la acción lo ocupaba todo, aun fuera de las agrupaciones políticas, no pasar de los proyectos era mal visto. Además él, mientras pensaba sobre el trabajo de los otros, nos había transmitido un modelo, aunque lento, hacendoso.

No estuve atenta a los momentos sucesivos de lo que podría denominarse *duelo por un brillo*. No lo oí quejarse pero, como suele suceder, cuando denostaba el éxito de algunos de sus pupilos de ayer transformaba su resentimiento en una ética de escritor cuyo proyecto abjura del centro y de las seducciones del mercado.

Dejó de visitar los cuadernos naranja (Gloria) en el 98, cinco años después de la salida de su único libro: *Gente que baila*. La procrastinación dilata pero no puede evitar el acopio. Eran cuentos, algunos de comienzos desopilantes. En “Clausen”, era una invocación con resonancias del *Facundo* (“Sombra terrible de Facundo, voy a invocarte”): “Sé que te vieron, Beatriz Adakian, una mañana florentina, tu cara vagamente oriental morena por el sol del verano, comiendo un sandwich de pastrami junto al conde Dalla Montagna, un cretino en la arena de Verona. Sé que esquiate junto al nieto de la duquesa de Alba, ese idiota, por los declives violentos de las laderas de Portillo, coronados de nieve impoluta, como los ensueños que iluminaron al joven Simón Bolívar en los días mansos de 1805. Sé que besaste un atardecer en Manhattan los labios canallescios de Quique La Niebla, a quien voy a cortar a navajazos apenas se me ponga a tiro”.

Esto es, para mí, escribir en agudo y hay un problema en extender un agudo hasta el máximo de las fuerzas —lo digo yo, podría decirlo él aunque los dos éramos (soy), prácticamente sordos—: *aguantar demasiado tiempo* sin un respiro no provoca el efecto deseado (el aplauso), lo que lo provoca es un párrafo para el subrayado surgido como una dádiva luminosa entre párrafos opacos o antes de uno definitivamente menor o comodín (“tomó el café a pequeños sorbos”), donde el lector embrujado pueda también, como decía Miguel Briante, “bajarse a tomar agua”. La potencia exhibida sin pausa resta el valor, instala —siempre hablando de estilo— la nostalgia de una nada en la que pasear los ojos hasta el próximo *aria*.

La gente que baila son psicóticos de barrio, locos de la guerra, miembros de un hampa a lo Dario Argento; pícaros de una picaresca que no tensa ni la lucha de clases, ni la viveza criolla, ni el destino trágico sino un golpe de dados. *Un azar* alejó a Eva Fischer del amor (iba a la casa del hombre que la esperaba observando unos gatitos recién nacidos) y la llevó en taxi hacia Odessa. Popy Bernstein se olvidó de su plan de suicidio porque se distrajo escribiendo su autobiografía. La polaca Toni Pollak, sobreviviente de un campo de concentración, abandonó al sensual Pipo Trespiernas (su nombre lo dice todo) por el enajenado Josef Spatz (pantalón pijama, borceguías y capote militar) en nombre de una lengua perdida: el polaco. José Santaló, dos veces bajo tratamiento psiquiátrico (a veces se sentía mujer), encontró la voz del general Perón en el cine Olavarría de Villa Crespo, entonces adquirió la certeza de que “el viejo no nos iba a fallar, lo de la muerte era una táctica”. Ningún segundo plano para ellos, nunca mutis por el foro, ningún

atributo flojo, sólo densidad de destino, peripecias de alta complejidad absurda que sólo aumentan y aumentan hasta que *el autor simplemente se va*. Recuerdo que no había finales felices ni finales trágicos, había vueltas de tuerca: soluciones imprevistas, abruptas, como la que propone Jules Feiffer en *Harry es un perro con las mujeres* cuando, en lo más caliente de la trama, cierra el libro con la frase: “Entonces murió Harry”.

En *Gente que baila*, como narrador omnisciente, Soares *se hacía notar* al igual que en la vida real y, al voto convencional de abstinencia e invisibilidad, lo recubre con el histrionismo del animador de un parque de diversiones. Copio: “Estos son Luna Cassorla y el Popy Bernstein. ¿No encajan uno en el otro como anillo al dedo? ¿No son tal para cual? Todos pensamos que sí. Luna dijo no”. Probaba el efecto cómico de los nombres de sus personajes y nosotros nos reíamos porque escondían resonancias pedestres, como en las piezas de los departamentos de Villa Crespo en donde nació, la escupidera o los frascos para las ventosas: Luna Cassorla, Miranda Lamour, Boom Boom Melito, Charly Canapé.

El libro apareció y, como suele suceder, pasó poco. Soares no era un joven debutante a promover como flamante objeto de consumo, entre los críticos debía tener enemigos o *lo que no pasó* no pasó por un azar de tantos. ¿Y qué sería que pasara?

Ya entonces se había eclipsado en los monoblocks de Catalinas donde el teatro amateur y los asados vecinales le acercaron amigos a los que, de cruzárselos años antes, hubiera ignorado por escasa rentabilidad conspirativa debido a sus mímicas de segunda generación de una izquierda que él había condenado a la biblioteca realista cambiándola por su serie de los sesenta. Se eclipsó también de los medios o apenas los frecuentaba como redactor y adquirió ese síntoma de los colaboradores salteados: comentar la nota de un día durante una semana, invitando a desentrañar sus capas de sentido en una época en la que los expertos empezaban a concluir con sus encuestas que es preciso multiplicar los títulos en volantas, bajadas y cabezas porque el lector apenas ojea y mucho menos guarda ejemplares cuya lectura planea degustar más adelante, quizás en medio de un fin de semana hacendoso entre el armado de una estantería y un hobby de cuartito del fondo y termina por olvidar en un archivo casero.

Los Gloria, nunca llenos hasta el final, contenían cada vez más anotaciones hechas con una idea de sí mismo que ya contaba con la posteridad: “Todo gran escritor propone o postula una forma de leer. Su propia escritura *es* esa forma de leer”. Pero junto a esas anotaciones ambiciosas empezaron a aparecer mensajes domésticos (“Eva: comprale 1 kilo de carne picada a Dash, besos *Papá*”), listas de supermercado (“leche descremada, un Bimbo marmolado, Higienol Export, papel común, jabón tocador, jabón de lavar, un Fargo rodajas finas, lata jardinera”), datos sobre una salida o un paradero (“Bajé un minuto a lo de Elba”), el mínimo figurado de apuntes para un cuento (“*Otro posible final*: Marcos abre el sobre ¿qué leyó? Lo mismo que ustedes ¿se dan

cuenta por qué no hay huellas digitales en el cuchillo?”).

Lo sagrado del carnet de escritor se siguió respetando: sus páginas no se arrancaban pero aparecieron coautores. Hacia el final, en el último cuaderno, junto a un registro de diario íntimo fechado cuando ya no vivía, hay letras de rock seguramente de su hijo Lucas, las dos cosas con otra letra: los Gloria se socializaron a la manera de la herencia familiar. La esperanza de lectores pasó de la posteridad imaginaria a los hijos como si el legado hubiera vuelto a casa luego de una loca esperanza de expansión.

En la década del noventa vive con Bea, una mujer que vende espacios de publicidad y lo provoca para que los dos unan sus saberes y eliminen la figura del patrón, encarándola ellos mismos bajo la forma del matrimonio pyme (entonces no se llamaba así). Se le ocurre o se le ocurre una revista para la Cámara Argentina de Fabricantes de Golosinas y Afines. Conseguir avisadores no se parece a trabajar sino a apostar a una ráfaga de suerte luego de un severo análisis de probables resultados halagüeños para los que se consulta a las antiguas estrellas de las revistas de Timerman, al vecino cooperativista, a algún escritor que había sido millonario y ejercía su retórica improvisando sobre economía y dándose dique de sus contactos en los servicios de inteligencia, en la cúpula militar, en las reuniones de Martínez de Hoz.

Por esos años lo veía poco. No conozco el relato de su empresa. Pero estoy segura de que no se trataba de ese trabajo antípoda con que los escritores “puros” se niegan a vivir de algo que siquiera se parezca a la literatura a la que tratan como a una amante enferma terminal de un mal que mina sus defensas vitales, una paliducha infectable por una nada y que por eso debe permanecer en una burbuja aséptica. No parecía imitar al Henry Miller, que trabajaba contratando y despidiendo repartidores en la Compañía Telegráfica Cosmodemónica de Norteamérica, ni al Bukowski del Correo Central de Los Angeles —¡diez años allí!—, ni al Martínez Estrada que se jubiló en el Central de Buenos Aires sin ceder ni una moneda al proyecto de su amigo Quiroga: la fabricación industrial de extracto de naranja. Para Miller y para Bukowski, el trabajo extraliterario era un noviciado en donde afinar la observación y acopiar referentes para invertir en las ficciones autobiográficas. A Martínez Estrada el Correo le permitió liquidar de una vez y para siempre el tema del dinero y modelarse en un orden necesario para después dedicarse entero a la violencia de la diatriba, después de todo, para agitar una melena, el león debe tener una cabeza pegada al cuerpo. Una sucursal de Correo como lugar de trabajo para un escritor ameritaría una tesis. Los escritores de civil contratan a los que entregan en una ventanilla los textos que los que no saben escribir escriben a otros que tampoco suelen saber escribir o no saben que lo saben, en sobres cerrados que pasan por las manos del remitente y su corresponsal y en el caso del rubro *telegrama*, escritos por alguien que es casi la antítesis del escritor de oficio: sintético, pragmático, fulminante.

A Soares, la vida literaria en donde nada deja de ser literatura, hasta no necesitar de la literatura misma, lo hacía prescindir del material “cantado”. La revista parecía un medio para sostener los gastos de un amor pasión que citaba al Joyce que se gastaba el último préstamo en ostras en el Ritz mientras Norah fingía no enterarse, a los Fitzgerald entrando en una fiesta ya acostados en la alfombra por el alcohol y con los bolsillos vacíos para el taxi de regreso: el de Soares y Bea.

La semana del batacazo —los hubo durante un tiempo— los pies de la pareja apenas tocaban la calle entre el remise y los salones de Happening. Entonces no había que detenerse en el menú con el dedo apoyado en el margen derecho y evitando los números de tres cifras. Los sosías de Scott y Zelda se reacomodaban al guión de *¿Quién le teme a Virginia Woolf?* que terminaba en risas, rencores ventilados en público y *buena escritura* en una réplica o un remate brillantes, un poco polvorientos, eso sí, usados antes del sopor del día siguiente con el perro Dash jadeando junto a la cama, urgido por comer y salir a orinar. Luego venía la caída, los arrepentimientos del empresario al que ya no se lograba contactar directamente, los porcentajes retrasados y entonces salir del edificio sin ser vistos para evitar el reclamo del almacenero, prometer al chofer el *toco* de golpe que siempre rinde más siempre que no se esté ahorcado por cuotas fijas o créditos de vivienda.

Yo pensaba que, abandonados los cuadernos Gloria o significativamente *tomados*, él había optado por las ventajas de la vida real a través de hacer dinero. Me equivocaba: el presidente de la ADGYA lo fascinaba y esa fascinación era la de un biógrafo por su objeto. Compartían una zona común, la historia argentina en una versión nacionalista crítica, la seducción y la seguridad en sí mismos; jamás permitieron que se armara el clásico dueto entre el millonario y el artista con su fondo turbio de desprecio mutuo. Imagino que Luis Pagani fue su Gran Gatsby de los azúcares, el verdadero Dios de los niños; o bien Soares comprendió la carne literaria que hay en los hombres de negocios, en su alocada actitud para apostar mediante el ingenio, la frialdad y el arrojo, lo comprendió en una época en que el ingeniero de Sartre era paradigma de lo irrisorio, entonces ni hablar de un hombre de empresa. También yo ignoraba si detrás de los alfajores Jorgito había una historia tan atractiva como la de las muñecas Lenzi: la señora Lenzi había perdido a su pequeña hija en un accidente y ella había moldeado su cara en el paño que luego llevaría su nombre y sería reproducido en cientos de muñecas con distintos guardarropas, vestidos étnico y uniformes.

Me desentendí de él aunque mi maltrato intentaba transmitirle que me estaba vengando por sus injusticias pasadas haciéndolo sentir un igual con el que se comparte una ley de talión benigna y no alguien que inspira piedad porque, lejos de sus ideales, se ha distraído de ellos o ha dimitido.



Entonces murió, mejor dicho no murió sino que fue uno en una estadística de excepciones, de muertos diferidos. Una máquina respiró por él bombeando de arriba abajo su combo pecho de palomo, mientras yacía inconsciente con unas curitas en los ojos como si ya lo hubieran desechado y hubiera que tenerle los ojos cerrados. Quién sabe si oía u *oía de otra manera*, como Santa Teresa de Jesús, quizás.

Al igual que quien salta a la plaza de espontáneo, sin conciencia, comencé a hablarle, a hablarle porque él hablaba mucho y algo de eso debía de serle familiar a ese cuerpo manejado desde afuera y entonces, hablando, se podía *hacerlo volver*. Mientras miraba los cables enchufados a las muñecas inertes, los dedos gordos, tan poco artísticos, yo hablaba en un borbotón apenas audible para que no entendieran los otros internos de Terapia Intensiva y porque pensaba que si no oía desde otro lugar o entendía sin traducirse, como yo imaginaba, podía percibir al menos una fuerza, el calor de una promesa. Me ponía palurda porque desconocía el lenguaje de la ternura, la poesía desvergonzada que se ahoga en el llanto pedigüeño que sólo escupe un “no te vayas”, o acude a la brumosa retórica que puede, sin embargo, alcanzar el inconsciente a través de los vahos de la química con una declaración de amor. Y él, que nunca lo recordó, nunca sabrá si fue despertado por mi torpeza vehemente que prometía glorias futuras o por el horror de que no se entendiera que todos esos años había estado trabajando *de otra manera* y no en merma y que, lejos de haber perdido la gloria, no hacía más que organizarse largamente para recibirla, ajustando todos los detalles que serían como ocelos arrojados al paso de los biógrafos: las fechas y los nombres de los lugares de escritura cuidadosamente consignados: “Catalinas. Block 2 M/50Brian 491”, “7:2.O.10 hs”, “29/11/84. 0.30. Esquina de Montevideo y Lavalle”, los offs domésticos en los que indicaba que había que comprar aceite y fideos, notas para un cuento: “Cambiar el nombre de boliche *Nova* a *Los chicos del aire*. Tal vez trasladar la acción de *Ámsterdam* a Buenos Aires”, ensayos de dedicatoria que repartían agradecimientos suntuosos como de la época de los mecenas literarios: “Para A.P. por tu amabilidad, tu modestia y tu hospitalidad”, “A R.V., por esa corriente de amistad que irradiás espontáneamente”.

En uno de los Gloria hay una frase que me entristece: “Briante y yo: el problema es que él llegó demasiado temprano y yo demasiado tarde”. Esos, dos bajo tierra, ya no pueden disputar.

Luego del alta hubo un asado en su departamento de Catalinas. El perro Dash estaba inquieto. La pérdida de su dueño, su súbita reaparición, el ruido del festejo lo hacían ponerse a temblar y a gemir a cada sobresalto: el correrse de una silla, la música alta, una botella que se descorchaba. Borracha tuvo una idea. ¿Por qué sería siempre el perro quien mordiera al humano, por qué sería el humano el que tirara del perro? ¿Por qué, habiendo convivido tantos siglos y civilizaciones, nada había alterado los dominios y sus gracias? Tal vez quería cumplir una promesa que no había hecho, inventar una escena tan extraña como esa supervivencia que desafiaba las estadísticas, *un acto hermano*. Me puse de rodillas, tomé la pata de Dash, él la extendió con recelo pero el miedo que venía teniendo lo hizo entregarse. Me la metí en la boca y la mordí, no fuerte pero tampoco escondí los dientes. Vi los ojos azorados, las pupilas que crecían hacia los bordes de las órbitas, una expresión más curiosa que dolida. Imaginé su mente como una bolita de tragamonedas corriendo enloquecida por los casilleros genéticos en busca de ese dato imposible. Abrí la boca, Dash se alejó y se metió bajo la mesa donde comenzó a lamerse la pata con una especie de desidia pero el miedo continuaba —yo también me había metido debajo de la mesa—. Me había colocado la correa y quería que Dash tomara el extremo con los dientes. Algo entendía, la mordió blandamente y la soltó. Soares decía con el tono del amo: “Mordé Dash”, “Mordé Dash”. Dash lloró y yo me senté. Vi la cara de Bea que la alegría de la noche armaba de paciencia, no era cuestión de imponer la etiqueta. Soares me miró con una sonrisa triste como si con esta broma desproporcionada yo le estuviera negando que los dos sabíamos que se moriría.

Entonces murió *de verdad*. Convencidos de que la muerte anterior había sido una muerte sobreseída, nosotros sentíamos que ya sabíamos el dolor de memoria y entonces nos afectaba menos o era como si estuviéramos desconcertados y furiosos porque luego de integrar la estadística más difícil de sobrevivientes a su enfermedad, sólo había durado un año. Y como si él tuviera la culpa debido a que la procrastinación con los días contados o amenazados se volvía imposible y él hubiera decidido abandonarla no haciendo la obra sino perdiendo la vida.

No sé dónde está enterrado, no creo que lo visiten. Ni él ni yo creemos en la resonancia de la tumba fresca aunque haya sido el lugar físico por donde lo vimos desaparecer. Antes de morir, Charlie Feiling me pidió que le regalara *El ocaso de los dioses*. El mensaje era enigmático; ¿bromeaba con nosotros a los que no se nos escaparía el sentido, o quería decir algo más serio: que los dioses morían cuando moría uno? Dijo “dioses” y no “Dios”, después de todo era agnóstico. Soares está en cada uno de los libros que le robé. Pero sus subrayados, hechos con regla y lápiz no me dicen nada: son los de un crítico literario que recoge datos y se guarda sus ideas para el vértigo semanal de escribir a pedido. A veces cuando los releo, me parece que con esas anotaciones sigue permaneciendo al lado mío, como siempre, burlándose, o como si muerto se hubiera liberado de la orden terrible de dejar huellas significativas para los que deberían mistificarlo sin que él les hiciera el favor de molestarse en escribir y publicar.

Su puesta en escena, que le llevó toda la vida —diferir la obra pero arreglar una y otra vez su ajuar, ganando tiempo, ese tiempo que precisamente difería la obra— coinciden con una profecía; la vigencia perfectamente actual de lo que Alan Pauls llama *literatura expandida* que lo procesa todo: sexualidad, vida cotidiana, pose, práctica social, textos, territorio, blogs, notas en la heladera, *fashion*. Pauls pone tres ejemplos a condición de que no se los considere ilustrativos: “bloquecitos de vida” de tres escritores. Mario Bellatin responde a un pedido de nota sobre Kawabata con un refrito de textos críticos sobre su propia obra, hace un congreso de escritores en París sólo con sus dobles y repite performance con perros raros. Héctor Libertella escribe y construye sus dos primeros libros (cada edición es de un ejemplar) *Agentes de la venganza* y *Tiempo de llorar* como joyas artesanales forradas de cuerina y manuscritas en aterciopelada tinta azul que logran, sin embargo, un mercado de lectores, los compañeros de colegio; luego capo de una editorial importante (la de la UNAM), hace borrar a mano un defecto en millares de

ejemplares con el mismo tesón con que Evita repartía máquinas de coser (el libro se llamaba *Cultura femenina novohispánica*, y el defecto era una mancha en la frente de la dama de tapa, mancha que era, según el grito en el cielo del Instituto de Investigaciones Históricas, la marca de identidad femenina en Nueva España). César Aira tiene una política sistemática: publicar, de a dos o tres libros anuales cortos, una obra mínima que ocupa titánicamente las librerías y bajo cualquier sello editorial mientras él *descultiva* toda anécdota “de color” en su propia vida, llegando a brillar por su ausencia. ¿Cómo tomar estos *fragmentos de vida*? Pauls se opone a que los hechos más o menos autoeditados de los autores sean el material proteico de sus obras —para los biógrafos simplones— o las pepitas desechadas por el talibanismo del texto —para los estructuralistas más o menos recalcitrantes—: “Los episodios de la vida literaria son simplemente *parte* de una práctica artística que estamos acostumbrados a ver desplegarse por medios e instituciones textuales (textos, libros, escritos); son la parte que se despliega por medios ‘existenciales’, a través de una serie de gestos, conductas e intervenciones que se efectúan ‘en la vida’ misma. Así, quizás lo que llamamos ‘vida’ no sea sino la continuación de la obra por otros medios”. O viceversa, “(...) Son trozos de vida, pero de vida estéticamente articulada, y en ese sentido son tan legibles, están tan preñados de sentido y reclaman tanta interpretación como cualquiera de las ‘obras’ reconocidas, identificables, que la crítica reclama que comparezcan para poner en marcha sus aparatos de lectura”.

De haber sobrevivido, tal vez Soares se hubiera transformado en el ejemplo más radical de literatura expandida; aquella en donde “los bloquitos de vida” ya no son la continuación de la obra por otros medios sino que constituyen la obra misma. Entonces, condensada en fechas y espacios de escritura, notaciones, “ideas de texto”, fotos de escritor, cebos mitológicos como la imagen del cuaderno llamado Gloria, incluidas las instrucciones domésticas, serían el objeto de la crítica que habría devuelto a Soares actual; en fin, él tendría razón sólo que la tendría *sin él*.

Durante los años en que no nos frecuentábamos pero hablábamos a menudo por teléfono, solía aludir a mi “carrera” con ironía, como si yo hubiera cedido a las tentaciones de la producción material sistemática, aceptando su precio de equívocos y transacciones con tal de existir para esos diez que constituyen un mercado; cuando estaba de mejor humor, intrigaba como un hermano mayor que no se sentía superado sino heredado por una discípula silvestre pero tesonera. Mi seudónimo le provocó burla como el “Margot” de la Margarita del tango, mientras que en los escraches de los demás como personajes imaginarios, el parecido sólo vagamente evocaba a sus modelos; en las páginas que me dedicó y no continuó y en las que me desdoblaba en dos, Cristina Forero (mi nombre de pila legal) y María Moreno (mi seudónimo), “yo” no sólo tenía mis dos nombres “verdaderos” sino que *me parecía a mí*.

El texto se titulaba *Nuestros años felices*. Son apenas tres párrafos alocados, notas en donde se insinúa una trama policial entre Buenos Aires, Ámsterdam y Hong Kong. Como si él hubiera pensado de qué sirve escribir sino para volar lejos de los cuadernos de escritura apoyados en una mesa de El Senado en compañía de empleados del Congreso y del Hospital Privado de Ojos y hacerse narco, viajar con valija de doble fondo y un adelanto de sicario, lanzar por el mundo variantes porteñas de los diálogos escritos por Chandler, ser despertado cada noche por la amenaza de muerte del capo.

“Llegué a H.K. hace dos días. Quemé los documentos en el hotel. Llamé a María que está en un balneario superexclusivo.

Dije:

—Estoy prácticamente muerto.

—¿Por qué *prácticamente*?

—Quemé mis documentos (muerto civil).

—Andá al consulado y sacá otros.

—Eran los documentos falsos. Si voy al consulado tengo que decir mi verdadera identidad (nombre). Me busca toda la Interpol.”

Me hacía mordaz, expeditiva, rica. En la vida él cultivaba el arte de la réplica mientras yo contaba anécdotas que lo hacían reír aunque no fueran graciosas; rústica, las contaba mal por un exceso de ambición: que él las citara para alimentar mi personaje:

“Se habla de CF desaparecida. Llevo la mano a mi frente y arranco la peluca. Después los bigotes, esto me convierte en CF (hay una *operación* de por medio). Cuando me transformo escribo. Las dos miramos a la misma mujer, la vieja amiga.”

Un psicoanálisis simple diría que quería ser yo (CF), salir de las maquinaciones cíclicas sobre la obra futura y encarnar en una pequeña figura pública que escribía para la mujer moderna o que todo lo mío provenía de él, que me enmascaraba con sus formas, sangraba su talento, le robaba.

Pero el párrafo que me leía una y otra vez por teléfono, el que elegía para seducirme y retenerme con el tubo en la mano —en realidad me hartaba, sobre todo cuando había dejado de beber y a él se lo escuchaba alegremente borracho—, indicaba que éramos testigos el uno del otro, de aquello que para él era inolvidable y para mí un comienzo del que no tengo nostalgia sino cuando leo esta enumeración, este voto y esta profecía que me hacen creer que tuve una vida y en la que no morimos juntos pero juntos estamos muertos salvo en nuestras palabras.

“María Moreno está parada frente a mí como en los viejos y buenos tiempos, antes de los matrimonios y los hijos, de las separaciones y el olvido imposible, antes de las muertes tempranas, públicas y privadas poco antes de la carga sórdida (canallesca) (infame) de la brigada pesada, a través de la noche y la niebla sobre el suelo de la otra patria, durante el espléndido segundo acto de mi vida que ilumina, entre otras luces, Cristina, las llamitas oscilantes (temblorosa) de sus velas de cera.

Con esta música, María, bailarán nuestros huesos blancos y pulidos como las piedras esféricas de algunas playas, en algún cementerio, bajo la luz de la luna, cuando nuestra antigua imagen diversa y sólida se haya evaporado adelgazado (reflejado sobre sí misma) para dejarnos ser como queremos el soplo breve y único de nuestras palabras.

Final: (suena un tango después que Reiner se convierte en Cristina) y salimos a bailar...”

“M. dice: después de todo hay momentos felices.

Si seguimos durando, si alguien no dispara los misiles, María, van a leer estas historias (leerán esta historia) sobre un césped tan suave como la franela ¿una pista de sky artificial?”

Mis velas de cera. Las hacía como Cristina para vender en plaza Francia; en el texto, dirigido a María, esas velas nos velaban a los dos “si duramos”, no se refiere a “nuestros textos” sino a “nuestras palabras”: como en el bar, *una utopía del eco*. Yo tampoco “duré” (salvo como

Cristina, ese nombre pasado) porque durar era, en esos términos de potencia loca, sobre todo, no escribir y publicar sino *una manera de hablar* en donde el contenido se volvía tan tenue como la confidencia en ese cuento de Borges bajo el peso totalitario del estilo.

Me hace decir “hay momentos felices”. Como María (como Cristina lo da por descontando, lo sabe, no le hace falta escribirlo, ni siquiera en un cuaderno de paso).

Asoció mi imagen a la de la felicidad; yo nunca reconocí que, a mi modo, era feliz, necesitaba que otro lo hiciera por mí.

DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN



Mi cuerpo olía mal. A trapo macerado en alcohol, a sudor seco, quiero imaginar que no a sexo ni a queso —me lavaba por partes en una palangana colocada junto a la cama para eludir la distancia friolenta del cuarto del baño, ubicado del otro lado del patio—. En la distancia social el olor se vuelve anónimo como en el hacinamiento de un vehículo público o de un ascensor y sólo un olfato muy fino suele identificar al culpable. Pero yo no viajaba sino en taxi. Con la mediación de un escritorio o en la intimidad de un living existía desde luego un pudor pero no el suficiente como para que yo lo liquidara con una ducha de agua tibia. Me bañaba para el amor a pesar de que el deseo suele ser clemente con la exacerbación de los efluvios corporales. No lo hacía por consideración hacia el partenaire sino como un ritual de cambio y disponibilidad, destrucción de un museo de las excreciones pasadas, de comuniones humorales vencidas: la ropa interior como objeto de una biografía forense.

A veces creía reconocer en un comentario una alusión, pero era una conciencia que no lograba instalarse hasta dar lugar a la inquietud o la vergüenza. Cuando no usaba ni el bidé ni la palangana, la caída de esas excepciones constituía un signo que permanecía equívoco, ¿mayor depresión, desapego a la costumbre de desear e invertir en apuestas que exigen cierta consideración hacia la presa?

En mi infancia los pliegues de la frazada eran las dunas de un desierto en guerra. No veía las caravanas de la Legión Extranjera pero en los bordes inclinados alucinaba su aparición. Jugaba a que unos legionarios del tamaño de esas figuritas que había visto en las maquetas de un ferromodelista me buscaban para dispararme con unas armas del tamaño de una cabeza de alfiler. Me gustaba huir metiendo la cabeza bajo sábana y frazada que tentaban una carpa árabe. Pero la mayor defensa no era esconderme sino olerme con fruición los olores del cuerpo. Pretendía conservarlo todo, lo que salía por cada orificio, sus arrugas, sus poros; lo maceraba en ese calor que maceraría también el vapor de la resaca cuando, años más tarde, empecé a dormir vestida como si quisiera continuar la noche de ronda y entonces me tiraba sobre el colchón desnudo, enrollada en el interior de una manta, como en una crisálida, hasta la hora de volver al bar.

No siempre, claro, pero lo que recuerdo es lo que más me angustia recordar y también lo que recuerdo primero. Ese llegar de madrugada a la cama vacía, al frasco de somníferos y al vaso de gaseosa que apaga el ardor en una boca que la mañana traducirá en aliento fétido y espeso. Podía despertarme y trabajar un poco, aun con alcohol en sangre, pero nunca mientras estaba bebiendo.

Cuando tenía resaca, percibía a través de los sentidos embotados la forma de un áurea pesada, como si estuviera metida en el interior de un molde, un volumen tóxico o una escafandra. Si bien el alcohol ya había sido drenado a través de los poros, con su clásica exudación agria, experimentaba la superficie de la piel, como si ésta estuviera recubierta por una capa impermeable, que parecía detener la circulación de la sangre, presionando al cuerpo a que estallara. Es ahí donde solía prometer a un Dios de paso que jamás volvería a beber, sabiendo que sólo podía confiar en que el fenómeno de la eliminación y la evaporación liberara la carga de la noche pasada, como ya había evaporado y eliminado su recuerdo. *Sobrecuerpo* y *olvido* podría ser la síntesis de la odiada, pero siempre vuelta a vivir, *mañana siguiente*. Bañarme entonces era menos volverme en mí que reducirme a mis propias fronteras.

Reconozco en mi mugre dos vertientes, la de pertenencia de origen y la política. Mi novela familiar, ya lo he dicho, era higienista, no higiénica. En mi casa natal se asociaba el baño a una mayor exposición a la intemperie. Las puertas, de picaportes oxidados, no cerraban correctamente, para mi madre y mi abuela la carencia se hacía virtud ya que ese desperfecto facilitaba la vigilancia o la sensación de que la había. Las banderolas de roldanas herrumbradas eran herméticas y si la clausura interna de las puertas que comunicaba un cuarto con su vecino ilusionaba una privacidad ficticia, convertía la salida del baño en un paso obligado por la intemperie del patio, intemperie doblada por la mirada de los vecinos que solían atisbar por las barandas de los pisos superiores, en una suerte de teatro interior de la pobreza con la planta baja como escenario y en donde ellos, de acuerdo a su ubicación, formaban parte de paraísos y cazuelas. Mi madre era entonces mi aval: bañarse era exponerse al frío y a las miradas. En mi genética social estaba la memoria de clase en la que el baño, compartido por varias familias cuyos cuartos carecían de calefacción central, terminaba por volver intermitentes las abluciones diarias hasta espaciarlas al sábado. En los chistes judíos que aluden al baño esporádico está la memoria del barrio de cuartos hacinados, la repetida escapada del pogrom, la clemencia de la endogamia.

Porque no éramos burgueses, nuestras costumbres no eran ceremonias de limpieza sino purga de bacterias: alcohol en los cabellos, manos y rodillas.

Sin embargo, el viejo departamento en que vivíamos estaba exageradamente limpio como si se intentara restregarle hasta borrarle su origen de conventillo. Rasqueteados sus pisos de gruesas vigas de roble, baldeados de arriba abajo y desinfectados con acaroína, el departamento conservaba inaccesible su interior cerrado. En los caños podridos, fáciles de averiar —recuerdo las aguas vomitivas surgidas al quitar la tapa de la cloaca que me parecía sin fondo, un río

asqueroso que era la innoble alma de la casa y, por asociación, la nuestra— había nidos de cucarachas y como si fuera un destino, cada vez que me mudé, ya de mayor, aun a edificios de cierta elegancia —sin duda por su apreciada antigüedad—, al encender la luz de la cocina siempre ocurría esa estampida de caparazones negras y antenas ruidosas que en un santiamén dejaban un mármol y unos azulejos vacíos.

Mi mugre se cultivaba sobre hules lustrosos, sábanas cambiadas con frecuencia y ropa lavada y planchada con cuidado. Mi madre se enfrentaba para bañarse a cruzar el patio, al frío que se colaba por las rendijas del baño y del dormitorio que hacía inútiles las estufas de querosén: formaba parte de su cultivo del sacrificio pero no me lo exigía a mí y daba por descontada mi ausencia de una vida erótica que me impulsara a un cambio de hábitos.

La mugre de Sócrates era la puesta en escena de su andadura mental, acompañada por pasos dados bien sobre la tierra —eso mancha—. En cada grieta de sus pies, un experto podía leer el mapa de su filosofía. Su mugre decía que él no tenía esclavos. Dejar que se los lavaran era cortesía hacia los otros, no impedirles agradecer con un gesto de rechazo que pusiera en evidencia la irreciprocidad del vínculo.

Magdalena lavaba los pies de Cristo menos como práctica purificadora que como práctica metafórica: la de la propia purificación. No es el acto de lavar el que importa sino el de ponerse a los pies, por eso Cristo la hace levantarse, en un acto ejemplar, para devolverla a su dignidad. Busco nombres fuertes para no dar asco.

El pelo corto con las perlas del duchado reciente son una ofrenda al jefe de personal al indicar un signo de estatus-vivienda confortable de baño accesible, un punto máximo de la buena presencia. Como el gorro del chef es el signo de la asepsia. Pero a las entrevistas de trabajo yo podía concurrir como cualquiera en Versalles, luego de una pasada de talco por el cabello, un baño de pies y un eufemístico perfume.

Dije que mi mugre tenía una vertiente *política*. Mi cabellera larga indica aún ecos de la conspiración selvática de Sierra Maestra; allí donde la navaja era sólo un arma precaria de la subespecie lumpen.

Si cuando era adolescente el olor de las axilas y de la piel —húmeda a menudo por el miedo de los tímidos— me impregnaba la ropa, y al olerlo comprobaba mi estatus de mujer adulta —ese olor hormonal al que había aspirado en mi prolongada prepubertad—, cuando viví sola mi mugre señalaba la salida de la célula familiar a la infección del mundo.

No conocí la limpieza burguesa ejercida por las criadas que aplicaban en el baño la primera enseñanza que es la de la repetición por la obediencia. Ni era el turbante de Simone de Beauvoir el eufemismo del pelo graso sino del compromiso político, por eso yo usaba uno blanco, que por un dejo de coquetería lavaba y sumergía en lavandina. Mis uñas bordeadas de negro intentaban mostrar la familiaridad con oficios que manchaban tanto con tinta como con tierra y grasa animal, lejos del ocio legible en las uñas pulidas incontaminadas de los burgueses.

El agua me parecía para el bautismo y para la sed. Por algo Cristo la convertía en vino como mi madre parecía convertir el alcohol en sangre. Mi filosofía no me perfumaba pero eran tantos mis semejantes, aquellos para quienes el desalineo y la suciedad eran un signo de pertenencia, que bastaba con que permanecieran en la tribu para que nuestro olfato catara sin sobresaltarse, como si el espíritu de cuerpo hubiera extendido nuestro umbral de tolerancia ante lo repugnante. Pero, como en la orgía existen ciertas reglas cuyo incumplimiento desencadena la expulsión — un protocolo muy preciso para “usar” a la mujer del líder, no aprovecharse de la circunstancia de que alguien haya tenido que salir para ir al baño y dejar a su pareja expuesta, no coger para vengarse por sucesos exteriores al pacto grupal—, la limpieza en torno a pies y genitales era de protocolo y el hippie escanciado en sus camisas de franela a cuadros y sus All Stars de cordones desflecados o el vagabundo manicomial recibido en nombre de una poética surrealista eran desalojados mucho antes del lecho.

Bañarme todos los días, cambiarme de ropa, separar el día y la noche con un camisón, coincidieron con el ocaso activo de mi cuerpo, la desaparición de mis cuerpos amigos y la reclusión en la decencia laboral. Ahora el alcohol se me lee más puro, me escracha mientras un coro aleatorio repite que me está matando.

La llegada del tampón reforzó el tabique del paño y me sentí segura aun percibiendo la bajada de la sangre. El alcohol me calmaba los dolores con un plus de placer del que carecía el sedante, o al menos es lo que yo imaginaba antes de saber que uno de sus componentes era el opio. Mientras protestaba por no encontrar un alambique para destilar ginebra, me iba transformando en uno en donde una sustancia excesiva mutaba en dirección a la ley de gravedad. Imaginaba que emanaba la misma cantidad de sangre que la que yo bebía de alcohol en cualquiera de sus formas, que podía hacer mutar los colores como cuando mi madre mezclaba el contenido de dos pipetas en una tercera y dos líquidos transparentes viraban, al juntarse, al bermellón. La orina sucia de sangre acentuaba el efecto aunque oliera vagamente a acetona.

La propiedad calmante del alcohol me permitía tolerar mejor la enfermedad y al mismo tiempo la integridad de mi cuerpo —me habían prescrito una cirugía radical—.

RONDA

Me acuerdo: “Gorriarena los saca mejor”, decía Miguel Briante después de haber probado un par de claritos en Alexandra. Todavía no nos habíamos ido a dormir y caminábamos haciendo esos por la calle San Martín agarrados de la mano y con cierta elegancia porque estábamos vestidos de fiesta. Veníamos de la inauguración de una revista en el Plaza, una revista de la que el público terminaría por preferir cualquier versión internacional. Pero ahí estábamos nosotros: podíamos imitar el estilo *bien* con sólo escuchar a los pocos aristócratas venidos a menos que pululaban por las redacciones con sus relatos ya de segunda mano —no habían sido testigos sino que se los habían escuchado a sus viejos, como ese de los elefantes desfilando por la Avenida Alvear rumbo a los jardines de los Sáenz Valiente—. Y los escribíamos, a veces como “negros”, otras imitando a los originales con detalles de nuestra cosecha y firmándolos. Sabíamos que Charlie de Beistegui compraba cuadros falsificados que le costaban más que los originales y, como era muy avaro, cuando ponía azúcar en el té de sus invitados, solía preguntar “¿*One or nones?*”; que María de Atucha, apodada *Tota* y casada con un primo del duque de Alba, había convertido al marxismo al poeta René Crevel; que el marqués de Cuevas había financiado una campaña de Jean-Marie Le Pen y solía pasearse por París en litera, disfrazado de marahá y precedido por seis perros pequineses. En las fiestas no sabíamos reconocer la ropa de marca, ni si las joyas eran verdaderas o falsas, pero Briante siempre levantaba alguna heredera si ella se dejaba seducir por sus ademanes de gaucho malo. “Chupame la pija” decía en medio de una conversación sobre París o sobre el campo —él tenía uno chiquito, a París la conocía como gigoló encubierto por la traza del escritor pobre—. La heredera, si era astuta, contestaba una grosería mayor o emitía un vulgar “Sos un guarango”. Si me atrevía, si no estaba demasiado apabullada por ese lujo al que me asomaba como improvisada cronista frívola, le soplaba “Tenés que contestar: ‘No, porque no estoy segura de tu amor’”.

Briante podría parecer un colonizado erótico pero sólo se fascinaba con un plan picaresco y una distancia escéptica ante esas chicas de familia criolla con botas de descarnado y caras de caballo, con esas francesas diplomáticas que, en medio de un tugurio, esperaban de piernas cruzadas y bolso colgado con negligencia a que terminara una pelea donde volaban las sillas y se hacían añicos las botellas, y solían dar vuelta la cara ante la vista de la sangre. Y esa desvergüenza con que Briante mostraba su idolatría entre marxistas nunca pagaba un precio, como si el rapto de las sabinas con herencia patricia o de las extranjeras dispuestas a vivir en el fin del mundo fuera un ritual de machos eximidos del análisis ideológico y hasta era bien visto

en las organizaciones armadas como un sabotaje al enemigo.

Caminamos sin rumbo, con la esperanza de que quedara un bar abierto. De pronto apareció un hombre tirado adentro de una vidriera. Me paré.

—Dejalo dormir, es un linyera —dijo Briante.

Linyera o no, tenía un chorro de sangre que le caía de la frente, un corte feo que necesitaría puntos.

—Dale, vamos, no nos metamos en esto.

Briante sabía que no eran tiempos para salir indemne de episodios confusos. Tiré de la manga del sobretodo del hombre que era de pelo de camello.

—Es un señor —dije.

Briante era sensible a la palabra *señor*. Me daba pena oír en su voz un respeto temeroso de mayordomo, olvidar ante un apellido y un cargo, como le había visto, su porte orgulloso de hombre de la provincia de Buenos Aires.

El herido estaba conciente y con el ojo cerrado por la sangre dijo “Soy un juez de la nación”. Eso ya le gustó más a Briante. Vino un policía joven. Le planteamos el caso. Pareció dudar de nosotros, de si la escena entera no sería un nuevo “minuto” de la guerrilla. Dijo que iba a consultar a la comisaría y se fue. El juez había sacado un pañuelo blanco, se lo pasaba por la herida, luego lo retorció y lo dejaba chorrear en la vereda. “Yo venía de 05 cuando, de repente, la pared entró y me caí”, dijo. Pero a 05 lo habían cerrado hacía tiempo. Se llamaba Peña y vivía en la calle Peña; con Briante pusimos cara de cholulos. Lo levantamos y fuimos hasta su departamento. En el camino, Briante me susurraba: “Mirá si es un atentado de los Monto”. Un juez de la nación en 1976. A mí me parecía una locura, era así de ingenua. Qué sabía si el agujero era un balazo. Briante decía que podía ser. Encontrarle las llaves fue difícil. El juez no nos ayudaba. Se dejaba hacer cosquillas y cuando me miraba, se reía. Vivía en un tercer piso, al parecer, solo. El living estaba lleno de tallas egipcias, de pinturas religiosas del siglo XV, de platería colonial, de muebles que bien podían pertenecer al Cabildo. Eso para dos periodistas capaces de mentir nobleza para lectores plebeyos y crédulos. Lo acostamos en su enorme cama ¿de qué siglo?, bajo un crucifijo, con la frente abierta y manando sangre. Se la sequé con algodón que había encontrado en el baño luego de hurgar en el placard, de abrir los cajones de la cómoda y de la alacena (creo que le dejé la casa hecha un estropicio). Busqué una agenda junto al teléfono. Se inquietó. “No llamen a nadie. No me va a pasar nada. ¿Creen que es la primera vez?”



El vigilante tocó el timbre. No parecía haber averiguado nada. El juez se levantó de la cama, y subiéndose los calzoncillos, fue hasta la puerta y le lanzó un discurso castrense, casi un ladrido y lo despachó. “Ahora váyanse, les puede pasar cualquier cosa”, dijo. Fue tambaleándose hasta su sobretodo y sacó un par de tarjetas que nos entregó —nosotros lo seguíamos con cierta alarma ¿se desmayaría?—, luego lo hizo un bollo, entró al baño y lo metió en el cesto de la ropa sucia. Como despedida nos dio besos dobles y nos hizo salir rápido. A esta historia la contamos agrandada, quitándonos protagonismo uno al otro. Pero nos concedíamos cortesías. Yo le daba la razón a Briante por haber advertido el peligro, Briante decía que yo tenía una gran facilidad para saber dónde queda el baño en una casa aristocrática y yo, sonrojándome, pensaba que a lo mejor porque los conventillos como ese en el que había vivido eran, en su origen, casas de familia.

Entonces pensamos en los anillos y en que el juez se merecía uno. Habíamos leído lo que Roger Caillois había escrito sobre un escarabajo borracho. Se llama *Goliathus regius* y es el Graf Zeppelin de los insectos. Es inofensivo pero su ruido, parecido al de un viejo ventilador, promete un ataque espectacular. Toda su vida consiste en emborracharse, hasta el final. “Se embriaga de savias para él estupefacientes, se golpea contra los árboles y cae muerto. No queda sino recogerlo, si hay alguien para hacerlo y piensa en ello”, decía el libro.

Briante dibujaba en una servilleta del BárBaro de acuerdo a la descripción de Caillois, más poética que propicia para un identikit: “Bajo el arco doble de terciopelo color pulga, se abren las alas violetas, con radiaciones oscuras de aceite en descomposición. Su membrana transparente está plegada sobre sí misma como lencería de desposada o paracaídas de guerra”. La versión de Briante tenía un estilo rústico deliberado. Los anillos de la orden *Goliathus regius* —decía— iban a ser de alpaca, el diseño del escarabajo, en lo posible, estilizado, los miembros del club debían beber bebida blanca, ser conocedores y tener resistencia o, al menos, ingenio. Yo quería ser la única mujer, reclamaba, animada por otros claritos más flojos que los de Gorriarena y por esos momentos únicos en los que se es consciente de estar participando de una fundación.

“Inscribo a continuación la embriaguez inesperada de ese gigante que titubea en su vuelo. El Goliat, víctima de un éter, conoce las mismas tentaciones que los hombres y sucumbe parejamente a ellos.” No recordábamos esa frase de Caillois, pero en el peso de nuestros párpados, en los codos que se nos escapaban de la barra, se leía una sentencia. De pronto Briante hizo una mueca, abolló la servilleta y la tiró por sobre el hombro.

—Te digo que no va. ¡Es igual a un anillo de Manucho!

# LA PASARELA DEL ALCOHOL

Cuando yo era joven, se hablaba de él con admiración y rabia: tenía dieciocho años cuando publicó *Las hamacas voladoras*; hacía el Rimbaud sin saber francés o hablándolo como un bretón que no fue al colegio. Un día, en un bar de la estación Retiro, se me acercó alguien para decirme que Miguel Briante se había muerto en un accidente de auto en Córdoba; él, un prodigio que había escrito un libro de cuentos perfecto antes de los veinte, un periodista que narraba con una maestría de geómetra —jamás excedía la hoja pautada—, un gigoló que se ganaba el propio sustento. La muerte adelantada como un castigo a la excepción y al ajuste de cuentas: debió ser un rumor difundido por los que lo querían fuera de juego.

Pero se había salvado. Lo conocí diez años después. El accidente le había cambiado la boca. Parecía tener dificultad para mover los labios; se le hacían unos pliegues en las comisuras como si el cirujano, al operar de urgencia, no hubiera podido evitar coser fruncido. Ese aire entrompado lo hacía sexy e infantil. La boca no le cerraba del todo, al igual que el ojo derecho.

Treinta años más tarde estaba arreglando la casa en la que se instalaría con la familia y un plan de novela. La escritura de la novela y la de la casa se acoplaban para un sueño cumplido de escritor alejado del mundanal ruido, dispuesto, como Simón el estilista sobre su columna, a vivir *en obra*. Entonces, estaba arreglando el techo, todo un símbolo de protección y, en el caso de él, de hombre que sabe lidiar con los materiales —también llamaba “materiales” a las ideas de cuento, a las metáforas, a las tramas—, cuando se vino abajo.

En literatura le gustaba todo lo más cortito posible, como ahorrando. Tenía un gusto por la síntesis que comenzó con un ideal aristocrático (se identificaba con Bioy Casares) y terminó afilándose en un estilo que hacía de lo mínimo *otra cosa* pero también donde, si era necesario, se repetía para aclarar y *lo no dicho* tenía que ver con *el secreto*, no con la elipsis.

Coincidimos en una redacción. Yo era barroca. Y él, que me decía “polla” suya, pretendía corregirme las enumeraciones de diez líneas, las subordinadas que hacían perder al predicado de su sujeto, unos arcaísmos copiados de Gabriel Miró.

—Pero nunca pifio en la concordancia —yo protestaba.

Miguel y otro jefe, asomados sobre mis hojas pautadas, solían discutir, los dos para tachar. El tono era fuerte, canchero, como de machos coqueteándose aunque fingieran que el trofeo era yo. Hasta que el otro echó a Miguel. Se ve que había tachado de más como quien se roba la hacienda ajena. Yo, más tarde, de espaldas a esa coalición correctora, recuperaba mi nota y reponía todo lo que había escrito antes. Ellos no lo notaban.

En el bar, Miguel me leía:

“Culo —gritó el que no había tirado.

—Usted tiene mala vista —comentó el otro, caminando. Serio, metió la taba en el tirador y casi como si no se moviera llegó hasta un rosillo alto, de patas oscuras, y casi como si no se moviera se acomodó en el recado.

Cuando ya no se veía más que un montón de polvo, y no mucho, el que se había quedado clavó la vista en Arispe y le dijo:

—Ya nos vamos a encontrar de vuelta.

Arispe se sirvió una ginebra. Era tarde. Le dijo:

—Moro, cierro.

El que se había quedado dijo:

—De entrar, Arispe, pero no de salir.

(Miguel me aclaraba: “se refiere al vino que es, acordate, de entrar pero no de salir”.)

Arispe apagó el sol de noche. Hubo esa última llamita, final.”

Me asombraba pero no me gustaba, oía en ese párrafo una destreza y un laconismo que me parecían impostados.

—Uf, para mí, eso es pijotear.

—Entonces aprendé a poner una coma para bajar a tomar agua.

Escribía por venganza. Algo en su origen lo había humillado y con la literatura se cobraría esa humillación. En la dedicatoria de *Hombre en la orilla* escribió: “A mi padre a quien, como aquel personaje de Thomas Wolfe, ‘le parecía que sólo él debía morir, que debía destrozar su propio corazón y triturar sus huesos, quedar vencido, ebrio, magullado y sin conocimiento, hacer

zozobrar su razón, perder su cordura, destruir su talento, y morir como un perro rabioso aullando en la inmensidad’, a los gusanos de la tumba de mi padre, que un día avanzarán sobre el pueblo que transcurre en estas páginas, para borrarlo definitivamente”.

Es una cita y un manifiesto, la canción de odio que anuncia lo que él, como autor, ha cumplido: limpiar el *Briante*, sacarle brillo y hacerlo volver al pueblo en las placas del municipio y en los discursos letrados. Y *hacer brillar* es borrar, por contraste, cualquier otra cosa: el pueblo “que transcurre en estas páginas”. La obra como epitafio del pueblo y vencimiento de la injuria, como elegancia suprema de una escritura que no se arrodilla ante nadie.

Cayó de una altura relativamente baja. Uno o dos pisos. Lo llevaron al hospital. Murió en tres horas. ¿Tuvo una inconsciencia más profunda que la de sus desmayos de bebedor cuando sus ojos abiertos —el derecho con el párpado encapotado— parecían no vernos y por eso él no adelantó las manos en defensa del rostro y no movió las piernas para acolchar la espalda? Nadie preguntó. Nadie contó. Total, estaba muerto y no había sido asesinado. Los comentarios sentidos ocuparon un suplemento del diario en que trabajaba, loas recias al macho amigo de agudos aforismo rurales, crítico de arte brutalista que todavía creía en la pintura como material grueso para el ademán primitivo. ¿Primitivo? Habría que haber visto la motricidad fina del hombrecito de Lascaux.

Luego llegaron las maledicencias: ¿estaría borracho? ¡Con qué escandalosa tranquilidad suelen convertir la muerte absurda en *muerte cantada* y hasta ejemplar debido a *una forma de vida* con la creencia en una causa-efecto que ni siquiera está en la naturaleza: la cigarra macho canta, la hembra es sorda!

Un borracho no cae jamás borracho, lo que lo hace caer es esa nada de sangre limpia que le hace olvidar la destreza en la marcha del cuerpo bebedor y no es suficiente como para que él actúe la de la marcha sobria. Hacer eses no es fallar. Es el equilibrio con que un volumen intoxicado reemplaza la línea recta. No se lucha contra la inercia, se la acompaña hasta el borde de la pared desde la que el impulso arrojará hacia el otro lado; en la curva no hay que alejarse sino todo lo contrario, como cuando se la dobla en moto.

Y los anillos no se hicieron. Total, al menos los barman podían reconocer a la secta imaginaria sin ninguna necesidad de insignias visibles. Éramos los que, escapados de las redacciones al BárBaro en horario de trabajo, ponían Coca-Cola en el whisky —lo pedíamos en vasos chicos para despistar a los jefes que andaban muy cerca, entre los maníes, tomando sus puritanos cafecitos—. Y cuando le hice una entrevista a Briante, optar por la eliminación del tuteo y el aire

de *entre nos*, me pareció demasiado artificial.

Elegí, entonces, transmitirle al lector el efecto de una complicidad en la que entrevistadora y entrevistado se mantienen en sus podios, aunque no se priven de una familiaridad de parroquianos. El BárBaro, junto con las mujeres y la viveza criolla se colaron en la conversación restándole lugar a lo obligado: la literatura.

Nos encontramos temprano, al menos para nosotros. Más temprano debía ser en General Belgrano y, seguramente aún no se podían detectar, entre las sombras del atardecer, esas lucecitas de bar que orientan, en los cuentos de Briante, al loco Toledo a quien le tocó un caballo como a nadie, a Marcelino Iglesias, el que pide perdón, al Moro que sabe seguir la ley de juego —lanzar la taba con la mano, sin soltarla (literalmente, quedar manco por no perder la mano de la suerte). Todos ordenados en torno al bolichero Arispe, que comparte con Enrique Wernicke el “Don” que significa respeto (Don Enrique Wernicke es un nombre en una dedicatoria, Don Arispe, un personaje insistidor).

En el BárBaro, con sus muebles de remate y sus cuadros neofiguración, se podía sentir nostalgia de esas pulperías metafísicas de los cuentos de Briante en que unos gauchos de Molina Campos hablan con sentencias zen.

—Maté al gato.

—¿Cómo que mataste al gato?

—Sí, antes de salir. Fue sin querer. Le di una patada.

—¿Y ahora?

—Hagamos la entrevista; total, el gato está muerto.

El living del BárBaro siempre fue incómodo con su enorme ventanal tapado por la voluta blanca de la pintura de De la Vega —una ventaja en las mañanas de resaca—, los Chesterfield y la mesa ratona demasiado alejados entre sí: para acercarse el whisky había que estirarse y rescatarlo de entre los platos de los compañeros de mesa, a veces anónimos, que pretendían que BárBaro era un lugar para almorzar. Y para colmo, en la parte en que me contaba una pelea, Miguel me levantaba las solapas del saco y, luego de sacudirme un poco, me aplastaba contra el respaldo.

—Si ganás siempre, no vas a perder nunca —me amenazó de antemano, ya que se jactaba de tener conmigo una relación pedagógica.

La lucecita del grabador estaba roja, pero yo igual vigilaba que la cinta del casete estuviera girando.

—BárBaro ya no es lo que era. Mirá ahí, en esa mesa de adelante: son los amigos del barrio del *Turco* Asís.

—Hace mucho ruido aquí. ¿Por qué no vamos a otro sitio? ¿La Paz, por ejemplo?

—Detesto La Paz. La Paz es un bar de estación de tren a la madrugada. Pero yo siempre dije que allí están los que perdieron el avión. Aunque ahora parece que en BárBaro se juntan los que perdieron el tren lechero. Eso que ves ahí *no es BárBaro*.

—¿Cuándo BárBaro es lo que era?

—A lo mejor todavía los lunes a la mañana, algunas tardecitas... Pero ahora no... ¿Ves ese tipo? Es de La Paz.

—¿Y?

—Cuando la gente de La Paz empieza a venir a BárBaro, acá ya no se puede venir. Hay una frase que dice: “En el BárBaro está la resaca del Moderno, pero el Moderno dio gente importante y BárBaro nada”. De acá salió gente como Jorge De la Vega. Y de La Paz, nadie. Y hay algo muy vital aquí que La Paz no tiene: en BárBaro yo he visto mesas de siete personas en donde cada uno pagaba una botella de champagne. De aquí se va a bailar a Mau Mau y de La Paz a llorar al Ramos...

La Paz era mi bar. Allí nadie tenía la *clase* que buscaba Briante, en cambio se hablaba mucho de clases sociales. Había floreo de discursos, duelos de chicanas y, si de confesión se trataba, era completamente transformada en una teoría general del sexo, la familia, las mujeres.

Hay que ser riguroso, La Paz no era un lugar de bebedores: una simple taza de café podía crear el clima estructural del alcohol, lo cual no quiere decir que no hubiera entre nosotros bebedores fuertes. Pero a Briante no le gustaba pelear con iguales sino con hombres de nombre propio resonante, glorias de hoy, venidos a menos pero con árbol genealógico.

—¿Cómo se gana en BárBaro?

—Sabiendo pelear, pagando más vueltas de whisky, defendiendo a una mujer. En La Paz, a

una chica seguramente un poco tilinga que no fue al Nacional Buenos Aires y cuya única aspiración es, quizá, ser jefa de redacción de *Vosotras*, se la seduce siendo el dueño de una mesa, comentando la última película de Bergman, largando información, contando el mejor chiste de analistas. Acá, eso no pasa. Porque puede que si te ponés a hablar de pintura, esté sentado el señor Rómulo Macció y te diga: “¡Un momentito!”... O que, si mencionás a Lacan, descubras que delante de vos está el único tipo que lo tradujo al castellano.

—¿Habría algo más genuino en BárBaro?

—Yo creo que aquí pesan más ciertos valores como la lealtad, la grandeza. Yo vengo aquí y no a La Paz porque, como escritor, si la clase más alta que puedo detectar en un lugar es la media, a mí esa experiencia no me interesa. Por otra parte, como aventura “balzaquiana”, si se quiere, BárBaro es más rico en discursos, en personajes. En La Paz son todos iguales o tienen algo en común.

—¿Qué?

—La impotencia.

—¿Las chicas de BárBaro?

—Libres. En BárBaro una chica se va con uno a las dos horas. Por otra parte, si las chicas se casan, si tienen chicos, siguen viniendo. En La Paz, o porque engordaron, o porque ya no son lo que eran, se van. Tienen que “borrarse”. Es gracioso, pero BárBaro en el fondo es más familiar.

—¿Qué pasa si vas con el código de BárBaro a La Paz?

—Yo creo que ganás. Si estás en una mesa donde hay una chica que es la primera vez que va y pedís una botella de champagne, perdés. Hay que esperar al tercer día de que oiga hablar de Lacan, de Bergman, y del libro de la semana, entonces... ese es el momento de descorchar la botella. Aquí jugábamos un juego que se llamaba “El rapto de las sabinas” y que consistía en ir a La Paz y traernos dos o tres chicas para BárBaro. Al poco tiempo estaban adaptadas.

La idea del rapto era una antigua huella de humillado —su madre servía en una estancia de General Belgrano, su padre había muerto en un hospicio de La Plata—. Miguel era como esos narradores de fogón que se le confiesan al coronel Mansilla y que, sin premeditación, habían dejado preñadas a hijas de terratenientes, de jueces o de simples puesteros de un honor imitado a sus patrones; y vivían entre los toldos y los cuarteles, masticando ideas de venganzas que se diluían en alcohol, marchas a caballo y miedo a la partida.

—¿BárBaro es más Fitzgerald?



—Sí, y La Paz es Roberto Mariani.

—¿Venir aquí te ayuda a escribir?

—Venir aquí me atrasa.

—Cuando te llamé por teléfono me dijiste lo que muchos escritores argentinos: que acababas de llegar del campo.

—La diferencia es que yo tengo una sola hectárea.

—¿Y ahí quién te lee?

—Un vecino. Le di a leer un relato mío, la historia de un gaucho, y me marcó algo que a lo mejor a un “intelectual” se le hubiera pasado. Me dijo: “¿A vos te parece que se puede poner ‘una yegua de sinuosas caderas’? ¿Dónde viste vos una yegua con las caderas sinuosas?”.

Parecía espontáneo pero yo me daba cuenta de que estaba calibrando el momento en que haría el montaje de la entrevista y entonces me iba lanzando un remate tras otro con la ilusión de que yo, más tarde, los eligiera a todos, entrando “como yegua sudada”. Me hacía el guión de sí mismo como si estuviera escribiéndolo en voz alta para que yo no tuviera más que usar la mera desgrabación e impedirme cortar. Jodida la gente que ya pretende venir escrita como Miguel. O sea, todas las frases ya estaban editadas de antemano. Claro que, en el momento, las festejaba, después de todo, aunque fueran de él y las dijera en su nombre yo iba a apropiármelas con la firma final de la entrevista; ¿y si las arruinara al transcribirlas haciéndolo hablar como el *Turco* Asís? No hacía falta mentir, bastaba con transformar una frase en tres, poner los remates al principio, ubicar las mejores frases confundidas en secuencias de mera información periodística. Que el bolichero Arispe me prestara un puñal para defender el resultado.

—Si no fueras escritor, ¿qué te hubiera gustado ser?

—Estanciero.

—¿A qué le temés? (No me digas que a la muerte.)

—A lo mismo que busco: la fama, la gloria, el reconocimiento.

—¿Qué pensás en una noche de insomnio?

—Que me gustaría ganar el Premio Nobel para ir a recibirlo borracho.

En el quinto aniversario de la muerte de Briante sus amigos volvieron a despedirlo con un ritual. En Tandil, un punto de la pampa, Jorge Di Paola se sirvió un whisky y brindó con un

fantasma. En Salto, cruzando el río, Antonio Dal Masetto fue a sentarse en un lugar sobre la barranca que da al balneario y pidió cerveza. No pensó en un fantasma sino en un “encuentro” y se acordó de una cosa que le escuchó a Briante, que la prosa no es más que nostalgia de la poesía. En General Belgrano un grupo de hombres y mujeres respondió a unas palabras de homenaje, al borde de una tumba, en el cementerio, esperando para brindar. En Buenos Aires, Fogwill tal vez no levantaba ninguna copa, pero escuchaba el mensaje telefónico con la cita en General Belgrano, creía que era al día siguiente y se descuidó de ir. Pero evocó a Briante y una versión de la canción “Papiros” cantada por Barbara, una francesa de origen polaco, bellísima —Briante la hubiera aprobado—, y la diseminó por internet. Todas esas sombras recordando un nombre, eran un tributo a la forma —esa preocupación de Briante: dibujaron la Cruz del Sur—.

No colocaba la voz. Era como la de un animal humano que hubiera sido criado lejos de los hombres como el niño de Avignon o Kaspar Hauser. Por supuesto que no era una voz natural, él la forzaba. Recuerdo a esa voz contando:

*—Mirá para allá. Ese tipo. Se equivocó de bar. Está calzado, fijate el bulto. Se parece a un personaje de mi pueblo. ¿Viste a esos nombres borgeanos, redondos? Por ejemplo: Nicasio Paredes. Bueno, este tipo de Belgrano tiene un nombre así, pero con algo que desentona en medio. Supongamos: Nicasio Nepomuceno Paredes. Todo el mundo lo conoce porque tiene diecisiete muertes. Se cuenta que si, por ejemplo, pescaba a alguien mirando el cielo, lo agarraba del cuello así y le decía: —¿Linda noche, no?—. Y si el otro no estaba de acuerdo, ahí no más lo acuchillaba. El otro día un amigo mío estaba comiendo en un hotel y se le acercó este Nicasio Nepomuceno Paredes. —¿Usted sabe quién soy yo? —preguntó. —Sí —dijo mi amigo. —Entonces ya sabe de mi fama —le dijo el otro y enseguida se sentó y le contó las diecisiete muertes.*

Pero no es cierto. No recuerdo esa voz ni tanteando en la memoria ni inventando. Sólo recuerdo la voz de Norberto Soares y un poco la de Alcides Zubarán.

DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN

Miguel Briante inventó ganar tirando la mano junto con la taba. Parecía un chiste. De ese Moro, lo mínimo que se podía decir es que *se le fue la mano*. En la trama de *Final de juego*, el primero en beber fue Arispe. Después: un duelo más, con uno manco. Briante no escribió *disgraciarse*. La palabra ya se le había envejecido.

Para la taxonomía del *gaucho escrito*, *disgraciarse* no es morir sino matar. Da lo mismo. El matador, si hay “justicia”, morirá a manos del Estado.

En *Una excursión a los indios ranqueles*, el cabo Gómez, confundiéndolo con un alférez que lo había humillado en el campo de batalla, mata a un vivandero y es ejecutado. Antes había apuñalado a su mujer, creyéndola con un amante en la cama. En los relatos de fogón del coronel Mansilla está el de un tal Crisóstomo que acuchilló a la que le negaba la hija que había tenido con él antes de casarse, y el de Miguelito que pagó el crimen de su padre, asesino por celos de un juez. Todos estaban borrachos.

En *La excursión* no hay violencia sin alcohol. Y los momentos dramáticos del relato no son a causa de estar contando el miedo por haber ido a pactar con el adversario *a secas*, en su propio territorio, una vez ganadas veinticuatro leguas por el ejército, lo que según el coronel Mansilla permitía cruzar del río Cuarto a Achiras sin hacer testamento ni confesarse; ni por los indios *per se* sino porque los indios suelen andar *mamados* de aguardiente, de vino, de chicha o de piquillín, y por eso pueden irrumpir en la diplomacia de los parlamentos topando con su caballo al winca hasta acercárselo a la hoja del puñal, enarbolando la lanza o sacando los puños debajo del poncho pampa. Me refiero a los indios *de abajo* y no al cacique; y los soldados no se quedan atrás. En todo el libro, el cacique y el coronel son medidos en el protocolo del brindis y, si se pasan, se retiran de escena y el peligro de *irse a las armas* —cosa que no sucede en los sesenta y ocho capítulos ni en los dieciocho días de la excursión real— instala el suspenso cuando se destapa el chifle o se baja el barril de las cargas venidas en las mulas. El Estado —los que lo representan, aunque esté en pañales o en plena reorganización nacional, la Constitución huela a tinta fresca y las fronteras sean corridas alternativamente por el malón y la milicia en un ajedrez de paja brava— es el único que mata *sobrio*, claro que simbólicamente porque ¿quién puede responder por los hombres de un pelotón de fusilamiento o en la línea del Paraguay diciendo que

no hubo *mamarán*?

La jerarquía se muestra en que, por más alcohol que sea, *no se toma* (ningún subalterno puede *asirlo* como propio); son Mansilla y el cacique Mariano Rosas los que lo reparten, de arriba para abajo en jerarquías, cada uno entre los suyos, con chifles, vasos, tazas y cuernos:

“Y por último, mandé traer un barril de aguardiente y se lo regalé a Mariano.

Mariano me dijo:

—Para que vea, hermano, cómo soy yo con los indios, delante de usted les voy a repartir a todos. Yo soy así; cuanto tengo es para mis indios. ¡Son tan pobres!

Vino el barril y comenzó el reparto por botellas, calderos, vasos, copas y cuernos.”

Mansilla llama “patriarcal” a la distribución de Mariano Rosas y, en nombre de ese adjetivo que merece sin necesitarlo, Mariano Rosas le manda decir por un lenguaraz a su visitante que le guarde aguardiente para beber a solas más tarde.

El cacique no bebe entre wincas, puede beber entre los suyos pero sin *darse vuelta*, por eso para *rematarse* se retira allí donde su violencia se *privatiza* bajo su toldo: en la noche puede oírsele gritar y golpear a su mujer. “Rematarse” es la expresión lingüística de los indios para el hecho de ponerse en curda hasta dormirse o desmayarse, y es sabia porque contiene los dos sentidos en juego cuando se está entre adversarios: el de matar y el de morir.

El coronel Mansilla no bebe entre los suyos si están *mamados*; no permite que uno de sus soldados, por borracho que esté, se tome familiaridades en el trato. Cuando un tal Rufino, uno que llama de su “séquito”, se acerca con un puñal en una mano y una botella de aguardiente en la otra, bamboleándose ante Mariano Rosas a quien entrega la botella, el coronel se la quita, corriendo el riesgo de una infracción diplomática que puede costarle la vida y echa al soldado saltando sobre unos indios tirados. El cacique murmura entonces “con calma y estudiada expresión”:

“—Aquí somos todos iguales, hermano.

—No, hermano —le contesta Mansilla—. Usted será igual a sus indios. Yo no soy igual a mis soldados. Ese pícaro me ha faltado el respeto, viniendo ebrio adonde yo estoy negándose a obedecerme a la primera intimación de que se retirara. Aquí más que en ninguna parte me han de respetar los míos.”

Los dos piensan diferente la justicia, y en Mariano Rosas ya hay un caudillo radical o peronista.

Blancos fascinados con la Europa de la Exposición Universal y las queridas de cancán, como el coronel Mansilla, se lustran las jinetas para *irse a los indios* —o sea *írseles encima* fundiendo hombres a reducir y tierras a conquistar— y ya *adentro* aceptar los riesgos repartidos por el potlatch del alcohol mientras la viruela le pelea cuerpos a los Remington.

El potlatch convierte la dádiva en signo de poderío, sea un socorro o un regalo, dice “tengo más por eso doy y como tengo más, voy a vencer”. Una capa copiada a la de los oficiales de los cuerpos argelinos indígenas, un puñal con vaina y cabo de oro y plata, unos guantes de castor, una navaja con su correspondiente soporte, unas boleadoras de marfil con abrazaderas de plata y un pañuelo de la India de seda colorada convierten la excursión en un desnudo argentino y militar. Pero el coronel no los entrega de buena gana sino como prenda cuando la borrachera vuelve imperativo el régimen pedigüeño de los indios.

Pero, ¿si el don es bajo amenaza, sigue siendo un don? El indio Wencheslao manda a sus chinas a robar aguardiente de las cargas y llevárselas en dos pavas; y azúcar, papel y tabaco en un poncho unido por las cuatro puntas. Luego amaga con no dejar pasar al ejército si no le dan los regalos que pide. Sólo un regalo mayor calma a Epumer, hermano de Mariano, gordo y encantador cuando está sobrio y toro enardecido, si mamado, que *para*, extrañamente, ante esa copa colorada que le entrega el coronel. El verdadero potlatch de Mansilla es enfrentarse a Gualicho: los indios temen a la viruela más que a ese diablo al que *calman* arrojando a tierra el primer trago y echándole la primera bocanada de tabaco, por eso han dejado solo a Linconao, hermano del cacique Ramón, delirando de fiebre en una tienda, mancha blanca sobre un albardón florido. Mansilla lo levanta en el aire y, aunque siente que el contacto con la piel purulenta lo quema como una lima nueva, se lo alza al rostro antes de depositarlo en el carro que lo llevará para curarse al campamento de los cristianos. El efecto no habría sido el mismo si se lo hubiera apoyado en el pecho, el rostro es la morada del espíritu, más cercana al cielo, por más alta.

Los indios son Quintilianos del desierto, retóricos vivísimos: escribe Mansilla que cuando un indio va de visita con el objeto de pedir algo, no descubre su pensamiento a dos tirones. Saluda, averigua cuánto puede serle agradable al dueño de casa, devolviendo los cumplidos con cumplidos, las ofertas y promesas con ofertas y promesas; se despide, parece que va a irse sin pedir nada, pero en el último momento desembucha su entripado; y no de golpe, sino poco a poco, primero pedirá yerba. ¿Se la dan? Pedirá azúcar. ¿Se lo dan? Pedirá tabaco. ¿Se lo dan? Pedirá papel. Y mientras le vayan concediendo o dando, irá pidiendo y habrá pedido lo que fue buscando, que era aguardiente. El golpe de gracia viene entonces, pide por fin lo que más le

interesa y si se lo niegan contestará: “No dando lo más, pero dando aguardiente”. Ha recibido lo que en realidad deseaba, no mostrando su verdadero interés hasta el final y pagando al mismo donador con aquello que recibió de él, a cambio de nada.

En el precapitalismo ranquel no hay trueque, hay *deuda con vuelto*. Si alguien tiene hambre y le dan una vaca, no le pedirán sus espuelas ni su caballo, deberá la vaca; y si muere, la devolverán familiares y amigos. Hay para con el winca una zoncera estudiada. Un indio le pide a Mansilla sus guantes de castor, no quiere devolvérselos —y está mamado—. Mansilla entonces dice que se los compra y le da una libra esterlina. El indio no devuelve los guantes y se guarda la libra. Wenchelao pide camisa, pañuelo y calzoncillos a quienes acaba de robar no viendo nada ilógico ahí, y Mansilla tiene que darle *algo de eso*.

Potlatch perfecto es el de Mariano Rosas cuando le regala al coronel su poncho pampa tejido por su mujer principal —lo que no evita que, entregado un cautivo, el coronel Macías, siga subiendo su precio de doscientos pesos bolivianos a cien más en prendas y otros cien en plata—. Y también el del padre Moisés Burela que ha adelantado sus intrigas contra Mansilla en los toldos de Mariano Rosas con cincuenta barriles de aguardiente. Y aunque el aguardiente sea el máximo signo de poder que exhibe el cristiano sobre los indios, los libros de la Nación ponen el *mamarán* en la frontera y en tierra adentro: sólo la *Barbarie borracha*, inquieta.

La orgía es privilegio de la *chusma* de tierra adentro y siempre es húmeda. Mansilla, al narrarla, describe a los indios literalmente “revueltos”, “mezclados”, *dados vuelta*: “La noche batía sus pardas alas; los indios ebrios roncaban, vomitaban, se revolvían por el suelo, hechos un montón, apoyando éste sus sucios pies en la boca de aquél; el uno su panza sobre la cara del otro”.

A la baba ardiente del borracho que lo atropella en la oscuridad de su toldo, se la hace lavar por la china Carmen: *el asco es el otro*. Cuando Mansilla *se da vuelta*, en cambio, es para cambiar de punto de vista: en Tuyutí, aburrido del paisaje —trincheras paraguayas, esteros repetidos y bosques cerrados—, se subía al merlón de la batería y, de espaldas al enemigo, abría las piernas y miraba por entre ellas el mundo al revés.

Pero *poner el culo al enemigo* —él escribe “dar la espalda”— es broma de vencedor: el cuadro al revés está enmarcado por pantalones militares y su dorado a la hoja es la cartuchera de su arma. Un logo.

En la figura de *El cantor* Sarmiento escribe que el gaucho argentino bebe hasta matar. Pero lo

dice desde el revés: “El gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan, y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados a la puerta anuncia a lo lejos dónde se necesita el concurso de su gaya ciencia”. Luego escribirá que no suele matar sino marcar con el cuchillo, a menos que esté muy borracho. Beber es una excepción a la que se tiente de tal modo que se vuelve regla y la regla, *desgracia*. Pone un testigo de infancia para decir que Facundo no solía beber nunca. De sus vicios, el que señala es el del juego, en donde lee un talento que el jugador compartiría con el hombre de empresa, su visión de futuro y su audacia, sólo que desviado. Para Sarmiento, civilizar es volver a enderezar la libido hacia un fin correcto. Raro: es el cantar el que da ganas de beber y beber, hacer de la marca, cruz.

Luego, en el *Facundo* el alcohol brilla, se vuelve tácito, paradigma del mal en retrato, la barbarie no puede ser hídrica, el Tigre de los Llanos, abstemio.

Estar fuera de sí es perder por dejar solo lo propio y entonces expuesto a ser *tomado*, incluso la vida. Por eso Juan Moreira es *medido*. Mientras Fierro entona, *entonándose*, Moreira entona con la garganta apenas húmeda. Ese bonito mocetón descrito por Eduardo Gutiérrez como un querubín crecido, de rebenque brasilero con mango de plata, anillo de sello y reloj Remontoir colgado de una cadena de oro —le baja desde el tirador cuajado de monedas de plata hasta el bolsillo de carretero—, *chupa* la monótona sangría del *after hours* pulpero o la caña con limón de la comunidad gaucha donde no se admite el refresco; y sólo acepta repetir cuando el convite es el desafío por otro modo que la daga fuera de su vaina. Él no se *disgracia*, aguanta hasta que decide venganza —del almacenero, del teniente alcalde, de la partida—, y si empina el codo no es para darse fuerzas. Gutiérrez se lo hace declarar varias veces.

Si David Viñas dijo que la literatura nacional empieza con una violación, habría que corregirlo un poco diciendo que empieza con un *mamarán*. En la misma mesa donde se tortura al unitario, se juega a las cartas y se llenan las achuras, los mazorqueros *se colocan*. ¿Sería posible *El matadero* si fuera un relato *en seco*?



Me dolía cada vez más, o al dolor lo había aumentado en mis pensamientos por el constante temor de que llegara, por los cálculos que hacía en la noche, cuando estaba enamorada y creía que me correspondían y tenía que estar alerta a la ocasión del encuentro físico y no podía atajarme contando qué me sucedía, como al pasar, entre otras anécdotas personales del nuevo acto de seducción. No quería que la primera imagen fuera la de un animal que sangra. Que si despertaba fantasías acerca de mis humores cuando me besaban o me tocaban los pechos o directamente entre las piernas, no se asociara la humedad de una respuesta erótica a un balde de sangre. Que no fuera esa sangre la de una herida o de una enfermedad grave, no quitaba que se viera idéntica, excesiva, sin límite. No como el hilito que suele salir de la nariz, el corte accidental con una lata o un pinchazo.

Dolía porque iba a doler y no parar, dolía porque hacía mucho que dolía y vivía sentada sobre algodones y los pantalones me abultaban como si llevara pañales. Una noche estaba sentada leyendo y sentí que la sangre bajaba y no se detenía. Apreté las rodillas y me levanté para ir al baño dejando un camino de gotas, un reguero. Me sobresalté, nunca había llegado a tanto, es decir, al piso. Hasta ahora la sangre sólo había atravesado toda la superficie oculta de la ropa interior hasta los pantalones o la pollera, dejando una aureola lo suficientemente grande como para ser imposible de tapar con, simplemente, no abrir las piernas. Llamé a mi madre y le conté exagerando un poco, pero corté ni bien ella empezó con la larga lista de responsabilidades: ¿por qué me había dejado estar?

*No dejarse estar* sería sacar de cuajo el órgano enfermo, someterse a la disciplina de cortar de más por razones de prevención, no dejar nada porque en esa nada la enfermedad volvería a extender su tejido persistente. Llamé a mi amante. Angustiado, me dijo que no tenía dinero para un taxi, que fuera a su casa, que ya veríamos. Llamé a mi padre: estaba en el cuarto oscuro revelando unas fotografías, un trabajo urgente. “Me desangro”, dije con desesperación. No llamaba para pedir ayuda sino para que todos fallaran en dármele. Me rellené de algodón y fui a la guardia, que estaba desierta. Al rato salió un estudiante que me pidió que esperara recostada en una camilla. Le conté mi caso avergonzada ya que me había ido acostumbrando a que mi enfermedad no era grave y su cese, el mayor beneficio de la menopausia. Oí desde lejos gritos espaciados, rítmicos, seguramente un parto. También voces de aliento, instrucciones y susurros

de aprobación. Las matrices de las otras se concentraban en la alimentación de un ser vivo, no en una esponja de carne y sangre. El estudiante volvió y me puso una inyección; saber que me iba a calmar, ya me calmó. Dijo que podía quedarme un rato acostada en la camilla. No acepté y tomé un taxi hasta el centro. El calmante debía ser fuerte porque el dolor se fue retirando y una leve ensoñación me hizo sonreírme sola. Entré a un bar y me senté en la barra donde tomé lentamente un whisky doble con mucho hielo y gocé, porque me quitaba la sed y me refrescaba al mismo tiempo que me iba emborrachando. Apoyada en la barra, me pareció que quería a todos los demás clientes, que eran mis compañeros aunque no lo supieran; diálogos que en otro momento me hubieran llevado a la provocación o a la réplica grosera, me inspiraron una ternura condescendiente. Me quedé largo rato descansando y, de pronto, me sentí feliz. Cuando llegué a casa tenía varios mensajes en el contestador en tonos que iban pasando de la preocupación a la furia por no avisar dónde me había metido, no tanto de vergüenza ni consideración. Antes era la víctima de una hemorragia. Ahora era culpable porque me había arreglado sola y había salido también sola. No hay caso: la felicidad ajena siempre será ofensiva.

Trabajaba y por lo tanto tenía dinero. Desconocía la angustia, toda ocupada por el dolor físico, las hemorragias y el potente medicamento con progesterona que me prescribía el médico y cuyos prospectos me anunciaban asombrosos efectos colaterales: la hipertrofia de clítoris, la voz grave y el vello. Pero no sucedió nada, sólo una calentura demasiado material como si yo fuera un animal en celo. El medicamento me impedía menstruar. El médico pronosticaba que luego de seis meses de tomarlo podría suspenderlo y habría una mejoría. Fue así pero no duró mucho. La enfermedad volvió a instalarse: la sangre manaba libre y en cualquier momento del mes. Tenía olor a chivo, a un cuerpo que suele cargar durante horas grandes pesos sobre los hombros (imaginaba). Un día el hombre que me acompañaba miró estupefacto cómo, luego de hacerse a un lado para salirse de encima, tenía el cuerpo manchado de sangre hasta el pecho. Le expliqué y no le dio importancia; como suele suceder en estos casos, no le atañía si era verdad que la sangre no correspondía a ningún daño que él pudiera haberme hecho. Había llegado a un límite. Decidí operarme y esa elección fue más un impulso que el fruto de una reflexión.

Todo tiene un cariz literal, y por eso cómico: dirigía un suplemento de género pero, como el diario ignoraba que el esencialismo había sido derrotado, sobre mi escritorio había un cartel color fucsia que rezaba "*La Mujer*". Detrás estaba yo con mis estrógenos sin ley y un dolor agudo entre las ingles, aunque lo sentía en todo el cuerpo en el que ya se dibujaba una curva parecida a la de un embarazo, tensa como un tambor.

RONDA

“¿Dónde están mis compañeros?”, decía en voz alta, para hacer palpable mi soledad en los fondos de la casa. Alguien, tal vez la dueña de la estación de servicio, había dicho que los cuises salían al atardecer, decenas de orejas tendidas que no se replegaban si uno permanecía inmóvil hasta fundirse en el paisaje. Pero, por más que me quedara inmóvil hasta entumecerme, los cuises no aparecían y yo salía a caminar con mi petaca en la mano. Gumier Maier se había alquilado una casa sobre un arroyo. Yo era su vecina. Si bordeaba la pequeña laguna del recreo Bora Bora, podía llegar por atrás a su terreno. Desde lejos veía la pequeña plantación de naranjos y, en el techo de la casa, una garza veleta que Gumier Maier había pintado de rosa.

“¿Dónde están mis compañeros?” Daba unos sorbos como para aclararme la voz. Mi propia pregunta me hacía llorar, o lo que me hacía llorar era ese sedimento sentimental que los borrachos solemos desbordar aun con la sangre limpia, en forma de lágrimas fáciles. “¿Dónde están mis compañeros?”, decía mientras marchaba y, después, lloraba más fuerte. Era patético porque en la escena de supuesto autotortura sobrevivía una burla a mí misma que me hacía gozar como si realmente pudiera contemplarme desde las miradas invisibles de aquellos a quienes llamaba, con sus mismos ojos, que imaginaba perversos.

“¿Adónde están mis compañeros?” Ni siquiera los pájaros se callaban ante el exordio ya que no advertían su sentido dramático, ningún sentido, en realidad, aunque piaran enloquecidos como si me respondieran. Pronto me veía tentada de repetirme en tonos más agudos. Como una soprano. Desafinando. Sentía entonces la compulsión de ir deformando la voz de todas las maneras posibles. “¿Dónde están mis compañeros?” Hasta que la frase parecía desactivarse. Entonces ya no quería ir a lo de Gumier Maier. Retrocedía cabizbaja, ya sin fuerzas. De vuelta en mi casa, me ponía a escribir un artículo, volviéndome hacia otra impostura: la de hacer una tarea concienzudamente para darle fin.

“¿Dónde están mis compañeros?” La frase me era opaca. Se me escapaba. El alcohol no podía explicarla. ¿Se refería a esos entre quienes no realicé nada? ¿O a esos otros de cuya reciprocidad también dudo?

Era como si no fuera yo quien hacía la pregunta, la recordaba de pronto como se recuerda la letra de una canción pegadiza.

No es verdad que el alcohol obnubile, no siempre: a veces plantea un enigma y permite intentar buscarle la vuelta. Sabía que en el fondo del río había cuerpos, que cada resaca era, en potencia, una confesión. Se trataba de una fantasía, pero cuando alguien me decía que no podía pisar el fondo del río, ese barro fino, hecho de quién sabe qué sustancias, lo juzgaba mal. En cambio, me parecía que, si me paraba con los ojos cerrados y los pies sumergidos en el barro, tomaba una especie de comunión. Pero ¿con quiénes?

Ninguno de nosotros, mejor dicho los que yo llamaba “los míos”, había militado. ¿Nos habíamos arreglado para sobrevivir a través de no darles la razón a los que sí lo habían hecho? Ahora creo comprender cómo disintiendo con las acciones de esos cuerpos —a veces sin poder ponerlo en palabras—, estábamos, sabiéndolo o no, curiosamente atentos a ellos; a menudo en el mismo territorio, clandestinos los unos entre los otros, aunque nuestro archivo fuera común.

¿Qué hacíamos en esos años? Escribir pero no publicar, no poder escribir, escribir por rutina y paga, vivir como si se escribiera. Adheríamos al sacrificio de un deseo que imaginábamos entrañable —lo acariciábamos mientras tanto—, pero no de *nosotros enteros*. Entonces. ¿No era individual la intermitencia de la obra? ¿Enmascaraba la eterna *marinada* un duelo colectivo aunque sin concertar? ¿Nos comportábamos, en realidad, como “simpatizantes”, no como neuróticos? ¿O se trataba de una coartada para ir tirando? Qué ingenuidad asumir sólo *una puntita de sacrificio* para gozar de la vida invirtiéndola en otros lances en los que, en principio, no se moría.

“¿Dónde están mis compañeros?”

Cuando iniciaba mi marcha ritual con su estribillo repetido tenía la impresión de haber hecho una promesa pero no recordaba cuál. Yo sabía bien que *esos* que imaginaba entre los árboles, a lo largo del camino y durante el día, y a los que a veces me atrevía a lanzar con mi petaca en alto un brindis mudo, no eran mis compañeros. No lo habían sido, mejor dicho yo no había sido la compañera de ellos. No sentía ninguna culpa, pero soñaba. Por qué no hacerlos revivir *de algún modo*. Imaginar sus palabras, reconstruir sus probables derroteros en las encrucijadas que, debido a su temprana inmolación, no pudieron protagonizar. Los quería allí para poder detestarlos como entonces los detestaba: esa altivez despótica, esa vanidad de iniciados, esa prepotencia. O mejor, dejarlos quietos, en paz, abocarme a la lectura de sus textos —en eso todos ellos estarían de acuerdo— pero no leer allí la profecía política sino *lo inútil* para la alborada democrática, eso que para cada uno sigue siendo imposible de compartir: “Juan Antonio lo llamó su madre. Duda

era su apellido. Su mejor amigo, Ansina, y su mujer, Teresa”.

Que otros vociferaran en nombre de sus trayectorias revolucionarias, políticas de cualquier índole mayúscula y en las que habían sido asesinados, “los míos” y yo levantaríamos la bandera de sus sueños secretos, sus caprichos (llamaba “capricho” a eso que cada uno tiene y no podría ser de ningún otro). ¿Para eso los llamaba?

“¿Dónde están mis compañeros?” Mi marcha era una improvisación filosófica que, poco a poco, se iba transformando en un retintín. Pero estaba segura de algo: lo imposible de unir las dos puntas de la frase “Ellos eligieron el sacrificio y fueron sacrificados”. Que la gramática haga desaparecer a la conjunción copulativa por inadecuación radical. Qué fácil es pretender esto ahora, lejos de esas marchas a los tumbos, pertenecientes al catálogo menor del *delirium tremens* y a las que mis escrúpulos maquillaban de enigmático rito social.

Pasada la ocasión burguesa de la muerte en casa rodeados por sus criados y sus perros, eludida la pastilla de cianuro que permitía ganar de mano a la contaminación moral del campo de exterminio y su suplicio efectivo o la ráfaga de balazos que evitaba el peaje del verdugo y su dominio y anulaba el cuerpo sustrayéndolo a la violación, conservando, a cambio, su prestancia para el democrático gusano, aquellos a los que llamé “compañeros” sin serlo, de vivir, morirán como “los míos y yo” en el hospital y, al igual que los niños, en pañales: ahí sí habremos de alcanzar juntos un destino común.

Supongo que decía “compañeros” por “amigos”. Recuerdo que dormía la mona pensando en la frase enigmática de Sócrates: “Amigos míos, no hay amigos”. Y que, imaginando un posible sentido, me quedaba dormida.

# LA PASARELA DEL ALCOHOL

Era pequeño y hermoso, siempre con su mechón de cabello alborotado y caído sobre la frente para mostrar que, aun marxista converso, mantenía la política capilar de la revolución.

En sus últimos años, Claudio Uriarte creía pertenecer a la dinastía de la gran imaginación reaccionaria de un Ignacio B. Anzóategui o un Robert Hughes, pero apenas llegaba a la de Paul Johnson cuando anunciaba la existencia de una masonería homosexual y que Picasso dibujaba mal.

Encomiable cuando prescribía la figura del disidente político, aun con los límites retóricos del modelo soviético y en el marco de los totalitarismos consensuados, fue convirtiéndose en un inquisidor del progresismo, menos como intervención política —al igual que el Fogwill de los primeros años del alfonsinismo— que como venganza personal contra aquellos de los que se había distanciado, cuando invertía su paranoia en acción punitiva y mutilación dolorosa de una familia de amigos que se había inventado dejándose llevar hacia el abrigo de una orfandad que nunca había sido del todo cierta. Si el progresismo a menudo tiene consecuencias reaccionarias, como periodista, Uriarte se solazó en enumerar sus estereotipos —la visita dominical a la feria de antigüedades de San Telmo, el gusto por el teatro negro de Praga, los mimos y las estatuas vivientes, las enseñanzas de Don Juan de Castaneda— y, aunque él parecía festejarse a sí mismo en esa patriada de redacción, parecía también ignorar la delgada línea que separa los lugares comunes de la incorrección política del viraje a una derecha, zonza por meramente reactiva. Llegó a pronunciarse contra el comic como culto de infradotados mentales en perpetua juvenilia. ¿Hubiera tildado de infantil la pasión semiótica de Walter Benjamin por los juguetes populares? Y para no hacerse sospechoso de ser aquello que criticaba, escribió que las maquilas eran un mal menor en regiones azotadas por el desempleo, pretendió confundir el ambientalismo con la vuelta al campo y justificó el trabajo infantil en Tailandia puesto que era preferible a un destino de prostitución y sida —después de todo, el país estaba atravesando una etapa de *capitalismo dickensiano a la Oliverio Twist*—. Ejercía un terrorismo periodístico de figuras cristalizadas que se desinflaban en los finales al igual que los programas cómicos televisivos obligados a una transmisión diaria, como cuando criticó el voto para que, en Francia o Gran Bretaña, las mujeres islámicas pudieran concurrir con sus velos o burkas a sus lugares de estudio o trabajo y liquidó el párrafo así: “si querían sociedades sexualmente segregadas, ¿por qué no se quedaron en sus



países de origen? ¿O será que pronto reclamarán que también las occidentales usen burka?”. Preguntas retóricas perfectamente ajustables a la protesta *en serio* de los votantes obreros de Marine Le Pen o de los británicos orgullosamente separados de la Unión Europea. Sus aguafuertes en contra de las buenas conciencias contaban menos con el arte de injuriar que con un consenso cantado: eran *mundanas*, un subgénero polémico menor. En cada una de esas intervenciones compulsivas se notaba el sangrar por la herida de un trotskista desocupado, sin brújula luego de la caída del muro de Berlín.

El hecho de reaccionar, saltar en eco invertido, llevar la contraria, imposta la máscara de la libertad pero, en última instancia, suele hacer siervo de la palabra del otro, de sus premisas y raseros. Es así que el disidente se va deslizado hacia el bufón pero sin la radicalidad crítica que le costó a más de uno de ellos la cabeza, sino uno que agota las rutinas de un café concert ideológico. Considerar cursi al Comandante Marcos y al Che un precursor del turismo aventura, como hacía Uriarte, más que escandalizar, merecería formar parte de los globitos en las tiras cómicas de una izquierda cuya biblioteca saturada de realismo victimista y seriedad programática nunca consintió de buena gana en alojar piezas de literatura de género. Nada que ver con el Ricardo Piglia que hacía entrar a la novela negra y al policial en el canon con una pistola dibujada por Lichtenstein, al Oscar Masotta que traficaba *literatura dibujada* en los salones internacionales del Instituto Di Tella.

Ni bien nos conocimos, nos odiamos; yo por el resquemor hacia un marxista pagado de sí mismo —el marxismo fue la materia que siempre desaprobé sin rendir—, él por mi supuesto tono pendenciero de varonera. Una discusión sin importancia que terminó haciéndonos reír, cuando se nos hizo evidente que nos estábamos seduciendo, nos arrojó a uno en brazos del otro. Vivíamos entonces amores contrariados que, sin embargo, no terminaban de morir. Nuestra complicidad se fraguó en confesiones que bordeaban la calumnia; nos apoyábamos en nuestras respectivas decisiones de separación que jamás lográbamos cumplir. Como de secundaria, solíamos llamarnos por teléfono para cualquier novedad en el frente de batalla sentimental: “Ella” (la de él) había consentido en bailar una gavota ida y vuelta por su pequeño living de solitario. “Ella” (la mía) había engañado a su nueva amante durmiendo conmigo en un hotel de Mar del Plata.

Fundamos el Club de los Corazones Desollados, que no tenía ningún otro miembro fuera de nosotros y al que bastó el solo hecho de ser nombrado para existir, aunque exigiera rituales de consolidación que cumplíamos por turno: una noche alguien, luego de una pelea, quiso imponer su presencia en mi departamento; sordo a mi orden de expulsión, amenazó con quedarse hasta el día siguiente. Me sentía impotente; ¿cómo ejercer la persuasión sobre quien parecía inmune a los

insultos (probé algunos que hubieran ofendido a cualquier otro, pero me topé con la estrategia más eficaz, la de quien sabe que su sola presencia resulta tan odiosa que logra volverla la agresión más certera). Furiosa, levanté el brazo y rompí el vidrio de una ventana. Bastó para generar la huida. Pero la herida, aunque poco profunda, no paraba de sangrar. Llamé a Uriarte con la imperiosidad de un camarada de armas del que se espera un sacrificio. Vino corriendo y me colocó pomposamente un vendaje que parecía ocultar una mutilación. Me dolía mucho pero no pude evitar el tentarme de risa. Se durmió abrazado a mí, extendiendo su brazo desde su costado, ¿era amor inconfesado? No, a mi cama le faltaba una pata y estaba sostenida en un lado de la cabecera por una Biblia que temblequeaba.

Otra noche fue él quien me llamó. Al llegar a la cuadra de su edificio, lo divisé en el balcón desde donde comenzó a llorisquear de manera que pudiera verlo y oírlo claramente. Una de las reglas del Club de los Corazones Desollados era no avergonzarse de mostrar los sentimientos. Por eso nos dábamos besos por sobre la mesa de los restaurantes volcando las botellas y los vasos con la indiferencia de la audiencia ante nuestra certeza de ser ingobernables. El Club prescribía también determinadas horas para la militancia en la cursilería. Por eso solíamos leer en voz alta los dislates literarios de Roque Otamendi, un lejano pariente de Uriarte que publicaba en *La Novela Universitaria*. Definido en la solapa de su libro como hombre de mundo cultísimo a quien su experiencia en los salones dotaba especialmente para las novelas de observación y cuyos versos alcanzaban un numen privilegiado, era también capaz de ejecutar con maestría el piano, la guitarra y el órgano sin olvidar sus dotes en la declamación —el solapeo de los editores de 1900 ya mostraba los códigos de la publicidad atentos a un público que deseaba pertenecer a las elites—.

Perseguíamos por la calle a un supuesto ex nazi, un hombre calvo y viejísimo que solía sentarse a escribir en el Café La Paz con una enorme letra escolar —usaba una gastada libreta de hule negro— lo que imaginábamos sus memorias de la guerra; hasta el día en que, luego de dejar un ramo de rosas rojas en su mesa, nos sorprendió el terror en su mirada demente.

Nunca nos divertimos tanto como cuando éramos desdichados y, al enterarse los que nos hacían sufrir, de nuestro variado vínculo, volvieron inquietos a recuperarnos brevemente, por mera competencia mientras las risas seguían ahogándonos.

Hermanos *en abismo*, nunca estábamos lo suficientemente lúcidos como para darnos cuenta de que el cultivo de los paraísos artificiales no sólo arruina el hígado sino que deteriora las viviendas: teníamos departamentos parecidos, con el mismo tintineo de la canilla que pierde, la misma toalla maloliente y de color arratonado colgando de la manija del baño, el mismo

tornasolado de los hongos en algún alimento ya irreconocible de la heladera.

En los tiempos en que recibía con sus magníficas cazuelas de mariscos en su monoambiente de la calle Rincón, Claudio Uriarte solía ser encantador, el hombre brillante, un poco anticuado y caballeresco que fue la mayor parte de su vida. Recuerdo una mañana de sol hiriente en que, tomando distancia como en el colegio para no caernos, un grupo de borrachos bajamos la escalera desde su departamento a la puerta de calle —Charlie Feiling casi acostado—, aferrados al pasamanos y tropezándonos, y Edgardo Russo gritó: “¡Los ciegos de Brueghel!”. Ahora, de esa cadena jocosa, la mayoría están muertos.

Fuera de los formatos del periódico, Claudio Uriarte practicó dos o tres veces el ensayo negro, como el titulado *Contribución a la crítica de la verdad periodística*, que publicó en la revista *La Caja*, un heredero más que honorable del *Contra los periodistas* de Karl Kraus.

Mientras se multiplican las promociones de licenciados en comunicación desesperados por llegar a formar parte del ADN del periodismo como agente iluminista en el torneo por la opinión pública —¡ah, haber contado con una revelación que “garpe”, digamos un Watergate!—, Uriarte adoptó su pluma más aguda de *iluminista negativo* —elegante, lacónica, pedagógica— para señalar al periodismo primero como garante de la pseudohistoria de la productividad burguesa y, en otro tiempo, ocupación burguesa de revolucionarios profesionales —agitación y ganapán, felizmente casados—; finalmente, una vez pasadas las revoluciones, como usufructo actual de prestigio por haber sido la oposición de anteayer y como poder capaz de brindar una ficción sustitutiva de actividad histórica.

El artículo —que no atrasa— empezaba por cuestionar la periodicidad misma de los diarios — que el diario saliera cuando había algo que informar—, con más razón en un mundo en que el periodismo ha reemplazado a la metafísica, la filosofía, la ideología social, la discusión de ideas y el arte —es su enumeración— para conseguir una legitimidad autorreferencial y tautológica más allá de todo cuestionamiento.

Uriarte siempre trabajó en la parte de adelante de los diarios —en donde se juega su esqueleto conceptual—, aunque no en la primera línea en la que es preciso proyectar un “nosotros” a través de secciones llamadas “Política”, “Información general” o “Nota de tapa”. La distancia real que la sección “Internacionales” impone de los acontecimientos, sobre todo en un diario independiente sometido al principio de inercia de los bajos recursos junto a la rutinaria pauta ideológica, es decir, la imposibilidad de cobertura fáctica —el *in situ* de atentados como el de la estación de Atocha de 2004 en Madrid, o el del Bataclán de 2015 en París—, y del uso oportunista de una agenda de contactos locales tramados entre los sindicatos, las comisarías, las tres Fuerzas Armadas y los partidos políticos —sean fuentes sucias o no, como sucede en otras secciones fuertes—, hacían que en su trabajo la redacción de la noticia empezara por la lectura contrastada de los diarios internacionales, su análisis e hipótesis.

De esa rutina, que solía empezar bastante tarde, con el mal humor de la resaca y el

atrincheramiento solitario en su escritorio, pero también con una lucidez que lo hacía descollar en las reuniones de edición entre melancólicos herederos del modelo Jacobo Timerman, sacó las pruebas para mostrar en *Contribución a la crítica de la verdad periodística* la cocina canalla del oficio. Desbarataba el mito del periodista como fiscal civil y del periódico como espacio socializador de ideas y tendencias, al ritmo siempre abierto de la cultura democrática, para demostrar, en cambio, cómo es el formato, la pauta publicitaria, el género de puesta en escena a prescribir para la vida de sus lectores, los que determinan los contenidos de un diario hasta el punto de ocultar *que no pasa nada* cuando no pasa nada con los recursos de las novelas de acción: “Quedan 48 horas para el vencimiento del ultimátum”. “Serían inminentes definiciones sobre la crisis planteada”.

El buen lector de Adorno y Horkheimer denunciaba que el periodismo hubiera pasado del departamento de agitación del iluminismo a proyecto opresivo, y que el iluminismo conservara un fuerte contenido de positivismo y materialismo vulgar; pero lo que más le gustaba era mostrar el método chapucero del Cuarto Poder: “La seudonoticia de un día cualquiera se infla para que luzca importante; la noticia importante se comprime y achata para que acate el formato del diario. El periodismo comprime el rango dinámico de los acontecimientos, del mismo modo que la música funcional apaga los extremos para compatibilizar a Mozart, Louis Armstrong y Prince”.

En ese artículo, Uriarte liberaba la enumeración caótica de su *eject* reactivo limitándose a iluminar sus contrastes de registros sin el valor agregado y perezoso de la ofensa. Develaba el verdadero sentido de la publicación simultánea de notas antagónicas sobre un mismo tema como espectáculo de disenso democrático: la regulación del conflicto a un mínimo y la inclinación no evidente del sentido general del mensaje, al más conservador. Y como el reordenamiento, la selección del título de informaciones atractivas elegidas fuera de contexto podían virar totalmente el mensaje de una nota periodística.

Y yo misma, lo retrato ahora, con una de las trampas del oficio: la *glosa* que, simulándose crítica, reapropia información y estilo para que las gracias del otro queden bajo la propia firma.

Basta leer *Contribución a la crítica de la verdad periodística* para sospechar de la plenitud que disfrutó Uriarte haciendo periodismo y cómo en este caso pudo conjugar la ferocidad crítica de una apología negativa con la recuperación de los momentos revolucionarios de la prensa. Menciona al periódico con ironía como “organizador colectivo del Partido”, según la propuesta leninista; pero todo el ensayo desliza, por contraste con lo que describe, la nostalgia de un *Iskra* (*La Chispa*) en donde la verdad volvería a juntarse con la historia y el periodismo se recuperaría de su falta de conceptos, su ignorancia y su memoria de un día.

Era hijo de Mabel Mármol, una escritora olvidada cuyo nombre puede todavía descubrirse en internet junto al de Conrado Nalé Roxlo como coautores de *Genio y figura de Alfonsina Storni*. Imagino al niño prodigio en el salón letrado aburriéndose entre las faldas de la madre y de la abuela, música clásica como telón de fondo de un departamento abarrotado de muebles y un piano.

Mabel Mármol tenía de Alfonsina el hijo natural, de Salvadora Medina el lesbianismo, de las novias borgeanas el escribir a cuatro manos como interlocución romántica capaz de convertir la escritura en metrónomo de la conversación. Había escrito una novela, *No estábamos invitadas*, si no recuerdo mal el título —una metáfora en una declaración de proscrita—, que permaneció secreta y que su hijo juzgaba impublicable por encontrarle objeciones que él adjudicaba meramente al estilo. Ese puritanismo ante una sexualidad a la que jamás hubiera calificado de disidente, provenía de su moralina de izquierda pero también de fantasmas personales dolorosos y persistentes.

¿Hubo en Mabel Mármol un ademán de transgresión bajo la forma de novela lésbica que se desdibujó quedando en manuscrito inédito, abandonado como al descuido entre los papeles del hijo? ¿O *No estábamos invitadas* utilizaba el lenguaje de época que convertía la ternura en eufemismo del deseo y el pudor en valor literario, como que Victoria Ocampo prefería las rosas a la mierda?

Mabel Mármol estaba en algún lugar lejano junto a su madre y una amiga. A veces Uriarte la ubicaba en Merlo, San Luis; otras, el dato era más confuso. Yo le proponía ir a buscar a Mabel Mármol, hacer publicar su novela, sacarla de los secretos familiares sepultados por la hipocresía y la injuria: él pretendía ignorar si estaba muerta, si quería verlo, si alguna enfermedad grave había precipitado su silencio.

Me pregunto si en sus odios radicales y sostenidos por actos de una bajeza sorprendente — hacer despedir a uno de los redactores de su sección del que era amigo— en quien, por su

formación, debía cultivar alguna forma de justicia social, no existía un dolor tan insoportable que era preciso invertirlo en demanda monstruosa e incondicional de amor pero que, en el fondo, no era más que el fruto del despotismo del niño mimado que fue.

¿Por qué prefería ese dolor y ese enigma que solía imponerse bajo el llanto extorsivo y el pedido de complicidad —incondicional— en la condena ante un abandono que había sucedido cuando él ya no era un niño necesitado de protección?

La madre había señalado un padre que nunca vio e inventado un apellido con resonancias de tradicional. Persuadida de que, a cierta edad, la tragedia personal termina por devenir novela y nada justifica, cuando estábamos de buen humor y para desdramatizar, yo solía recordarle la letra del tango *Felisa Tolosa* de Luis César Amadori que, muy temprano y sin entender, debe haber alentado mi elección de un seudónimo: “Se llamaba Felisa Tolosa/ Y era gaucha con nombre prestado/ El “Felisa” lo había pedido/ Y el “Tolosa” lo había inventado”. Y “Tolosa” era una contraseña que nos arrojábamos como freno cuando cualquiera de nosotros cargaba las tintas en los relatos dolorosos. Yo prefería llamarlo “El joven Mármol” en honor a ese supuesto antepasado, autor de *Amalia*, que según sus enemigos solía escribir artículos en los calabozos y los meaderos.

Se decía que era un *dandy*, pero la desesperación es el sentimiento antidandy por excelencia. Y si alguien se tomaba en serio que levantara la nariz para aspirar ruidosamente en señal de desaprobación, no era por tic de niño bien sino por la irritación causada por el uso de la cocaína, del mismo modo que, por esa época, mis ojos brillantes no se debían a los lentes de contacto sino al alcohol.

El mayor acto de coraje intelectual de Claudio Uriarte fue su único libro publicado, *Almirante Cero*, la biografía no autorizada del comandante Emilio Massera. El prejuicio más negador de la época de los derechos humanos como escándalo en portadas que vendían a la tortura como uno de los subgéneros de la pornografía *hard core*, era el que explicar era justificar: los monstruos debían mantener una inefable nomenclatura psicopatológica; diferenciarlos, develar sus políticas, significaba sobreseerlos, en principio, con el perdón de la racionalidad. Pero Uriarte escribió con valentía el libro más desinhibido para desentrañar las ambiciones secretas, las apuestas temerarias y el paulatino ostracismo de un Macbeth criollo, su proyecto para descollar en lo que la abulia de la prensa democrática todavía hacía pensar en bloque como “La Junta”. Uriarte contó con el testimonio del periodista Ezequiel Lezama, que había diseñado los discursos de Emilio Massera y era autor del alegato final para su defensa, una pieza que tenía las ambiciones retóricas del mensaje de Drieu de la Rochelle a los miembros de la resistencia francesa antes de su suicidio.

En el comienzo de una nota de adelanto del libro, Uriarte, excusado por las exageraciones del periodismo con gancho, escribió: “Fue de lejos el jefe más maquiavélico, torcido, barroco, dúplice, oportunista y complejo que tuvo el engendro de siete años de duración que se llamó a sí mismo Proceso de Reorganización Nacional. También fue de lejos el más ambicioso, y el más inescrupuloso a la hora de tratar de concretar su deseo: conquistar el poder absoluto”. El párrafo acercaba como gran personaje trágico a un carnicero local con cierta astucia al Kurtz de *El corazón de las tinieblas*. A nadie escapó que Uriarte se identificaba con su objeto por lo menos estéticamente, y esa identificación no venía de la ideología sino de la literatura, del Louis-Ferdinand Céline que proponía para enviar judíos a los campos de concentración trenes con vagones de colores —una señal para que la aviación alemana no los bombardeara, desviándolos del destino previsto— y el Ezra Pound fascista que arengaba desde radio Roma contra la usura diez minutos, dos veces por semana (“¡Aquí, la voz de Europa!”).

El nuestro fue un distanciamiento sin anécdotas. Empecé a trabajar en el diario en el que dirigía “Internacionales” y, como por un tácito acuerdo, dejamos de hablarnos. Yo había parado de beber y eso parecía acentuar una separación indolora, con su callada secuela de rencores.



Desde mi escritorio podía verlo, cada vez más ensimismado. Casi no nos cruzábamos. Y si lo hacíamos, bajábamos la cabeza. En el tiempo durante el que enloqueció hasta la alucinación y el sinsentido no parecía un loco sino un cuerdo reaccionario: antisemita, homofóbico, violento.

Como todos los acólitos de la autodestrucción, soy hostil a los que, entre el ir y venir del cuerpo al borde del abismo, lo dejan caer. Y él se cayó de la escalera de su dúplex partiéndose el cráneo. Era un feriado y tenía guardia en el diario al que había entrado recientemente, un espacio acorde a lo que había devenido, según él, *marxismo de derecha*. Su jefe, extrañado por su ausencia y sobre aviso de que había sido diagnosticado con una depresión, hizo abrir su departamento por un cerrajero. Allí estaba para que sus compañeros empezaran a tramar sus réquiems por un malogrado, un entierro poco concurrido puesto que se había ido alejando de todos: amores y amigos.

Cuando me enteré de su muerte sentí furia y reconvención como si él hubiera sido un mal editor del momento que debía haber preparado con mayor delicadeza: una ética de la despedida acorde con nuestros sueños burlones del realismo tremendista. En su fantasma de monje negro, en el que se le escapó el cuerpo, realizó oscuros designios injuzgables.

No hay que plañirse por sus novelas inéditas, cada vez mejores para los mitólogos de muertos precoces, y no habría que subestimar el goce instantáneo y duradero de traficar estilo en notas de un día, intervenir con una iluminación política precisa, aunque él insistiera en clamar por esa zona de literatura pura, en la que, se imaginaba, sería más él mismo.

Vivió en la música como en una Patria que compartió y cultivó convirtiéndola en un espacio inenajenable al odio y al sufrimiento y donde se calmó, de acuerdo al dicho, al igual que una fiera. Ahí, en ese inmenso archivo del universo está enterrado.

DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN

Cuando gran parte de mis viejos amigos murieron —nunca a causa del alcohol—, yo decidí tomar la tea encendida de la disipación como una suerte de Antígona barriobajera. Me sentía una desopilancia social, un ser llamado a representar —cuando todos los perdidos se han hecho burgueses o han terminado mal— el pasado común, pendenciero y chispeante. Los escritores que amaba —Néstor Perlongher, Copi, Osvaldo Lamborghini, Manuel Puig— habían muerto, y todos eran excesivos en algún sentido. ¿Era tan ingenua como para pensar que corriendo el riesgo de ir a parar *al otro lado* —lugar que no existe y donde ellos tampoco están—, me ponía automáticamente *al lado de ellos*, es decir, del talento? No, pero vivía como si lo creyera.

“Me sigo divirtiendo aunque no lo recuerde —desafiaba—, qué importa, tampoco los místicos pueden describir su experiencia, sólo dar testimonio de que la han tenido, que su fuego aún resplandece en ellos”. Me gustaba recitar el poema de jactancia de Dorothy Parker, que murió bebiendo y con más de setenta años: “Si no doy una vuelta por el parque/ influiré sobre el mundo/ si estoy todos los días en la cama a las diez/ puede que mi aspecto regrese/ si me abstengo de la diversión y demás/ es probable que llegue a ser alguien/ pero seguiré siendo como soy porque me importa un bledo”.

William Burroughs asocia el alcohol a la marihuana. Los diferencia de las drogas duras, porque los lee como un estímulo para el disfrute de la vida, en tanto considera a las drogas duras como una forma de vida en sí. Pero es evidente que el alcohol genera síndrome de abstinencia y, como las drogas duras, lo que los científicos y los filósofos paternalistas advierten como una economía de escalada. Ese deseo afable que encuentra su euforia en la francachela con los pares, paso a paso, se transforma en simple antídoto de sufrimiento. Yo, como todos, comencé a beber para encontrar placer y terminé bebiendo, como algunos, para no sufrir. En esa carrera, cada vez los períodos de abstinencia fueron más cortos, y la cantidad requerida para terminar en un *black out*, menor. Me gustaría que esta experiencia fuera tan graciosa como esa película de Sandrini en la que un millonario, cada vez que se emborracha, se lleva a vivir a su mansión al imborrable Felipe y al día siguiente, al despertar, no lo reconoce en absoluto y lo echa como a un ladrón. Y eso se repite noche tras noche y día tras día.

A menudo, luego de comprobar que no recordaba nada de lo sucedido en la noche anterior,

tenía la sensación de haber cometido, por lo menos, un crimen. Eso ha sido el tema de muchas películas: que le tiren el muerto preferentemente a una alcohólica aún no muy deteriorada, y luego se demuestre su inocencia. También suele suceder que el policía encargado de investigar el caso sea un miembro de Alcohólicos Anónimos, se enamore de la alcohólica y ella deje de beber. Pero no puedo conceder en que cambiar el alcohol por un policía sea algo *de película*.

Entonces paré. Y luego volví a beber. Fueron treinta y cinco días en los que escribir cada noche acompañaba una desesperación hasta entonces desconocida, *en pelo*. Así me fue quedando un diario en donde se puede leer la próxima recaída. Lo dejé luego de un tiempo, no lo soportaba y, sobre todo, no me consolaba: sus últimas palabras son “se puede dejar de beber”. Quince días después, yo volvía a empezar.

5 de noviembre

*Flapping*: una palabra fetiche. Metadona traducido a otra abstinencia, a otra tribu de destetados. Suena a estandarte. Hoy, primer día, di limosna a dos excombatientes. En su panfleto usaban el término *estandarte*. El que lo repartía mostraba las heridas: rostro quemado, un ojo fuera de la órbita, arrancado. El que lo promocionaba no tenía dientes pero es probable que los haya perdido antes. Recitaban como en una letanía que habían sido embaucados y luego abandonados. Les quedaba *flapping*, la palabra patria, el honor por los compañeros. Estiré una pierna y golpeé un pie de trinchera, envuelto en vendas sucias. Di mis monedas con la mano firme.

6 de noviembre

Mi estado actual: dientes podridos, un conducto mal hecho, otro desmoronado. Las plantas de mis pies están cuarteadas, tengo las uñas córneas y llenas de hongos. Y ahora ¿qué pretendo? ¿Dar la nota? Veo que cuido la escritura. Coqueteo. Mi deshonestidad es mi resistencia a... ¿dejar de beber! Tengo olor a pelo sucio, a patas. Pero eso puede ser *aún* —ese maldito adverbio— una secuela existencialista, el efecto de una castidad prolongada que me libera de los protocolos hacia el otro, el chantaje de una huérfana que acecha en el umbral a los que, por saciados, pueden albergar sin exigir. ¡Qué frase! Mama mía.

8 de noviembre

Me siento mal. Muy mal. Parar a cambio de nada se traduce en que todo me hiere y me hace

evocar lo que podría —¡otra vez, por favor, una vez más!— llamar la *última*, ¡la del estribo (nuestro grito de vencidos)!

10 de noviembre

Dios mío. ¿Quién dijo que escribir sublima o consuela? Lo que hace es escarbar. Si tuviera el síntoma que me saque del mundo al hospital, no sufriría así. Pero soy lozana, fortachona en mi sufrimiento: no alucino. No me desplomo, camino toda la noche.

Voy a pedir ayuda para que la persona a quien llame me diga cosas infantiles, sensatas, impotentes. Necesito un monstruo que me ordene “salí a comprar una petaca”. Pero debe haber una razón por la que el borracho se rodea de jueces y policías. O los vuelve. “Paciencia, culo y terror”, dijo uno. Pero paró, o mejor dicho, se murió.

12 de noviembre

No soporto el aliento de la noche anterior. Hace más de un año que duermo vestida. Apenas me baño, salvo ante la expectativa de un encuentro erótico que se diluye cuando el vaso gana de mano. Hoy tuve dificultad para servirme agua. El brazo me temblaba como si tuviera voluntad propia. Volqué la mitad. El mozo me miró raro. A esto la vieja Duras lo llama *flapping*, seguramente una invención norteamericana. Mi analista dice que no estoy tan mal puesto que escribo. Que nadie escribe a punto de desmoronarse, que las cartas de los suicidas no son elocuentes, etcétera. ¿Y si escribir no fuera lo que me sostiene? ¿Si lo que me sostiene fuera el verdugo líquido que difiere el momento de tocar el punto mortal, prolongando la vida que es visualizada como *no toda enfermedad* puesto que aún escribo? En este aspecto, con personas como yo, todos se vuelven realistas, es decir, *no me ven tan mal* mientras murmuran a mis espaldas. ¿Debería dar el espectáculo del grito de Munch, la larva de Castelnuovo, el gargajo del beodo a lo Boedo? Si me muero o me mato, estas páginas estarían pletóricas de sentido. Si “me curo”, reclutarán a mi alrededor a los que, habiendo perdido la voluntad, conservan la esperanza. Entraría sin vergüenza en el negocio de la conversión —entonces gritaría “¡al menos cuando bebía, señores, yo tenía vergüenza!”—; si reincido —lo cual es harto probable—, volvería a escribir pero con un nuevo seudónimo.

15 de noviembre

“Se para a cambio de nada”, le decía a Charlie. Él callaba, sabiendo seguramente muy bien

que no se para con el fin de no morir sino que se muere para no parar. Esta también es flor de frascita ambiciosa pero me es tan verdadera como inevitable (igual que beber).

19 de noviembre

Me recomiendan que hable en pasado para darme ánimos.

24 de noviembre

Copio y corrijo: no esperen que traicione. El alcohol sigue siendo único, naturalmente, y su euforia superior a la de la salud. Le debo mis horas perfectas. Es lástima que en vez de perfeccionar la desintoxicación, no intente la medicina hacer el alcohol inofensivo. Aunque es una frase peligrosa. Mamá, ¿todavía estás ahí? Maldita. Te tranquilizaría si se descubriera que mi *inclinación* es una cuestión de ADN. ¿O irías a desenterrar a mi padre, colocar en tus vidrios profesionales la prueba de una transmisión genética? Después de todo, para vos, investigar siempre se trató de buscar culpables: el colorante no admitido en una hamburguesa, el mercurio en los pañales de los niños, la morgue cerca de la sala de lactancia, en cada intoxicado un enigma para una Sherlock Holmes munida de un microscopio de última generación.

Dicen que para parar hay que haber tocado fondo. El problema es cuando se cae de una altura media. El gato, desde un primer, segundo piso, no tiene tiempo de usar la cola como pararrayos; desde el quinto, sobrevive. Es decir: no tengo cirrosis hepática ni convulsiones. Si he llegado al coma, mis discretos amigos han tenido la piedad o la irresponsabilidad de considerarlo un sueño profundo. Cómo me gustaría, en lugar de esta angustia, tener un síntoma físico que me saque del mundo al hospital; entonces no sufriría así. Cuando duele la muela nadie está enamorado. Y el dolor de muelas desaparece si a uno le cortan una pierna. Sabiduría de los chistes populares.

30 de noviembre

Luego no era gracioso. Sólo muerta, Dorothy Parker pudo superar a Faulkner. Nunca el prestigio de la brillantez ebria de una dama superará al de un caballero. Un borracho que pertenezca a una tribu de abolengo puede ser gracioso; una dama, repulsiva. “El borracho también”, dirán los que han soportado de un amor, de un pariente o de un amigo esa verdad eufórica que se disuelve en repetición, beligerancia, letargo, paliza... No puedo pensarlo ahora. Es aquí donde mi feminismo tiene su límite, encima de haber empezado con el apedreo de las

estanterías de las tabernas, sellando nuestro eterno fracaso por no haber entendido de entrada un placer. ¡Malditas Emmeline y Christabel! Vuelvan a encadenarse y que los conservadores las dejen ahí.

Las grandes celebridades detenidas al borde del objeto que siendo el mejor y el único los estaba matando, se jactan de no haber abandonado sus razones, suelen sustituir el alcohol por su defensa, seguros de no pertenecer de ningún modo a la raza de los conversos. Parecen sangrar: “¡Volveré, y beberé millones!”. Imaginar su obra sin alcohol —o su sustituto menos familiar para mí: la droga—, como imaginarla estrictamente ligada al alcohol, no tiene salida.

Se para a cambio de nada. La melancolía de mi hijo, su largo letargo que nos echa en lechos paralelos, la amnesia de mi madre tan angustiante para ella como la del alcohólico, me mataban sin que el alcohol me calmara sino a través de sus carísimos impasses. Seguidos de una desolación donde sólo podía volver a abrir la botella.

1 de diciembre

Cuánto yo quisiera esa cárcel disfrazada de hotel: la clínica de rehabilitación. Pero no tengo plata. O me la prestarían para algo menos vergonzoso. Presumen mi snobismo. Que quiero jugar a *La montaña mágica*, a Leonora Carrington en *Abajo*. Escribir no evita mis ganas de tirarme por la ventana. El peligroso progresismo de mis seres queridos —todo progresismo es fundamentalmente irresponsabilidad y narcisismo— les ha impedido escuchar mi pedido. Del mismo modo que me reprochan mi fascinación por parias de un extravagario erótico que, en última instancia, no me han dado más que alegrías modestamente alimentadas por la imaginación y la ironía, me privan de aquellos entre los que yo encontraría mi club, mi parroquia y mi asilo: los que beben. Me piden, al mismo tiempo, que no los prive de su compañía, que sea yo misma *en seco* pero que no me recluya. ¿Ignorarán que lo que me permitió soportar a la mayoría de ellos es esa eliminación del otro que permite el alcohol?

6 de diciembre

Cuando estaba *en carrera* llegué a *no sentir nada*. Un nirvana involuntario donde tenía la impresión de carecer de genitales. Al vaso y la boca los había sustituido como fuentes de exaltación. Así debe sentirse el ciervo al que le cortan las astas —para él, la castración es esa, no

la de sus genitales—, sólo que no puede poner una subjetividad al servicio de las habituales imágenes cómicas puesto que no está a la altura conceptual ni de la castración ni de los chistes de cornudos. La princesa Bonaparte pensaba que el placer femenino dependía de lo cerca que se tuviera el clítoris de la vagina. Se hizo operar. Siguió siendo frígida de acuerdo al diagnóstico de época. Obsesionada por los condenados a muerte, no tocó el alma del alcohol, no lo juzgó, no lo traicionó, tal vez porque sus orígenes de alta nobleza le permitían adaptar la ley al exceso y no al revés. Hacerme colocar el vaso cerca del pubis en posición fija me habría convertido en un monstruo, ni hablar de operarme la columna vertebral para hacer coincidir todas mis fuentes de excitación y lograr un orgasmo capaz de hacerme estallar y volar por el aire.

8 de diciembre

Todo lo que uno debe saber, digo *saber profundamente*, es una de las frases más populares del Talmud para quienes no leyeron el Talmud —tal vez leyéndolo se comprenda su complejidad, su falta de empirismo—: “Esto también pasará”. Sobre todo porque el alcohol es un estilo que se recupera a través del *sin alcohol* y *más allá de alcohol*. Sí, puedo ser brillante otra vez, otra vez ser un bufón, la que redobla la apuesta cuando los demás se recluyen en burbujas de agua mineral imaginarias. Pero yo no amaba mi objeto por lo que él me hacía ser, lo amaba simplemente. Y me hubiera gustado de todo corazón —contrariamente a lo que se piensa, que uno teme perder sus cualidades, que se tire al agua con el niño— que sin el alcohol me abandonara todo lo demás hasta estar perfectamente muerta. ¿Qué mujer, qué hombre, qué recién nacido ha inspirado un amor semejante?

11 de diciembre

Avaro, Cocteau se entretenía sorprendiéndose de que de su desintoxicación de opio hubiera extraído un libro.

No puedo ocultármelo y, menos ahora que no bebo, olvidarlo: soy una alcohólica de alcurnia, esos que los AA se alegran de derribar al grito de aquí somos todos iguales: ¡borrachos!

Escuchen: necesito grandes nombres porque lo que experimento es grande, mejor dicho, me queda grande. *Aun* con chistecitos.

He encontrado el logo de mi objeto perdido: los signos de admiración; esos que eran el cebo



de las máximas y de las entonaciones de los libros escolares y el posterior signo de la mala literatura.

Alcohólicos Anónimos. Con qué ingenuidad los escuché hablar de “la literatura”. Pensé que el entremés de la tarea ciclópea de *dejarlo* consistía en una biblioteca rodante, una suerte de Club del Libro donde confraternizaban la abstinencia y la evasión. Me equivocaba: era la vacuna con que se combate el mal, inoculándose; ya no la literatura como ejercicio del alcohol sino con el tema exclusivo, martillante del alcohol: sus vértigos, sus caídas, sus abismos. Los AA siempre alentarán desde su bien educado “estar en recuperación” la angustia por recaer sin ser castigado.

15 de diciembre

Por primera vez escribo algo sin que me lo pidan. Afirmarlo me permite distraerme de mis días *sin*. Ya no existen los verdugos —jefes de redacción, coordinadores, secretarías— sino en segundo plano. Pronto los recordaré demasiado bien puesto que ya no se me permitirá que haya parado de escribir. ¿Y quién no me lo permitirá? Es obvio, nadie. “Escribí, hazlo por vos misma”, dirán. Ya saben bien lo que haría por mí misma. Mañana veremos. Es decir, por 24 horas... ¿Qué?

16 de diciembre

¿Adónde esconderse para sufrir? ¿Y si la guarida fuera química y me estuviera lacerando inútilmente? Un cilicio sin Dios. Espero mi turno con el Dr. B. Una esperanza: que me diga que éste no es el método. No me lo dirá pero me gustaría leerlo en sus ojos. Ésta es la experiencia de la angustia: su falta de argumentación, su deseo —detrás de esta alharaca sin testigos— de consistencia retórica.

Espero que llegue la noche, para que cesen los horarios de oficina. No se hacen reclamos después de esa hora. Trivialidad del horror: hago llamadas mundanas, planes. Tengo miedo de F, con quien hice un trato que no me beneficia pero que automáticamente me pone en falta. No pude entregar el artículo. Y no hago el menor ademán como quien quiere que la prórroga venza. Fracasas de una vez para sentir alivio. Llamo a mis amigos para cerciorarme de que no hay respuestas, de que no hay respuesta adecuada. ¿Cuál es la respuesta adecuada? La que es capaz de intervenir llevándonos a una angustia de otro género.

18 de diciembre

Reverencio tanto el secreto, es lo actual de aquello en que me repito. El secreto de los victorianos, su resistencia. ¿Y si el coraje radicara en escribir lo que no publicaré?

Tengo que pensar qué significa para mí *secreto y confesión*. Me doy cuenta: no hay que escribir cuando no se piensa. Pero ¿por qué no? Puesto que es razonable maquillarse para estar solo.

Yo imaginé que vendrían recuerdos, ocurrencias, chistes de perros (como en el *Opio*, Cocteau), la viuda azul que Marguerite Duras veía, durante su cura del alcohol, en los techos de pizarra de la clínica. No me comparo, me identifico.

Me piden de la revista *Luna* que escriba sobre Hillary Clinton. Una primera dama viene a interesarse inopinadamente por mí. Se me ocurre que la fama es no ser cornuda ante diez u once personas sino ante millones. Un débil coqueteo: ¿serán éstos mis chistes de perros? ¿Mi dama azul?

19 de diciembre

El alcohol es una patria. Por eso no se la pierde. Sólo que se puede estar exilado de ella. Qué más argentino que un exilado unitario conspirando en Montevideo en los tiempos en que el Restaurador cortaba los cuellos en forma de violín —o violón—, o que los montoneros escuchando tango en Colonia Roma, en el Distrito Federal, mientras planeaban la contraofensiva durante la dictadura militar. El alcohol es un Dios, por eso se puede creer en Él sin que esté presente, y por eso también se puede dejar de beber.

RONDA

En la abstinencia de beber, el agua restablece el croquis que permite decir “yo” desde los sentidos. Pero no la sensualidad, no el deseo. Entonces llamé a Bobby. Excitable por razones profesionales, su erección me tenía sin cuidado, como al depredador el vuelo del depredado, si éste vuela lo suficientemente cerca como para eludir el esquema visual preciso que desencadena la agresión. Si elegí a Bobby era en nombre de eso que las actrices denominan “memoria emotiva” y yo podría traducir como “memoria sensual”. Me había acostado con él: fue agradable, sin consecuencia, un poco brusco.

Ese día estaba francamente cansada, luego de leer toda la tarde algunos libros de autores nacionales para una clase temible. Cuando llegó, se paró con aire de cortedad, esquivando dirigir una mirada directa a la cama. Era esmirriado, con secuelas de raquitismo y una perfecta cara andrógina. ¡Ah, esas bellezas de garaje! Miró una foto en la pared donde aparezo junto a María Elena Walsh. Dio unos golpecitos en el vidrio, como si sospechara que fuera una estampita. Luego se entretuvo con los juguetes que había sobre la mesa. Probó un cascanueces con la forma de un par de piernas de mujer. Se agarró el dedo riéndose.

—Está re bueno.

Luego levantó el despertador coreano rosa, al que le faltaba la tapita.

—¿Viste lo que aguantan? Las pilas valen más.

Le dije que se desvistiera y se acostara sobre mí. Lo hizo. Pero no pasó nada.

—Nena, ¿así qué querés que pase? ¿O sos Buda?

Me desilusioné pero lo alenté a inventar algo. Comenzó a aplicarme un Kama Sutra retórico que me hizo cosquillas. Lo empujé de una patada fuera de la cama —un colchón pelado—. Se puso de pie y se acercó misteriosamente a la mochila. Sacó un cuchillo y puso cara feroz, pero era tan mal actor como Joe Dalessandro. Además no había por qué tener miedo: lo conocía y era un recomendado. Suspiré y recordé las sabias palabras de Dómina Kelly: “En la Argentina no hay dominantes profesionales; al S/M se lo ofrece como un servicio más del rubro 59”. Se acercó e intuí que el plan era cortarme los breteles del corpiño y los bordes de la bombacha, pero yo no tenía ropa interior, sí en cambio el camisón deformado de las deprimidas crónicas. Entonces me agarró de los pelos. Por pura ley de gravedad, mi cabeza rebotó contra sus botas.

—Lamémelas.

Se las escupí. Con sorpresa primero y con melindres después, se puso a lustrarlas con las sábanas que estaban en el piso. Totalmente ensimismado. Se me tiró encima y amagó un ahorcamiento dubitativo. Le di una piña. Pegó un salto y se metió en el baño. Lo seguí: se miraba el ojo en el espejo. Luego se humedeció los labios y se tiró agua en la cara haciendo un hueco con las manos. De lo que pasó en el medio tengo un blanco. Me desperté tirada en el piso y esposada a la mesa. Él estaba mirando tele con una lata de cerveza en la mano. Utilizando un solo brazo levanté la mesa y me solté. En sus ojos vi el miedo, un miedo infantil como ante la alpargata enarbolada por una madre. Soy fornida, sobre todo cuando estoy un poco asustada. Agarré la mochila y la vacié sobre el piso. Había una jeringa y una muñequera de cuero. Me reí a carcajadas (fingía). Él se agachó a recoger todo con la mano en la cintura como si tuviera ciática. Luego volví a la cama. Me tranquilicé. Se me debe haber notado la lágrima de desilusión neurótica, no el miedo de quien teme terminar como la chica de *Buscando a Mr. Goodbar*. Se me acercó con besitos ladinos, dados con esa boca en la que poco antes había visto hacer aparecer y desaparecer un escarbadientes, cuando él estaba sentado a la mesa del bar, con un *stripper* al que amenazaba con el tenedor alzado en forma de catapulta. Usó sus dedos de carterista con un amateurismo de zaguano.

—¿Cómo te llamás?

—Elpidio.

Yo lo conocía por Bobby. Qué ternura: me entregaba el nombre criollo de tres generaciones de peones albañiles. Entonces ocurrió. ¿Qué? *Eso*.

Sentí en la piel las ondas concéntricas del placer que volvía con una especie de sordina, el anuncio de una descarga que se replegaba con intermitencia pero que insistía en remontar su roca de Sísifo, al son del chasquido líquido de los pechos (los pechos, no los senos, quiero decir el pecho de él y el mío) debido al calor de una mañana de verano, con las persianas alzadas por descuido durante la noche anterior. Música de cañerías. Flujos y reflujos inevitables de describir en términos de metáforas marineras. Fuera de estado, me mareaba ese vaivén. Entonces, un pequeño infarto en mi disco rígido y comencé a alucinar, en un ilógico entrevero, jirones de frases de poetas neobarrocos nacionales, más algún novelista prohibido por cargar frasquitos con semen en dictadura. “¿Fifé con Dios o es El Cloaca Iván el que me clava su pistón hasta la garganta (¿meti-culosamente?)? ¿O a la pingajo le tiemblan los mofletes? ¿Tiene condón en el jopo el de las guedejas entre los muslos? (Mire que no quiero que me pase lo de la sirena, doctor.) ¿O soy el caño de la combi antes del final flácido, la Magdalena del Ojón frente al retrato de un albañil desenvainado? Por eso, carne con ojos, soy hermosa”: así todo seguido y

sincopado, pero mudo; el choreo de las iluminaciones, Mamita.

—Cae la lengua nacional —anuncié.

Me lanzó una mirada de suspicacia, convencido de la ineludible degeneración de los intelectuales argentinos y miró con desprecio el flequillo de María Elena Walsh. Esa vez fui yo quien fue a mirarse al espejo.

—¿Así que ese era todo tu secreto? —le dije a mi reflejo.

Caminé hasta la cocina para buscarme un whisky. Si una abstinencia lleva a la otra, su interrupción llama a otra interrupción. Cuando volví, él estaba colocando una sábana sobre la cama —había dejado de lado la que había usado para lustrarse las botas— atento a la prolijidad de las aristas, como un pupilo hacendoso. No recuerdo cuando me dormí. Al despertar, vi mis llaves colgando de la tranca de la puerta del departamento. En la mesita de luz faltaba el cascanueces y el reloj despertador.

# LA PASARELA DEL ALCOHOL

A veces una imagen me muestra a alguien vestido para determinada función —un uniforme, un disfraz, un guardapolvo— pero es en otra imagen donde la veo realizar. Recuerdo a Jorge Di Paola Levin (*Dipi*) vestido de mago —íbamos a una fiesta de disfraces— con una especie de poncho de tela negra sembrado de estrellitas de papel plateado, y un bonete de cartulina. Cuando se movía se le veían los jeans y las zapatillas, pero nadie que lo viera querría bajar la vista, sobre todo porque él movía en el aire su varita mágica, la primera de una serie que fue expuesta como arte en la galería Belleza y Felicidad, unas escuálidas ramitas intervenidas con chucherías de *todo por dos pesos*. Él decía que no era un mago sino un alquimista, pero que no podía ir a una fiesta de disfraces con tubos de vidrio o una olla en la mano sin suponer que podrían perderse o romperse. Pero era Héctor Libertella quien, como un alquimista, llenaba una jarra y la pesaba en una balanza. Estaba en medio de la oscuridad de su departamento de hombre solo. Me explicaba su hipótesis con un aire de discípulo de madame Blavatsky, de miembro crédulo de la Vi-Dharma narrado por Roberto Arlt y que podía parar en cualquier ochava de los cien barrios porteños. Separaba las palabras como un vocalista que ha perdido la voz —Goyeneche y sus escansiones de ahogado, sus vocales abiertas y hasta zapateadas—. Decía que si la prueba de que se era alcohólico era el perder la cuenta de las copas bebidas, aunque fueran dos o tres, él alentaría a recordarlas aunque fueran muchas más. Llenaba una botella de whisky vacía con agua y luego de colmar las copas, las contaba. Era una demostración de etílico-magia sin la sustancia original que, previsiblemente, se había acabado. Un ritual alternativo a la práctica de Alcohólicos Anónimos. Como en literatura, Libertella proponía a la dipsomanía, una práctica de vanguardia. Yo, más reformista, le sugerí la implementación de una economía de la recaída, una ida y vuelta del alcohol hecho de límites y concesiones a la inclinación de beber o culto periódico de la sobriedad que oxigenara el cuerpo hasta el próximo tóxico.



Si escribo lo que escribo, ¿me desnudo? Hay quienes leen como si se tratara de la *vida misma*. Temblorosos de unanimidad admirativa, mientras creen alcanzar algún mendrugo de intensidad en medio de la opacidad habitual del mundo —tomándola como una confesión—. Son como esos pájaros que entraron a un museo y, deteniéndose ante una naturaleza muerta hiperrealista, se pusieron a picar los frutos. Y no hay nada que tocar sino páginas hacendosas porque, en literatura, la sangre sólo sirve para hacer morcillas. En *La novela luminosa*, de Mario Levrero, leen *vida opaca*. Es que Levrero recicla para la literatura lo que ella no podría tragar; lo que Barthes llamaba *la gestión* y que suele posponer la escritura —trámites fiscales, diligencias para la jubilación, colas de banco— y el detallado relato de la enfermedad física, desde una eventración fruto de una errada cirugía de vesícula hasta los efectos parciales de un remedio para la constipación.

¿Qué es Osvaldo Lamborghini escrito por Ricardo Straface? ¿Un *squatter* VIP que no tiene nada más que su cuerpo físico —casi una extensión de sus obras *in progress*—, una boca abierta al alimento y la bebida mientras él se somete a la máquina implacable de su propia escritura? ¿Un *clochard* de interior que se va regalando a sí mismo a diferentes anfitriones, dejándoles restos antihigiénicos como ceniceros llenos, blísters agotados y botellas vacías pero también palabras iluminadoras y dedicatorias —sin duda contribuyó a la construcción de su personaje la capacidad de persuadir de que asistirlo hacía ingresar en la Historia de la Literatura Argentina—.

Me imagino a Roberto Bolaño en el hospital: la pantalla de la computadora le ilumina la cara amarillenta de enfermo del hígado. La mano derecha apurada escribe, la otra va pasando las cuentas de un ábaco. Se oye un ruido de corazón monitoreado o de bomba a punto de estallar. Las páginas de la computadora corren en dirección a la cifra catástrofe, 2666, y el ábaco las cuenta simultáneamente al compás de espera de un hígado apto para trasplante que permita la prórroga que, se sabe, no ha llegado. Es obvio que Bolaño podía calcular trágicamente ese efecto, pero la épica *prosa versus hígado* ha convertido su hígado en algo tan mítico como la mama de Santa Ágata rescatada para su conservación en una ampolla de plata.

*Ya no va* el simple cuerpo químico como motor de la obra —al igual que en el escritor maldito o el *gonzo*— sino como un espacio que exige *mantenimiento* y aseo para sustraerlo en lo posible a las exigencias del goce y, a cambio, conservarlo con el fin de que la escritura siga rindiendo. Hay linajes literarios *por roce* con una experiencia intensa que permite vivir por delegación

mientras que quienes han escrito haberla vivido son proyectados como mártires.

Si la política del nombrar —en el sentido de condensar, ordenar, calificar y excluir— formó parte de las estrategias de Bolaño vivo para plantar bandera de existencia en la literatura latinoamericana, la condición de póstumos de textos como *Derivas de la pesada* y *Sevilla me mata* les da un peso accesorio ya que, si discutir o evaluar allí a determinados autores podía obedecer a razones utilitarias y hasta mafiosas de reconocimiento mutuo, ahora la muerte vuelve esos honores rendidos, incobrables. Y ¡qué placer, ser nombrado por un demiurgo póstumo!

Cómo nos tomaba el tiempo ese Levrero con su poética de la farmacia. Qué *reality* más impresionante y sin usar más que palabras: todo ese detallismo proliferante de la vida cotidiana en torno a la preparación de la escritura —instalación de un aire acondicionado, compra de un sillón de leer y de novelas policiales en oferta, paseos contrafóbicos— y del mantenimiento de la fuerza de trabajo (el cuerpo) —regulación entre combustibles farmacéuticos como antihipertensivos, antiácidos, café y aspirinas y naturistas como el yogur artesanal de factura propia, guisos y milanesas preparados por una ex amante— para que el “Diario de la beca” *actúe* como un subrayado por contraste a la experiencia narrada en *La novela luminosa*, donde la iluminación consiste precisamente en la trascendencia del cuerpo material a través de epifenómenos como la telepatía, la despedida póstuma y el sueño profético. O sea, es *un efecto*; ¡la vida misma es un efecto!

Leer como quien acaricia una bombacha o una fusta SM, comiendo la carne del artista muerto relativamente joven como nostalgia de la experiencia intensa, leer como quien se bebe al borracho que escribe que bebe, mientras se acaricia por sobre la camiseta su hígado intacto de criatura... Que los fantasmas le cierren el libro de golpe al grito de ¡fetichista!

Mis amigos muertos se comunican conmigo sin que actúe mi voluntad. Me acuerdo de un día en que estábamos con un grupo de escritores en el BárBaro. Veníamos de un homenaje a Miguel Briante. Una muchacha vestida de rojo nos repartió números para una rifa. Era por una botella de whisky nacional malo, pero no el peor. A la hora del sorteo la muchacha retrasaba el momento frente al micrófono. En el bar había mucha gente. No quedaba lugar sin ocupar y, en el primer piso, nosotros nos agolpábamos como en la cazuela de un teatro; los amigos de Briante apostaban por mí aunque yo les repitiera que lo único que me había procurado la suerte era una Biblia. Charlie Feiling tenía el cabello largo —cortate el pelo, Charlie—. Yo fingía no saber que sus chuzas, que no combinaban con su decisión de parecer un caballero, eran el signo de la remisión de la leucemia. Así que se acariciaba la cola de pato con cierta timidez pero sin ocultar su satisfacción. Ya era canoso puesto que no es de caballeros parecer muy joven.

Todos esos ateos parecían dispuestos, si no a creer en Dios, en que la mano de un muerto, Miguel Briante, sin aparecérsenos —desde donde él estuviera, supongo, que nos tendría piedad, muchos de nosotros éramos ya muy mayores, de corazón débil— dejaría una botella gratis sobre la mesa. Cuando salió el 31, justo mi número, todos se alegraron pero sin asombro. Una joven bajó por mí a recoger lo que no saldría del bar: en los restos del trago anterior, que todos demoraban, volví a subir el nivel del vaso, en una modesta versión de la transformación del agua en vino y la multiplicación de los peces y de los panes en las bodas de Caná. Nadie dudó que había sido Briante.

Otra vez me fui a cortar el pelo cuando, de pronto, bajo el peine del peluquero, apareció una superficie arrasada, lisa como una rodilla. “Alopecia areata” fue el diagnóstico pero yo sabía que era una tonsura, una represalia de mis escritores muertos —yo había dejado de beber y era una conversa al agua mineral— para sugerirme que me dejara de comportar como un cura; ya sé que la mayoría de los curas beben pero los mensajes del cielo, al igual que los del inconsciente, nunca son realistas.

*El fin de la aventura* de Graham Greene describe un adulterio seguido de muerte, dos conversiones, dos milagros y un concubinato final: el de un viudo y el ex amante de la finada. ¿Quiénes son? *Ella*, Sarah Miles, casada, insatisfecha, de amantes corridos y un solo amor —Maurice Bendrix—, una Bovary inglesa que *también muere* —desde Tolstoi a Flaubert la novela de cuernos redime matando a la adúltera; entre nosotros, en cambio, un Cambaceres, un

Argerich, un López la salvan *volviéndola* puta—. Él es Henry Miles, secretario auxiliar en el Ministerio de Pensiones (un paradigma del cornudo literario), ocupado en garantizar la supervivencia de las viudas, distribuir máscaras antiguas contra probables radiaciones atómicas, reglamentar el uso de envoltorios de cartón. *El otro* es Maurice Bendrix, escritor famoso, ateo, puteador, celoso y poco honorable (la identificación que me provocan los celos y el dolor de Bendrix, el narrador, es tan grande que cuando leo que Sarah muere no puedo evitar gritar: “¡Por fin, hija de puta!”).

Sarah, católica de último momento, después de muerta hace dos milagros. Un niño, que está gravísimo, se cura luego de leer un libro que ella le regaló y en cuya portada ha escrito de puño y letra en su infancia: “Una vez que estuve enferma me dio este libro mamá. Si alguien me lo robara Dios lo castigará, pero si enfermo te encuentras, consévalo y léelo mientras”; a un miembro de la Sociedad Racionalista del Sur de Londres se le borra de la noche a la mañana la horrible mancha color borravino que tenía en una mejilla (Sarah la había besado); es decir, se trataba de *pruebas* para una fe perdida, la de Bendrix. Pero quizás el verdadero milagro de Sarah haya sido que Henry Miles y Maurice Bendrix se hayan ido a vivir juntos y cada noche den un paseíto por el prado hasta la taberna Las Armas de Pontefract y no la conversión de Bendrix (¿qué son los celos si no la falta de fe?), que termina aullando: “¿Oh, Dios, ya hiciste bastante, ya me quitaste bastante, estoy demasiado viejo y cansado para aprender a amar de nuevo, déjame en paz de una vez”.

Borrar una mancha de nacimiento, curar a un niño moribundo, son milagros a lo grande y hacen el bien. Pero ¿qué clase de bien es dejar calva a una antigua amiga? ¿Donarle un whisky para que tenga que donarlo a su vez?

Daniel Guebel no compra en el *delivery carne de artista*, más bien es un anoréxico que separa de su plato las mitologías personales y las letanías narcisistas como guarnición de la obra. No hay en su libro *Mis escritores muertos* ninguna fabulación que entronice la *experiencia de vida* de Jorge Di Paola Levin (*Dipi*) y Héctor Libertella. Nada de *yo los conocí así*. El narrador dice no recordar de qué hablaron la última vez en que vio a *Dipi*, que no piensa contar por qué dejó de ver a Libertella en los últimos años. Casi impone una regla: el cuerpo es una metáfora. Más precisamente, de la escritura: “Olvidemos la tecnología como metáfora imperante, volvamos a la antigüedad, al cuerpo humano. El argumento de una historia es su piel, el tema es su musculatura y su grasa; la estructura del relato forma la red de órganos internos, cuyo sistema de relaciones puede ser natural, funcional, bizarro o directamente fantástico”. Encima se trataría de una metáfora precaria ya que para el ser de la literatura y su práctica, el asunto central sería inerte y seco: un sistema esquelético en el que contar el hueso de una historia, los lentos o veloces

desplazamientos del núcleo obsesivo, cualquiera sea, vuelve al autor indiferente a la administración “estratégica” de sus materiales, tratándose de otro orden de dedicación extrema, una consagración. Entonces, nada de relatos de francachelas étlicas acompañadas por conatos agresivos, ni de iluminaciones entre el hospital y la página —ya Libertella había escrito un preámbulo cuando afirmaba en *La arquitectura del fantasma* que los borrachos amigos de Kerouac lo consideraban un *traidor de la vida*, se *reventaba* con ellos pero lo único que en realidad pensaba era en ir corriendo a escribir—. Hasta podría tomarse como una velada instrucción la parte en que el Guebel de la primera persona abraza a *Dipi* durante un acto cultural y éste le protesta: “Epa, loco, que me desenganchás el holter”. O sea: agarrar al escritor por el cuerpo y no por la obra, lo pone en peligro.

A cambio empieza por hacer de *Dipi* un maestro —dice haberlo conocido en La Paz a través de una novia que era su discípula— e invierte la relación que aquel tenía con Witold Gombrowicz al que define como “un autor lleno de intenciones y carente de gracia al que reivindicaba como su maestro”. Acto seguido, luego de ejercer la modestia afectada al decir que la crítica no es su fuerte, hace una magnífica lectura del relato dipezco *La forma*, historia de una expedición en la tierra de la Reina Maud y el iceberg que la persigue, una estructura majestuosa, castillo de espejos que repiten el mar y las constelaciones y de quien se espera que, antes de llegar a puerto, irá disolviendo su base hasta, en una calculada vuelta de campana, desnudar su parte sumergida. No es que *La forma* ya no fuera una metáfora sino que Guebel, lejos de explicarla, la afila como un arma, hielos a la deriva pero capaces de estallar, no a la manera de una revelación súbita sino siempre visibles a los ojos; porque en contra de ese retintín para cuentistas, la teoría del iceberg, que él define como “un credo para buzos” mediante el que toda narración tiene un visible y un invisible desentrañable —la masa de sentido estaría bajo la superficie—, en *La forma*, escribe, hasta lo que se oculta *está a la vista* y eso es lo que une, para él, a Jorge Di Paola Levin con Héctor Libertella.

*La arquitectura del fantasma* y *La forma* son títulos en préstamo de los escritores muertos de Guebel para indicar un más allá de la carne, se diría que los dos textos están pensados contra la carne *como mito* y *como fondo*. “En estas páginas no quise narrar los últimos días de dos escritores a cuyas agonías no asistí, sino entender el sentido de una experiencia de la que no puedo sustraerme” escribe Guebel —y es como si nos diera la orden de salir de su texto para irnos a los de ellos, primero a *La forma* y luego a *La arquitectura del fantasma*—. Podría decirse que el narrador, con un libro en la mano, *corre* a leer para que lo persigamos, no fuera del libro sino con el ejemplo. O que, infinitamente generoso, *nos raja* de su propio libro para que pasemos a los de sus escritores muertos.

Yo hice eso: salí de *Mis escritores muertos*, primero hacia *La forma* y luego hacia *La arquitectura del fantasma*, en donde hay una política del nombrar y del libro póstumo. En el capítulo “Retrato de familia en un interno”, por ejemplo, Libertella no señala un nuevo canon cuyo valor profético se encarece por la cercanía de la calculable muerte como Bolaño en *Derivas de la pesada* y *Sevilla me mata*, sino una suerte de *minimafia del texto* o fraternidad jurada sin *orga* o ejército y, si en alguna parte no vacila en llamarla “club privado”, rebautiza a Tamara Kamenszain, César Aira, Osvaldo Lamborghini, Josefina Ludmer y Arturo Carrera como “los últimos habitués del salón literario de Marcos Sastre”. A esa “circulación sanguínea en espacio cerrado” la propone entre el Bajo y el Centro. *Entre el Bajo y el Centro*, qué manera profana de dibujar un mapa literario donde no se trata de ir de un lado a otro, sino de *circular*. Por eso a esa familia no la nombra en serie y asentada sino en movimiento: a Arturo Carrera entre Pringles y Europa, a Josefina Ludmer entre Buenos Aires y Yale, a César Aira con un atributo viajero, “setenta libros auestas”. Libertella les tira las cartas: “Más o menos en el 2010 tendrán alrededor de sesenta, sesenta y cinco años y volverán a colgar aquel cartel que alucinaba a todos en la esquina de cruces de Paraguay y Florida: SOMOS GENIALES.

Lo demás, la forma única de leer de Osvaldo, el vaso de la inteligencia de Tamara del que tantos bebieron, el inconsciente luminoso de Arturo, la moral utópica de escritor de César, el Compromiso de la Forma de Josefina, todos esos elementos sí serán falta y resto en vida de la literatura argentina de algún día”. No distribuye valores sino virtudes, *frases-regalo* lanzadas como apuestas, y no lo hace desde afuera y arriba (como quien dicta un canon), sino de *entre los que nombra*. Y si son frases-regalo es porque *no hacen falta*, no son de primera necesidad como cuando el que entroniza es un pope crítico —los que nombra ya pertenecen a la literatura argentina—. Y ese nombrar es epitafio dado vuelta, también, en donde aquel al que van a extrañar, les gana de mano, extrañándolos antes. La inclusión en el párrafo de *el que falta*, Osvaldo Lamborghini, abre a la propia inclusión junto al *resto* en el SOMOS GENIALES. Y acá Libertella se equivoca a propósito para convertir una pregunta en una afirmación. La frase aquella del cartel de Paraguay y Florida decía: “¿Por qué seremos tan geniales?”. Era retórica pero apelaba a un lector.

Y el lector en “Retrato de familia en un interno” está incluido en una parte llamada *posdata*, y es una construcción que los GENIALES habían soñado en su juventud: “Un lector omnívoro (un *Orlando* de Virginia Woolf) al que cada cual le dedicaría en privado, con temor, sus trabajos y sus manuscritos: cuentos, ensayos, novelas, *nouvelles*, crítica, miscelánea... Un interlocutor ideal que, de tan complejo y cambiante, les permitiera pensarse como deseados que siempre tendrán un encargo diferente. Alguien fiel que los esperara para leerlos cuando ellos regresaran desorientados a casa. Un robot o una especie de *golem* de apetitos y curiosidad. La promesa de una historia real que con el tiempo se iría haciendo toda ella de romance y de ficción”. En esta

ética el valor es autogestionario, la lectura mutualista, el lector un personaje imaginario, y en una postdata. La postdata puede ser esencial en una carta, sólo que lo es de algo que se ha olvidado mientras se escribía la carta y se estuvo a punto de olvidar definitiva y gravemente. A mí me parece la mejor metáfora para *El lector*.

O mejor la consigna libertelliana: “Ahí donde hay un interlocutor, un solo interlocutor, ahí se constituye un mercado”.

*Zettel* es póstumo. No importa si Libertella dio instrucciones precisas de viva voz, no pueden serlo más que las que escribió en *La arquitectura del fantasma*, sólo que así como Guebel hablaba de un *credo para buzos*, su estética le impidió hacerlo desde un *credo para notarios* aunque consignara una fecha, 21 de abril de 2006: “Hago y rehago *Zettel* con el cuerpo lleno de astillas. Recuerdo lo que ocurrió con Wittgenstein, esos papelitos —bisturí y tijera— que él dejó en una caja, seguramente sobras o proyectos de otros libros.

Este *Zettel* va quedando con la modesta extensión de los aforismos, aunque furioso contra la soberbia de saber del aforismo. Y ojalá libre de la argumentación, una práctica tan esforzada que hoy por hoy ya genera aburrimiento (a mí ya me genera aburrimiento)”. La caja, esos papelitos, bisturí y tijera, la argumentación como aburrimiento, ahí hay una cifra en donde otro edita, *recoge antes de* (dar por terminado), *pero después de* (la muerte del autor). Libertella ya había autorizado ese gesto al mencionar en “Retrato de familia en un interno”: “César, con setenta libros a costas empezó a pasar en limpio la obra inédita de Osvaldo, como un jubilado”. O *jubiloso*, porque, cuando un artista es alguien, como se lee en *Mis escritores muertos* que sabe que su única obligación es llevar a un punto de extenuación y máximo desgaste a sus materiales, puede que tenga textos inconclusos pero ya no tiene borradores. Por otra parte, Libertella siempre publicaba —como suele testimoniar Rafael Cippolini— una variación, reescritura, retome, un *resto* y un *más* y ahí había también una diferencia con la periodización impuesta por el mercado, aun el de los pocos leídos pero *mejor leídos por los mejores*, la del producto como *último modelo de lo mismo* en donde el acento está en la novedad a consumir.

La conspiración *Zettel* se parece más al *aguante* que, bajo la lluvia, sus amigos indiscernibles de sus fans y seguidores le hicieron a Charly cuando tocó en Vélez, que a la publicación póstuma de “El contorno del ojo” de Roberto Bolaño en *60watts* que éste nunca llegó a autorizar.

*Mis escritores muertos* empieza y termina en un bar, en el principio con la imagen de Libertella en un retrato en donde éste parece dar una bendición pero, en realidad, está a punto de escribir; y en el final, con la de otro personaje, Mauro Libertella, hijo del retratado, al que —dice el narrador— lo une un parecido asombroso. El narrador le pide que firme *La arquitectura del fantasma*, libro que lleva en la mano; Mauro acerca la suya. Dos gestos inconclusos. “La

perfección de lo inconcluso” es la última frase de *Mis escritores muertos*. Podría haber firmado —sería totalmente literario que un personaje firmara *La arquitectura del fantasma*, antes de nacer, exactamente en la página 101 (“En la sala de recién nacidos Danubio Torres Fierro vio al bebé y dijo ¡Es Mauro!...”)—, después de todo el padre personaje también dice en ese libro, luego de mencionar a su hermano Juan Oscar Libertella como “mi último mío”, que en las leyes de propiedad y herencia de su familia, el genitivo siempre se desplaza, sus hijos *no son de él*, sino que *él es de ellos*. Entonces él, Mauro, si no firmó no es porque no pudiera firmar el libro del padre como si fuera un cuaderno propio o, incluso, con el nombre del padre, porque después de todo, ya lo dijo el padre, el padre *es de él*, sino porque también *es de ella*, su hermana Malena; si lo hubiera hecho, no habría una firma de más sino de menos. Lo interesante hubiera sido que —para honrar a aquellos que, perseguidos por *La forma* en donde hasta lo que se oculta está a la vista, se asociaban en la novela de Guebel al acto de escribir sin reservas ni ocultamiento— Mauro firmara *La arquitectura del fantasma* como “Jorge Di Paola Levin”.

Daniel Guebel honra a través de Jorge Di Paola Levin y Héctor Libertella a sus escritores muertos haciéndolos *volver* como personajes, es decir, dándoles una suerte de eternidad, digamos que de comedia; los personajes nunca mueren aunque mueran algunos en tal o cual libro, viven para siempre en cada lectura, incluso como *personajes que mueren*.

Durante el Congreso Internacional Cuestiones Críticas de Rosario leí un elogio a Jorge Di Paola. Al volver a casa, prendí el televisor. En la pantalla estaba *Dipi* en primer plano y diciendo (¿diciéndome?): “Nunca pensé que fueras a transformarte en Perry Mason”, o algo así. Era una escena de *Gombrowicz o la seducción* de Alberto Fischerman. Su fantasma se había apartado de la barra de mis escritores muertos para burlarse de mí a solas.



DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN

¿Y mi violencia?

Hay una euforia en el alcohol, un crescendo jovial que, paso a paso, se va volviendo oscuro hasta que asoma su fondo de irascibilidad y deseo de hacer daño. *Tranca* viene de *tranco*, uno tras otro, sólo que no soy yo quien avanza sino una fuerza que escapa a mi gobierno. Y esa fuerza es vengativa, dotada de una *certeza* que parece irreversible: mi amor, mi amigo, son culpables y yo seré primero su juez, luego su verdugo. Entonces mi lengua, que tal vez dirigía sus figuras a la seducción, lentamente se va tornando astuta en sus agravios repetidos, ingeniosa en sus analogías ofensivas, cargosa y rápida; *hago una escena* y lleno mi copa para que *mi certeza* no se me escape. Lo que siento es incomunicable: un poder de justicia soberano, inenajenable. Mi amor, mi amigo, no tienen defensa, lo que argumenten, por brillante que sea, sólo será a favor de esa, *mi certeza*.

Mi amor, mi amigo, puede ser o no un buen partenaire. El bueno, el que me acompañaría a matar o morir (y a beber), suele actuar *a la altura*, redoblando la apuesta y poniendo su ingenio para responder, punto por punto, los agravios. Me humilla y se burla de mí, si levanto el puño, se escabulle y grita desde lejos: *la sigue*, como yo, incansable. Que agarre sus cosas para iniciar la fuga es sólo un *acto*; ¿cuántas veces he escondido la llave de la puerta? Muchas, hasta en la boca, que el buen partenaire intenta abrimme con la fuerza aumentada de una carga con hielo en su propia copa. Yo le respondo lealmente, con los labios apretados, luchando para retenerlo ¿lealmente a qué? *A mi certeza*, mientras siento su poderosa claridad (la de mi certeza), su prestancia, esa irradiación de instante único por el que vale la pena vivir; a *nuestra* escena, escena que olvidaremos, pero el buen partenaire es el coautor cuyo ingenio le hará inventar conmigo una variable que nos haga desconocer, en un principio, la presencia de *lo mismo*, para volver a caer en él. Porque si alguien nos viera reconocería —en los diálogos que poco a poco van subiendo el tono, en la coreografía que terminará con los golpes, los forcejeos, los insultos y los gritos del teatro del alcohol— una rutina. Y si, días después, me río con el convencimiento de que sería imposible que se repitiera la función, al repetirse, vuelvo a ser inocente como la primera vez.

No importa si el buen partenaire miente o no. El buen partenaire sabe hablar como un culpable, comprendiendo desde el principio que, si responde, su indiferencia o su indignación, su detallada excusa autoexculpatoria o su silencio cohibido, no serán más que PRUEBAS. Porque el

buen partenaire tiene su propia misión: hacer sufrir, inquietar, no calmar jamás. Las acusaciones que recibe son sus blasones de gran animador de fantasmas creíbles, de codiciable objeto de disputa entre, a su vez, otros codiciales. Suele ser una mujer cuyo mentado desamor recibido le da derecho a actuar su parte armada hasta los dientes en la divisa de la mala fe, quien exige como renovado amparo la adulación de los celos, las buenas maneras del reproche justificado bajo la etiqueta del eufemismo o el silencio ya que pretende *no soportar nada*. O un hombre seducido una y mil veces pero sin saber que lo ha sido, por lo que tampoco sabe hacer su parte de la escena sin evocar, con las lagunas bien visibles de su oratoria —suerte de pavoneo negativo, de coqueteo—, escenas dolorosas por la falta del límite que impondrían, en cualquier relato, sus figuras. El buen partenaire vuelve siempre porque siempre, como a mí, le queda algo por decir.

¿Estoy reduciendo la escena a escena de celos? Apostaría que los celos están en el fondo de *El capital*. De *La divina comedia*. De *Facundo*. Se dice que el alcohol hace ver doble. Pero lo que se ve no duplica: invita con la mirada a otro. Un tercero. La relación entre alcohol y celos no es simple. *Ver de más* es crear un punto de distancia; en ese salir de *nosotros dos* hay una trama. La paranoia alcohólica como estímulo del pensamiento, los celos como nacimiento de la filosofía.

El mal partenaire desea calmar, dar consuelo, reconciliarse sin condiciones, irse. O es un inquisidor que recita su credo de abstención bajo la apología de la voluntad y la enumeración llorosa de los damnificados, el que ventila el secreto de mis noches a los especialistas, en nombre de una generosidad impotente para dominarme y que yo, a mi vez, me domine. Es él, podría decirse, quien bebe de mí, *me toma* en nombre de un altruismo donde es mi *inclinación* la que contornea su salud; mi abyección, su pureza. Alma bella, triunfante en cada una de mis francachelas, que me deja a solas como, de los dos, la única ungida por la culpa.

La certeza es una iluminación, un despertar instantáneo a una lucidez que no tiene tiempo para la vacilación: que mi mano recoja el trofeo de un mechón de cabellos, triture un par de anteojos antes de pisarlos, caiga abierta y dañina sobre una mejilla maquillada con esmero, desgarré aparatadamente una camisa o un vestido —con más placer si son los preferidos—, arroje el vaso lleno a los ojos altivos, todo con cierto énfasis *buffo* por los golpes errados, los trastabilles en medio del desorden de la ropa tirada y las botellas —a la cama del bebedor se llega por escalada más que caminando—, el vómito volador que anticipa el desmayo y la furia por haber sido faltada en el respeto —ese reclamo furioso que vocifera Gatica el *Mono* en la película de Favio.

O soy yo quien amanece con un ojo negro que maquillo, angustiada porque sé que su sombra suele imponerse por sobre la pasta color carne, mientras planeo ponerme a trabajar y rehuir a los

vecinos a quienes les he hecho pasar una mala noche y, lentamente, voy cambiando mi certeza por otra que me recito en voz alta con absoluta fe: cortaré con X o con Y, antes de levantar la horquilla del teléfono para llamarlo. Ignoro que fue el azar el que me alejó del hueco de la escalera o de la ventana abierta, del patético revólver desarmado que durante años guardé en un cajón, o me convenzo de que no, de que no fue el azar porque yo me cuidó hasta involuntariamente y, en todo momento, sé lo que estoy haciendo ya que tengo bien medidas mi resistencia de ogresa y mis ficciones de comediante.

Mato lo que amo. *En acción*, embotada, con pasos titubeantes, camino por el cuarto, persiguiendo, mientras leo los signos de la traición con una minuciosidad de rastreador, declamando mi certeza. El buen o el mal partenaire pueden estar ausentes, basta que, en mis maquinaciones, yo responda por ellos, cuyas lógicas creo saberme al dedillo. Cuando ofendo con palabras que imagino irreversibles, destruyo y, de esa destrucción, creo renacer. Y por eso siento un orgullo hondo como luego de vencer en una justa con rivales poderosos, en una hazaña que no me atrevía a desear. Debo al alcohol esa experiencia única —sólo lamento su fragilidad, el límite de mi salud y de mi edad para no pagar su precio—. ¿Falsa? ¿En nombre de qué verdad? Ya habrá tiempo para el posterior ruego pusilánime, el llanto entre babas y promesas irrisorias por incumplibles, en la bajamar del alcohol cuando los ocasionales moretones inician sus tornasolados inefables —el buen partenaire no deja marcas y se las arregla para tenerlas— y los muebles volcados y los vasos rotos inician en silencio la reconstrucción de los hechos.

En ninguno de los bares a los que yo solía ir había barman. No conocí a ninguno, salvo de lejos, o en un bar al que no volví. Si tomaba un cóctel solía ser un Negroni que me llegaba de la mano del mozo y podría decirse que *de autor anónimo*. Acodarme en una barra me incomodaba y esa incomodidad me parecía una exigencia de pasarse a otro bar, de *hacer ronda* y yo prefería ese tiempo suspendido sentada a una mesa, a veces con el vaso vacío, acompañada por otros, tan de confianza, que habíamos suspendido la obligación de dirigirnos la palabra: solíamos limitarnos a mirar en dirección a la puerta para ver quién entraba. Un comentario cansino, una observación burlona irrumpía en el plácido silencio.

El barman es algo más engreído que el mozo: importa menos su alquimia que su conversación para admitidos de larga data. Por eso la barra se parece a un púlpito o al balcón de una casa de gobierno: alguien que parece servir, *la dirige*. El barman tiene más presencia literaria que el mozo, como ese Georges del Ritz al que Ernest Hemingway hace negar a Scott Fitzgerald en *París era una fiesta* más veces de las que Pedro negó a Cristo. Georges, *escrito* por Hemingway, insiste en que no recuerda a *ese Monsieur Fitzgerald* del París anterior a la Segunda Guerra Mundial aunque todos vengán a preguntarle por él, agregando que cuando les contesta, les miente. Entonces Hemingway dice (escribe Hemingway) que va a escribir un libro sobre París en donde lo describirá lo mejor que pueda y Georges (escribe Hemingway) dice que entonces, si venía en verdad al bar, lo recordaría.

Qué grosero autoelogio indirecto: pretender escribir tan bien —y de manera tan toscamente realista— que un lector pueda recordar a un hombre cuando dio pruebas de no haberlo siquiera percibido aunque no hay pruebas (salvo las que da Hemingway) de que fuera así. Un libro de memorias no exige evidencias.

Cuando de joven leía *París era una fiesta* yo sentía por Zelda una solidaridad que me enemistaba con Hemingway en la parte en que sugería su malevolencia de loca borracha para degradar la intensidad de un genio: Fitzgerald le habría mostrado su pene preocupado porque Zelda lo encontraba pequeño. Y *Papá* se relata generoso: Fitzgerald se veía poco dotado, lo consuela, porque se miraba en escorzo. Que fuera a ver las estatuas en el Louvre: mucha gente se contentaba con menos.

Hemingway aparentemente narra el episodio para mostrar la fragilidad de Fitzgerald, su propia benevolencia al dictaminar, sin embargo, un mezuquino y reticente “estás perfectamente conformado”, de manera que el lector imagine que fue *demasiado* generoso cuando a él sí que le importaba el tamaño, desde el de una fiera derribada a balazos al de su propio atributo viril, desde el de una botella de whisky al de un premio literario. Párrafos antes había detallado cómo a Fitzgerald le enfurecía cuando se le decía una verdad incómoda. ¿Entonces, sugería que le había mentado? Pobre Scott: mandarlo a mirar estatuas para consolarse y encontrarse con esos eufemísticos bultitos de mármol sabiendo que “muchacha gente se contentaría con menos”.

Los relatos de Hemingway se prosternan ante los barman. Que lo reconozcan en los bares de notables le es tan imperioso como el salón de Gertrude Stein; ellos son la aduana literaria para la gloria de su yo durante su iniciación en París, cuando aún confunde a Hilaire Belloc con Aleister Crowley. Los mozos, subespecie literaria democrática por el trato cuerpo a cuerpo sin la mediación de la barra, le permiten, en cambio, cierto paternalismo. Como con ese “Jean” de La Closerie Des Lilas quien, luego de que le comunicaran que el restaurante se iba a convertir en un bar americano y él debía, de acuerdo a las nuevas normas, afeitarse sus bigotazos de káiser, renuncia y, como despedida, desprecia la medida de metal y, ante los ojos del patrón, planta ante sus parroquianos fieles una botella de whisky entera. O ese otro “George” que atiende la barra de Lo de Henry —en un bar de mala muerte no suele haber un barman sino un patrón o un mozo capaces de preparar un trago—. El pueblo se llama Summit, el cuento, *Los asesinos*. A Lo de Henry entran dos matones y provocan a George, que está detrás de la barra, bautizándolo irónicamente “Chico vivo” y “Jamón con huevos”, que es de lo poco que hay para comer en el lugar antes de la hora de la cena: le cuentan que van a matar por encargo a un tal Ole Andreson, un sueco al que no conocen pero esperan esa noche. George —lo imagino como un ítaloamericano un poco gordo, de camisa arremangada, un delantal simple y limpio— acepta que reduzcan a Sam el cocinero y a un tal Nick Adams, un cliente; se muestra sereno y obediente aunque se atreva a exclamar: “¿Dónde creen que están?” y a preguntar, a pesar de haber visto el caño recortado de un arma, por qué matarían a Ole Andreson. Acepta espantar a los escasos clientes que entran al bar con el cuento de que el cocinero salió y hasta, en un caso, prepara un sandwich de jamón con huevos y lo envuelve prolija y profesionalmente en una bolsa “para llevar”. Serenamente. Pero Ole Andreson no viene y los tipos se van. Entonces George manda avisar al sueco que lo andan buscando para matarlo y sigue su trabajo.

George ejerce con brillantez lo que es talento del mozo de ley: regular la violencia en un local ajeno pero a su cargo, tener un código con los clientes aunque parezcan estar metidos en asuntos sucios. Emilio era de ese estilo. Una noche fui al Alex y me senté con una amiga junto a una mesa en donde varios policías de civil festejaban un ascenso. Mi amiga se comportaba extrañamente, puede que mi monólogo fuera aburrido pero su aire de inquietud y desatención me

amargaban el trago. De pronto se inclinó sobre la mesa y me dijo que uno de los policías le tocaba con insistencia la silla, que los demás se reían por lo bajo. Me sentí ridícula por no haber sido escuchada, el alcohol ya me colocaba en una módica escalada de violencia. Al salir, tomé un sifón y les lancé un chorro de soda a los policías, que estaban de espaldas. “Qué mala onda”, oí. Como suele suceder, si mi gesto hubiera sido menos seguro y yo menos veloz para la salida, me hubiera resultado más caro. Emilio me llamó cuando yo cruzaba la calle. Mentalmente empecé a maldecirme, *había colmado la medida* —en el doble sentido—, me haría expulsar de mi último refugio en el mundo. Me di vuelta dispuesta a rogar. Pero Emilio, con una sonrisa de oreja a oreja me extendía algo. *Señora*, se olvida la cartera.

Conjugo “beber” y ningún otro verbo. De mi teclado plebeyo podría elegir entre *chupar* o *tomar*. “Suena tango compañero que a nadie le importa si quiero tomar”, pero no me gusta que “tomar” sea un sinónimo para indicar posesión, ni siquiera la insurrecta —una villa, una fábrica, la universidad— o la fuera de la ley —rehenes, un banco, una comisaría—. Ni para tomarse algo a pecho o la del olivo. Y si rechazo “chupar” no es por su correspondencia con tetas o vergas (no soy moralista en esto). Que mi verbo no tenga doble sentido; puedo aceptar que despliegue su objeto directo entre el agua, siempre al alcance de la mano, el placebo cordial de la gaseosa, los jugos que armonizan el cóctel o consuelan de la resaca y hasta la emblemática cicuta: yo bebo.



Festejaba la hora de cierre y me emborrachaba en el comedor del diario donde trabajaba. Sin señales que anunciaran mi período, me había puesto un pantalón blanco. Coqueteaba con un whisky en la mano en una mesa de varones pesados que me enorgullecía de integrar como única dama, imaginándome una igual, ignorante de cuánto mi presencia atemperaba sus bromas soeces, la brutalidad de sus chistes misóginos. Sentí bajar la sangre con una copiosidad nueva, la vi gotear en el suelo, bajo mi silla. Me callé. Mi ánimo igualitario se derrumbó en una vergüenza y una desesperación que impedía toda confesión y sólo quería pensar cómo levantarme sin que me vieran. Terminé por hablar. Se horrorizaron y evitaron mirar en busca de evidencias. Como congelados, preguntaron si debían llamar al médico. Yo pensaba que si me ponía de pie inundaría el lugar. Me ofrecieron un piloto largo. Me cubrieron. Nadie se fijaría en mis zapatos manchados, tampoco en el piso, al menos inmediatamente. Ellos saldrían tapándome. Simulaban la angustia con patoteadas. ¿Y esa vergüenza en mostrar los avatares de ser mujer en una feminista? Me puse a llorar. Lágrimas y sangre: una agitación indisimulada se expandió entre los muchachos. Ya no se atrevían a tocarme y supuse en sus mentes una proliferación de imágenes primitivas en las que el enterrado deseo edípico naufragaba en una memoria de palanganas llenas de confusos deshechos rápidamente ocultados bajo la cama, pavas hirviendo en la clandestinidad de una cocina ajena y cajas para jeringas usadas por legos de una vecindad sospechosa, todos secretos enumerados en el susurro de los chismes entre comadres. Llegó el médico y me hizo levantar con una orden sin melindres. La presencia de dos enfermeros y una camilla alertaron a los compañeros sentados en las otras mesas y los convirtieron en público. Me acosté y cerré los ojos.

RONDA

Me gustan las barras cuando no son tristonas y con dos o tres marcas nacionales en botellas semivacías de las que se sirve con medida a tope pero sin yapa. Estoy convencida de que el mito del genio guardado en una botella, y al que se le piden tres deseos, es una metáfora del alcohol favorecida por su cualidad translúcida en donde la cebada o el enebro no logran imponer su opacidad. Amarillos orina de los bourbon y scotch, verde esmeralda de la menta o el ajeno, agua falsa del gin o la ginebra, etiquetas en blanco y negro de los bourbon de Kentucky con su diseño de bandera pirata; heráldica burguesa de destiladores cuyos retratos ovals tienen más público que los colgados en las paredes de los castillos, botellas facetadas que alguien convertiría en lámparas.

Londres: yo estaba en la barra de Hix pero el atildamiento del barman me despertó un resentimiento y un mal humor que con dos tragos me pusieron paranoica. Sensible a la primera ofensa de mi acompañante, salí del bar caminando con una firmeza que no había tenido al entrar. Furiosa, yo doblaba mi dedo mayor hacia arriba y lo exhibía a los transeúntes que me respondían con una sonrisa de condescendencia o abierta complicidad. Caminaba rápido, bamboleándome. El umbral del QV era tan grande que bien podría haber servido de dormitorio a un congreso de mendigos. Toda mi furia se disolvió en una ola de depresión. Me apoyé en la puerta vaivén y traté de respirar profundamente. El Old Fashioned me volvió en un eructo agrio y ardor de garganta.

La puerta se abrió y sus batientes expulsaron tres chicos muy jóvenes. Estaban peinados como comanches y sus borceguíes tropezaron conmigo. Me sentí perdida. No recordaba haber pasado por esa calle. Uno de los chicos me tiró del pelo con suavidad. Otro me rodeó el tobillo con una mano. Parecían haber entrado en el quién da más, una carrera de prepeadas. ¿Esa confianza era porque yo les parecía joven y afín o porque era vieja y burlable? Croaban. Una confusión narcótica en mis párpados pesados, en la punta de la lengua bola que no usé. La pandilla es universal. Ellos, odiosos. Apoyé la cabeza en la vidriera. No podía abrir los ojos. Estaba vestida con una campera negra de cuero y calzas; apostaba a que me parecía a su proveedora de droga: teñida de rubia y peinada en casquete, el standard de la separada, sin período menstrual, adicta a las mascotas de interior y a los antidepresivos conseguidos sin receta, una teta menos. Mesera holandesa o copera gallega, una más en el catálogo de dolicocefalas, arco vencido por el uso

epocal del calzado con plataforma.

—Are you ok?

El que hacía de policía bueno se preocupaba o temía una muerte cercana. A lo mejor llevaban un porro encima. Se tiraron al piso para tomarse una Guinness y contar las monedas para el metro. El que hacía de policía malo advirtió que no podría ponerme en pie y se me sentó sobre las piernas. Olía a vómito. El tercero dormitaba. Creí entender que me preguntaban dónde vivía.

—I don't know. I don't remember.

Repetía la contraseña para evitar una oleada de buena voluntad que no me habían demostrado. Se superponían con las voces para gritar. La lengua extraña: casi es un alivio no entenderla. Pedí ayuda a los transeúntes que pasaban sin mirar. Me acordé del doctor Peña diciendo “yo venía de 05 cuando la pared entró” y de Margarita, que vivía en la vidriera del bazar, en mi cuadra, lejos; de día recogía sus cosas con velocidad y volvía a desplegarlas cada noche: el calentador, unas frazadas, un par de revistas y una damajuana de vino. Pero yo no me acordaba dónde vivía. Cuando no voy sola suelo seguir al otro sin observar ni retener. Ni piedras ni migas. Cero Pulgarcita. No sabía el nombre del hotel en que paraba, ni el barrio. Me gustan las ensaladas de Tesco, el Stephen curry y el cartón de gazpacho Don David. Maldigo el autoservicio. Sólo sé pesar y pegar el precio en las verduras que reconozco por el dibujo. Puedo comprar haciendo señas pero detesto que me presionen a la autonomía.

Cantaban el nombre de las estaciones.

—Slow.

Deletreaban pero no reconocía nada, ni siquiera los que había oído a la locutora, que los recitaba en cada estación de tren. Hasta que creí pescar “Earl's Court”. Repetí “Curt”, como Kurt Cobain, Curd Jürgens, Kurt Weill. El reconocimiento me hizo poner de pie, empujé al que hacía de policía malo, que se corrió porque los otros se lo habían pedido con una seña. Me puse a caminar. Los muchachos, vagamente encariñados, me saludaban con la mano. Subí a un taxi. Y el recuerdo súbito me sosegó la angustia al ver que el chofer no entendía lo que yo decía, hasta que, luego de cabecear levemente, arrancó, al parecer seguro de su destino y del mío: el Mercedes de mi abuelo. Veía el asiento plegable, el amplio espacio detrás de la cabina del chofer, el buzón para el vuelto, la banderita de chapa enlozada. Sólo que en ese momento me dejé tragar por la profundidad del asiento en lugar de trepar sobre él y desplazarme al suelo haciendo fuerza con brazos y piernas como cuando era chica. En ese exceso espacial del Mercedes Benz, fabricado en la época en que su publicidad prometía la cómoda entrada de un caballero con sombrero de copa, yo solía crear mi “casa”: la vajilla y los muebles enanos donde

instalaba —murmurando un guión de familia atareada en su rutina doméstica— a una muñeca peinada hasta la calvicie. A veces mi abuelo me dejaba ir en el asiento del acompañante y, aunque estaba prohibido, aceptaba viaje. Recuerdo a la inglesa muy erguida en su asiento, que yo espiaba por el vidrio y a quien mi abuelo, una vez por semana, sacaba de su casita de Olivos en dirección a un banco en el centro, al muchacho que iba al colegio y que dormía todo el viaje, a los que tomaban el taxi en la calle —si entraban con niños, yo me escondía avergonzada bajo el asiento tapándome la cara—. El viaje me provocaba aprehensión porque el ruido del taxímetro me recordaba al de una bomba y al del reloj de los programas de preguntas y respuestas; miraba pasar las cintas con números pensando que mi abuelo tendría mucha plata, aunque la que le veía contar en la noche era un fajo grande de billetes de muy bajo valor. Furiosa y perdida, llevada por el azar, antes de estar, ya estaba en casa.

# LA PASARELA DEL ALCOHOL

La ropa de mi padre y los vehículos que manejaba —nunca familiares sino esos que las publicidades llamaban “utilitarios”— eran una confesión de lo que había querido hacer en su vida, de la identidad que hubiera querido alcanzar. Campera antártica de tela de avión con gruesos bordes de piel en la capucha, borceguíes de suelas Vibram o con clavos, binoculares Swarovski de la Segunda Guerra Mundial, arma policial reglamentaria calibre 45, micrófono-espía en forma de pin, jeep Land Rover modelo militar, equipo de radioaficionado: cada cosa formaba parte de una iconografía más propia de un explorador o un miembro del ejército que de un fotógrafo comercial especialista en testimoniar los avances de edificios en construcción destinados a ilustrar el currículum de los arquitectos, o los productos destinados a formar parte de los catálogos de pequeños comerciantes del Once. Sus atributos eran caros pero generalmente de segunda mano. La ansiedad con que los buscaba era tanta como su desilusión posterior, que lo llevaba a abandonarlos en algún sector de su estudio donde parecían formar una serie más cercana a la chatarra que a la colección. Sólo cuando se trataba de cámaras fotográficas aceptaba el comprar a nuevo y su obsesión por las primicias tecnológicas lo llevaba a oscuras negociaciones en Puerto Nuevo. Recuerdo los barcos de bandera extranjera anclados frente a las dársenas vacías, fuera del horario de trabajo, y a nosotros caminando por alguna planchada vacilante que un marinero nos acababa de extender seguramente desobedeciendo reglas escritas pero cuya transgresión no debía ser demasiado grave puesto que me dejaba acompañarlo, aunque me hiciera una pantomima de cuchicheos y me obligara a caminar agachada en una hilarante ficción de clandestinidad. Las transacciones nunca exigían la presencia de más de tres hombres. Mi padre hablaba un inglés práctico, a menudo el inglés no era la lengua de origen de los otros, cada una de las partes se comunicaba con vacilación pero sin intimidarse. Todo era muy breve y mi misión se destacaba en el final cuando volvía a bajar la planchada con él llevando un paquete nunca muy grande, cerrado con precintos de seguridad. Mi padre, poniendo aire de misterio, me dejaba caminar un poco alejada y yo imaginaba que nadie me detendría por ser una niña ya que los niños, según la creencia común, no son culpables o, de serlo, suelen inspirar piedad. Una vez el paquete que fuimos a buscar era para mí aunque mi padre, con maldad, me convenció durante todo el viaje de vuelta del puerto que debía entregarlo a otra niña, hasta que me puse a llorar: era una muñeca con cabeza de espuma de goma —mi padre decía que era la primera importada y yo misma, durante su larga vida útil, la presenté así para fastidiar a mis amigas de mala gana conformadas con sus Marilú de pasta industria nacional—. La muñeca, en lugar de peluca, tenía

cabello de nailon colocado de a mechones muy pequeños en su cabeza, con el aspecto de un colador o de las gorras de peluquería para despuntar los claritos. Me horrorizaron sus orejas hiperrealistas, que mi madre me pedía que señalara para probar nuestra posesión supuestamente exclusiva y carísima. Yo conocía la anatomía de la oreja humana y veía en esos pabellones perfectamente proporcionados el diminuto pliegue del antitrago y la rosada oquedad de la concha, una réplica inquietante porque, contrariamente a lo que se piensa, ninguna niña quiere que su muñeca esté viva. Recuerdo con asco su cuerpo blando, cubierto con alguna variante del hule, su traje étnico inidentificable que incluía un casquete con cintas y corselette de campesina húngara pero también zuecos y una sombrilla victoriana —durante décadas, nuestras hijas falsas fueron del siglo XIX—. Esa muñeca decía *I love you* con una voz aguda detrás de la que podía oírse el arrastre de una púa. La lengua extraña me inspiró su nombre, “Ingrid Rubí”, nombre que hizo estallar de risa a amigas que, aunque envidiosas de mi regalo, tenían alguna idea sobre los límites del buen gusto; por un oscuro y precoz chovinismo, no la quise de hija y acepté el diagnóstico materno que la calificó de “adorno”, al igual que el barco de sal que me había regalado la señora Mandelbaum, prescribiendo cuidados que, a pesar de ser ella irrompible, la volvieron intocable hasta quedar abandonada entre los feos bibelots que adornaban el modular del comedor.

Le describí esta muñeca a Charlie Feiling y porfió en que debía ser norteamericana. Luego de consultar a su madre, de mala gana, consintió en que podía ser una Liselotte, que era alemana pero que distribuía para Latinoamérica una compañía de Londres. No le gustó contarme esta conclusión: parecía decidir en el hecho de que yo no quisiera a la muñeca, una extraña culpabilidad como si, antes de conocernos, hubiera caído en una descortesía.

A mi padre le gustaba dar chascos. Con sus micrófonos-espía promocionados como *del tamaño de un paquete de cigarrillos* grabó durante un par de semanas las conversaciones que los empleados de su estudio de fotografía sostenían en su ausencia pero, a pesar de que antes hubiera evaluado que lo que descubriera podría ser una segura fuente de conflictos y, al mismo tiempo, no obtener con su broma ninguna revelación de importancia, instaló los micrófonos una tarde en que él debía salir a fotografiar la ceremonia de inauguración de La Rural.

Mi padre estaba orgulloso de poseer artilugios de espionaje modernos cuya promoción lo había seducido desde las páginas del diario *Crítica*.

Durante quince días mi padre dejó los pequeños micrófonos escondidos, uno bajo una mesa del laboratorio y otro tras los spots publicitarios de la entrada y, luego de cargar su enorme valija



de cuero y su trípode plegable, abandonaba el negocio. Por la noche quitaba los micrófonos y se ponía a escuchar con un aire que imagino expectante y algo solemne como si estuviera cumpliendo una misión. Los resultados fueron mediocres. Las conversaciones eran triviales y no hubieran sido diferentes de estar el patrón presente: debates sobre el menú a encargar en el bar de enfrente, instrucciones laborales, suspiros de cansancio, largos silencios aplicados. Pero el chasco se lo llevó de todos modos y sus efectos fueron graves. En algún momento los micrófonos habían captado una conversación entre su padre y su socia. La conversación, aunque no era explícita, sugería que eran amantes —seguramente ya eran profesionales del adulterio—. Discutían la financiación de una peluquería que la mujer pondría con su hermana a pocas cuadras de la casa de mis abuelos. Mi padre dedujo que los encuentros amorosos se producirían en el futuro local, a cuya creación él contribuiría involuntariamente con lo que hubiera sido parte de su herencia o lo era de su tajada mensual. Contó esto tantos años más tarde que, para entonces, marido y mujer —mis abuelos—, amante y un par de empleados estaban muertos, y él no tardaría en morir. En su momento optó por callarse la boca para proteger la tranquilidad de su madre, cuyos rasgos de carácter sugerían que prefería el engaño ordenado en una rutina en lugar de noticias desagradables que la obligaran a tomar alguna decisión. Mi padre decidió olvidar que, como Edipo, había sido castigado por su propia investigación y se distrajo haciendo escuchar sus grabaciones a sus empleados. Algunos se indignaron: un patrón bromista podía ser más humillante que un patrón negrero. Cuando mi padre, previsiblemente, olvidó los micrófonos en un rincón, se pusieron a jugar entre ellos, hasta que la grabación de una burla de dos a un tercero ausente generó resentimientos que estuvieron a punto de provocar renuncias.

A Charlie Feiling le gustaban mis historias de familia disfuncional, de pequeña burguesía desatenta a las buenas maneras y con el histrionismo extravagante de las neurosis colosales. Perdidas las colonias de acuerdo a su mitología histórica de origen, era como si la familia de otro fuera un país exótico al que deseaba conquistar y por el que quería ser amado o, a lo mejor, frecuentarla era una suerte de renovación del voto de argentinidad ya que en su propia casa el imperio se mantenía en la lengua y en la decoración (era hijo único y tardío de un par de maestros ingleses a los que yo imaginaba convencionalmente flemáticos y poco dados a las expresiones de afecto y, en general, a toda clase de expansión: recuerdo que, cuando estaba internado en el hospital hablaba por teléfono con su padre y que la conversación versaba sobre la gota de éste y no sobre la recidiva de la leucemia que terminaría por matarlo). Y ese gusto por *la familia argentina* era un gusto que cultivaba colándose, con el pretexto de fiestas y aniversarios, en las reuniones organizadas en torno a la mesa del comedor, de esas que se abren cuando los invitados son muchos y acoplan una extensión de madera casi siempre más clara por el poco uso, los jardines con quincho en donde siempre él se empeñaba en entretener al asador haciéndole el

aguante con un vaso de vino en la mano, o en las confiterías tradicionales donde se suele neutralizar a las madres parlanchinas en quienes solía festejar alguna figura retórica añeja, relumbrón en el archivo de lo cursi y a la que solía extraer con su zalamería, siempre módica pero certera, expresiones de cariño desconocidas en su casa y que lo sonrojaban de placer.

Era un cuco variado: si el pájaro devenido susto infantil abandona sus huevos en los nidos ajenos, a Charlie le gustaba hacerse el hijo provisorio pero pródigo de padres por lo común si no atroces quizás aburridores para el hijo legítimo quien, volado del nido hacía tiempo pero de visita, agradecía compartir con un amigo una sociabilidad que, de no tener testigos de afuera, podía encallar en viejos enconos expresados con el envión desinhibido de la segunda copa y capaces de poner en peligro la digestión y las buenas intenciones. A esos parientes de un día, incluso a los más odiosos, solía vencerlos con la réplica, gustarles por una velocidad verbal que nunca se aprovechaba del otro y parecía comenzar con la propia denigración, una altivez socarrona, nunca desprecio simple.

A Charlie le parecía divertido lo de los micrófonos.

Había conocido esos dispositivos ingeniosos que todo pre púber conoce con el comienzo de las poluciones nocturnas y olvida entre la aparición de la primera mujer malvada y el ingreso al secundario y constituyen, durante toda la vida, la sabiduría de profesionales de la literatura de espionaje: sabía escribir mensajes invisibles con jugo de limón y leerlos luego de colocar una vela bajo el papel. Le gustaba la historia del señor Dupont que, durante la Segunda Guerra Mundial, a las órdenes del general de Lattre, comandante en jefe de la Surete, espionaba en París al escritor Graham Greene —perteneciente al servicio secreto británico— fingiéndose un admirador que le alcanzaba día a día sus libros para que le firmara autógrafos. Hasta que Greene se dio cuenta de que Dupont no era ningún lector, o por lo menos no en el grado en que lo aparentaba, y consintió en invitarlo a beber algunas copas y a jugar todos los días una partida de quatre-cent-vingt-et-un en algún café mientras le contaba lo que había hecho las últimas veinticuatro horas con detalles más o menos satisfactorios para dos espías promedio.

Aunque me aburrían, insistía en contarme historias de agentes secretos en las que el plato fuerte eran las citas organizadas de acuerdo a contraseñas. En *El libro de los espías* descubrió una escrita por el director del Servicio Secreto Militar con sede en Moscú. Dos agentes se citan y cada uno tiene una contraseña: uno de ellos debía llevar en la mano un ejemplar del *Times* y el otro, uno de la revista *Picture Post*. El primero tenía que preguntar: “¿Cuál es el camino más corto para el Strand?”, y el segundo, responder con un decidido “Sígame, voy en esa dirección”.

De entre las espías prefería a la rusa Lydia Stahl por sobre la holandesa Mata Hari porque, en

el momento de ser descubierta, tenía en el cajón de los juguetes de su hijo un dossier secreto de las defensas costeras del Ministerio de Marina francés y, bajo el papel floreado que cubría el techo de su habitación, planos de las fortificaciones francesas, y eso le parecía muy astuto.

Pero para Charlie saber sobre novelas de espionaje, como firmar novelas fantásticas con sólo el apellido y las dos iniciales de sus nombres de pila de acuerdo a la tradición, no eran meros gustos personales sino su manera de dar pruebas de ser un auténtico caballero británico, y consideraba el haber nacido en el colegio inglés de Rosario que sus padres dirigían —era un decir, una verdad despreciativa de la literalidad de los hechos: había nacido en el hospital— como si lo hubiera hecho en alta mar bajo bandera inglesa o en la embajada del Reino Unido de Buenos Aires.

Entre los elementos más inocentes y primitivos comprados por mi padre había un mediomundo de cobre de aro enorme sujeto a una gruesa caña. La revista *Weekend* publicaba avisos de cañas de pescar con accesorios atractivos y anunciados como de última generación, pero algo de sensatez debía haber en mi padre como para darse cuenta de que sería incapaz de emprender una tarea que exigiera paciencia y espera. Una carísima mosca streamer Woolly Bugger, de brillante pluma amarilla, terminó en mi alhajero de quinceañera. Un reel nuevo fue desarticulado para colgar cuadros.

Yo lo acompañaba hasta Costanera Norte y, a unos metros de los pescadores profesionales, lo ayudaba a bajar el mediomundo al río. Generalmente caían mojarritas, bagres o una de esas criaturas que parecían prehistóricas o samurais, duras y correosas, llamadas viejas de agua. Pero, más de una vez, capturamos un dorado o un pejerrey de buen tamaño, que aun con el anzuelo en la boca escapaba luego de luchar con alguna caña vecina. El pescador legítimo lo había clavado en el anzuelo con un golpe seco y luego lo había dejado correr, acercándose suavemente hasta cansarlo, sin tirar, ya que algunos peces tienen los labios muy débiles. Entonces mi padre lo levantaba bruscamente con el mediomundo. El pescador lo puteaba desde lejos pero seguramente no se atrevía a hacer valer su propiedad sobre la pieza porque mi padre era muy alto y parecía un poco loco y además estaba yo que, enseguida, me abalanzaba con euforia a tomar el pez por los dos extremos para ver su tamaño —sabía eludir los dientes si era un dientudo o una boga—, entonces mi padre lo metía en un balde lleno de agua como si quisiera preservarlo para una pecera o devolverlo al río. El pez, si era grande, daba vueltas con el cuerpo doblado o intentaba saltar al piso, pero él le colocaba el mediomundo encima y lo dejaba boquear, de manera que no le quedara la cabeza fuera del agua. Después preparaba su cámara automática, corría hasta quedar enfrente y, con una mano en la cintura y la otra sujetando a la pieza por la cola, se tomaba

fotos con cara de triunfo deportivo y una leve sonrisa de maldad. Todo en las narices de esos hombres pacientes que, apoyados en la baranda de la Costanera, solían lanzar su caña en tres tiempos hasta que la carnada —una mezcla de harina y aceite o un caracol roto— iba a parar al medio del río.

Pero el objeto preferido de las bromas de mi padre era mi madre. Cuando el jeep no había sido provisto de carrocería y era un vehículo al que prácticamente había que treparse y los saltos que pegaba obligaban a sujetarse fuerte de las manijas de los costados para no salir despedido, mi padre me sentaba en la parte delantera, entre mi madre y él, y tomaba por las calles donde los baches eran más profundos, los adoquines sobresalían o había algún obstáculo como una rama caída o una bolsa de basura. Si había llovido, hacía que el jeep pasara raudamente por los charcos formados en los bordes de las veredas, salpicando a mi madre que gritaba y lo insultaba; no sé si mi padre sabía calcular bien los efectos de sus bromas, pero sólo unas pocas gotas de agua sucia llegaban a caer sobre ella. Yo no me habría reído como me reía de no advertir una suerte de coquetería, una cierta avenencia en su reacción de enojo.

Recuerdo que ella se acomodaba el cabello bajo el turbante, arrojaba hacia atrás el saquito salpicado y simulaba un llanto histérico —un par de chillidos y muecas en donde no se veía ninguna lágrima— y luego se quedaba un rato muda, ofendida, hasta que pedía dinero para comprarme una golosina, y lo hacía con una voz trágica que, ante nuestra risa, terminaba haciéndola tentar.

A mí también me gustaba bromear con el jeep. Cuando mi padre se ponía al volante para irse —mis padres vivían separados—, yo me le adelantaba para treparme al portaequipaje donde permanecía acostada hasta que él arrancaba a toda velocidad y, pretendiendo no haberme visto, se paraba ante el semáforo de Larrea y Córdoba. Entonces yo me sentaba en el portaequipaje y dejaba caer las piernas sobre el sector parabrisas, justo a la altura de su cara. Ahí él empezaba a hacer corcovear el jeep frenando bruscamente y arrancando hasta que yo había chillado lo suficiente y entonces se detenía para dejar que pudiera salir corriendo hacia casa. No recuerdo si esto sólo sucedía cuando el semáforo estaba en rojo, si sucedió más de una vez. Pero pienso que sí, porque creo recordar que cuando lo hacía había una vez anterior y, entonces, era como una rutina en la que mi padre sabía que no debía arrancar muy bruscamente al salir de casa ni hacer corcovear el jeep de manera que pudiera caerme. O bien era un juego cruel y peligroso.

“¿Cómo era ese Land Rover?”, preguntaba Charlie. ¿Como ese británico y pintado de

argentino en donde mueren dos pichis, Viterbo y el sargento, y que vuelca por el impacto del fuego amigo —habían querido ocultar un botín robado de carpas y trapajos para acolchar la pichicera— y no respetó el alto? Fogwill había escrito que el motor de ese Land Rover había sobrevivido a sus choferes y siguió rugiendo y escupiendo vapor por el escape, en el fondo del barranco helado. ¿No lo confundía con el jeep Willys de terrible suspensión del que le había hablado alguna vez? ¿O era el Ika de Chrysler sobre cuyo portaequipaje poso para una foto de los años sesenta y él no había nacido?

No soy espontánea pero atiendo a lo que voy imaginando, doy por descontado que nunca cambio abruptamente de tema y, aunque soy conocida por mis digresiones, siempre me parece, cuando avanzo en lo que escribo, que *todo tiene que ver* pero es probable que mi noción de lo que “tiene que ver” sea demasiado amplia. Como a menudo planeo mis frases metida en la cama —así deben “escribir” los presos en sus celdas de castigo, memorizándolas—, bien abrigada y con la luz de la lámpara dándome en la cara, quieta como si fuera una gallina que estuviera empollando o como si yo misma fuera el huevo y la lámpara, la de una incubadora —soy literal porque de hecho estoy incubando—, es probable que me vaya deslizando de la vigilia al sueño y, poco a poco, lo que memorice para escribir no tenga ninguna relación lógica. He pretendido escribir sobre Charlie Feiling y tengo la impresión de haberme demorado en mi padre y mi madre forzando luego asociaciones en donde es muy notable que me estoy comportando como un parásito al pegar a un retrato planeado uno de mi familia, con el pretexto de que Charlie parecía querer meterse en las de otros o porque solía hacer la apología del timo como arte (después de todo, el timo es una variante del chasco o viceversa y el chasco era el arte de mi padre).

A Charlie le gustaba la ginebra más barata y se jactaba de haber descubierto que era la mejor. No era fácil de conseguir: había que buscarla en los almacenes que atendían durante la noche a bebedores sin plata para pagarse la mesa de un bar. Pero cuando bebíamos juntos aceptaba la Bols de las viejas pulperías, menos por su prestigio literario que porque era la única marca que se servía en La Paz.

Charlie se emborrachaba sin tambalearse ni hablar con lengua bola. Pero, en determinado momento, le sobrevinía una especie de apagón, entonces tendía a seguir la ley de gravedad y comenzaba a sentarse en la vereda. Al fin de la noche, cuando lo acompañaba en taxi hacia el departamento que él compartía con un amigo, luego de tocar el portero eléctrico, yo lo dejaba apoyado junto a la puerta del edificio confiando en que el otro bajaría a abrirle. Era una destreza parecida a la que requiere jugar a los palitos chinos o hacer una torre con barajas. El movimiento de los dedos debía ser muy preciso y, al mismo tiempo, muy delicado. Pretender dejarlo estampado contra la pared haría que el cuerpo se doblara bruscamente por las rodillas y cayera sobre quien intentaba ayudarlo a mantener el equilibrio. Pero, con esa sabiduría sacada de la manga que rara vez aparece en la sobriedad, yo tocaba a Charlie con la punta de los dedos hasta que las rodillas se le trababan y un cierto límite en el movimiento de sus espaldas — probablemente fruto de la falta de ejercicios físicos consecuentes— lo fijaba en la pared; la respiración cada vez más regular ayudaba, porque Charlie, nada vapuleado como podría parecer, se iba durmiendo y, al igual que un yogui, quedaba en beata comunión con su apoyo, entonces con extremo cuidado yo empezaba a alejarme en dirección al taxi y, como suele suceder cuando se acaba de dejar a un niño dormido en su cuna y mientras uno se desliza hacia la puerta el simple chasquido del pestillo al intentar huir desencadena un llanto violento que hace volver atrás, Charlie doblaba las rodillas y, aunque no se caía, el movimiento pendular de su cabeza hacia adelante y algún gesto de confusión en los ojos entreabiertos bajo su melena *mod*, me hacía correr a sostenerlo y a repetir toda la ceremonia mientras el taxista esperaba, seguramente para no perder su paga y sin ninguna solidaridad, y sí una mirada de impaciencia y desprecio.

Conocí a Charlie en una fiesta. Una célebre seductora con la que él estaba saliendo, dañina sólo para los que carecían de humor, lo estaba sometiendo a una humillación nada sutil. Le pedía con voz despótica, mientras sostenía en la mano una agenda para anotar el teléfono de un hombre

con el que estaba coqueteando, que le alcanzara una lapicera. Pero Charlie convirtió la supuesta humillación en un pretexto para su cortesía y extendió con un gesto reverencial, casi como si se cuadrara ante un superior en el ejército, con el convencional chasquido de una bota con la otra, una bic mordisqueada que la dama tomó con reprobación pero también con aire de derrota. Me acerqué a hablarle. Nos simpatizamos, nos olvidamos.

Cuando me bajaba de un taxi, Charlie vino a ocupar mi lugar. Los dos sabíamos quién era el otro pero una cierta timidez de mi parte hizo que corriera hacia el interior del edificio no sin antes pescar una sonrisa algo sobreactuada como la de un fan o un pretendiente que espera ser notado en el coro de zánganos de una reina. No había en el gesto ni una pizca de sensualidad, no porque Charlie no fuera sensual —ese aspecto permaneció siempre enigmático para mí y tampoco despertaba mi curiosidad, bien podría ser un masturbador consumado, o un opaco pagador del débito matrimonial pero la ética del bar evita ese género de conocimiento del otro y hasta es de mal gusto cultivarlo— sino porque su sensualidad se invertía en modales de los cuales el amor cortés era sólo un capítulo no más importante que el trato con un agresor grosero, beodo y antibritánico.

Había en Charlie Feiling una tensión entre su vocación pedagógica y su caballerosidad. Su identificación al actor David Niven —un inglés en otra parte, en realidad una parte ficcional llamada Hollywood— y la tentadora asociación entre María Moreno y Mario Moreno (Cantinflas) nos había invitado a emular tácitamente el vínculo entre Phileas Fogg y su criado Passepartout en *La vuelta al mundo en ochenta días*, que bien podríamos haber transformado en *El mundo da vueltas en ochenta copas*. Yo exageraba mis saberes callejeros que no se extendían mucho más de no vomitar en los taxis de vuelta a casa, de saber en qué bares se servían medidas generosas, qué cuentos contar durante las *razzias*. Exageraba también mis demandas de instrucción, consultando a Charlie por vagancia de ir hasta una enciclopedia. Él respondía con una cortesía capaz de sugerir que lo que yo ignoraba era proporcional a lo que sabía en zonas no oficiales del conocimiento. Entonces, preguntarle algo era casi como ser condecorado como *erudito en todo lo demás*. Como no soy sorda podría haber suplido mi ignorancia del inglés con una discreta imitación fonética para pronunciar al menos nombres propios de la literatura más nombrada o al menos de las marcas más conocidas de alcohol. Pero no, siempre insistí en un inglés *buffo*. La profesora norteamericana Francine Masiello ha llegado, por delicadeza, luego de que yo pidiera un whisky a pronunciar *Yoni Woquer* ante el mozo, imitándome. Pero Charlie hacía algo más radical: eludía repetir correctamente el nombre propio que yo había pronunciado mal: entonces el de una obra pasaba a ser calificado como “la cosa”, el autor como “Él” o “Ella”.

Cuando pienso en la lengua inglesa pienso en mis abuelos paternos que la hablaban y en ese saber que bien podría haber adquirido a lo largo de mi vida aunque fuera con resultados más exigüos; sentía una exclusión y una ajenidad casi orgullosas, ya que es probable que un cierto antiimperialismo me haya sido inculcado desde temprano bajo cuentos atractivos a través de mi libro *Pueblo feliz*, correspondiente al segundo grado de la escuela primaria durante el gobierno del general Perón. Charlie me recordaba un mundo que podría resumirse en la figura de mi padre. Y también me recordaba una aventura de mi infancia en la que yo había recuperado simbólicamente las islas Malvinas. Solía contársela a Charlie a cierta altura de nuestra borrachera y él me decía que tenía que escribirla y entonces yo le prometía una dedicatoria.

En la casa de mis abuelos no había nada que hacer: me aburrían las conversaciones de los



adultos o no las comprendía. El loro que había vivido unos años en la casa de fotografías sólo repetía monacorde: “Forero y Compañía, buenas tardes”, el bichibola casi nunca se dejaba ver en el terreno del fondo, los pájaros enjaulados eran asustadizos y la vieja perra Setter que se dejaba colocar guirnalda de flores en el cuello y que la montaran como a un pony, solía estar profundamente dormida.

No tenía más remedio que declarar la guerra a los Clarck. El jeep militar estacionado en la puerta de la casa de mis abuelos y mi ametralladora de lata me lo inspiraban. Los Clarck eran cinco: la Tante Kate, Margarete, su hermana viuda, con sus tres hijos John, Anthony y Benedick.

Yo jamás los había visto, sólo conocía la voz aguda de Tante Kate que se filtraba por el tubo del teléfono cuando mi abuela hablaba con ella: aunque hablaban en inglés yo podía pescar que se contaban chismes o discutían sobre cómo administrar las donaciones a la iglesia de Olivos, en la que las dos eran fervorosas beatas y hasta tenían una placa con su nombre a ambos lados del altar.

Mi ametralladora era un arma precaria que tenía sus partes pintadas en dos mitades. Al accionar una manivela, las municiones se alineaban en la recámara donde un resorte, luego de apretar el gatillo, las arrojaba a dos o tres metros de distancia con un impulso tan débil que, de haberle dado a una persona, ésta, a lo sumo, habría sentido el impacto de un bollo o un avioncito de papel. La ubicación del jeep bajo un árbol me facilitaba el acopio de municiones ya que había perdido las originales: me subía al portaequipajes, sacudía el árbol y ya tenía el piso salpicado de frutitos que cabían perfecto en la recámara de mi ametralladora.

Mi fuego —jamás respondido— comenzaba con un condensado parlamento: “Ingleses-de-enfrente-Las-Malvinas-son-argentinas”. Al principio lo decía muy bajo, parapetada tras el capó del jeep mientras disparaba mi ametralladora cuyos proyectiles entonces no pasaban de la mitad de la calzada, muy lejos de la casa de los ingleses. Luego volvía a cargar el arma y llegaba hasta el portón. Creyéndome más intimidante, ponía rodilla en tierra y volvía a gritar mi frase mucho más rápido hasta que no se entendía y sonaba a una melodía bronca y desafinada: “In-gle-ses-den-fren-telas-mal-vi-nas-son-ar-gen-ti-nas”. Las frutitas caían en la vereda de los Clarck y su daño real era que, aplastadas por mis pies, la dejaban toda resbalosa y manchada. Los ingleses de enfrente permanecían invisibles, jamás en este período vi siquiera el movimiento de una cortina ni oí que abrieran una puerta o que anduvieran por los fondos de la casa en los que, desde lejos, veía ropa tendida y una jaula con cardenales. Quizás me espieran desde un lugar en el que yo no podía verlos. En mi mente el enemigo no se manifestaba porque si bien era superior numéricamente —y eso que yo sólo contaba a los muchachos— carecía de armas, porque me resultaba indudable que, de tenerlas, las hubiera usado. ¿Qué armas? Pensaba en revólveres a cebitas que me hubieran dado miedo aunque no hicieran el menor daño o, simplemente, temía

que alguno de los muchachos saliera a amenazarme. Alguna vez unos postigos cerrados con violencia me sobresaltaron, crucé la calle y me escondí en la casa de mis abuelos; a la semana siguiente —siempre los visitábamos los domingos—, a eso de las siete cuando mi abuela hablaba con Tante Kate, yo trataba de pescar alguna alusión, en realidad sólo estaba atenta a si mi abuela pronunciaba mi nombre con un tono indignado.

A veces, para matizar, fingía hacer guardia contándome que se había declarado una tregua, entonces me apoyaba la ametralladora sobre el hombro y con la mano bajo la culata marchaba de un lado a otro, sin pasar los límites del jeep, como había visto hacerlo a los soldados en el río Kwai mientras silbaba la melodía del film.

Pero a medida que pasaba el tiempo, que los ingleses de enfrente no daban ninguna señal hasta que ni siquiera se oía el zumbir de una mosca y se acercaba la hora de volver a casa, en mi tono de voz cada vez más agudo y en el aumento de volumen aparecía un signo de histeria, aceleraba tanto el paso que la música de la marcha sobre el río Kwai terminaba en una serie de sonidos sordos y, en un pico de furia, levantaba la ametralladora y la hacía girar por sobre mi cabeza como una lanza.

Un día un chico salió al jardín de los Clarck y calculé que sería el menor, Benedick. Se detuvo a conversar con alguien que estaba en el interior de la casa, alguien que seguramente le daba recomendaciones o advertencias porque se lo veía fastidiado e impaciente por irse. Yo estaba sin municiones. Llamé a mi padre y le pedí que sacudiera el árbol. Cuando lo hizo, el árbol quedó prácticamente pelado y yo cargué mi arma hasta el tope. El chico abrió apresuradamente la cancel y corrió hacia la esquina. Tenía uniforme de colegio, gorra de fieltro azul y una gran mochila de cuero. Lo alcancé y, casi sobre él, giré muchas veces la manivela de mi ametralladora y lo llené de municiones. No debían doler mucho esos topetazos contras su espalda y sus piernas desnudas —llevaba zoquetes— pero sí ser humillantes. Simbólicamente yo había recuperado Malvinas y de algún modo mi padre, que me miraba riéndose a carcajadas desde la puerta de la casa de mis abuelos, había participado en la logística de una guerra.

Escribía con placer durante el verano, cuando en Buenos Aires la temperatura llegaba a los treinta grados y él se sentaba ante la computadora en short y ojotas, como si se acostumbrara a una lejana colonia incómoda en la que debiera compartir las mismas penurias que los nativos y, si consideraba que había trabajado lo suficiente, más allá de las dos o tres paginitas virtuosas del haragán, se tomaba un poco de ginebra. Entonces cerraba la Olivetti y corría a encontrarse con amigos en alguna mesa del bar La Paz, en donde se había ganado entre los mozos —más por su cortesía que por sus propinas, no necesariamente grandes pero justas en proporción a su contado del día— el apelativo cariñoso de “Carlitos”.

Era exageradamente blanco. Parecía un animal en medio de su muda, por ejemplo un cangrejo ermitaño en transición entre la vieja caparazón y la nueva. El sol suele descarnar al que vive bajo luz artificial, en su estudio o en un claustro. Ser blanco es pertenecer a la raza despótica; pero ser blanco entre los blancos es en última instancia una cualidad anatómica del erudito, que vive lejos de la luz natural, descifrando textos o simplemente leyendo en donde mejor ilumina su lámpara no sometida a las leyes del día y de la noche. La blancura, se sabe, no es la palidez; el cetrino empalidece como cualquiera. La blancura hace al lector. Charlie no se doraba como un plebeyo mendigo del aire libre. Sus zancadas sólo se expandían por la noche, bajo los faroles y las marquesinas que lo iluminaban camino al bar. Sergio Bizzio y Daniel Guebel escribieron un libro llamado *El día feliz de Charlie Feiling* donde insinuaron que, desacostumbrado a los goces del cuerpo, Charlie confundía somnolencia con bienestar y lo presentan como a un piel roja protegido por un sombrero de gajos violeta, ojotas amarillas y malla verde, un whisky en la mano a las dos de la tarde.

Charlie se decía pariente de Anthony Hope, el autor de *El prisionero de Zenda*, y hablaba un inglés amanerado cuyo acento sus amigos sólo conocimos en boca de Edmundo Sanders, un antiguo locutor de Canal Trece que nuestras abuelas asociaban a la distinción del imperio. Sonaba como un *off* de la BBC en un disco ralentado y nos dejaba convencidos, entre risas y a sus espaldas, que algo así jamás sonaría en ningún pub de Londres.

Escribió sobre una inglesa, pero la bautizó Mrs. Marjorie Murdoch buscando en su biblioteca de Argentina, y la hizo moverse por los espacios comunes de una guía turística —estaciones de subte como Millbank y Green Park Jubilee—, comprar en Selfridges y tomarse una pinta en The Grosvenor Arms antes de hacerla morir asesinada por fuerzas sobrenaturales.

Cuando viajó a Londres por primera vez no lo reconocieron como uno de ellos. Hablaba inglés sin acento extraño reconocible, pero en ese inglés existía una suerte de síntesis caótica de la otra lengua que había conocido desde la infancia y le colaba una cadencia indefinible que hacía que le pregunten de dónde venía. ¿Acaso una colonia?

Nuestro amigo era un turista en Inglaterra.

¿Nacionalizar a Feiling? Para eso estaban sus amigos dispuestos a narrar *El día feliz de Charlie Feiling*, y hacerlo ver a Sahr Arbuatl que toca la armónica con un peine, debatir sobre *Pálido fuego* con el pelado Sofiantini —un montonero repartidor de soda— al borde de un arroyo de Ramallo con un fondo de cumbia en los altoparlantes Farfisa —su hipótesis es que la *Rayuela* de Cortázar es un plagio de *Pálido fuego* y que en *Pálido fuego*, su protagonista, el Profesor Kimbote, se basa en el Ruperto de *Ruperto de Hentzau*, escrito por su tío Hope—; aliarse con él y con Marito Scatanburlo, el hijo del ex representante de *Conexión Número Cinco*, contra el rubio René Pardo de *Abonos Pardo*, Zoológico de Buenos Aires que vende mierda a los viveros.

Mister y Missis Feiling aprendieron historia argentina y dieron examen sobre la génesis de esa lejana colonia británica informal en la que recrearon la isla trabajando de profesores en un colegio de Rosario, donde el hijo tardío irrumpió una intimidad de inmigrantes modestamente

letrados que se negaron a alternar con modestos empleados de los ferrocarriles en épocas de pueblos fantasmas y ramales muertos. Sabiendo que no existe patria anterior a las armas para defenderla, se integraron anotando a su hijo en el Liceo Naval. Tal vez los inspirara el almirante Brown o el *farmer* de galones dorados, inventor de suplicios no inferiores a los perpetrados por sus compatriotas en las colonias de la India. El joven Feiling posó en cubierta con la cara demudada de los personajes del género que cultivaría más tarde como escritor: el de terror.

¿En qué hazaña escolar se le dio el título de alférez? ¿O la escuela sustituyó en la cotidianidad de la promoción naval visible los “excelente” o los “distinguido” o los más actuales métodos de puntaje, por grados oficiales?

Se lo llamó a pelear en Malvinas, ¿llegaba su dandismo a enorgullecerse de ese grado que lo dotaba de una ambigüedad que aprobaba en sus gustos literarios? ¿Se regodeaba a solas de la superioridad profesional de “su” ejército, de los Sea Harrier que atravesaban el cielo y se inmovilizaban de pronto en el aire a diez metros de una cueva de desertores? ¿Por un minuto pensó que le hubiera gustado ver a *los suyos* hacerle un guiño agitando no una bandera blanca sino recitando unos versos de Tennyson a prueba de toda ignorancia aun para un borrachín de Guinness de formación obrera? ¿O su inglés hubiera impedido que lo apresaran?

Ninguno de nosotros sospecha que en la soledad de su dormitorio dijo “Falkland”, que sintió hacia el príncipe imberbe que se vino por mar entre los odios cholulos de los que le besaban los pies antes de cacarearle unos patriotismos de fogón de pueblo, un vago afecto.

Le adjudicaron el puesto de traductor. No repararon en su sangre, les seducía más el dominio de la lengua entre monolingües del Conurbano o de provincias calientes, oficiales de inglés turístico o sin el entrenamiento doméstico diario de los hijos locales del enemigo.

Más tarde, Fogwill, sensible a las jerarquías y a los valores del *statu quo* y con una prosapia de escoceses de Quilmes, debía de consultarlo como a un profesional. Acordarían menos una empatía ideológica que el reconocimiento de una superioridad técnica y un linaje bélico, el más alto y primero de Occidente. Pero entonces lo excluyeron. Su sangre tenía su propia guerra. Los linfocitos T.

No era un pichiciego. Aunque el pichi que siente un dedo en el culo debe experimentar como él ante el diagnóstico de leucemia, una hecatombe interior, no el dolor o la muerte causados por un enemigo externo. Pero la ausencia de Charlie Feiling está en todas partes en el libro de Fogwill, porque los pichis ignoran la lengua del otro y Fogwill la hace fracasar una y otra vez en boca de los comedidos.

¿Podría haber sido Charlie, como personaje de la vida que no vivió, uno de los que destruyera la Gran Atracción, su “V” argentina de pucarás, espléndida y creciente contra un cielo de luces que se separan y caen como gotas en el aire helado?

Alex Kuropatwa sobrevivió muchos años al sida porque la medicina se llamaba “cóctel”, Charlie lo hizo durante cierto tiempo porque la suya se llamaba “protocolo”. Él era un hombre de buenas maneras; el trasplante de médula le hubiera generado conflictos psicológicos: se habla de “rechazo de anfitrión”, de “ingratitude del huésped”.

Amo el libro de Jean Bernard *La sangre de los hombres*: Charles Bovary, sacrificado al largo delito literario de su esposa, vuelve a la prosa francesa como filósofo y como poeta. La leucemia, cuyo arte cinético surge bajo el microscopio en forma de anillos, de escarapelas y de herraduras, le hace cosechar en el lenguaje del ejército. Los linfocitos son soldados de infantería que se batan cuerpo a cuerpo con sus enemigos, los polinucleares lo hacen a distancia como los artilleros. Unos son mazorqueros y pibes chorros, los otros terroristas químicos como los que envenenan el agua del ejército apostado en las cercanías con el bacilo del paludismo y entonces la fiebre y el paroxismo hacen una primera selección de cadáveres antes de la pólvora.

Los glóbulos blancos de Charlie eran los mutilados de Brueghel, los esperpentos de Valle-Inclán, los generales borrachos declarando con voz vacilante la soberanía de los sobrevivientes.

Charlie se hizo argentino por representar una metáfora de la literatura nacional, a la Patria como un organismo enfermo. ¿Pero qué Patria?

“Desembarcar en Normandía”, dijo cuando le prescribieron quimioterapia. Era una transacción, un correrse de los bandos en pugna. *Pronunciarse* por una Patria no le convenía a su ideal de salud. Tomó la tradición de la Segunda Guerra Mundial. Murió como aliado.

Le pasaban la quimio. Él controlaba personalmente el goteo en la vena, que su cadencia fuera sin interrupciones, se aseguraba del ángulo preciso en la apertura de la cánula. Agitaba el cablerío con impaciencia. Se atareaba en esas pequeñas acciones sin quejarse por las ocasionales negligencias de los enfermeros, sabía arreglárselas mientras moría: se puede ser un héroe acostado.



Marchó al baño llevando el soporte del suero como si fuera un báculo. Arturo recorría sus dominios de improviso y obligaba a rendir cuentas a sus súbditos siguiendo las instrucciones del mago Merlín de no mostrar beneplácito ante las buenas noticias y tocarse la empuñadura de la espada ante las malas; se hacía leer sus *avicci* llenos de descripciones coloridas de catástrofes naturales porque los reyes también son sensibles a los engaños bien contados. Desapareció tras la puerta y lo oí abrir la canilla al máximo, yo cerraba los ojos mientras él ocultaba sus ruidos íntimos.

Volvió. Por respeto a mí disimulaba su sufrimiento y me imagino que eso lo distraía. Pidió té, que preparo abominablemente, la mitad volcada en el platito de loza blanca, el sobre de papel mojado bajo la cucharilla.

En la oscuridad, mientras él cerraba los ojos, vi pasar convoyes con soldados, iluminados por estaciones vacías. Un leve rosado en su piel, la respiración acompasada. Ha logrado una cabeza de playa, él, cuyo padre luchó en la pinza de Addis Abeba.

Ese día llevé un barbijo. Nuestra amnesia de dipsómanos nos había hecho cómplices en una suerte de vida paralela y nos desconocimos al pasar a la “oficial”. Al cuidar a Charlie mi torpeza fue evidente: no sólo preparé mal el té, tropecé con el cable del suero, fui incapaz de ser firme en el trato con las enfermeras cuando se demoraban en acudir, no se me ocurrieron temas de conversación y mi mutismo fue de una agorera descortesía puesto que el Charlie paciente estaba lúcido. Para estar junto a él esas pocas horas me había mantenido en abstinencia. En cambio, podría decirse, si no sonara a humor negro, que la sangre de Charlie *estaba limpia*. Internado desde hacía un tiempo, no había tenido oportunidad de beber. Nuestra tensión se debía menos a que Charlie pronto moriría que al hecho de que los dos estábamos sobrios. Nos habíamos convertido en dos desconocidos.

A raíz de la suspensión fatal y espectacular del transbordador Challenger en el espacio, Charlie imaginó una muerte limpia de la degradación del cuerpo y de los rituales de despedida: en su crónica *Astronautas y hospitales* demostró admiración por la muerte de la maestra Christa McAuliffe en una zona donde la atmósfera es irrespirable para los participantes de contiendas bélicas, allí donde el blanco se hace inaccesible entre el número de los planetas, más alto y más arriba, en un cielo científico, el espacio sideral.

Charlie tuvo una elegancia final muy comentada de la que sobresalta una invención: la cercanía de la muerte, no como tragedia o temor, sino como *fastidio*. En su mueca de los últimos días se leía la contrariedad por la interrupción de un proyecto literario, la imposibilidad de terminar la noche en un pub de Oxford, de cuestionar la calidad de una traducción. Pero existen en innumerables textos suyos indicaciones sobre la vitalidad de la obra por sobre la salud de sus autores. “Arroja una sombra inmóvil el agua de la canilla” traduce de un poema de Enderby, para afirmar que la novela transforma el movimiento de la vida en sombra. Que muerto el novelista los lectores pueden abrir la canilla y volver a ver esas sombras. Que las sombras de Anthony Burgess son preferibles a la vida, “más bellas que su vida y que la nuestra”. La frase es ambigua porque afirma al mismo tiempo que la novela ensombrece la vida pero que, sólo a través de esa sombra, la vida puede brillar, pero que ya no se trata de vida material como la que Charlie perdió para ganar aquella donde sus amigos y lectores podamos ver en sus libros —creo que esta imagen no le hubiera disgustado— su sombra *en canilla libre*.

DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN

Cuando bebo, de la boca a la mano y de la mano a la boca, yo no hago más que ejercer mi libertad y no estoy dispuesta a aceptar ser un caso clínico y hasta estoy a favor de exigir el agregado de una A en la serie LGTTBI si no tuviera el temor a una expulsión más dolorosa que la del Estado Sobrio por recibirla de los que supongo mis compañeros. No vayan a planear una nueva excomunión, puesto que sería preciso tener la sangre limpia para hacernos eyacular *paternalmente* frente a una revista porno, en el interior de un minúsculo locker y llenar el frasquito de esperma de viabilidad en observación que se congelará —invertido al máximo el capital en familia biológica de quienes antes soñaban con atentar contra la lógica de *pasar* la vida — hasta encontrar el vientre en alquiler; recibir el esperma de un anónimo descrito con el código de una página de contactos; o hacer hijos con información genética de tres personas — una mujer que aporta el óvulo, otra el citoplasma y un hombre, el núcleo (¿potlatch u orgía?)—; turnar paternidades, total, el óvulo se puede extraer una vez de uno de los padres y otra de otro: no sea que se nos ponga en cuarentena si queremos hacer nacer y luego reivindicar a *los hijos del bar* por lo que traerían en la sangre.

Entonces estudiaría la manera de salvarnos como Schindler a sus judíos para ir haciéndonos pasar a todos lejos del Comintern Central del Instinto de Muerte. ¿Acaso no era *la vida* lo que hacía que el joven Sartre devorara su Corydrane, sus cuarenta cigarrillos y su Johnnie Walker para escribir *Crítica de la razón dialéctica*? ¿Digamos *un poco de muerte en la vida*? Claro: había *producto*. O sea, siempre nos toleraron si, con el vómito y la resaca, quedaba la pieza de automotor completa al final de la cadena de montaje, cerrado el *packaging* sobre el perfume chino falso, cortados los cien caños sin costura para el gasoducto, es decir, si producimos como el proletariado que, de paso, siempre será uno de los nuestros.

Dejé de beber sin saber cómo, del mismo modo que no sabía cómo había llegado a despertar sin ningún recuerdo de la noche pasada. Lo hice por alguien, pero eso es un secreto. No lo hice sola, y ese es otro secreto que es fundamental para mantenerme sobria. Pero puedo hablar de algunos efectos del hecho de haber despedido a mi petaca, que no es de plata, pero que tenía otras virtudes como, en aquellos últimos tiempos, poder contener la medida exacta como para que yo no supiera cómo había vuelto a casa.

“Un whisky me lleva al deseo de acostarme con alguien; dos a la mujer, tres al travesti”, decía un bebedor que posaba de terrorista. Entre los alcohólicos tengo la buena estrella de no haberme acostado con alguien por estar borracha y no saber lo que hacía, pero también sé que jamás en los últimos años me he acostado con alguien sin estar borracha. He hecho el amor con algunas mujeres y muchos hombres. Eso no me inclina a definirme como “fundamentalmente heterosexual” —el número no significa nada para mí y, como alcohólica, mi arte reside precisamente, aunque no lo domine, en perder la cuenta—; ni en “lesbiana que todavía se acuesta con hombres”, categoría inventada por el Comintern Stalinista Lesbiano; mucho menos en “bisexual”, lo cual me evoca la pesadilla de alojar a una pareja en mi cuerpo —en general, deploro de la pareja: el nomadismo alcohólico se opone al sedentarismo de a dos, aunque siempre haya alguien que nos está esperando a la vuelta de la parranda, en la puerta de la cárcel o del hospicio—. O bien puedo llamarme “bisexual” en el sentido de Woody Allen: el de tener más oportunidades de salir los sábados a la noche. O en el de dar a esta bisexualidad la forma de un chiste con dos variables: “Tengo muchos problemas sexuales con los hombres y ninguna relación con las mujeres” o “tengo muchos problemas sexuales con las mujeres y ninguna relación con los hombres”. Si tengo que basarme en el testimonio de los demás, las encuestas informales registran que mis ex amantes varones me consideran heterosexual y mis ex amantes mujeres, lesbiana. Pero es evidente que unos y otras están jactándose, que están hablando de ellos —de sus eficacias en el *ars amandi*— y no de mí.

No es cierto que los borrachos estén más desinhibidos para expresar sus más profundos deseos. Si alguien me guiña un ojo o me mira con remilgo y repulsión luego de que me ha visto borracha porque me he “propasado”, simplemente peca de vanidad. Si he tocado el pezón de una dama como la mujer del cuadro titulado *Gabrielle d'Estrées y su hermana en el baño* de la Escuela Fontainebleau, el gesto es tan enigmático para mí como el cuadro al que aludo para

todos los que lo han visto. ¿Deseaba a la dama? ¿O exhibirme? ¿Probar la consistencia de su pezón para ver si tenía detrás una silicona? ¿Arrancárselo por envidia o rivalidad? Nadie lo sabrá nunca. Algunos de mis amores me han dicho con fastidio que mis declaraciones eróticas eran, tanto si yo estaba ebria como sobria, tediosamente idénticas y hasta con las mismas palabras. A cualquiera de mi parroquia —la del alcohol— no se le escapa que esto que escribe a través de mí no es ninguna orientación sexual, sino el alcohol bajo uno de sus recursos estilísticos comunes: la soberbia jactanciosa. Y si la duda es si lo que me interesa es Él o Ella, habría que recortar estas dos palabras de la palabra diosa: bot(el)la o bot(ella).

El hombre es una especie de cura o general y carece de todo interés por los dramas individuales y es evidente que la sangre, si bien no lo asquea, lo sumerge en una oscura aprensión. Me pregunta por qué ahora, justo cuando estoy con él, quien viene —dice— envuelto en sangre, tomo una decisión tan grave. Sus hijos, dice, deben estar en algún lugar del Río de la Plata y ahí irá su polvo cuando muera. No me confundo, no es que quiera tener otros hijos, ninguno podría sumarse a los perdidos, la serie de su sangre terminaría allí y él escribiría contra sus asesinos mientras obedecía a una justa que prohibía las lágrimas aunque él llorara a menudo siempre por cosas triviales, como si su llanto fuera como el grito de un tero que canta en un lugar lejos del nido; lloraba pero no por aquello por lo que no podría parar de llorar hasta su propia muerte. Lo que me decía era extremadamente cruel y pensé que era al revés, que me operaba porque no había derecho a presentar en el lugar de la sangre derramada, otra que carecía de toda significación, y yo tenía la edad de su hija, no debía correr el riesgo de seguir evocándosela con imágenes atroces de una muchacha que sangra. Cuando me llamó antes de morir, era él quien había salido del quirófano y se sentía bien, ya que, me dijo riéndose, no era capaz de sufrir. “¿Sabe? Soy incapaz de sufrir”. Entonces le dije que lo quería con esa irreversibilidad de los amores que se van decantando sin que se sepa quién olvidó a quién y se eternizan en una sensualidad socarrona propia de esas relaciones capciosas en las que sobrevive una confianza física que no cede y conserva los juegos de manos.

RONDA



Llegué a la ciudad de Taxco poco tiempo antes del Día de Muertos. No le había hecho caso a la advertencia de mis amigos de que no debía viajar en esa fecha puesto que mi padre acababa de morir. Yo lo había visto agonizar con un dolor laico hecho de gestos pudorosos —me limitaba a tomarle la mano y apretársela— y de torpes reflexiones psicoanalíticas con las que intentaba dominar por adelantado las probables vicisitudes del duelo. En esos días, mi padre parecía dialogar con seres invisibles en un tono de vehemencia angustiada que sólo interrumpía para abrir los ojos y mirar a su alrededor con aire perdido. Esa rumia ensimismada, siempre anhelante, hacía pensar en presencias fundamentales, tal vez sus propios padres. Meses después de su muerte me disponía a visitar México sin establecer ninguna relación entre mi experiencia reciente y los próximos ceremoniales autóctonos para con los muertos. Pero durante el viaje me acordé mucho de mi padre. Evocaba su rostro durante la agonía, su expresión atroz. Confiaba en que, poco a poco, vendrían otras imágenes. En el D.F. contemplé los altarcitos dispuestos en las plazas y algunos ensayos generales donde se prendían las velas y se probaba la disposición de las ofrendas en cuyo arreglo me sorprendía un sentido de la composición digna de los clásicos de la pintura; una manzana pequeña, un rectángulo de papel de China, un angelito y un caballo de papel maché eran expuestos con gusto exquisito, y los mismos puestos callejeros de comida, con sus canastitas cubiertas por manteles a cuadros y dispuestas al borde de un par de hornallas en las que se freía el relleno de los tacos, estaban ordenados como no suele estar ninguna cocina para uso doméstico mientras se saltan cebollas y se doran tomates para el tuco.

Ya en Taxco, cuando el taxi entró por el portón de madera en dirección al edificio chato del hotel, que era nuevo y desconocido, empecé a sentir una vaga inquietud. No era aprensión ante las trampas a las que se suele someter a los turistas, ni miedo al robo o a un ataque violento, alternativas a las que, pensaba, era fácil oponerse mediante la prudencia y dando por descontada su gran parte mítica. El hotel quedaba en las afueras de la ciudad, en un paraje solitario, al pie de un monte rocoso donde se espaciaban algunas matas que, por vagancia, determiné eran de —para mí familiar— *paja brava*. Como aún no había llamado a Buenos Aires para informar sobre mi paradero, tuve la impresión de estar perdida hasta tal punto que resultaría fácil hacerme desaparecer, impresión que continuó al detenerme ante la mesa de recepción y mientras escuchaba el chasquido del portón cerrándose tras el taxi. Cuando el recepcionista me preguntó mi dirección y mi teléfono en Buenos Aires, pensé que no hacía más que cumplir con la práctica obligada para llenar la cartera de clientes. Sin embargo, seguía inquieta. Era como si estuviera en

otra dimensión.

—¿Para qué? —pregunté con ansiedad.

—Por si algo le pasara, Dios no lo quiera.

Un muchacho me quitó con suavidad la mochila de los hombros y se alejó bordeando una pequeña alberca. Entonces la idea de haber sido tragada por otra dimensión insistió y se fue afianzando a lo largo del día ya que no vi a ningún otro huésped. Tampoco percibí movimiento alguno en las habitaciones o en la cocina, visible a través de una ventana del patio. Al principio, al ver las llaves colgadas en sus ganchos, imaginé que los huéspedes estarían paseando por la ciudad pero, por la noche, cuando volví a mi cuarto, me sobrecogió la alberca vacía, el pesado silencio, las llaves en sus ganchos. No se me ocurrió que los huéspedes pudieran estar gozando de la vida nocturna ya que la plaza Borda, como había visto al pasar, estaba bordeada de cafés y restaurantes y en su pérgola central había montado un pequeño escenario donde solían cantar los mariachis. Extrañé a mi padre que, con un chiste brutal, hubiera podido detener esas inquietudes, al sugerirme, por ejemplo, posibilidades de ataque que no se me habían ocurrido, exagerándolas hasta señalarme el absurdo de mis temores. Había comprado *Las enseñanzas de Don Juan* dispuesta a ver en qué consistía su fama en los términos en que ésta se desarrollaba tanto para sus enemigos como para sus admiradores. Lo más que puedo decir era que se trataba de una máquina muy bien hecha. La experiencia parasensorial era descrita en términos realistas y, al mismo tiempo, “científicos”, como para generar un efecto de verosimilitud cuya coartada era la posición antropológica. Esa lectura no me convenía, pero con esa voluptuosidad con que uno suele regodearse en las situaciones desgraciadas, la continué hasta el final.

Comencé a leer sentada en una silla de mimbre que había en la puerta de mi habitación y con la secreta esperanza de ver llegar a algún turista. Pero, al cabo de una hora, como no vi a nadie, entré, y luego de cerrar con doble llave, me acomodé sobre la cama doble para seguir leyendo. De vez en cuando tomaba whisky de mi petaca, tratando de que me quedara suficiente como para utilizar en caso de no poder dormir. El libro sugería que se podía percibir a los muertos mediante el uso de sustancias alucinógenas. Me imaginé por un instante a mi padre, siempre bajo su aspecto final y aterrador. Desde afuera, a través de la cortina americana, llegaba la luz del patio. Se escuchaba un ligero rumor que me pareció de conversación. Una conversación en voz baja. Debían ser las dos o tres de la mañana cuando se me ocurrió espiar por las rendijas de la cortina. Junto a la alberca había dos hombres en traje de baño. Estaban apoyados en la barra del bar, que estaba vacía. No bebían. Conversaban. Tuve miedo de que vieran el movimiento en la cortina y me aparté. Volví a la cama pero el ruido de la conversación me ponía nerviosa. Traté de concentrarme en la lectura y, por un rato, lo logré. Pero la conversación continuaba y empecé a irritarme. Volví a espiar por la cortina. Los hombres seguían ahí. Me llamó la atención el aspecto

de los trajes de baño en los que un pedazo de tela caía por delante, a la altura de los muslos, como si no perteneciera a una prenda cosida sino a un trapo doblado y anudado de algún modo. Parecían pañales o taparrabos. Me pareció que los hombres miraban en dirección a la ventana. Decidí tomar una pastilla para dormir. Sabía que era ridículo esperar un asalto, al menos siguiendo la lógica de mi imaginación. ¿Acaso los hombres podrían estar discutiendo si venir a mi habitación o no? ¿Planeando un ataque mientras miraban furtivamente en dirección a su objetivo? ¿Me había metido en un falso hotel preparado para el secuestro de determinada turista, previamente contactada por un, también falso, guía del lugar? ¿La habían confundido conmigo? La pastilla no había hecho efecto. Caminaba por el cuarto, yendo y viniendo por el escaso espacio que iba de la cama al baño y luego volvía a la lectura, sabiendo que, en cualquier otra ocasión, no hubiera tolerado más que unas pocas páginas, antes de cerrar el libro con un juicio lapidario. Quedé persuadida de que mi padre reaparecería por México, en esa coordenada totalmente ajena a su vida, y hasta a sus sueños, ya que como fotógrafo sólo le interesaba el fotorperiodismo de corresponsal de guerra y los paisajes naturales asociados a la presencia de la nieve y el hielo y no a los excesos tropicales. Pero mientras estaba en movimiento, mis maquinaciones se desarrollaban sin dejar lugar al sentido común. La fantasía del país extranjero como espacio propio de los muertos no es infrecuente. Toda esa cotidianidad de la que uno se siente excluido hasta la invisibilidad, o al revés, al volverse visible sólo bajo el aspecto del turista, como si el otro estuviera viendo a otra persona y no a la totalidad a la que se suele llamar “yo”, provoca la idea de estar ocupando el lugar de la cámara, cuando, en las películas de terror, representa a los seres que *vuelven*. La probabilidad de una separación irreversible, luego de relaciones capaces de adquirir gran intensidad, como si fuera la muerte y no la distancia la que generara esa separación, fortalece las asociaciones fúnebres. El viaje *in extremis* modifica nuestra percepción de manera que a veces nos sentimos como muertos que retornan a donde quizás antes no habíamos estado o creemos reconocer en los extraños las fisonomías de aquellos a los que hemos perdido. Las maquinaciones no se interrumpieron cuando volví a espiar a través de la cortina americana y a comprobar que el patio de la alberca estaba vacío. Ya era de mañana cuando concluí *Las enseñanzas de Don Juan*. Al terror había sumado un sentimiento de vergüenza. Me había creído una lectora más sofisticada que la que, con sólo pisar México, ha pasado de no creer en nada a creer en su versión más literal el libro de un autor cuyas experiencias con mezcal son sospechosas de haber comenzado, no de la mano de un chamán, sino de un *dealer*. Al abrir la puerta de la habitación vi a una pareja en la alberca. Otros huéspedes estaban tomando el desayuno. Me senté también yo a tomar un café con tostadas que me devolvieron a una realidad donde *Las enseñanzas de Don Juan* me parecieron sólo una ficción lo suficientemente inteligente como para haberme hecho pasar la noche en vela. El hombre que servía el desayuno era uno de los que había visto a través de la ventana, lo que me había parecido tan extraño desde lejos era que usaba un corto delantal sobre su slip blanco.

Seguía con la idea de que mi padre regresaría *por Taxco*.

Los niños me seguían como si fuera el flautista de Hamelín, aunque yo no tuviera las intenciones del músico a quien la crítica consideró una metáfora del pederasta.

—Ande, güerita, ¿qué le vendo? ¿Una chamarra? ¿Una hebillita con la figura del Sub Marcos? ¿Una michelada? ¿Le echo la suerte, seño?

Entre los niños había uno que llevaba una especie de caña de pescar de cuya punta colgaban unas medialunas de cerámica azul.

La compré. Con eso pensé que me sacaba de encima a los vendedores de lunas y que sólo me acosarían los que vendían unos conos trenzados que aprisionaban los dedos curiosos y ellos llamaban “cazanovios”. Pero estaba visto que quien compra una luna, compra diez. Así que los luneros formaron a mi alrededor un extraño cielo, mezcla de retablo popular y de Guerra de las Galaxias mientras colocaban sus cañitas ante mí en una sucesión de juguetes en movimiento.

Di la vuelta a la plaza seguida por los niños. Ocupaban la delantera. Pero correr en masa, una vez que uno se coloca en posición de entrega y siempre que no se esté huyendo, puede ser consolador. En algún momento comencé a frenar bruscamente para hacer que los niños trastabillaran, poniendo a mi favor el principio de inercia. Confiaba en su habilidad para no caer. Era un juego. Ellos no parecían advertir que corríamos en círculo como en una suerte de vuelta olímpica. Cedían a una euforia donde sus ofertas, gritadas a viva voz, se habían transformado en el canto de una fraternidad. Veía con el rabillo del ojo a uno, más pequeño que los otros. No llevaba una caña sino una bandeja. Corría por fuera del grupo que, a veces, se le adelantaba hasta dejarlo fuera del juego.

—Yo sé adónde usted quiere ir, güerita, y aunque no vaya conmigo, sé dónde está —dijo.

Era sólo una bravata, una manera de ser identificado por sobre los otros, más allá del fracaso físico, pero su certeza me llenó de inquietud.

En Acapulco, los niños vendedores habían bajado conmigo hasta el agua adonde yo me había tirado a nadar desde el yate que recorría las mansiones de la bahía, pertenecientes a los famosos

(“¡Y aquí la mismísima María Félix hacía cornudo a su Agustín!, a ver si cantan la canción”, gritaba el guía), y los niños, sin poder berrear su cantinela de “güera, güerita, qué le vendo” igual movían la boca, entre los corales, varios metros bajo la superficie, súbitamente anfibios, mientras me mostraban las ventajas de un tubo impermeable para guardar los dólares que ellos planeaban disminuir.

Al pasar por el frente de Santa Prisca, vi en la otra punta de la plaza al de la bandejita que parecía esperar la próxima vuelta para volver a sumarse. Los niños de plaza Borda solían trabajar en un conjunto abigarrado sumamente elástico para el ámbito de acción, donde el espacio —por ejemplo la playa o la plaza— era un punto de partida desde donde podían irradiarse hacia los alrededores, sin límites fijos. Era el paso del turista el que decidía y, si éste elegía la estrategia de la distancia, lo seguían en grupo con un cierto incremento de la algarabía ya que todos parecían conocer de antemano sus planes. “Yo sé adónde usted quiere ir, güerita, y aunque no vaya conmigo, se dónde está” tenía un sentido simple: los turistas tendían a las mismas estrategias evasivas, gustos semejantes. Pero el desplazamiento grupal no podía explicarse simplemente por el número de pobres sino por otra lógica del pedir. En mi ciudad, como en muchas otras, se supone que la esquina ganada para el pedido o la oferta de a uno y sin reclamar dos veces al mismo paseante, garantizan el éxito. Es como decir “pido donde no piden otros”, “a éste ya le pedí, pase el que sigue”. Y cuando alguien ha dado unas monedas o hecho una compra, esto es interpretado como la señal de que no volverá a hacerlo. Aquí, en cambio, el grupo apelaba a la intimidación y a la constancia, y no esperaba extraer las monedas o la venta del azar con que se cuenta al ocupar pasivamente un espacio fijo al paso de un tránsito abundante. Del mismo modo parecía impensable la idea “éste ya dio” o “ya compró una lunita de cerámica, por eso no querrá otra”, como si la lógica indicara lo contrario: “éste da”, “éste compra lunitas de cerámica”. La explicación podría ser: “Éste ha dado /comprado. ¿Por qué no a mí también? Le voy a demostrar que su elección me ha dejado vacío, que tiene que darme porque al dar muestra que tiene”.

Subí hasta el primer piso de Pizzapiaza, desde donde vi que los niños se dispersaban en pos de otros turistas.

—¿Le dibujo su nombre en la calavera?

—¡Si es gratis!

Allí estaba el de la bandejita.

—¿De qué la quiere? ¿De mazapán o de chocolate blanco?

Me mostraba las confituras ordenadas de acuerdo al color y un pote de azúcar derretido y una pequeña manga que debían servirle para la decoración.

—¿Por qué me gritaste que sabías adónde iba?

—Porque usted camina en redondo como asustada.

—¿Y por qué creés que estoy asustada?

Se mordió los labios. Acomodaba las calaveritas, seguramente pensando en volver a la carga para que comprara una. Quise interrumpirlo.

—¿Porque me sigue un muerto?

Me había confesado. Y con un pobre chico. Qué tontería.

—¿Pero ya viste que el que me sigue sos vos? —me recompuse.

—¿Vos?

Retuvo la expresión extraña e insistió con la calaverita. Pero yo ya estaba lo suficientemente calma como para tomar un taxi y volver al hotel.

Mi padre amaba los animales exóticos pero éstos no eran de ninguna manera una exclusividad de México. (¿Por qué asociaba a mi padre con Taxco?). En sus últimos años había tenido un guacamayo azul, dos pericos enanos, una pareja de loros cabeza negra e innumerables catitas, todos apiñados en jaulas demasiado estrechas, ya que su amor por ellos no era un correlato de su capacidad para cuidarlos. Pero no sólo tenía loros naturales sino artesanales, incluido uno de paño que contenía un grabador y con el que jugaba con insistencia. Cuando mi padre enfermó, sin ánimo para donaciones, yo había liberado a la mayoría por los techos de la ciudad. Otros se habían escapado mediante astutos procedimientos de palanca aplicados en las puertas de sus jaulas. También había regalado los loros de madera o de paño que, salvo el que hablaba después de grabar nuestras voces, no eran muy atractivos ni aun para los niños. Estaba dispuesta a consentirme la fantasía de la aparición de mi padre pero era obvio para mí que no se trataría de su imagen material, ni siquiera en sueños. Parecía tratarse de realizar un ritual tranquilizador de esa fantasía, no porque se cumpliera, sino para simbolizarla.

¿Acaso no llevaba entre mis talismanes un perico enano? Bastante parecido, por cierto, a los que vendían los niños de la plaza. Solía mostrárselo a mis amigos con una broma literaria: “Este no es el loro de Flaubert sino el loro de Forero”. Ese era el apellido de mi padre, el mismo que figura en mis documentos. El loro de Forero era plano, con una pesa a ambos lados de la cola que le permitía sostenerse erguido si se le colocaba en un aro o una percha. Tuve un presentimiento y fui a buscarlo a la valija. Lo miré con atención. Tenía grabado el nombre de Taxco en el extremo de un ala. Mi padre debió haberlo comprado a un importador. De los restos diurnos al inconsciente las operaciones no suelen ser delicadas. Debí conocer el origen del adorno y olvidarlo, para adoptar, luego de algunos desplazamientos y condensaciones —mi autoanálisis consistía más en el ejercicio de la paranoia que en la búsqueda de motivos olvidados—, la fantasía de que mi padre *volvería por Taxco*. O de que su recuerdo insistente, de algún modo, se apaciguaría allí. Lo metí en la mochila para llevarlo siempre encima. Riéndome de mí misma.

Era la mañana del 31 de octubre. Los niños vendedores se arremolinaban ante un altarcito, colocado en medio de la plaza Borda, porque ese día habían llegado muchos turistas.



En los puestos que rodeaban la plaza había burritos de mazapán, calaveras de chocolate blanco pintadas, ataúdes con esqueletos recostados y mortajas de confite. Ese día venían las ánimas de los niños, cuyas tumbas era necesario recubrir de flores.

Decidí dar una vuelta para alejarme de la plaza. En Taxco, recorrer es subir. Me metí por *Celso Muñoz antes de la muerte* hacia arriba.

—Vio, güerita, que yo sé dónde está.

—Entonces sabés adónde voy.

—No va a ninguna parte.

El niño de la bandejita se me adelantaba. Nos deslizábamos por callecitas empinadas, entre casas pintadas a la cal con techos de tejas y terrazas de ladrillo.

Me dolían los pies y no era necesario que me sacara los borceguíes para saber que me habían salido ampollas. Una amiga argemex me había aconsejado que si mis largas subidas y bajadas por Taxco me traían callos y juanetes debía lavarlos con una infusión de lengua de vaca y que, si me salía sangre, debía hacerla cicatrizar con una frotación de conchas de nácar. Me hablaba sabiendo que era incapaz de conseguir esos elementos, jactándose de haber sido una integrada.

—Y si no va a ninguna parte, ¿por qué no viene a mi casa? Mi mamá tiene crema para los pies.

—¿Y quién te dijo que me duelen los pies?

—Ay, nomás verla renguear. Mire.

—¿Qué?

Me mostraba una calaverita de chocolate blanco. Decía Juan Cahutemo.

—Ésta es la de mi hermano Chonito, que murió del corazón. En casa le hemos puesto un altar con las cosas que más quería.

No pregunté. Vi que habíamos llegado a una zona semidesierta. Las casitas eran más pobres y tenían techo de chapa.

—El vascolé, el Chavo y la Chilindrina. Sus zapatillas a pila.

—¿Y no le ponen flores?

—Sí, porque todo el mundo pone, pero él las martirizaba.

En lugar de seguir subiendo, decidí doblar por una calle lateral. Me topé con una reja y, del

otro lado, con una iglesia pequeña. Detrás se veían cruces y tumbas adornadas con flores, recién arregladas.

—¿Ve que ha venido solita adonde yo quería?

Se estaba poniendo fastidioso. Me pareció necesario saber cómo se llamaba para poder maldecirlo con precisión.

—Jorocho.

Su madre, me contó, tenía ahora cuatro hijos; tres de ellos trabajaban en la iglesia del panteón ayudando al cura en los días que iban del 31 de octubre al 3 de noviembre —conocidos, en general, aunque incluyan el de Todos los Santos, como “días de muertos”—.

—Lleve una calavera, güerita, y le muestro el altar de Chonito. Nomás tiene que pensar en no comerse los ojitos que son de lentejuelas.

El panteón olía fuertemente a flores pero también a productos de limpieza, porque dos días antes los deudos habían estado sacando hierbas y limpiando las lápidas de mármol y bronce con detergente y acaroína.

Seguí a Jorocho entre las tumbas. Su madre rezaba en voz baja mientras, con los ojos cerrados, apoyaba las manos en la tierra de la pequeña tumba cubierta por un arco de claveles blancos. Era una mujer fornida, de largo cabello negro sujeto con una hebilla adornada por una hilera de muñequitos de lana. Las campanas de la iglesia tocaban a muerto.

—Este es mi hermano —dijo Jorocho, estrujando una flor. La mujer me miró con naturalidad mientras se ponía de pie.

—Si no quiere la calaverita, venga a casa igual para ver el altar que está bien bonito.

Ramona y Jorocho vivían a dos cuadras del panteón. El camino estaba sembrado de pétalos desde las tumbas de Chonito y de su padre Zacarías —que dejó viuda a Ramona— hasta la casa.

—Es para que se orienten. Aunque Chonito se sabe el camino porque íbamos al panteón a jugar a los fantasmas. Primero pensé que si los acompañaba, igual iba acercándome a plaza Borda, ya que, del cementerio a la casa, el camino era de bajada, pero después acepté seguirlos. La casa era un rancho pintado a la cal —dormitorio, cocina y comedor—, con estanterías decoradas con papel de china y las confituras que Jorocho vendía en la plaza.

En las paredes había unos angelitos de expresiones poco religiosas: algunos tenían los dientes salidos como caballos, otros un jopo a lo Elvis Presley o un agujero en la boca en que tentaba introducir un chupete.

Sobre una mesita ardían velas de colores labradas por escamado, una botella de vascolé con pajita y un par de zapatillas. Las figuras del Chavo y la Chilindrina se apoyaban en un pastel de chocolate. Una hilera de vasitos de vidrio soplado, muy azules, sostenían ramilletes de rositas rococó blancas. Jorocho me mostró cómo funcionaban las zapatillas que —decía— lanzaban luces. Intenté detenerlo para impedir una familiaridad poco apropiada para un elemento de culto. Pero él las hizo caminar con las manos sobre el suelo hasta que lanzaron unos chispazos.

—Muéstrele los pies a mi mamá.

—No importa, a la vuelta compro algo en la farmacia.

Ramona se arrodilló ante mí. Encogí las piernas bajo la silla pero como ella seguía en la misma posición, me saqué lentamente los zapatos. Tenía una ampolla bajo el dedo gordo del pie derecho y otra más pequeña en un costado del izquierdo, a la altura donde rozaba la puntera del zapato. La mujer cerró los ojos mientras me masajeara las heridas. De una latita sacó un ungüento que me frotó aun en las partes en que yo no estaba lastimada. Miré la fila de angelitos, pensando en una retribución.

—¿Cuánto vale ese angelito rubio?

—Ése ya está vendido.

—¿Y ese otro?

—Todos están vendidos. —Era como si hubiera adivinado mi intención y se refugiara en un gesto de dignidad.

—Qué lástima, quería llevarle uno a mi hijo.

Se hizo un silencio donde pude calcular que vacilaba. Yo misma empezaba a pensar que esos angelitos eran muy lindos, en todo México no había visto expresiones tan perversas.

—Si vuelve mañana tendré listo otro —se ablandó.

Luego volvió a concentrarse en sus muertos.

Regresé al día siguiente. Ramona se estaba echando una siestita en una hamaca. Había estado cuatro horas junto a la tumba de Chonito, rezando y cantando, me dijo Jorocho. Sobre la mesa, entre algunas botellas vacías de tequila, había un paquete. Pagué y metí el angelito en el bolso.

—La pomada era buenísima. Ya casi se me secaron las ampollas —dije con obsecuencia. Ramona no me hizo caso. Levantándose de la cama, fue hasta la heladera y sacó una jarra de agua de la que bebió directamente del pico. Sé reconocer una resaca, me alegro cuando la tiene

otro. Ramona se acercó pesadamente al altar. Con mucho cuidado se puso a desalojar las ofrendas. Cambió el papel de china. Era la hora en que las ánimas de los chicos volvían al más allá —me había dicho Jorocho— y se acercaban las de los adultos. Había que cambiar los adornos del altar, encender velas nuevas y disponer las ofrendas. Ramona colocó primero un pan sobre el que hizo la señal de la cruz, luego todas las preferencias del difunto: flores, frutas, un vasito adornado por una cubierta de plata labrada con pajaritos —seguramente lo más caro de la casa— repleto hasta arriba con mezcal de Oaxaca (el del gusano), una pila de discos de Lidia Mendoza, una chalina de seda blanca y dos muñecas Barbie vestidas de fiesta con bolso de canutillo bordado y tacos aguja (?).

Ramona parecía dispuesta a hacerme algún cuento.

—Zaca y yo nos conocimos de chamacos y a poco éramos como hermanos. Entonces él consiguió mujer en Mixquic, pero como nunca me levantó la mano ni nada... Así que, aquí estamos las dos. Porque las dos le gustábamos a su modo...

—Ésta es mi mamá —dijo Jorocho tomando una de las Barbie—. Sólo que mi mamá es una panzuda.

—¿Y sus muertos? —preguntó de pronto Ramona. Negué con la cabeza dando a entender que no los tenía o que no quería contestar. Pero por su expresión deduje que ella se inclinaba por la primera posibilidad y que saberlo le causaba una gran pena por mí, como si la verdadera orfandad fuera no tener muertos y no todo lo contrario. Luego me miró con expresión incrédula: yo parecía tener la edad suficiente como para tener los muertos que el paso del tiempo y el relevo de las generaciones hacía más frecuentes.

—Mi padre —balbuceé. Me miró con comprensión. ¿No tendría por casualidad una fotografía? ¿Aunque más no fuera algo que le hubiera pertenecido? ¿Su santo, su medalla? Podía dejarlo allí, en el altar de Zacarías, como un invitado —aunque no pronunció esta palabra—, para que, al ser los dos varones, compartieran sus regalos. Podía pasar a buscarlo cuando terminara la fiesta —entonces puso la cara de quien despeja una sospecha fingiendo una ofensa que no había recibido—, nadie lo tocaría. Tomó el loro que yo le daba y lo puso junto al vaso lleno.

—Si no la quiere comprar, ahí le dejo igual la calavera. De recuerdo. Cuidado con los ojitos. Las lentejuelas no se comen.

Bajé fácilmente entre las piedras y pronto volví a ver la torre iluminada de Santa Prisca. Me acordé de mi padre. Mi padre con el guacamayo sobre el hombro, dejando que le metiera el pico en la boca y le limpiara los dientes. Mi padre en una foto fuera de foco donde posa sentado junto a mi madre, haciéndole cuernitos con los dedos, por sobre la cabeza. Mi padre llorando por la

muerte de su propio padre. En cambio, no podía recordar su cara en agonía. Por la calle de *Celso Muñoz antes de la muerte* llegué directamente a la plaza. Los niños me dejaron en paz. Tal vez me consideraran propiedad exclusiva de Jorocho o mi avaricia los había, por fin, alejado. Nunca volví a buscar el loro de Forero.

# LA PASARELA DEL ALCOHOL

En el porche de Gumier Maier los muebles rotos y los cartones de embalaje no son leña sino piezas sueltas de su obra artística. Un estante podrido que aún conserva su moldura en forma de pájaro, la manija de un molino doméstico, la pata de una silla provenzal, duermen hasta que él los recubre con los colores que mezcla en frascos de yogur: verde nilo, amarillo patito, rosa salmón, naranja krishna. No es un artista: es un reanimador. Que el objeto vuelva a vivir sin que lo obliguen a *hacer nada*. Como chiche.

Los colores de Gumier Maier no están en la naturaleza. Imposibles en la rosa china y la aljaba, en los mil y un verdes de los arbustos de su jardín.

Junto maderas para hacer fuego en mi cabaña pero Gumier Maier me las saca de las manos y las llama “perro”, “barco”, “una señora”. Donde yo veo una silla rota, él ve un pelicano con el pico escondido en el pecho; donde yo veo un pedazo de persiana americana, él ve un transatlántico; en los pistoletos de arquitecto, formas bailarinas y abstractas. Se vuelven intocables.

En el continente Gumier Maier ha inventado el arte *bright*, que hace reír mientras se lo aplica a una superficie de requecho que nunca había soñado con volver a la gloria de vivir. Entre las maderas, sus artistas hermanos, que llegan durante el verano en las lanchas de la Interisleña, olvidan bordados con cinta, esferas de purpurina y cintas para regalo. Las arañas los enhebran con sus telas.

Nuestra selva es una isla a cuarenta y cinco minutos de la Estación Fluvial, con sensores eléctricos, *routers* de internet y hasta un restaurante de comida molecular. Cuando los camalotales bajaron por el Paraná, en la ciudad se taparon las redes cloacales. Pero en la isla todo parecía tranquilo. En la salita de primeros auxilios del río Capitán se reportaron dos casos de picadura de yará. Imaginé que carecían de suero antiofídico pero ya no se utiliza. Dice Gumier Maier que para llegar al hospital sobra tiempo y el monitoreo del corazón ha reemplazado la lucha contra el tiempo deslizándose en el lento remar de un hombre atacado por la parálisis, y la

escena crucial de abrirse un tajo con un cuchillo entre los dos puntitos de la picadura, chupar y escupir a un lado del monte, ha desaparecido. El tiempo en los cuentos de Quiroga es literario pero el antídoto, como muchas curas, puede matar. Ninguna figura expresionista asoma su cuerpo rígido y oscuro por la borda de una canoa, la lancha ambulancia lleva en camilla a la Estación Fluvial, habilita el ingreso presurizado a terapia intensiva; antes de escuchar la palabra “yará” o “anaconda”, los hombres pueden morir de un infarto, no por la picadura, sino por haber leído a Horacio Quiroga. Gumier Maier y yo caminamos por colchones de camalotes, algunos muy verdes con flores azules, o colas de zorro que hemos aprendido a nombrar demasiado y que, en cambio, serían táticos para los isleños como los camellos en el Corán pero, bajo esas sombras que imaginamos taimadas, no salió nada salvo escuálidas ranitas; y el pequeño roedor que se coló por el alambrado y se metió en un jardín para comer unas bellotas y que nadie supo identificar —cuis, rata de campo, nutria—, fue espantado por la luz de nuestros celulares y exhibido en Facebook como un trofeo de safari. Nada nos salta a picarnos las piernas que, de todos modos, llevan botas altas, casi de pescador; en cambio tenemos las cabañas llenas de esas cucarachas grandes y negras que suelen entrar por las ventanas en los veranos de la ciudad, tal vez más negras y grandes, tanto que el insecticida no las mata sino que las vuelve albinas y su crujido en medio de la noche es como el de un papel abollado que se estira, el de un árbol movido por el viento. Nuestro río es civilizado y, en la sudestada, apenas tapa el muelle y sube dos o tres escalones de las casas, que baja en menos de un día dejando espejos de barro que debemos atravesar aferrados a la vegetación para no resbalar y que se van llenando poco a poco de pequeñas huellas de dos o cuatro patas, ni siquiera de carpincho, no digo de puma sino de gatos domésticos; Gumier Maier tiene ocho —Mencha, Peta, Zito, Mino, Cocho, Rubia, Moine y Negra, porque sostiene que un buen nombre de gato tiene sólo dos sílabas—. La araña que encontré en la pileta de la cocina, del tamaño de una mano, era una araña *arty*, pura puesta en escena con su escudo dorado y sus gamas de elegante beige; podría participar de un casting para películas de terror si no huyera, se hiciera diminuta para caer en la rejilla y desapareciera. Los gatos cubiertos de barro andan con yelmos improvisados de samurais que ellos dejan secar hasta que vuelven a ser polvo y se desprenden con un par de lamidas detalladas. Ecologistas pasivos, Gumier Maier y yo hemos dejado colgando del techo un panal de avispas; pero fueron ellas las que se cansaron de nosotros, no creo que inquietas sino por haber encontrado mejores vigas en un lugar más silencioso que el nuestro que nunca abandonamos, tal vez las molestamos con nuestros zumbidos de borrachos.

Yo tenía una fantasía muy literaria sobre la amistad final, la que mejora el matrimonio y hereda sus ventajas pero nada de su peso. Era una fantasía ya muy editada porque incluía por lo menos dos lazos de amistad o cuatro, si éstos eran recíprocos: los de Ezequiel Martínez Estrada y



Horacio Quiroga y los de Horacio Quiroga con quien llamaba “el ingeniero belga”. Cuenta Martínez Estrada que un día Quiroga, a quien llama “hermano” —fórmula cómoda para definir una amistad por sobre las otras—, estaba en medio de algún trabajo en la selva, cuando se puso a silbar el comienzo de una obra de Wagner, *Tristán e Isolda* (sospecha). Como, al llegar a un punto, se olvidaba de cómo seguía, volvía para atrás “como disco rayado” hasta que oyó a través de la tupida vegetación, desde el pantano, entre la gritería de los loros y de los monos, a alguien que seguía la partitura hasta el final: era “el ingeniero belga”. Los ejecutantes del *silbido culto selvático* se hicieron amigos. Y a mí me gustaría la amistad con alguien que me completara la melodía sin interrumpir mi soledad, o la amistad de “dale qué” de Bouvard y Pécuchet, cuyo proyecto era realizar todos los proyectos del mundo. O al menos la que el naturalista Félix de Azara tenía con Blas de Nosedá, su curita investigador de campo, a quien tuvo que defender de los anatomistas cuando el pobre describió, luego de la autopsia casera de un aguará guazú, que había encontrado una colonia de gusanos en el riñón izquierdo, uno de los cuales medía como una medialuna.

Quiroga y Martínez Estrada tenían el plan de vivir en terrenos cercanos a San Ignacio para pasar largas veladas de conversación en las que sólo admitirían a los escritores muertos, matizadas por tareas físicas como hacer una canoa o tocar el violín, un culto de la amistad hortelana y hasta hachera a la Tolstoi o Thoreau, con sus horas de respeto y separación: cada uno pondría en la puerta de su casa un banderín que indicaría la predisposición del ánimo para el encuentro.

Nada de ingeniero belga, Gumier Maier y yo dormimos la mona a diez metros de distancia el uno del otro sin habernos dirigido la palabra en horas y, durante las noches estrelladas, sin fondo, dormimos cubiertos hasta la barbilla como en esas camitas de Kuitca, niños ya sin padres vivos, cuya ausencia de vigilancia nos quita las ganas de hacernos la paja y sólo impresionamos a los incautos cuando salpicamos la charla con palabras como “albardón” o “agregadura”, mientras los isleños nos miran como mirarían a un francés que fuera a pedir el diario al quiosco de la esquina y lo hiciera con la pronunciación de un actor de la Comédie.

—¿Querés?

—Dale. Uno solo.

—...

—¿Otro?

—Dale. Total, mañana no salgo de la isla y en casa no tengo. Va a haber tormenta.

—...

—Me voy. El último.

—...

—Un poco más, éste ya es puro hielo.

—...

—Bueno, ya me voy.

—Esperá, no vas a dejar esa nada.

DEL OTRO LADO DE LA PUERTA VAIVÉN

No éramos recíprocos puesto que sólo intercambiábamos palabras y en ellas no estaba en juego ninguno de nuestros bienes terrenales. Esas palabras jamás constituían una inversión, sucedían en encuentros sin archivo donde el provisorio darse el uno al otro ignoraba el bien que daba: una alegría y una invención que no nos dejaba en deuda puesto que carecía de objetivos, nada conseguían y por eso excluían de la inercia del apego y la angustia del deseo. La larga especulación jocosa acerca del destino de las manos del general Perón a cargo de la abortada orden del Escarabajo Borracho, el canto a capela de la canción “Me gusta acá” —Federico Peralta Ramos era el único coreuta de traje—, la cinchada argumental pro y contra *El Lobo Vador*, elevaban nuestra risas en el humo de los cigarrillos hacia el techo iluminado de un azul melancólico, el hogar contra el hogar.

Carecíamos de toda discreción y la maledicencia no era sancionada. La tentación de una buena historia y sus floreos se antepoñían a la duda sobre lanzar o no una probable calumnia. El agravio ofendía sin separar y se olvidaba si el ofensor daba pruebas de un posterior reconocimiento. Silvio Astier paseaba su figura por estas conversaciones donde el tonito filosófico para la habladería encubría la herida personal.

No estábamos juntos porque ya lo habíamos estado antes —no éramos asadores del mismo barrio de infancia—, o por obediencia a una causa, o por la unión garantizada por enemigos en común, o en nombre de un suelo o de la sangre. Y, como no militábamos, no formábamos parte de una fraternidad jurada y sólo hablábamos mirándonos a los ojos sin la promesa de una fundación.

Tampoco éramos íntimos sino prófugos de la intimidad. Otros cargarían nuestros humores a la ominosa luz del día, velarían nuestra agonía, nos cerrarían los ojos y los primeros velorios nos sorprendieron impacientes por regresar a la mesa en donde no tardaba en ocuparse la silla del ausente.

La puerta del bar era un muro invisible para los amores estables que se ponían celosos de esas alianzas entusiastas, a las que no podría reprochárseles nada preciso puesto que, aunque no siempre fueran castas, parecían fundarse más allá del sexo y su misión totalitaria destinada a mantenernos en las filas de la modernidad. Cuerpo común de bautismo precario: Los muchachos,

La barra, El bar.

Conscientes de mis privilegios de testigo, los muchachos sugirieron que escribiera mis memorias. Y, pedantes, ya comenzaban a dictármelas ocupando los mejores personajes. Yo propuse como título la variante de una película: *Yo los conocía bien*. Germán García sugirió uno maligno: *Qué pequeños eran los grandes del setenta*.

Mi sangre se había retirado puntual y ahora sólo sentía el alcohol deslizarse por mi garganta, su peso en la vejiga. El alambique vertía su sedimento oscuro con olor a acetona, una transpiración que no detenía a los mosquitos, la saliva pesada que sólo se alivianaba cuando me detenía un poco. La bebida seguía su curso normal: el malestar del día siguiente, los vómitos, con suerte sólo el mareo “marítimo”. Pero lo habitual es que adormeciera antes del desenfreno y sin escenas memorables para la risa o para la vergüenza —nuestra alianza se había vuelto apagada—, que al día siguiente el aliento metálico y la sed me mantuvieran en la cama con una jarra de agua en la mesita de luz como si el alcohol y yo hubiéramos envejecido al mismo tiempo.

Durante un tiempo sostuve, a la manera del orgullo *gay*, una suerte de orgullo alcohólico, ignorando que la culpa, la autodenigración y el deseo de darse muerte —síndrome del día siguiente— son esenciales a la experiencia de beber desenfrenadamente. Nada alegre (nada *gay*). Pero puedo aclarar que lo que decía en broma estando en carrera era rigurosamente trágico: “El otro es todo lo que está del otro lado de mi copa”. Y mi copa era de vidrio grueso, tallado, sin transparencia. Ahora que no veo doble puedo ver a muchos, ahora que no estoy en poder del gran totalitario puedo aceptar la superioridad de algunos y desear a otros. Porque uno de los efectos de *dejar* es la reaparición del deseo en su diversidad y confrontación. Caramba, menudo problema, ya que no tengo la edad de Lolita —la tenía cuando empecé a beber—.

En un paño, *El paño de la Verónica*, Cristo dejó impreso con su sangre, su transpiración saturada de adrenalina y sus lágrimas, el diseño de su rostro. Fue la primera fotografía. Así, el rostro del alcohol perdura en el de la sobriedad como si fuera *El paño de la Verónica*. Cuando bebía el alcohol me rejuvenecía redondeándome. También me daba otra etnia. En mis párpados pesados, en mis pómulos altos y estirados por el *lifting* natural que —en principio— produce la retención de líquidos, parecía la regente de un burdel de Hong Kong, una vieja esquimal internándose en la nieve para morir como en la película *Shangri-La*, la concubina repudiada por el traficante de té cantonés. Eso, mirándome con buenos ojos. Con los malos, se percibía a *Pichuco* o a un *bulldog*, a Peter Lorre representando a un borracho de Poe. Nunca tuve una cara romántica en forma de corazón, sino esa irregularidad campesina que mezcla los genes holandeses y españoles, y remata en los labios y las cejas del Manolito de Quino y en una lozanía rojiza que puede verse en los retratos de comerciantes burgueses de Frans Hals. Las fotos despiadadas tomadas con *flash* a las tres de la mañana captaban a una ogresa de ojos vidriosos, siempre con los párpados semicerrados, los labios fofos como si estuvieran a punto de dejar caer un poco de saliva.

La sobriedad me devolvió mi verdadera edad con cierta benevolencia: me ahorra aún las líneas excesivas, pero opera en forma de desmoronamiento, imprime una gravedad nueva ¿más verdadera? No creo en la verdad como algo parecido a un diamante que se encuentra debajo de la ganga, ni en que haya ídolos falsos ni verdaderos. No soy más yo misma sobria que ebria como —a pesar de la extorsión de la que fui presa por amigos y amantes— no era más yo misma ebria,

y por eso había que tomar mis supuestos deseos o agravios al pie de la letra. Simplemente tengo esa edad en que se es responsable de la propia cara. Y, ¡maldición!, no apareció en ella un despojo misterioso donde puede leerse la cartografía de una vida intensa como en la de la *rockera* Marianne Faithfull, ni una síntesis roída hasta el hueso como en la de la cantante Patti Smith. Mal que me pese, ni alcohol ni sobriedad me eximieron de un horrible castigo para quien se crió al compás de la letra de “Simpatía por el diablo” de los Rolling: tener el aspecto de una bonachona. Podía posar travestida de Papá Noel o de madame Bonduelle, esa señora de cofia con aletas que promociona verduras en conserva.

Quedaría muy bien decir que paré por vergüenza. Que sintiendo que había hecho tanto mal — eso, con el tiempo se va, si no atenuando, volviendo relativo—, me correspondía estar lo suficientemente lúcida como para intentar repararlo. Es horrible haber tenido que escribir cartas disculpándome por algo que ni siquiera recordaba y sobre lo que los otros podían estar mintiéndome. Un bebedor sin límites jamás sabe si cometió incesto —digan lo que digan— o si ha pecado de omisión hasta el punto de ser cómplice de una muerte. Si el olvidar es siempre una selección y edición de los recuerdos que oscilan entre los felices y los soportables, para el alcohólico gran parte de ellos pertenecen a la selección y memoria de los demás. Y existen pocas damas y caballeros dispuestos a olvidarlo todo por cortesía hacia él, que nunca podrá ser el editor de su novela porque ni siquiera recuerda haber escrito algunos capítulos. Charlie Feiling consideraba la cúspide de la grosería que, al día siguiente, se nos leyera el bando de la noche anterior con nosotros como protagonistas.



El desenfreno es una negociación. Suele ocupar el lugar de algo más insoportable, como el suicidio o la locura. Por eso es común que la cura, al dejar al desnudo al enemigo principal, mate. Truman Capote tenía un amigo que había muerto muy poco después de entrar en sobriedad, quizá a merced de una tragedia que el alcohol atenuaba entre sus vahos. Raymond Carver murió diez años después del día en que dejó de beber. Marguerite Duras paró cuando ya tenía edad para morir, sin embargo, atinó a levantar una pancarta: “Lo malo de morir es dejar de beber”. Graham Greene llegó a los ochenta sustituyendo el té, en su taza de las cinco de la tarde, por un scotch doble; pero era británico —a veces pienso en que el mundo se divide en abstemios, bebedores, alcohólicos y británicos—. Se puede parar y salvar la vida, lo cual nos dará más oportunidades de llegar a viejos y —según un artículo que leí en *Newsweek*— morir del mal de Alzheimer. En rigor: se para a cambio de nada. Y a ese desafío ningún borracho podría resistirse. Pero esto es otra vez la jactancia. Dejé de beber porque no soporto que el placer se transforme en “no sufrimiento”. Porque las identificaciones tienen una fecha de vencimiento: hoy me pareció menos gracioso parecerme a Bette Midler borracha bajando del avión en la película *La rosa*, o a Nancy rompiendo una cabina de teléfono en *Sid y Nancy*. Porque me estaba matando y porque —éste es el mayor secreto que cuento— después de todo tal vez sí quiera ser una dama, y las damas no se matan *copa a copa*, sino disparándose un tiro con una pequeña pistola con mango de nácar. Cuando dejé de beber —y no puedo prometer que para siempre, ni siquiera hasta mañana— me encomendé a otros con los que comparto mi alejamiento del Dios del color de la cebada. Ellos son mi mangosta y, paradójicamente, entregándome a esa voluntad superior a la mía, me siento más dueña de mí misma. Ya sé que la mangosta que el hombre del cuento llevaba en la jaula no era real, pero ésta es mía.

Como en un sueño, salgo del otro lado del libro con la campera de Charlie sobre los hombros. Es un camino oscuro. Bordeado por colinas que suben y bajan como si hubiera horizonte. Voy dejando atrás luces, no muchas —no vengo de un lugar grande—. A veces el camino se corta pero deja una huella difusa sobre tierra floja —no ha llovido—, tengo ganas de decir “últimas poblaciones”. No tengo miedo. Sé que la oscuridad en la que entro es a causa de las copas de los árboles. No debería estar segura porque nunca he pasado por aquí. Pero, lo repito: no tengo miedo. La campera me queda grande. Caliento con mi cuerpo ese cuero que Charlie calentaba con el suyo. Reanimo el espacio material donde ahora falta ese contorno esbelto y alto que me hacía imaginar a un palafrenero de Dickens. Me abriga y me pesa, es decir me abriga pero me obliga a luchar un poco para mantenerme firme. Y siento una alegría feroz. No por esa fusión oscura sino por el mero movimiento hacia delante, por ir avanzando con firmeza, aun sabiendo que hoy mis pasos están solos, sin eco posible. A lo lejos veo una luz que titila como una marquesina. Espero que sea un bar.

Imaginé este libro como un tributo múltiple y ritual de despedida sin ningún resquicio para la nostalgia —sólo se tiene nostalgia de lo que no se ha vivido—. Dividido en tres partes que se repiten, cada una responde a un orden diferente: *La pasarela del alcohol*, al del retrato; *Del otro lado de la puerta vaivén*, al del microensayo; *Ronda*, al del territorio.

## AGRADECIMIENTOS

A Rosina Balboa Bas, por el cuidado del original.

A Mayra Leciñana Blanchard, por el apoyo.

Novela, memorias, retrato de época, microensayo, crónica social, diario íntimo, registro científico, desnudo, crítica, mapa: de la magistral mixtura de géneros a las fronteras entre Plaza Miserere y Barrio Norte, o a los parecidos entre Emilio, el mozo que le alcanza la cartera cuando tropieza hacia la vereda, y Georges, el barman del Ritz que ante Hemingway ignora a Scott Fitzgerald.

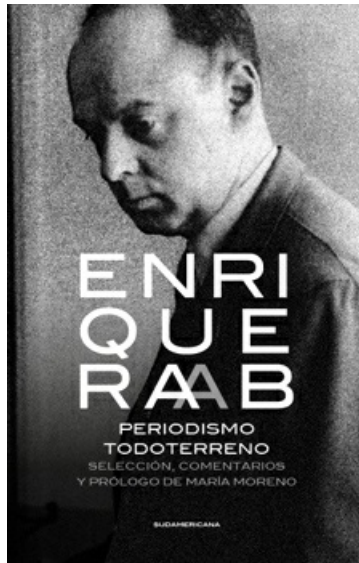
Biberón de gauchos, borrachera de la indiada, santo de la bohemia, el alcohol que su madre doctora en Química tiñe mágicamente de rojo para alegría infantil se vuelve presagio: cuando la niña crece, su cuerpo pierde sangre y exuda whisky.

En los años sesenta y setenta, el selectivo círculo de periodistas y escritores de Buenos Aires se reunía en bares. Ella escribe esos años en *Black out*.

Con este libro excepcional, María Moreno homenajea —cuando derriba, al mito literario de su generación, que discute de política y literatura en las mesas incómodas del BárBaro en Retiro, o pontifica en el circuito La Giralda - La Paz - el Ramos de la avenida Corrientes. Mientras, en el vecino Alex Bar de Once, junto a prostitutas, obreros y desocupados, espera que se levante la cortina para combatir la resaca de la noche anterior.

## MARÍA MORENO

Nació en Buenos Aires. Periodista, narradora y crítica cultural, sus textos circulan y se publican en todos los países de habla hispana. Ha escrito la novela *El affair Skeffington* (1992), la no-ficción *El petiso orejudo* (1994) y el prólogo y la selección de artículos de *Enrique Raab. Periodismo todoterreno* (2015). Sus ya célebres crónicas, ensayos y entrevistas han sido recopiladas en *A tontas y a locas* (2001), *El fin del sexo y otras mentiras* (2002), *Vida de vivos* (2005), *Banco a la sombra* (2011), *La comuna de Buenos Aires. Relatos al pie del 2001* (2011), *Teoría de la noche* (2011) y *Subrayados. Leer hasta que la muerte nos separe* (2013). En 2002 obtuvo la prestigiosa beca Guggenheim.



[Otro título de la autora en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Moreno, María

Black out / María Moreno. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random House, 2016.

(Literatura Random House)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-987-3987-46-5

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Fotografía de cubierta: © Sebastián Freire

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2016

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-3987-46-5

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



# Índice

Black out  
Dedicatoria  
Del otro lado de la puerta vaivén  
Ronda  
La pasarela del alcohol  
Del otro lado de la puerta vaivén  
Ronda  
La pasarela del alcohol  
Del otro lado de la puerta vaivén  
Ronda  
La pasarela del alcohol  
Del otro lado de la puerta vaivén  
Ronda  
La pasarela del alcohol  
Del otro lado de la puerta vaivén  
Ronda  
La pasarela del alcohol  
Del otro lado de la puerta vaivén  
Ronda  
La pasarela del alcohol  
Del otro lado de la puerta vaivén  
Ronda  
Agradecimientos  
Sobre este libro  
Sobre la autora  
Otro título de la autora

## Créditos